



ANNE HOLT

EN LAS FAUCES DEL LEÓN

Lectulandia

La primera ministra noruega ha sido asesinada. Tras apenas seis meses de mandato, su cadáver aparece en el despacho oficial con un tiro en la cabeza. ¿Se trata de un asesinato político o de una venganza personal? Así da comienzo la investigación de un caso que una vez más recae en la inteligente Hanne Wilhelmsen.

El asesinato ha conmovido a la sociedad noruega hasta la médula: nunca antes la violencia había hecho acto de presencia con tal intensidad en el país. Hanne debe manejar prudentemente la información: los ciudadanos deben estar debidamente informados y a la vez debe protegerse la privacidad de la víctima; por todo ello, el caso se convierte en el trabajo más delicado de su carrera. Además, el rastreo del asesino es complicado: se persiguen neonazis, rivales políticos y personas implicadas en escándalos de hace más de treinta años.

«La novela analiza la corrupción a través de una trama negra muy ágil. Esta es la clave de la maestría de Anne Holt». *EL PAÍS*.

Lectulandia

Anne Holt & Berit Reiss-Andersen

En las fauces del león

Hanne Wilhelmsen - 4

ePub r1.0

macjaj 24.10.14

Título original: *Løvens gap*
Anne Holt & Berit Reiss-Andersen, 1997
Traducción: Lotte K. Tollefsen

Editor digital: macjaj
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Even, mi amigo y hermano.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia,
porque ellos serán saciados.

MATEO 5:6

Viernes, 4 de abril de 1997

18.47 Gabinete de la primera ministra (SMK)

Una mujer vestida de azul esperaba frente al despacho de la primera ministra. Su ansiedad iba en aumento mientras fijaba la vista alternativamente en el teléfono y en las puertas dobles. Vestía una elegante chaqueta de corte clásico, falda a juego y un pañuelo de colores algo excesivos. A pesar de que estaba finalizando una larga jornada laboral, iba perfectamente peinada, con un corte estiloso aunque algo pasado de moda que hacía que aparentara más edad. Podía dar la sensación de que era intencionado, de que esas sienes despejadas y el recogido alto pretendían darle una dignidad que sus cuarenta y tantos años no le aseguraban. Tenía mucho que hacer, pero en contra de lo que era habitual en ella, no conseguía acabar nada. Durante un largo rato se limitó a estar allí sentada. La creciente sensación de que algo iba terriblemente mal se intuía únicamente en sus dedos. Eran largos, bien cuidados, con las uñas pintadas de un rojo intenso y dos anillos de oro en cada mano. A intervalos regulares las levantaba hasta tocarse las sienes como si quisiera alisar unos invisibles cabellos rebeldes. Luego golpeaba rítmicamente la mesa produciendo un ruido sordo, como una serie de disparos de pistola con silenciador. Se levantó de golpe y se acercó a la ventana que daba al oeste.

Estaba oscureciendo. Parecía que abril iba a ser tan impredecible como en su día lo deseó Bjørnstjerne Bjørnson. Dieciséis pisos más abajo podía ver gente que se apresuraba por la calle Aker aterida de frío, mientras otros caminaban en círculos esperando irritados un autobús que tal vez no llegaría nunca. En el bloque 5 del distrito gubernamental la ventana del despacho de la ministra de Cultura aún estaba iluminada. A pesar de la distancia, la mujer del traje azul pudo ver cómo la secretaria entraba en el despacho de su jefa llevando un montón de papeles. Observó cómo la joven ministra lanzaba una sonrisa a la mujer mayor y se apartaba el cabello rubio de la cara. Era demasiado joven para el puesto. Y tampoco era lo bastante alta. Un vestido de gala no le queda bien a una mujer que no ha cumplido los sesenta. Por si fuera poco, la ministra encendió un cigarrillo y dejó el cenicero encima de los documentos apilados. «No debería fumar en ese despacho —pensó la mujer de azul—. Hay auténticos tesoros artísticos colgados de las paredes. No puede ser bueno para los cuadros. Decididamente, no puede ser nada bueno».

Agradeció sentirse indignada. Por un momento sirvió para reprimir el desasosiego que estaba a punto de convertirse en una desconocida y preocupante sensación de angustia. Habían pasado dos horas desde que la primera ministra Birgitte Volter le dijera con decisión, casi con antipatía, que no debían molestarla para nada. Así lo dijo: «para nada».

Gro Harlem Brundtland nunca hubiera dicho «para nada». Habría dicho «bajo ninguna circunstancia», o tal vez se hubiera conformado con indicar que no quería ser molestada. Y aunque los diecisiete pisos de la sede gubernamental hubieran estado en llamas, nadie molestaría a Gro Harlem Brundtland si ella así lo había pedido. Pero Gro había dejado su puesto el 25 de octubre del año anterior y ahora corrían nuevos tiempos, nuevas costumbres, una nueva forma de expresarse, aunque Wenche Andersen se guardaba sus sentimientos para ella y seguía haciendo su trabajo como siempre, de forma efectiva y discreta.

El juez del Supremo Benjamin Grinde se había marchado hacía algo más de una hora. Vestía un traje italiano de color gris acero y se despidió de la primera ministra con una inclinación de cabeza mientras cerraba la puerta. Con una media sonrisa, había dejado caer un cumplido sobre el nuevo traje chaqueta de Wenche Andersen, y luego desapareció escalera abajo con su portafolio de piel burdeos bajo el brazo, camino del ascensor del piso quince. Fiel a su costumbre, ella se había puesto de pie para llevarle un café a Birgitte Volter, pero afortunadamente, en el último momento, recordó que había pedido que la dejaran en paz.

Se estaba haciendo muy tarde. Los secretarios de Estado y los asesores políticos ya se habían marchado, al igual que el resto del personal administrativo. Wenche Andersen estaba sola en la planta dieciséis de la sede del gobierno un viernes por la noche, y no sabía qué hacer. Del despacho de la primera ministra salía un silencio atronador. Pero tal vez no fuera tan extraño; al fin y al cabo, las puertas eran dobles.

19.02 Calle Odin, 3

Definitivamente, algo fallaba en el contenido de la sencilla copa con forma de tulipán. La tenía levantada para observar cómo incidía la luz en el color rojo. Intentó tomarse su tiempo, dejar hablar al vino, relajarse y disfrutar del rotundo burdeos como se merecía. La cosecha del 83 tendría que ser agradable y seductora. Este vino tenía un sabor demasiado intenso. Frunció los labios en un gesto de desagradable sorpresa cuando comprobó que el aroma final de ninguna manera se correspondía con el precio que había pagado por la botella. Dejó la copa con un gesto brusco y agarró el mando a distancia de la televisión. El informativo ya había empezado y carecía de cualquier interés, las imágenes pasaban ante sus ojos sin que se fijara en otra cosa que en el perfecto mal gusto con que vestía el presentador. Estaba claro que los hombres no pueden llevar americanas amarillas.

Tuvo que hacerlo. No tenía otra alternativa. Ahora, cuando todo había pasado, no sentía nada. Había esperado una especie de liberación, una oportunidad de respirar profundamente después de tantos años.

Deseaba sentir alivio, pero le invadió una soledad desconocida. De repente los muebles que le rodeaban resultaban extraños. El viejo y pesado aparador de roble al

que se subía de niño y que lucía en el salón en todo su esplendor, con sus parras talladas y la colección de exclusivas miniaturas *netsuke* tras las puertas de cristal, ahora parecía triste y amenazador.

Sobre la mesa, delante del televisor, descansaba un objeto. No entendía por qué lo tenía allí. Era incompresible que se lo hubiera llevado.

Se estremeció e hizo desaparecer al hombre del informativo presionando con un dedo. Al día siguiente sería su cumpleaños. Llegaba a los cincuenta. Se sintió mucho más viejo al levantarse entumecido del sofá Chesterfield para ir a la cocina. Haría el paté esa noche. Tenía que hacerse esa noche. Estaría en su mejor momento tras veinticuatro horas en el frigorífico.

Por un momento consideró la posibilidad de abrir otra botella de vino en lugar del burdeos estropeado. Descartó la idea y se conformó con un coñac que se sirvió con generosidad en otra copa. El coñac del cocinero.

Tampoco en la cocina encontró alivio alguno.

19.35 Gabinete de la primera ministra

El peinado ya no estaba tan perfecto. Un rizo teñido y tieso caía sobre sus ojos, y notó que tenía perlas de sudor en el labio superior. Agarró nerviosa el bolso y lo abrió para sacar un pañuelo recién planchado. Lo apretó primero contra sus labios y luego sobre la frente.

Iba a entrar. Tal vez hubiera sucedido algo. Birgitte Volter había desconectado el teléfono, así que tendría que llamar a la puerta. Puede que la primera ministra se encontrara indispuesta. Últimamente parecía bastante estresada. Aunque Wenche Andersen tenía serios prejuicios sobre su estilo algo descuidado e informal, no podía dejar de reconocer que era muy amable. En cambio, esa semana había actuado de forma casi arisca, daba la impresión de estar medio enfadada y se irritaba con facilidad. ¿Estaría enferma? Iba a entrar. Ahora.

Pero, en lugar de molestar a la primera ministra, fue otra vez al cuarto de baño. Se tomó su tiempo delante del espejo. No había nada que mejorar. Se lavó las manos de forma lenta y pausada y sacó un tubo pequeño de crema del armarito que había debajo del lavabo. En realidad no le hacía falta y le dejaba las manos pegajosas, pero eso le llevaría un rato. Se frotó concienzudamente los dedos, notando cómo su piel absorbía la crema. Sin querer, volvió a mirar la hora y respiró con dificultad. Solo habían pasado cuatro minutos y medio. Las pequeñas manecillas de oro estaban casi paradas. Volvió a su sitio, preocupada y desesperada. Hasta el sonido de la puerta del cuarto de baño que se cerraba tras ella le dio miedo.

Ahora tenía que entrar. Wenche Andersen se incorporó a medias, dudó un poco y volvió a sentarse. La orden había sido meridianamente clara. Birgitte Volter no quería ser molestada. «Para nada». Pero la primera ministra tampoco le había dicho que

pudiera irse a casa, y sería impensable dejar el despacho antes de que se lo indicaran. Ahora entraría. Tenía que entrar.

Con la mano sobre el pomo, acercó el oído a la puerta. Ni un sonido. Golpeó con cuidado la madera con el dedo índice. Seguía sin oírse nada. Abrió y repitió el gesto en la puerta interior. No sirvió para nada; nadie dijo «Entre» o «No moleste». Nadie dijo nada, y a Wenche Andersen ya no le sudaba solo el labio superior. Con cuidado y titubeando, reservándose la posibilidad de cerrar a la velocidad del rayo si la primera ministra estuviera profundamente concentrada en algo de gran importancia, entreabrió la puerta. Pero, al abrirla apenas unos diez centímetros, no vio más que una parte del rincón para las visitas con su mesa redonda.

Por fin, Wenche Andersen se sintió invadida por la decisión que le había faltado durante horas y abrió la puerta de par en par.

—Discúlpeme —dijo en voz alta—, siento molestar pero...

No tenía sentido decir nada más.

La primera ministra Birgitte Volter estaba sentada en su silla con el cuerpo caído sobre el escritorio. Recordaba a una estudiante en una lujosa sala de lectura de una biblioteca bien entrada la noche en época de exámenes. Solo quería dormir unos instantes, descansar. Wenche Andersen estaba en la puerta, a unos seis metros y medio de distancia, pero podía verla de todas formas: la sangre, que había formado un gran lago estancado sobre la propuesta de colaboración con el espacio Schengen, era muy visible. Tanto que Wenche Andersen ni siquiera se acercó a su jefa muerta para intentar ayudarla, llevarle un vaso de agua u ofrecerle un pañuelo para que limpiara esa porquería.

En lugar de eso, cerró con mucho cuidado, pero ahora sí, con gran determinación, las puertas que daban al despacho de la primera ministra. Dio la vuelta a su mostrador y descolgó el teléfono que tenía línea directa con la comisaría central de Oslo y su unidad operativa. Sonó una sola vez antes de que contestara una voz de hombre.

—Deben venir inmediatamente —dijo Wenche Andersen con voz apenas temblorosa—, la primera ministra ha muerto. Le han disparado. Birgitte Volter ha sido asesinada. Tienen que venir.

Colgó y cogió otro teléfono para hablar con la central de vigilancia.

—Llamo del gabinete de la primera ministra —dijo ya más tranquila—. Cierren el edificio. Que no entre ni salga nadie. Solo la policía. No olviden el garaje.

Cortó la comunicación sin esperar respuesta y marcó otro número de cuatro cifras.

—Planta quince —contestó el hombre que se encontraba una planta más abajo, en la jaula de cristal antibalas, la esclusa que daba paso al recinto más sagrado: las oficinas del primer ministro del reino de Noruega.

—Llamo del gabinete de la primera ministra —dijo una vez más—. La primera ministra ha muerto. Pongan en marcha el plan de emergencia.

Y así Wenche Andersen continuó cumpliendo con su deber como siempre lo

había hecho: de forma sistemática y sin cometer errores. Lo único que podía delatar que ese viernes por la noche había ocurrido algo extraordinario eran dos manchas violáceas que se iban haciendo cada vez más grandes en sus mejillas, y que pronto cubrirían su rostro por completo.

19.50 Redacción del diario Kveldsavisen (KA)

Los padres de Liten Lettvik bautizaron a su niñita rubia con el nombre de Lise Anette, a pesar de que tenía una hermana un año mayor que sin lugar a dudas lo contraería en «Liten». Poco sospechaban entonces que cincuenta y tres años más tarde pesaría noventa y dos kilos y fumaría veinte puritos al día. O que bebería whisky a diario, justo al límite de lo que su castigado hígado podía resistir. Todo en ella incitaba a la burla, desde su melena gris sobre un rostro marcado por treinta años de trabajo en la redacción, hasta su fidelidad al derecho adquirido en los años setenta de no llevar sujetador. Pero nadie se reía de Liten Lettvik. Al menos, no en su presencia.

—¿Qué coño hace un magistrado del Supremo con la primera ministra un viernes por la noche? —murmuró para sí mientras se colocaba los pechos que se deslizaban hacia sus axilas y finalmente encontraban apoyo sobre sus bien acolchadas caderas.

—¿Qué has dicho?

El chaval que tenía delante era su perrito faldero. Estaba esquelético, medía un metro noventa y seis y todavía tenía acné. Liten Lettvik despreciaba a la gente como Knut Fagerborg. El chico estaba haciendo unas prácticas de seis meses en el KA. Esos jovenzuelos eran los periodistas más peligrosos del mundo y Liten Lettvik lo sabía. Ella también había sido becaria, y aunque hacía ya mucho tiempo y las circunstancias en la prensa noruega de aquella época eran muy distintas, reconocía el tipo. Pero Knut le resultaba útil. Como todos los demás, le profesaba una admiración sin límites. Creía que ella le conseguiría una prolongación de su período de prácticas. Estaba completamente equivocado. Pero, mientras tanto, le servía.

—Es curioso —dijo otra vez, más para sí misma que para responder a Knut Fagerborg—. Esta tarde he llamado al Supremo y he preguntado por Grinde. Es jodidamente difícil averiguar algo de lo que está haciendo ese comité suyo. Una jovencita de su equipo dejó escapar que estaba con la primera ministra. ¿Por qué demonios estaría allí?

Levantó los brazos y se desperezó. Knut reconoció el olor del perfume Poison. No hacía mucho que había tenido que ir a urgencias para que le dieran antihistamínicos después de pasar una noche con una mujer con el mismo gusto.

—¿Qué quieres? —preguntó Liten de pronto, como si acabara de reparar en su presencia.

—Algo está pasando. La radio de la policía se ha vuelto loca durante un rato y

ahora está en completo silencio. Nunca he visto algo así.

No es que a los veinte años Knut Fagerborg hubiera vivido gran cosa, pero Liten estaba de acuerdo. Resultaba muy extraño.

—¿Has oído algo en la calle? —preguntó ella.

—No, pero...

—¡Chicos! —Un cuarentón que vestía una chaqueta de *tweed* entró en la redacción arrastrando los pies—. Pasa algo en la torre del gobierno. Montones de coches y mucho jaleo, y están poniendo barreras. ¿Sabéis si la primera ministra espera visita de algún jefe extranjero?

—¿Por la noche? ¿Un viernes por la noche?

A Liten Lettvik le dolía la rodilla izquierda. Sufrió molestias en esa misma rodilla dos horas antes de que la plataforma petrolífera Kielland se inclinara y se hundiera. Tuvo unos dolores insufribles el día anterior al asesinato de Palme. Por no hablar de que tuvo que ir cojeando a urgencias la noche después de que estallara la crisis del Golfo. Le sorprendió que la señal hubiera llegado tarde, hasta que esa misma noche supo que el rey Olav había fallecido.

—Acércate a investigar. —Knut se marchó—. Por cierto, ¿conocéis a alguien que tuviera un hijo en el sesenta y cinco?

Liten Lettvik se rascó la rodilla con dificultad y jadeó mientras se clavaba el borde de la mesa en la tripa.

—¡Yo nací en el sesenta y cinco! —gritó una mujer que vestía con garbo un traje de color lila y traía dos carpetas del archivo.

—Eso no me vale —dijo Liten Lettvik—, estás viva.

20.15 Gabinete de la primera ministra

Billy T. sintió algo parecido a la nostalgia. Le agarró de la boca del estómago y tuvo que respirar profundamente varias veces para despejarse la cabeza.

El despacho de la primera ministra resultaría bastante elegante si no fuera porque ella estaba muerta, con la cabeza apoyada sobre sus papeles; un insulto literalmente sangriento al decorador de interiores que había elegido con esmero el gran escritorio con la parte frontal ovalada. Las formas sinuosas y ondulantes se repetían en varias zonas de la habitación, entre otras en una librería que resultaba muy decorativa pero que, debido a la ausencia de líneas rectas, parecía completamente inútil. Y, ciertamente, no contenía muchos libros. El despacho era rectangular, con los sofás para las visitas en un extremo y el escritorio con dos sillas delante en el otro. No había nada que con justicia pudiera llamarse lujoso. El cuadro que colgaba tras el escritorio era grande, aunque bastante feo, y Billy T. no consiguió reconocer a su autor. Lo primero que pensó mientras miraba a su alrededor fue que había visto despachos más exclusivos en otros lugares del país. Aquella era una estancia

completamente socialdemócrata, un despacho prudente para un primer ministro que sus visitantes noruegos aprobarían con un movimiento de cabeza, pero que mandatarios de otras partes del mundo encontrarían espectacularmente poco llamativo. Había una puerta en cada extremo; Billy T. acababa de entrar por una de ellas y la otra conducía a un pequeño cuarto de estar con ducha y aseo.

El médico estaba pálido y tenía la chaqueta gris manchada de sangre. Le estaba costando quitarse los guantes de látex, y Billy T. creyó percibir un toque de solemnidad en su voz.

—Supongo que la primera ministra murió hace tres o cuatro horas, pero de momento es solo una suposición muy preliminar. Doy por supuesto que la temperatura de la habitación ha sido constante, al menos hasta que llegamos nosotros.

Por fin los guantes cedieron, despegándose de sus dedos con un chasquido, y se los guardó en el bolsillo de su chaqueta de *tweed*. El médico pareció armarse de valor para decir:

—Le han disparado en la cabeza.

—Eso ya lo veo —murmuró Billy T.

El jefe de sección le lanzó una mirada de advertencia.

Billy T. captó la indirecta. Se giró hacia los tres técnicos de escenas del crimen que ya estaban haciendo su trabajo, el mismo que habían realizado en muchas ocasiones anteriores: fotografiaban, medían, aplicaban con un pincel el polvo para tomar huellas dactilares, moviéndose por la gran oficina con una delicadeza que sorprendería a alguien que no los hubiera visto antes. Fingían que estaban acostumbrados a aquello, que era una práctica rutinaria. Pero en el ambiente de la estancia podía respirarse algo casi sagrado, ni rastro del humor negro que solían destilar, una opresión que aumentaba a medida que subía la temperatura. No había nada que invitara a tomarse a la ligera la muerte de una primera ministra.

Siempre que estaba cerca de un cadáver, Billy T. volvía a descubrir que nada se presenta tan despojado como la muerte. Veía a esa mujer que apenas tres horas antes dirigía el país, esa mujer a la que en realidad no conocía, pero que estaba cada día en la televisión, en los periódicos, en la radio. Ver a Birgitte Volter, la quintaesencia de un personaje público, muerta sobre su escritorio resultaba peor, más embarazoso y vergonzante, que verla sin ropa. Billy T. se dio la vuelta y fue hacia la ventana.

El Ministerio de Economía estaba a la izquierda, mucho más abajo. El edificio parecía encogerse enojado por la reciente, sofisticada y cara rehabilitación de su vecino el Tribunal Supremo. Algo más alejado, hacia el sudoeste, Billy T. podía ver el tejado del Congreso de los Diputados, bastante modesto cuando se vislumbraba desde el penúltimo piso de la torre del gobierno. La cúpula estaba coronada por un estandarte de mástil algo maltrecho e impotente. El poder ejecutivo, legislativo y judicial siguiendo una línea no del todo recta. «Y la calle Aker hilvanándolo todo», pensó Billy T., mirando de nuevo hacia el interior del despacho.

—¿Armas? —preguntó a un joven guardia que se había acercado a la puerta.

Negó con la cabeza mientras bebía agua de un vaso de plástico que devolvió con mucho cuidado a una joven policía de uniforme.

—No.

—¿No?

—Aún no, nada. —Se limpió la boca con la manga de la chaqueta—. Seguro que la encontraremos. Debemos seguir buscando. Aseos, pasillos, descansillos. ¡Maldita sea! Este edificio es un mastodonte. Pero lo más probable es que no esté aquí dentro. El arma, digo.

—Y este mastodonte está lleno de gente incluso un viernes por la tarde —dijo el jefe de sección un tanto sorprendido—. Se están reuniendo en la cafetería de la planta baja. De momento hay como mínimo sesenta o setenta personas.

Billy T. maldijo en voz baja.

—Tiene que haber por lo menos cuatrocientos malditos despachos en este bloque. ¿Pedimos refuerzos? —preguntó con una sonrisa forzada mientras se pasaba la mano por el cráneo afeitado.

—Por supuesto —dijo el jefe de sección—, tenemos que encontrar el arma, claro.

—Nunca hay que dar nada por descontado —dijo Billy T. con el volumen justo para que nadie pudiera oírle.

Quería marcharse. Allí no hacía falta. Sabía que los días, las semanas, tal vez los próximos meses serían un verdadero infierno. Les esperaba un largo estado de excepción. Ni un solo día libre, nada de vacaciones. Sin tiempo para los niños, cuatro chicos que al menos deberían poder contar con él los fines de semana. Pero aquí no le necesitaban, ahora no, en aquel despacho rectangular con vistas privilegiadas sobre la noche de Oslo bellamente iluminada y con una mujer muerta sobre su escritorio.

La sensación de soledad volvió a invadirle. Eso era: soledad y nostalgia. La echaba de menos, a ella, su compañera y única confidente. Debería haber estado allí; juntos eran invencibles, pero cuando estaba solo sentía que sus dos metros de altura y el crucifijo que colgaba invertido de su oreja no servían de nada. Apartó la vista del charco de sangre sobre el que descansaba la cabeza destrozada de la mujer.

Se dio la vuelta y se llevó una mano al pecho. Hanne Wilhelmsen estaba en Estados Unidos y no volvería hasta Navidad.

—¡Mierda, Billy T.! —susurró el policía que había bebido agua—. Me encuentro muy mal. No me había pasado nunca. Nunca en la escena de un crimen desde que estaba en formación.

Billy T. no contestó. Se limitó a observar al hombre un instante y le dedicó un gesto fugaz, que con un poco de buena voluntad podría interpretarse como una sonrisa. Él también se sentía fatal.

—Debe de pasar algo gordo —jadeó Knut Fagerborg quitándose la cazadora vaquera forrada de borreguillo—. Mogollón de gente, montones de coches y barreras por todas partes, y todo tan silencioso... ¡Joder! ¡Todo el mundo está superserio!

Se dejó caer sobre una silla demasiado baja para él y sus piernas se desparramaron por todos lados, parecía una araña. A Liten Lettvik le dolía intensamente la rodilla izquierda. Se puso de pie y apoyó la pierna con mucho cuidado, mientras iba aumentando la presión sobre el suelo con enorme prudencia.

—Quiero verlo —dijo sacando una cajetilla de puritos.

Encendió uno despacio, con mucha ceremonia, mientras Knut Fagerborg levantaba los pies sin moverse del sitio, impaciente por salir corriendo hacia la torre.

—Creo que tienes razón —confirmó Liten sonriendo—. Definitivamente, esto es algo gordo.

Y salió cojeando de la redacción.

20.34 Residencia de Skaugum, en Asker

El coche oficial negro se paró con suavidad frente a la entrada de la residencia real en Asker, más o menos a media hora de la ciudad. Un hombre alto y delgado que vestía traje oscuro abrió la puerta trasera derecha antes de que el coche se detuviera por completo y bajó. Se arrebujó dentro de su gabardina y se dirigió hacia la entrada dando largas zancadas. A mitad de camino se tambaleó ligeramente, tan solo un instante, y recuperó el equilibrio separando un poco los pies.

Un hombre uniformado le abrió y le acompañó inmediatamente hasta una habitación con aires de biblioteca. En voz baja, pidió al ministro de Asuntos Exteriores que esperara. El hombre había hecho un gesto de sorpresa cuando el recién llegado se negó a entregarle su gabardina para guardarla en algún lugar más adecuado. La figura desgarrada del ministro de Asuntos Exteriores aguardó sentada en una silla barroca e incómoda y daba la sensación de que le faltara espacio. Se ciñó la gabardina con más fuerza en torno al cuerpo, a pesar de que no tenía frío.

El rey estaba en la puerta. Vestía de manera informal, un pantalón gris y el cuello de la camisa desabrochado. Su rostro mostraba una expresión aún más preocupada de lo habitual, y su mirada se percibía intranquila tras los pesados párpados que solo dejaban ver la parte inferior del iris. No sonrió, y el ministro de Exteriores se levantó precipitadamente y le tendió la mano.

—Me temo que tengo muy malas noticias, majestad —dijo en voz baja, y tosió ligeramente tapándose la boca con el puño izquierdo.

La reina había entrado siguiendo a su consorte. Se detuvo a unos dos metros de la puerta; en la mano llevaba una bebida con hielos que tintineaban con un aire doméstico, como una invitación a una agradable velada casera. Llevaba un modelo de pantalón vaquero adecuado para mujeres de cierta edad y un colorido jersey

estampado con vacas rojas y negras. Su gesto era profesional, pero no podía ocultar una cierta curiosidad por la visita.

El ministro de Exteriores se sintió mal. Parecía que sus majestades estaban pasando algo tan poco habitual como una tarde tranquila en casa. De todas formas, no eran los únicos que verían cómo se frustraba su velada. Saludó a la reina con una breve inclinación de cabeza, volvió a mirar al rey a los ojos y continuó:

—La primera ministra Volter ha muerto, majestad. Le han pegado un tiro esta tarde.

Sus majestades intercambiaron una mirada y el rey se frotó despacio entre los ojos. Se hizo un largo silencio.

—Creo que será mejor que el ministro tome asiento —dijo por fin el rey señalando la silla de la que el hombre alto y moreno acababa de levantarse—. Siéntate y cuéntanos lo ocurrido. Tal vez quieras darme la gabardina.

El ministro de Exteriores se miró con un gesto que parecía indicar que ni siquiera era consciente de que la llevaba puesta. Se la quitó con torpeza y pensó que sería demasiado dársela al rey, así que optó por colgarla del respaldo de la silla y se sentó de nuevo.

La reina le rozó levemente el hombro con la mano cuando pasó a su lado para sentarse unos metros más allá; un gesto consolador de una mujer que había percibido que tras los gruesos, muy gruesos cristales de las gafas del ministro se intuían las lágrimas.

—¿Quieres una copa? —preguntó en voz baja, pero el hombre negó casi imperceptiblemente con un movimiento de cabeza y volvió a carraspear, esta vez de forma prolongada e intensa.

—No, creo que no. Esta va a ser una noche muy larga.

20.50 Calle Ole Brumm, 212

—Le acompaño en el sentimiento de toodo corazón —dijo el obispo de Oslo intentando captar la mirada del hombre que tenía delante.

Pero no lo consiguió. Roy Hansen había sido la pareja de Birgitte Volter durante treinta y cuatro años, de los cuales habían estado casados treinta y tres. Los dos tenían apenas dieciocho jovencísimos años cuando se celebró su boda y, a pesar de algunas etapas turbulentas, las habían capeado todas y seguido juntos cuando todos a su alrededor parecían querer demostrar que era imposible que un matrimonio durara toda la vida en un ambiente urbano y febril. Birgitte no era solo una parte importante de su vida, en muchos sentidos *era* su vida, algo que había considerado una consecuencia natural de que los dos hubieran decidido apostar por la carrera de ella. Ahora estaba sentado en el sofá mirando fijamente hacia un punto inexistente.

La secretaria general del Partido Laborista estaba junto a la puerta de la terraza y

parecía muy incómoda con la presencia del obispo, algo muy lógico dado que había manifestado su protesta por la visita del religioso.

—Yo sí les conocía —exclamó—. ¡Por Dios! Si Birgitte ni siquiera era miembro de la Iglesia.

Pero las tradiciones estaban hechas para ser seguidas. Sobre todo en aquel momento en el que todo era tan difícil, una locura inimaginable, y había que desempolvar el manual para gestionar la crisis, que se convertía en algo muy distinto a un simple libro que descansaba en un cajón por si acaso sucedía lo que se suponía que nunca ocurriría.

—Preferiría que se marchara —susurró Roy Hansen, sentado en el sofá.

El rostro del obispo expresó incredulidad, pero duró solo un instante. Se controló y consiguió recuperar su dignidad obispal.

—Es un momento muy duro —continuó arrastrando las erres con su acusado acento del oeste del país—. Siento un gran respeto por tu deseo de estar solo. Tal vez podamos avisar a alguien. ¿Algún familiar, quizá?

Roy Hansen seguía observando fijamente algo que los demás no podían ver. No lloraba, su respiración era lenta y acompasada, pero de sus ojos azul pálido caía una silenciosa riada de lágrimas, un pequeño río que hacía mucho que había desistido de secar.

—Ella puede quedarse —dijo sin mirar a la secretaria general del partido.

—En ese caso me retiro —afirmó el obispo sin hacer amago de levantarse—. Rezaré por ti y por tu familia. Y, por favor, no dejes de llamarme si hay algo que yo u otra persona podamos hacer por ti.

Seguía sin moverse. La secretaria general estaba junto a la puerta y tuvo ganas de abrirla para acelerar la marcha de aquel hombre, pero había algo en la situación que hizo que se quedara completamente quieta. Los minutos pasaban y solo se oía el tictac de un reloj de mesa con caja de roble. De pronto dio nueve lentas campanadas, forzadas, titubeantes, como si no quisiera que la noche avanzara.

—Bien —suspiró pesadamente el obispo—. Me marchó.

Cuando por fin salió de la habitación, la secretaria general lo acompañó, cerró la puerta tras él y volvió al salón. Roy Hansen la miró por primera vez, una mirada desesperada que se perdió en una mueca cuando empezó a llorar de verdad. La secretaria general se sentó a su lado y él descansó la cabeza en su regazo mientras respiraba con dificultad.

—Alguien tiene que hablar con Per —sollozó—, no tengo fuerzas para hablar con Per.

21.03 Calle Odin, 3

El hígado era de primera calidad. Lo sostuvo bajo su nariz y acercó un momento la

lengua a la carne pálida. Cuando se trataba de hígado de ternera, el carnicero de Torshov era el único del que se fiaba de verdad. Aunque no le quedara cerca, merecía la pena dar un rodeo.

Había comprado las trufas en Francia tres días antes. Normalmente se conformaba con las de lata, pero cuando se presentaba la ocasión, lo que ocurría con relativa frecuencia, no había nada que pudiera compararse con las trufas frescas.

Ding dong.

Tenía que hacer algo con ese timbre. Emitía un sonido atonal y carente de armonía, y le hacía dar un respingo cada vez que llamaban. Echó una mirada a su reloj de pulsera. No esperaba a nadie. Era viernes y la fiesta sería al día siguiente. Camino de la puerta, se detuvo repentinamente y esperó un instante. Luego se dirigió con aire decidido a la mesa de salón de roble macizo y agarró el objeto que había sobre ella. No lo pensó más: abrió una de las puertas con parras talladas del aparador y lo metió detrás de la ropa blanca, debajo de un mantel que su madre había tejido hacia 1940. Empujó la puerta y se secó las manos contra el pantalón de franela. Luego salió para ver quién llamaba.

—¿Benjamin Grinde?

Fue la mujer quien preguntó. Tendría cuarenta y tantos años y llevaba tres rayas en los hombros del uniforme. Parecía sentirse cómoda con él: le quedaba bien y favorecía el pecho generoso que se intuía bajo la chaqueta abrochada. Pero no parecía en absoluto que encontrara algo agradable en la tarea que estaba a punto de desempeñar. No le miró a los ojos y fijó la vista en un punto que parecía encontrarse diez centímetros por encima de su cabeza. Junto a ella estaba un hombre un poco más joven que llevaba gafas y tenía una barba densa y bien cuidada.

—Sí —dijo Benjamin Grinde, apartándose a un lado y abriendo la puerta del todo como una invitación a los dos policías.

Intercambiaron una breve mirada y decidieron seguir al juez del Supremo mientras se dirigía al salón.

—Supongo que me van a contar de qué se trata —dijo señalando el sofá con las palmas levantadas.

El juez tomó asiento en un gran sillón de orejas. Los policías permanecieron de pie, él detrás del sofá, toqueteando tímidamente una costura de la piel sin levantar la vista.

—Nos gustaría que nos acompañara a la comisaría —carraspeó la mujer, que cada vez parecía sentirse más incómoda—. Nosotros... bueno, los abogados del cuerpo querían que mantuviera con ellos una... conversación, digamos.

—¿Conversación?

—Interrogatorio —dijo el de la barba alzando la cabeza—, queremos tomarle declaración.

—¿Interrogarme? ¿Sobre qué?

—Lo sabrá cuando lleguemos. Quiero decir, cuando lleguemos a la comisaría.

El juez del Supremo Benjamin Grinde miró primero a la mujer y luego al hombre. Después se echó a reír. Una risa grave y agradable; la situación parecía divertirse sobremanera.

—Supongo que entendéis que conozco las reglas de este juego: con la ley en la mano, no tengo por qué ir con vosotros a ninguna parte. Por supuesto que quiero colaborar, pero para eso necesito saber de qué se trata.

Se levantó y, en un acto de demostración de lo seguro que estaba de sí mismo, fue a la cocina. Regresó al momento con su copa de coñac. La levantó hacia ellos con un gesto elegante, como si ya hubiera empezado la celebración de su cumpleaños.

—Supongo que no beben cuando están de servicio —dijo sonriendo, y volvió a sentarse tranquilamente después de coger un periódico que estaba en el suelo, junto a la butaca.

La agente estornudó.

—Jesús —murmuró Benjamin Grinde mientras colocaba torpemente el diario sobre la mesita; de alguna extraña manera, el tono rosado del papel hacía juego con el mobiliario.

—Creo que debería acompañarnos —carraspeó la mujer empleando un tono más decidido—. Tenemos una orden de arresto, por si acaso...

—¿Orden de arresto?! ¿Por qué razón, si es que puede saberse?

El periódico se había vuelto a caer al suelo y Grinde se había inclinado hacia delante.

—Francamente —dijo ella, colocándose delante del sofá y tomando asiento—, ¿no sería mejor que se limitara a acompañarnos? Lo ha dicho usted mismo: sabe cómo funcionan las cosas, y será un disparate y se armará un gran embrollo si le detenemos. Piense en la prensa, por ejemplo. Es mejor que se limite a venir con nosotros.

—Quiero ver esa orden.

Su voz sonó fría, dura e imposible de contradecir.

El hombre joven tiró con torpeza de la cremallera del bolsillo interior de su chaqueta y sacó por fin un documento azul. Se quedó dudando mientras miraba a su colega más experimentada para saber qué hacer. Ella asintió con la cabeza y Benjamin Grinde cogió el papel. Lo desdobló, lo colocó sobre su rodilla y lo alisó varias veces con la mano. Para colmo, habían incluido su título completo: «Doctor en derecho, licenciado en medicina, juez del Tribunal Supremo Benjamin Grinde». Acusado de haber infringido el artículo 233 del Código Penal «al haber...».

Cuando leyó la descripción del hecho en el que se basaba la orden, no solo se quedó pálido. Su tez adquirió un tono grisáceo bajo el discreto bronceado y, como por arte de magia, su piel se humedeció.

—¿Está muerta? —susurró sin dirigirse a nadie en concreto—. ¿Birgitte ha muerto?

Los dos oficiales intercambiaron una breve mirada y pensaron exactamente lo

mismo: o ese hombre no tenía ni idea de lo que había ocurrido, o debería añadir «primer actor del Teatro Nacional» a su ya impresionante título.

—Sí, está muerta.

Fue la mujer quien contestó, y por unos instantes pensó que Benjamin Grinde iba a desmayarse. Su rostro mostraba un color horrible, y si no fuera porque parecía estar en muy buena forma hubiera temido por su corazón.

—¿Cómo?

Benjamin Grinde se había puesto de pie, pero parecía estar encogido, con los hombros caídos y redondeados como el cuerpo de una botella. Había dejado la copa de coñac sobre la mesa con un gesto brutal, y el líquido dorado salpicó y lanzó destellos a la luz de la araña que colgaba sobre la mesa del comedor.

—No podemos contárselo, entiéndalo —dijo la mujer, reflejando cierta ternura en su voz, algo que molestó a su colega e hizo que la interrumpiera bruscamente.

—Ahora sí que nos acompañará, ¿no?

Sin responderle, Benjamin Grinde dobló con sumo cuidado y precisión el papel azul antes de guardárselo en el bolsillo sin dudar un momento.

—Claro que iré con ustedes —murmuró—. No hará falta que me detengan.

Frente al antiguo y venerable edificio de Frogner había aparcados cinco coches de policía. Mientras entraba en el asiento trasero de uno de ellos, vio que dos policías uniformados desaparecían en su portal. Supuso que iban a hacer guardia ante la puerta de su piso. Tal vez estaban esperando la llegada de una orden de registro. Se abrochó el cinturón de seguridad y se dio cuenta de que le temblaban las manos, y mucho.

21.30 Calle Kirkeveien, 129

El teléfono no había parado de sonar en toda la tarde. Al final lo desconectó. Era viernes y quería librar. Librar de verdad. Sinceramente, bastante tiempo pasaba a diario entre la oficina y el Congreso como para que también le fastidiaran la noche del viernes. Las niñas habían salido, las dos; en plena adolescencia apenas las veía. Ahora mismo, casi lo prefería así. Estaba cansada y se encontraba medio indisputa; había dejado el busca en el fondo de un armario, a propósito, aunque en teoría tenía obligación de estar siempre localizable. Media hora antes había oído el sonido del fax en el cuarto de al lado recibiendo documentos, pero no tenía fuerzas para ir a ver de qué se trataba. En vez de eso, se preparó un Campari con poca tónica y mucho hielo, puso los pies sobre la mesa y empezó a buscar alguna serie de detectives entre los montones de canales que no había llegado a controlar del todo. La televisión nacional NRK era la apuesta más segura.

Todavía estaba el logo del informativo. ¿A las nueve y media? Serían las noticias de la noche, pero para eso aún era pronto. Se levantó para coger un periódico, y

entonces vio el texto que aparecía en vertical en la parte derecha de la pantalla. «Especial», era una edición especial. Se quedó parada con el vaso de Campari en la mano. El hombre de cabello rubio y escaso y ojos cansados parecía estar al borde del llanto y carraspeó antes de empezar a hablar.

«La primera ministra Birgitte Volter ha muerto a los cincuenta y un años. Le han disparado en su despacho de la torre del distrito de gobierno a última hora de la tarde».

El vaso de Campari cayó al suelo. Por el ruido que hizo supo que no se había roto, pero la alfombra blanca de pelo largo nunca volvería a ser la misma. Ni siquiera le echó un vistazo mientras volvía a sentarse lentamente en el sofá.

—Muerta —susurró—. ¿Birgitte? Muerta... ¡a tiros!

«Pasamos la conexión a la sede del gobierno».

Un joven de aspecto febril, que parecía muy menudo por efecto del gigantesco anorak que llevaba puesto, miraba fijamente y con los ojos muy abiertos a la cámara oscilante.

«Sí, estoy frente a la sede del gobierno y acabamos de obtener la confirmación de que, en efecto, Birgitte Volter ha... —era evidente que tenía grandes dificultades para encontrar las palabras apropiadas a la situación, ni siquiera había tenido tiempo de ponerse un traje oscuro, como sí lo había hecho el periodista del estudio, y tartamudeaba y tosía de vez en cuando—... fallecido. Por lo que sabemos ha recibido un balazo en la cabeza y tenemos informaciones que indican que murió de forma instantánea».

Ya no supo qué más decir. No paraba de tragar saliva, y estaba claro que el cámara no sabía si mantenerle enfocado. La imagen se movió desde el reportero intensamente iluminado por el foco hacia el grupo de personas que se agrupaba frente al edificio en un silencio expectante. La policía estaba prácticamente desbordada intentando mantener a curiosos y periodistas al otro lado de la cinta blanca y roja.

Birgitte había muerto. La voz del informativo se alejó y se sintió mareada. Puso la cabeza entre las rodillas e intentó alcanzar uno de los hielos caídos sobre la alfombra. Estaba lleno de pelusas, pero se lo pasó por la frente y notó un ligero alivio. El hombre del estudio estaba realizando una heroica labor de salvamento en favor de su joven y poco experimentado colega de la calle.

«¿Sabes si han detenido a alguien?».

«No, no hay nada que indique que sea así».

«¿Y qué hay del arma? ¿Se sabe algo más sobre el tipo de arma utilizado?».

«No, solo hemos podido saber que Birgitte Volter ha muerto, que le han disparado».

«¿Qué está ocurriendo ahora mismo en el entorno de la sede del gobierno?».

Y así siguieron durante lo que a la ministra de Sanidad Ruth-Dorthe Nordgarden le pareció una eternidad, sin enterarse de casi nada de lo que decían. Después de un rato dejaron de enfocar el bloque gubernamental para pasar la conexión al Congreso,

donde un grupo de compungidos líderes parlamentarios entraban apresuradamente en el edificio mientras les filmaban.

—¡El teléfono!

Lo conectó de nuevo y tardó tan solo unos segundos en sonar. Cuando colgó únicamente podía preguntarse si iba a perder su puesto. Fue al dormitorio y sacó el busca del fondo del armario mientras intentaba encontrar algo apropiado que ponerse. Negro. Tenía que ir de negro. Pero, por otra parte, lucía una palidez invernal y el negro no le sentaría bien. Sabía que era guapa, lo sabía muy bien, lo tenía tan claro como para no elegir un vestido negro en abril. Tendrían que conformarse con un vestido marrón. Algo oscuro.

Se le había pasado el susto y empezaba a sentir una incipiente irritación. Era un momento especialmente poco oportuno para ir a morirse. Le venía muy, muy mal. El vestido marrón de pana tendría que valer.

Sábado, 5 de abril de 1997

00.50 Frente a la calle Odin, 3

El redactor jefe se había cabreado mucho cuando Liten Lettvik se marchó, pero al fin y al cabo eso daba igual. No quería comentar con él su teoría. Era su idea, su artículo, si es que había artículo.

—*Something in the way she moves, tells me la, la, la, la* —canturreó bajito, muy contenta.

El piso de Benjamin Grinde estaba a oscuras. Podía ser una señal de que estaba dormido. Aunque, por otra parte, en esos momentos no había prácticamente nadie en el reino de Noruega que estuviera durmiendo. Era viernes y el asesinato de la primera ministra Birgitte Volter había caído sobre los ciudadanos como una bomba atómica. Tanto la televisión pública como el canal privado emitían un boletín especial cada hora, aunque en realidad no tenían mucho que contar. Mucha palabrería y comentarios insustanciales, además de necrológicas que dejaban ver que solo hacía seis meses de la llegada de Birgitte Volter al cargo, y que por lo tanto las redacciones no tenían su perfil preparado. Seguro que la cosa mejoraría mucho al día siguiente.

Las ventanas sin iluminar también podían indicar que el juez del Supremo Grinde había salido. De fiesta o «a una recepción», como se decía en esta zona de la ciudad. Pero también podía significar otra cosa. Miró a ambos lados de la calle y cruzó. Los coches estaban aparcados muy juntos y pegados a la acera, y no pudo pasar entre un Volvo y un BMW cuyos parachoques casi se besaban. Resopló y finalmente tuvo que buscar un paso más ancho un poco más allá.

El portal de la calle Odin, 3 no estaba como debería. La puerta no cerraba bien, parecía que la cerradura se había deformado. Perfecto. No tendría que llamar al telefonillo. Con mucho cuidado, empujó la pesada puerta de madera maciza y entró en la portería.

En su interior, inesperadamente amplio, olía a cal y productos de limpieza. Había una bicicleta atada a la barandilla junto a la puerta del sótano. El portal estaba bien cuidado y era bonito, con las paredes pintadas de amarillo y una cenefa verde, y las cristalerías originales de variados colores de cada descansillo estaban en perfecto estado.

A mitad de camino del segundo piso se detuvo.

Voces. Voces bajas que conversaban. Una risa ahogada. Se pegó a la pared a una velocidad sorprendente y bendijo su suerte, que esa noche la había agraciado con unos silenciosos zapatos de suela de goma. Continuó subiendo, pero se mantuvo pegada a la pared. Había dos hombres en la escalera. Dos policías uniformados. Estaban sentados frente a la puerta de Benjamin Grinde. Liten tenía razón. Bajó con

el mismo cuidado con el que había subido. Cuando se hubo alejado de la puerta rota del vestíbulo, sacó un teléfono móvil de su amplia gabardina. Marcó uno de los números más valiosos de su agenda. El del inspector Konrad Storskog, un trepa perfectamente antipático de unos treinta y cinco años. Nadie más que ella sabía que, cuando Storskog tenía veintidós años, había dejado el coche de sus padres siniestro total, con una tasa de alcohol en sangre que nunca se midió, pero que debía de alcanzar una cifra muy elevada. Ella iba conduciendo detrás de él; era de noche, estaba oscuro y no había más testigos. Liten había localizado a los padres de Storskog, quienes de manera sorprendente consiguieron acallar la historia sin que en la hoja de servicios del recién licenciado policía apareciera ni una sombra. La periodista tomó nota de todo para aprovecharlo más adelante, y nunca tuvo motivos para arrepentirse de no haber cumplido con sus obligaciones cívicas trece años antes.

—Storskog —respondió con vehemencia una voz en el móvil.

—Hola, Konrad, viejo lince —rio Liten Lettvik—, mucho trabajo esta noche, ¿no?

La línea enmudeció.

—¡Hola! ¿Me oyes?

No había interferencias, así que estaba segura de que seguía allí.

—Konrad, Konrad —dijo Liten con suficiencia—, no te pongas estupendo conmigo.

—¿Y ahora qué quieres?

—Que respondas a una preguntita de nada.

—¿Qué? Estoy jodidamente ocupado.

—¿Está el juez del Supremo Benjamin con vosotros? Quiero decir que si está ahí ahora.

De nuevo un silencio absoluto.

—No tengo ni idea —dijo de pronto tras una larga pausa.

—Tonterías. Claro que lo sabes. Dime solo sí o no, Konrad. Solo sí o no.

—¿Por qué iba a estar aquí?

—Si no le tenéis, estamos hablando de una falta grave. —Esbozó una sonrisa y continuó—: Porque debe de haber sido una de las últimas personas en ver con vida a la señora. Me refiero a Volter. Estuvo en su despacho a última hora de la tarde. ¡Pues claro que tenéis que hablar con él! Anda, límitate a decir sí o no y podrás continuar con esas cosas tan importantes que tienes que hacer.

Volvió a quedarse en silencio.

—Esta conversación nunca ha tenido lugar —dijo él finalmente con firmeza y colgó.

Liten Lettvik había conseguido la confirmación que necesitaba. «Something in the way she moves...», tarareó satisfecha mientras bajaba por la calle Frogner en busca de un taxi.

Empezaba a tener prisa.

Incluso Billy T., que no solía fijarse en esas cosas, tenía que reconocer que Benjamin Grinde era un hombre excepcionalmente agraciado. Un tipo atlético, sin parecer pesado. Los hombros anchos y las caderas estrechas, pero sin exagerar. Su ropa era de un excelente buen gusto; hasta los calcetines, que podían verse cuando cruzaba las piernas, hacían juego con la corbata, que solo tenía el nudo un poco deshecho. La corona de pelo oscuro que rodeaba su cabeza estaba cuidadosamente recortada, haciendo que su calva pareciera algo intencionado, deseado; denotaba poderío y grandes cantidades de testosterona. Sus ojos eran de un color castaño oscuro y su boca estaba bien perfilada. Los dientes eran sorprendentemente blancos y juveniles; al fin y al cabo, el hombre tenía cincuenta años.

—Veo que cumple años mañana —comentó Billy T. pasando las hojas que tenía en la mano.

Un joven en prácticas ya había tomado sus datos personales mientras Billy T. salía a atender un asunto particular. Un asunto muy particular. Había enviado un fax de dos folios escritos a mano a Hanne Wilhelmsen. Luego se dio una ducha. Las dos cosas le habían hecho sentirse mejor.

—Sí —dijo Benjamin Grinde consultando su reloj—. O, mejor dicho, hoy.
Esbozó una débil sonrisa.

—Cincuenta años, nada menos —dijo Billy T.—. Despacharemos este asunto a tiempo de no estropearle la fiesta.

Por primera vez, Benjamin Grinde pareció sorprendido. Hasta ese momento había permanecido casi inexpresivo, cansado y apático.

—¿Despacharlo? Debo recordarle que hace apenas unas horas me entregaron una orden de arresto. ¿Y ahora dicen que lo van a resolver en un momento?

Billy T. se apartó de la máquina de escribir y miró al juez del Supremo, sentado frente a él. Plantó las palmas de las manos sobre la mesa yladeó la cabeza.

—Mire —suspiró—, yo no soy tonto, y usted definitivamente tampoco. Los dos sabemos que quien haya matado a Birgitte Volter no se ha despedido de su secretaria con una sonrisa y se ha ido tranquilamente a su casa para preparar... —buscó entre sus papeles—... paté. ¿Era eso lo que estaba haciendo?

—Sí...

Ahora el juez pareció aún más sorprendido. Ninguno de los policías había entrado en la cocina, ¿no?

—Parece tan claro que es usted el autor del crimen que es imposible que sea usted.

Billy T. rio y se frotó la oreja haciendo girar la cruz invertida.

—Es que leo novelas negras, ¿sabe? El culpable nunca es el que parece. Nunca. Y no se van a su casa después. Para serle sincero, Grinde, esa orden fue una solemne tontería. Hizo muy bien en confiscarla. Tírela. Quémela. Una típica reacción de

pánico de esos malditos leguleyos, con perdón...

Se volvió de nuevo hacia la máquina de escribir y aporreó tres o cuatro frases con dos dedos antes de cambiar la hoja. Luego miró a Benjamin Grinde y pareció dudar antes de colocar sobre la mesa sus larguísimas piernas calzadas con botas del cuarenta y siete.

—¿Por qué estaba allí?

—¿En el despacho de Birgitte?

—¿Birgitte? ¿La conocía? Personalmente, quiero decir.

Billy T. bajó las piernas y se inclinó sobre el escritorio.

—Birgitte Volter y yo nos conocemos desde la infancia —dijo Benjamin Grinde mirando fijamente al policía—. Es un año mayor que yo y en la adolescencia eso implica cierta distancia. Pero en Nesodden no éramos muchos. Nos conocimos entonces.

—Entonces... ¿Y ahora qué? ¿Seguían siendo amigos?

Benjamin Grinde cambió de postura y colocó la pierna izquierda sobre la derecha.

—No, en ningún caso afirmaré eso. Nos hemos visto de forma esporádica a lo largo de los años. Diría que el contacto normal, puesto que nuestros padres continuaron siendo vecinos muchos años después de que nosotros nos hubiéramos ido de casa. No, no puede decirse que seamos amigos. Que fuéramos amigos, quiero decir.

—Pero ¿se tuteaban?

Grinde esbozó una sonrisa.

—Cuando se ha sido amigo de alguien en la infancia y la primera juventud parece algo rebuscado llamarle por su apellido. Incluso habiendo perdido el contacto. ¿No le pasa a usted lo mismo?

—Supongo.

—Bueno, entiendo que quiere saber qué hacía allí. Seguramente podrá comprobarlo en su agenda. O tal vez su secretaria pueda confirmarlo. Quería pedirle más medios para una comisión de investigación que presido. Una comisión parlamentaria.

—El comité Grinde, claro —dijo Billy T., volviendo a poner los pies sobre la mesa.

Benjamin Grinde observó las punteras de las botas del gigantón sentado frente a él y se preguntó si su comportamiento pretendía ser la manifestación de poder de un policía que por fin tenía bajo su control a uno de los jueces del Supremo.

Billy T. sonrió. Su mirada era intensa, de un azul gélido como el de un husky, y el juez del Supremo bajó la suya.

—No interprete mi postura como una falta de respeto —dijo Billy T., moviendo las punteras rematadas en acero—. Sencillamente, es bastante incómodo tener las piernas tan largas. ¡Mire! Es que no caben debajo de la mesa de ninguna manera.

Se contorsionó y volvió a bajar los pies.

—Pero, a ver, si iba a pedir más... medios... —prosiguió, y Grinde asintió de forma casi imperceptible—, ¿por qué no habló con la ministra de Sanidad? ¿No sería más lógico?

El juez levantó la vista de nuevo.

—Puede ser. Pero sabía que Birgitte estaba especialmente interesada en este asunto. Además... era una oportunidad de verla. No habíamos hablado en muchos, muchos años. Quería felicitarla, felicitarla por su nuevo cargo.

—¿Por qué necesita más dinero?

—¿Dinero?

—Sí, ¿por qué iba a hablar con Volter para que le diera más dinero para ese comité suyo?

—Comisión.

—Lo mismo da. ¿Por qué?

—Parece que va a ser una labor mucho más compleja de lo que creíamos cuando se nombró la comisión. Hemos considerado necesario entrevistar a quinientos padres que perdieron a sus recién nacidos en 1965. Es una gran tarea. Y tenemos que... hay que investigar en el extranjero.

Miró a su alrededor y sus ojos se posaron en la ventana, donde la luz azul giratoria de un coche patrulla que estaba en el patio trasero incidía sobre el cristal. De pronto, se detuvo.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

El juez se quedó pensativo, mirando su reloj de pulsera como si pudiera recordarle la respuesta.

—Es difícil saberlo. Creo que estuve allí una media hora. Debí de llegar hacia las cinco menos cuarto. Mejor pensado, estuve casi exactamente tres cuartos de hora. Las cinco y media. A esa hora me marché. Lo recuerdo porque dudaba de si me daría tiempo a llegar al tranvía o tendría que coger un taxi. Tres cuartos de hora.

—Bien.

Billy T. se levantó de golpe. Parecía una torre allí inclinado sobre el juez, mucho más menudo.

—¿Café, té, una cola? ¿Fuma?

—Un café me vendría muy bien. No, no fumo.

El inspector abrió la puerta y habló en voz baja con alguien que estaba por allí cerca. Luego cerró la puerta y volvió a tomar asiento, esta vez en el alféizar de la ventana. El juez sintió una creciente irritación.

Vale que el hombre llevara la cabeza afeitada y vistiera unos vaqueros que habían conocido tiempos mejores. Podía admitir incluso aquellas botas con la puntera remachada, tenía los pies tan grandes que no debía de ser fácil encontrar calzado adecuado. Pero la cruz invertida era pura provocación, en especial en aquellos tiempos en los que la extrema derecha y las sectas satánicas cometían delitos graves y vejatorios casi a diario. Aparte de que, cuando menos, debería ser capaz de estarse

quieto durante un interrogatorio.

—Si le doy la impresión de llevar las pintas de un maldito nazi, lo siento.

Aquel hombre parecía leerle el pensamiento.

—Provengo del Departamento de Orden Público —añadió el policía—, y por lo visto no consigo quitarme la costumbre de parecer un gamberro. Y además suele funcionar, los chicos te ven como a un colega. Los criminales, quiero decir. No le dé mayor importancia.

Llamaron a la puerta y entró una joven vestida con un gastado traje de pana roja y zapatos cómodos. Sin esperar respuesta, dejó dos tazas de café sobre la mesa.

—Eres un ángel —dijo Billy T. con una media sonrisa—, muchas gracias.

El café estaba cargadísimo y ardiendo, resultaba imposible beberlo sin sorber. El recubrimiento del vaso desechable se calentaba en exceso, se ablandaba y era difícil sostenerlo.

—¿Pasó algo en especial durante la reunión? —preguntó Billy T.

El juez pareció dudar, derramó unas gotas de café sobre su pantalón y se limpió la pernera enfadado, con movimientos bruscos.

—No —contestó sin mirar al policía—, diría que no.

—Su secretaria dice que últimamente Volter parecía bastante alterada. ¿Lo notó usted?

—Es que yo ya no conozco apenas a Birgitte Volter. A mí me pareció muy correcta. No, no puedo decir que nada en su actitud me llamara la atención.

Benjamin Grinde se ganaba la vida buscando la justicia y la verdad. Estaba habituado a decir la verdad y tenía muy poca costumbre de mentir. El malestar formó un nudo en su estómago y sintió náuseas. Depositó con cuidado su taza de café al borde de la mesa y fijó su mirada en los ojos del policía.

—No hubo nada en su comportamiento que me hiciera pensar que hubiera algún problema —dijo con voz firme.

Lo peor de todo era que el policía parecía ver en su interior, reconocer la mentira que se había enroscado como una víbora en su esternón.

—No había nada que resultara extraño —repitió mirando por la ventana otra vez.

La luz azul había vuelto y golpeaba una y otra vez el cristal oscuro y mate.

02.23 (hora noruega) Berkeley, California

Querido Billy T.:

Es increíble. Estaba preparando la cena cuando ha entrado tu fax. ¡Es completamente increíble! Llamé a Cecilie inmediatamente y nunca antes se había largado de la universidad tan deprisa. También aquí los medios se están ocupando mucho del asesinato y no nos despegamos del televisor. Pero es como si no dijeran nada. Lo mismo una y otra vez. ¡Tengo más morriña que nunca!

Debéis procurar no quedaros estancados en una sola teoría. Tenemos que aprender de los suecos, que se perdían claramente en una pista «definitiva» tras otra. ¿Qué teorías barajáis de momento? ¿Terrorismo? ¿La extrema derecha? Por lo que he podido saber, hay bastante actividad en esos ambientes. Y, por favor,

no olvidéis lo más evidente: perturbados, familiares, amantes despechados (y de eso tú lo sabes casi todo...). ¿Cómo os estáis organizando? Tengo mil preguntas que seguramente no puedas contestar. Pero, por favor, dime algo y prometo ponerme en contacto contigo más adelante.

Esta es solo una primera reacción, te la mando con la esperanza de que puedas leerla antes de acostarte. Aunque imagino que vas a dormir poco en los próximos días. Te la envío al fax de casa, ya que puede que a los chicos les moleste que una investigadora exiliada se meta en un asunto con el que, oficialmente, ya no tiene nada que ver.

Cecilie te manda muchos, muchísimos recuerdos. Típico de ella: está preocupada sobre todo por ti. Yo pienso más en Noruega, mi Noruega. Es una completa locura. ¡Escríbeme!

Tuya,
HANNE

02.49 Redacción del KA

—Ni hablar, Liten. No podemos hacerlo de ninguna manera.

El redactor jefe estaba inclinado sobre el escritorio leyendo una propuesta para la portada. Desde la primera edición, que había salido a medianoche, la habían modificado radicalmente. Frente a él tenía una portada ocupada por una gran foto de Benjamin Grinde y un titular enorme y dramático: «Detenido un juez del Supremo», con la entradilla «La última persona que vio a Volter con vida».

—Es que no tenemos pruebas de esto —dijo el hombre pellizcándose la nariz y enderezándose las gafas—. No puede ser. Nos van a demandar, demandas millonarias.

Liten Lettvik era la viva representación de la desesperación total. Abría los brazos una y otra vez, bien plantada sobre sus piernas arqueadas, mientras movía la cabeza y giraba los ojos de forma grotesca.

—¡No me lo puedo creer!

El berrido sonó tan alto que consiguió detener por unos instantes el constante rumor de voces de la redacción. Cuando se percataron de su origen, siguieron a lo suyo. Liten Lettvik era muy dada al drama, especialmente cuando no venía a cuento.

—Tengo dos fuentes —bufó entre dientes—. ¡DOS FUENTES!

—¡Ven conmigo! —ordenó el redactor jefe levantando las manos en un gesto que probablemente quisiera ser conciliador, pero que Liten Lettvik percibió como un desprecio.

Una vez en el impresionante despacho, se dejaron caer cada uno en una silla.

—¿Cuáles son tus fuentes? —preguntó observándola fijamente.

—No pienso decirlo.

—Vale. En ese caso tampoco pienso publicarlo.

Descolgó el teléfono y miró hacia la puerta para indicar que debía marcharse. Por un instante Liten Lettvik pareció dudar, pero luego salió con paso firme por el pasillo hasta llegar a su pequeña guarida. El despacho era un completo caos de libros, periódicos, documentos oficiales, envoltorios y restos de manzanas medio podridas.

Rebuscó por la sobrecargada mesa y sacó una carpeta que, increíblemente, sabía exactamente dónde encontrar, escondida entre una caja de pizza con dos trozos de salami agonizantes y un ejemplar del *Diario Obrero*.

—Hace falta ser el mismo demonio para vender periódicos —murmuró mientras buscaba un purito.

El expediente de Benjamin Grinde era relativamente extenso. Llevaba varias semanas trabajando en él. Contenía todo lo que se había escrito sobre su comisión, desde la primera entrevista con Frode Fredriksen, el abogado que lo inició todo. Sacó el recorte del *Aftenposten*.

Nada humano me es ajeno

El letrado Fredriksen celebra sus veinticinco años en activo logrando la absolución en el caso Brevik.

Tone Øvrebø

Anders Kurén (Foto)

Frode Fredriksen no se ha privado de nada. Su despacho evidencia que posee muchas de las cosas por las que algunos de sus clientes más desfavorecidos literalmente matarían. Una de las paredes está ocupada por un gigantesco cuadro de Frans Widerberg que deja caer su reflejo anaranjado sobre un escritorio de reluciente caoba. Sobre la mesa sonríe su familia enmarcada en plata: dos estupendos hijos ya adultos, chico y chica, y una esposa que podría pasar por modelo. Pero no lo es; Frode Fredriksen está casado con la conocida psicóloga y articulista Beate Frivoll. Ayer su cliente Karsten Brevik fue declarado no culpable de un triple homicidio, una dolorosa derrota para la fiscalía. Hoy Fredriksen celebra sus veinticinco años de carrera.

—*¿Cómo se siente un triunfador que ha dedicado su vida a los perdedores?*

—Sobre todo resulta muy emocionante. Pero yo no les llamaría perdedores. No me gusta esa palabra. Ningún ser humano es un perdedor. Algunos tienen peor suerte que otros, el premio que les tocó en la lotería de la vida no fue tan grande como el nuestro. Además, compensa. Compensa mucho. Todos los días aprendo algo. Durante veinticinco años he tenido el privilegio de conocer a muchas personas que se encontraban en circunstancias terribles. Ya nada humano me es ajeno.

—*¿No supone mucho desgaste tratar con violadores y asesinos?*

—Yo no diría eso. Ese tipo de clientes suponen un desafío muy concreto: absolución o una sentencia más leve. Resultan mucho más gravosos los casos en los que se ha cometido una injusticia, pero no hay culpables. Por ejemplo, ahora mismo estoy asesorando a una pareja que perdió a su bebé hace treinta años. Fue en 1965, el año en que mi mujer y yo tuvimos a nuestro primogénito. Esa muerte fue evitable e innecesaria, y ha perseguido a esa familia durante todos estos años. He solicitado una indemnización para ellos. Son casos difíciles, muy difíciles.

La entrevista continuaba, pero Liten no encontró la página siguiente. No importaba.

En la esquina izquierda alguien había garabateado la fecha: 21 de septiembre de

1996. La entrevista había desencadenado un aluvión de llamadas al atildado abogado, que posaba tras su escritorio de caoba. Una vez publicada la entrevista, en un plazo de tiempo admirablemente breve, había pedido una indemnización al gobierno en representación de ciento diecinueve parejas. Todos estaban convencidos de que la muerte de su pequeño había sido inesperada e innecesaria. Y todos los casos tenían en común que no había indicios de negligencia médica. La mayoría de los certificados de defunción aludían a una «repentina parada cardíaca». El escándalo fue en aumento. Los partidos de la oposición parecían incapaces de tomar la iniciativa en su enfrentamiento con la primera ministra Gro (nadie sabía aún que había tomado la decisión de retirarse), pero el 10 de noviembre de 1996 forzaron al gobierno a crear una comisión de investigación. Era inevitable, porque una sencilla consulta en la web del Instituto Nacional de Estadística dejaba claro que en 1965 habían muerto muchos más niños menores de un año que en los años anteriores y posteriores. Benjamin Grinde era perfecto para presidir la comisión: prestigioso jurista y, como guinda de una carrera brillante como pocas, licenciado en medicina. La oposición aún estaba saboreando el éxito obtenido en seis meses, cuando otro juez del Supremo había presentado un informe sobre los servicios secretos. Además, la tesis doctoral de Grinde llevaba por título «Silencio y omisión: los derechos jurídicos del paciente en los exámenes médicos», lo cual le hacía aún más idóneo.

Liten Lettvik estaba cansada.

En realidad, pensándolo bien, no estaba muy segura de por qué estaba leyendo recortes de prensa sobre un caso de salud pública del que ya nadie hablaba y que nadie sabía en qué acabaría, cuando hacía solo unas pocas horas que habían asesinado a la primera ministra. Puede que le hubiera dedicado demasiado tiempo. Hacía varias semanas que no escribía nada y solo su posición como decana entre sus compañeros le permitía escaquearse así. El caso de los bebés le interesaba. Tal vez estuviera obsesionada con él. Pero ahora no era el momento, tenía que concentrarse en el asesinato.

Benjamin Grinde. Le interesaba Benjamin Grinde. La sola mención de su nombre le provocaba un hormigueo en la rodilla. Era imposible no dejarse fascinar por la coincidencia. Llevaba semanas intentando averiguar qué estaba haciendo la comisión Grinde y no había logrado más que informaciones vagas y bastante evidentes. Y de pronto aparece el líder de la comisión como la persona que, probablemente, fue la última en ver con vida a la primera ministra.

—Liten, ya te vale, ponte a trabajar. —El redactor jefe echó su habitual vistazo asqueado al pequeño despacho antes de darle la espalda y añadir—: Ponte en marcha, creo que tienes más que suficiente.

07.00 Sala de conferencias de la sede del gobierno

Todos habían sentido el mismo intenso malestar al pasar por delante de la puerta del despacho de la primera ministra, un piso más abajo. Aunque ya no había policías, o al menos no se les veía, y aunque lo único extraño que se percibía era que una puerta que solía estar abierta ahora se encontraba cerrada, todos sabían que allí dentro, tras la pared que todos se esforzaban por no mirar, Birgitte Volter había sido asesinada unas horas antes.

Los miembros del gobierno estaban excepcionalmente silenciosos. La voz cantarina y de erres muy marcadas de la ministra de Comercio casi no se oía.

—Es sencillamente espantoso. De verdad que no tengo palabras.

Estaba sentada a la enorme mesa ovalada cubierta de esbeltos y modernos micrófonos. Uno de ellos apuntaba descaradamente hacia ella. Lo tapó con la mano mientras se inclinaba hacia el ministro de Defensa. No sirvió de nada. Estaban sentados a la cabecera de la mesa como mandaban su edad y sus años de permanencia en el cargo, y sus voces llegaban a todos los rincones.

El último en llegar fue el ministro de Asuntos Exteriores, cuando los demás ya se habían sentado. Estaba muy pálido y la ministra de Cultura podría jurar que tenía más canas que el día anterior. Intentó sin éxito mandarle una sonrisa de ánimo, pero el hombre no fijó su mirada en ninguno de los presentes. Se detuvo un momento junto al sitio de la primera ministra, a la cabeza de la mesa ovalada, pero se decidió enseguida. Apartó la gran silla tapizada en piel y la dejó vacía. Se sentó a su izquierda, en el lugar que correspondía al ministro de Asuntos Exteriores.

—Me alegro de que todos hayáis podido venir —dijo mirando a sus colegas con los ojos entornados.

El único que vestía de manera informal, con camisa de franela y vaqueros, era el ministro de Agricultura. Estaba pescando en su cabaña cuando el coche oficial fue a recogerle y no había tenido tiempo de pasarse por su estudio para ponerse algo más apropiado. Le daba vueltas a una caja de tabaco de mascar; no le parecía adecuado servirse un pellizco, aunque tenía unas ganas terribles. Parecería poco respetuoso. Se la guardó en el bolsillo de la camisa.

—Este es un día espantoso para todos nosotros. —El ministro de Asuntos Exteriores carraspeó—. En cuanto al caso en sí... quiero decir, la investigación policial, la verdad es que sé muy poco. No han encontrado arma alguna. Nadie ha sido arrestado. Por supuesto, la policía trabaja intensamente con la colaboración de los servicios secretos. No hará falta que os explique por qué están en el caso.

Agarró con dificultad un vaso de agua con gas que había sobre la mesa y se lo bebió de un trago. Nadie aprovechó para hacer una pregunta, aunque estaba claro que había muchas esperando tras las paredes insonorizadas. Lo único que se oía eran los sollozos de la ministra de Energía y Petróleo.

—Lo que más me preocupa en estos momentos es informaros de lo que va a ocurrir a continuación. En la práctica y según la Constitución. Tendré un encuentro oficial con el rey a las nueve, y más tarde habrá un Consejo de Ministros

extraordinario. Os haré saber la hora.

El ministro de Asuntos Exteriores seguía sosteniendo el vaso como si tuviera la esperanza de que volviera a llenarse solo. Lo dejó sobre la mesa a regañadientes y se dirigió a la asesora que ocupaba el asiento contiguo a la silla vacante de la primera ministra.

—¿Podrías hacernos un breve resumen?

La asesora del gabinete de la primera ministra era una señora mayor que se negaba con obstinado tesón a admitir que dentro de dos meses cumpliría los setenta. Durante la noche se había descubierto varias veces pensando algo despreciable y egoísta: lo ocurrido podría, en el mejor de los casos, aplazar su jubilación al menos un año.

—Otto B. Halvorsen —empezó mientras se colocaba un par de gafas de cerca en su cara estrecha y angulosa— falleció el 23 de mayo de 1923. Es, junto con Peder Ludvig Kolstad, el único primer ministro que ha muerto mientras desempeñaba su cargo. Así que tenemos antecedentes en los que basarnos. No veo ninguna razón para que tratemos este caso de forma diferente.

«Caso»... El ministro de Economía Tryggve Storstein sintió una creciente irritación que se aproximaba a la furia. Esto no era ningún «caso», aquí se trataba del hecho de que Birgitte Volter había muerto.

Tryggve Storstein era un hombre bastante apuesto. Sus rasgos eran armónicos y complicaban enormemente la tarea a los que querían dibujar su caricatura: el cabello corto y oscuro sin indicios de calvicie a pesar de que se aproximaba a los cincuenta; el rabillo del ojo descendía dándole un aire triste incluso cuando sonreía; su nariz era recta y escandinava y, cuando hablaba, su boca podía desprender sensualidad. Pero Tryggve Storstein hacía lo que podía para anular las ventajas que su aspecto físico pudiera darle. Tal vez fuera por su infancia en Storteinnes, en Troms, o tal vez por el hecho de que prácticamente había nacido en el seno del partido; el caso era que Storstein tenía el toque que los conservadores malintencionados atribuían a todos los que habían militado en las juventudes socialistas: era bastante hortera. Estaba en forma y la ropa le quedaba bastante bien, pero nunca era del todo acertada. Nunca reflejaba auténtico buen gusto. Los trajes oscuros eran demasiado oscuros, y el resto comprados al por mayor. Ese día vestía una chaqueta marrón de *tweed* sintética, pantalones negros y zapatos marrones. Estaba indignado y jugueteaba con un bolígrafo que apretaba constantemente. Clic, clic, clic, clic.

—En realidad, Otto B. Halvorsen murió tras una breve enfermedad —continuó la asesora mientras lanzaba una mirada irritada a Storstein por encima de las gafas—, así que hubo tiempo para preparar un poco las cosas. Está claro que aquello fue de gran ayuda cuando Peder Kolstad falleció repentinamente de una embolia en marzo de 1932. En aquella ocasión se siguió el mismo procedimiento. Bueno, en cualquier caso, es el ministro de Asuntos Exteriores quien asume temporalmente las funciones de la primera ministra, hasta la disolución del gobierno. Esto sucederá en el momento

en que un nuevo gabinete esté listo para tomar las riendas del país. Hasta entonces, el gobierno actual estará en funciones.

Frunció los labios un momento; parecía un ratón con gafas.

—Esto quiere decir que no se podrán tratar los asuntos en curso. He preparado un memorándum. —Dirigió un gesto imperativo a una mujer que acababa de entrar. Se quedó entre la puerta y la mesita del café y parecía enormemente acongojada. En respuesta a la señal de su superiora, se acercó a la mesa y entregó tres hojas grapadas a cada uno de los ministros. La asesora continuó—: Este memorándum resume cuáles son los asuntos «en curso». Serán aquellos que no puedan resultar vinculantes de ninguna manera para el nuevo gobierno. Por ejemplo, los nombramientos de jueces... —levantó la vista del papel buscando los ojos del ministro de Justicia, que en ese momento miraba al techo pendiente de las lámparas halógenas como si fueran planetas de un universo desconocido—... no podrán realizarse. Está todo recogido en la documentación y estaremos a su disposición las veinticuatro horas para atender a cualquier consulta.

La asesora dio unos golpecitos a sus papeles y miró al ministro con una rígida sonrisa.

—Gracias —murmuró el hombre tosiendo.

Se estaba acatarrando; sentía que una banda húmeda le apretaba la frente y le provocaba un intenso dolor de cabeza.

—He hablado con el presidente del Congreso. Habrá una sesión extraordinaria hoy a las doce. Confío en que tendremos un nuevo gobierno en el plazo de una semana. Pero debemos esperar hasta después del entierro.

Se hizo un silencio absoluto. El ministro de Agricultura se llevó instintivamente la mano al bolsillo de la camisa, pero no cogió el tabaco. La ministra de Comercio se pasó la mano por el cabello, que por una vez no estaba perfectamente recogido. Varios mechones sueltos caían sobre su oreja derecha. Tryggve Storstein rompió el silencio.

—Mañana por la tarde tendremos una reunión extraordinaria de la dirección nacional del partido —dijo en voz baja—. De momento yo soy el secretario general en funciones. Se os informará debidamente de lo que ocurra en el partido los próximos días.

La ministra de Sanidad Ruth-Dorthe Nordgarden levantó la vista. Se colocó el cabello detrás de la oreja y miró al ministro de Economía. Nordgarden compartía con Storstein la vicesecretaría del partido. Les habían dado el cargo cinco años atrás, como premio de consolación tras el dramático enfrentamiento que se produjo cuando Gro Harlem Brundtland, por motivos personales, se retiró de la secretaría del partido de forma repentina. Birgitte Volter había ganado. Los tres candidatos tuvieron las mismas posibilidades hasta una hora antes de la elección. Fue la confederación nacional de sindicatos la que decidió el resultado. Birgitte Volter venía del movimiento sindical y, con buen criterio, había conservado sus contactos. Así que

Nordgarden y Storstein fueron nombrados vicesecretarios. La diferencia fundamental entre ellos era que, cinco años atrás, Tryggve Storstein se había tomado la derrota con entereza. Además, aunque la mayoría le atribuía algún defecto, era respetado por casi todos. Por el contrario, Ruth-Dorthe Nordgarden tenía algunos amigos del alma incondicionales y muchos y virulentos enemigos declarados. Mientras tuviera suficientes de los primeros, se las apañaría sin problemas. El ministro de Economía no era uno de ellos. La desconfianza era mutua.

—Y hay una cosa que no debemos olvidar —añadió Tryggve Storstein, colocando bien sus papeles—, y es que en ningún caso, tal y como están ahora las cosas en el Parlamento y con el afán de poder que han demostrado los partidos bisagra en los últimos seis meses, no es seguro que el Partido Laborista esté al frente del país dentro de una semana. Los camaradas centristas tienen una oportunidad, si es que quieren aprovecharla.

A ninguno de ellos les había dado tiempo de pensar en eso. Intercambiaron miradas.

—Ni hablar —murmuró la ministra de Familia e Infancia. A pesar de su juventud, llevaba mucho tiempo como parlamentaria—. Me juego la cabeza a que no van a arriesgarse ahora. Esperarán al otoño.

Se tapó la boca con la mano; no era el mejor momento para hablar de jugarse la cabeza por nada.

08.00 Comisaría de Oslo

—Demasiados cocineros —murmuró Billy T.—. Demasiados cocineros estropean el caldo.

La mujer que le acompañaba asintió levemente. Había más de cincuenta personas en la sala de la cuarta planta de la sede central de la policía. Los hombres de la secreta se distinguían a primera vista, sentados todos juntos con cara de guardar un secreto extraordinario. Además tenían un aspecto descansado, en contraste con los policías de la comisaría, muchos de los cuales llevaban trabajando veinticuatro horas seguidas. Un ligero olor a sudor se extendía por la gran sala.

—Los de seguridad —prosiguió Billy T.—. Tenemos jaleo asegurado. Esos chicos nos pintarán el peor escenario posible. Terrorismo, mierda y amenazas de Oriente Medio. Y seguramente solo nos enfrentamos a un loco. Joder, Tone-Marit, no podemos montarnos un caso Palme a la noruega. Si no aclaramos esto en un par de semanas, habremos perdido el tren. Tenlo por seguro.

—Estás cansado, Billy T. —dijo Tone-Marit—. Pues claro que los expertos de información e inteligencia tienen que tomar parte en esto. Ellos son los que saben valorar las amenazas contra la seguridad nacional.

—Sí, estoy jodidamente cansado. Pero no parece que tengan mucha idea de cómo

valorar amenazas. La tía está muerta, así que...

Soltó una risa tonta e intentó sin éxito acomodar sus largas piernas entre las filas de sillas; acabó por pedirle al de delante que se cambiara de sitio.

—Es una pregunta sin respuesta correcta. O ellos tienen razón y es un asesinato político o terrorista, y entonces no han hecho bien su trabajo. O yo estoy en lo cierto y esto es obra de algún perturbado, y entonces no pintan nada aquí. Este tipo de asuntos son nuestra especialidad.

—Tómalo con calma —dijo Tone-Marit en voz baja—. Nunca les has perdonado que pusieran en duda tu capacitación para acceder a información confidencial.

—Solo porque me gustan las tías... —gruñó Billy T.

—Te acuestas con todas las que se ponen a tiro —le corrigió Tone-Marit—, y con alguna más. Pero no tuvo nada que ver con eso. Lo sabes bien. Fuiste militante del Partido Comunista. Además, es imposible que tengas una base para afirmar que esto es obra de un loco. No tenemos base para sacar ninguna conclusión. Ninguna, y tú deberías saberlo.

—Nunca he militado en el Partido Comunista. ¡Nunca! He sido un radical, y eso es completamente diferente. Soy radical, joder. ¡Pero eso no quiere decir que no se pueda confiar en mí!

El jefe de información e inteligencia y el comisario jefe de la policía se habían sentado a una mesa al frente de la sala, de cara al resto como si fueran dos profesores ante una clase que no sabían muy bien cómo encarar. El comisario jefe, que había ascendido desde el puesto de comisario de operaciones solo tres meses antes, presentaba un aspecto desaliñado y se rascaba una incipiente barba oscura. La camisa del uniforme tenía en el cuello un cerco gris y llevaba la corbata torcida. El jefe de inteligencia no vestía uniforme; iba impecablemente arreglado con un traje de verano beige sobre una camisa de un blanco reluciente y una corbata lisa de color marrón claro. Miraba hacia el techo.

—Ya hay un equipo trabajando en la Central Operativa —empezó el comisario jefe sin más presentaciones ni preámbulos—. Se mantendrá allí los próximos días. El tiempo dirá si debemos trasladarnos.

«El tiempo dirá», todos sabían lo que esa frase implicaba.

—Joder, no tenemos nada —susurró Billy T.

—De momento, muy poco —confirmó el comisario jefe en voz alta y se puso de pie. Se acercó al proyector y colocó una transparencia sobre el cristal—. Hasta ahora hemos tomado declaración a veintiocho personas. Se trata de la gente que, por localización y hora, podrían estar relacionados con la escena del crimen. El personal del gabinete de la primera ministra, tanto políticos, funcionarios y administrativos como el personal de seguridad de la primera y la decimoquinta planta. Y un par de... visitantes. Gente que ayer fue a ver a la primera ministra.

Señaló un recuadro rojo lleno de nombres. Le temblaba la mano. El bolígrafo con

el que señalaba se reflejaba como un puntero gigantesco sobre la pared y rozó la transparencia, dejándola torcida. Durante unos instantes intentó enderezarla, pero parecía que se había quedado pegada y lo dio por imposible.

—De momento no tenemos ninguna teoría firme. Lo repito: ninguna teoría firme. Es muy importante que mantengamos abiertas todas las posibilidades. En esta labor los de seguridad tendrán un papel decisivo. La manera en que se ha cometido el asesinato... —Apagó el proyector y necesitó las dos manos para retirar la transparencia rebelde. Colocó otra sobre la superficie de cristal y lo encendió de nuevo—... indica que se trata de un profesional.

La imagen mostraba un plano del decimoquinto y el decimosexto piso de la torre del gobierno.

—Este es el despacho de la primera ministra. Como vemos, se puede llegar a él de dos maneras, pasando por la secretaría y entrando por aquí... —golpeó con el bolígrafo sobre el dibujo de una puerta—, o a través de una sala de reuniones, la sala de descanso y por aquí.

El bolígrafo trazó un recorrido por el plano.

—Las dos tienen en común que en ambos casos hay que atravesar esta puerta de aquí... —el bolígrafo volvió a golpear contra el cristal—, que se ve desde la mesa de la secretaria.

El comisario jefe suspiró tan profundamente que se oyó hasta en la fila de Billy T. y Tone-Marit Steen. Luego se hizo un largo silencio.

—Además... —añadió el comisario jefe, y su voz se perdió en un acceso de tos—. Además, para llegar a los tres últimos pisos, la zona de la primera ministra, hay que pasar por este punto. —Señaló un lugar con su grueso dedo índice, tapando toda el área de entrada a la planta quince—. Este es el acceso por la doble puerta de seguridad que está siempre vigilada por un guardia. Hay una salida de emergencia, claro... —Desplazó el dedo—. Aquí, pero no hay absolutamente ningún indicio de que haya sido utilizada. Las puertas están selladas y no han sido abiertas.

—Tendríamos que llamar a John Dickson Carr —susurró Billy T. al oído de Tone-Marit.

El comisario jefe prosiguió:

—La torre lleva mucho tiempo en rehabilitación, por dentro y por fuera. Por eso hay andamios en la parte exterior. Como es lógico, hemos comprobado si alguien ha podido entrar por ahí, pero tampoco hemos encontrado nada. Nada. Las ventanas están enteras y los marcos intactos. También estamos revisando los conductos de la ventilación y esas cosas, pero de momento eso tampoco parece dar resultados.

El jefe de inteligencia tenía los brazos cruzados sobre el pecho y parecía observar con mucho interés algo que había sobre la mesa.

—El arma aún no ha aparecido —continuó el comisario jefe—. Probablemente se trate de una pistola de pequeño calibre. Lo sabremos con más seguridad esta tarde, cuando tengamos el resultado provisional de la autopsia. De momento creemos que el

asesinato se produjo en algún momento entre las dieciocho y las dieciocho cuarenta y cinco. Y, colegas... —miró a los presentes con los ojos entornados—, no hay necesidad de que diga lo que voy a añadir ahora. Pero lo haré de todas formas: si alguna vez hemos tenido un caso en el que sea importante no irse de la lengua, es este. Investigaremos a fondo cualquier filtración a la prensa y demás, y quiero decir a fondo. No aceptaré ninguna, repito, ninguna filtración en este caso. ¿Queda claro?

Un murmullo de asentimiento recorrió la sala.

—El jefe de inteligencia les dirigirá unas breves palabras.

El hombre del traje beige se levantó, rodeó la mesa y se sentó medio apoyado sobre ella con un elegante movimiento. Luego volvió a cruzarse de brazos.

—Como ya ha mencionado el comisario jefe, mantenemos abiertas todas las posibilidades. Sabemos que algunos grupos de ultraderecha han estado activos últimamente, y sabemos que algunas células han utilizado lo que llamamos listas de la muerte. Esto no es nada nuevo. De hecho, la primera ministra Volter ya figuraba en ellas mucho antes de ocupar su puesto.

Se incorporó y caminó arriba y abajo mientras hablaba. Su voz era grave y agradable y las palabras brotaban sin pausa.

—Tampoco podemos descartar que este asesinato tenga algo que ver con los recientes sucesos en Oriente Medio. Los Acuerdos de Oslo están en peligro inminente de quedarse en nada y es bien sabido que Noruega trabaja intensamente entre bastidores para evitar que todo el proceso de paz se venga abajo.

—Ahora los chicos de la secreta podrán volver a trabajar con sus viejos colegas del Mossad —murmuró Billy T. de forma casi inaudible.

Tone-Marit fingió no haberle oído y estiró el cuello para ver mejor al que hablaba.

—Tenemos un par de teorías más que estamos estudiando con detenimiento. Pero por el momento no hará falta que demos más detalles.

El jefe de información e inteligencia se detuvo y dirigió un breve gesto al comisario jefe para indicarle que la reunión había terminado. Este se aflojó el cuello grisáceo de la camisa. Parecía tener muchas ganas de marcharse a casa.

—¿Sigues creyendo en ese rollo del loco solitario? —preguntó Tone-Marit cuando salían de la sala—. En ese caso, debe de tratarse de un tipo genial.

Billy T. no contestó, pero después de quedarse mirándola durante unos segundos negó casi imperceptiblemente con la cabeza.

—Ahora tengo que dormir —murmuró.

09.07 Comisaría de Oslo

Era imposible adivinar la edad de la mujer vestida con un traje chaqueta negro y un pequeño pañuelo rojo al cuello que bebía agua con gas a pequeños sorbos. La inspectora Tone-Marit Steen estaba impresionada; la mujer presentaba un aspecto

descansado y cuidado, a pesar de que había prestado declaración hasta las cuatro de esa misma mañana. Tenía los ojos algo enrojecidos, pero el maquillaje era perfecto, y cada vez que se movía desprendía un suave olor a perfume. Tone-Marit pegó los brazos al cuerpo con la esperanza de no apestar demasiado a sudor.

—Lamento molestarla de nuevo —dijo con una voz que sonaba sincera—, pero en las presentes circunstancias espero que entienda que es una testigo de especial relevancia.

La secretaria del gabinete de la primera ministra, Wenche Andersen, asintió levemente.

—No tiene importancia. De todas maneras me resulta imposible conciliar el sueño. Solo faltaría, pregunte lo que sea.

—Para no volver a repetir el interrogatorio de esta noche, haré un repaso rápido de sus declaraciones. Interrúmpame si algo es incorrecto.

Wenche Andersen asintió y dejó las manos sobre su regazo.

—Birgitte Volter había pedido que no la molestaran, ¿es así?

La mujer hizo un gesto afirmativo.

—Y usted no sabe por qué. Tenía una cita corriente con el juez del Tribunal Supremo Grinde, un encuentro concertado con una semana de antelación. Y no entró nadie más en el despacho después de la última vez que vio a Volter con vida. Pero aquí afirma usted que...

Tone-Marit pasó las páginas hasta dar con lo que estaba buscando.

—Dice que últimamente parecía intranquila. Estresada. ¿Qué quiere decir con eso?

La mujer de negro se la quedó mirando, parecía estar buscando las palabras adecuadas.

—Es difícil de decir. De hecho, aún no la conocía muy bien. Estaba... ¿huraña?, ¿irritable? Tal vez un poco de las dos cosas. En cierto modo un poco brusca. Más que antes. No puedo explicarlo mejor.

—¿Podría... podría poner algún ejemplo? ¿Algún ejemplo de algo que la irritara?

Wenche Andersen esbozó algo parecido a una sonrisa.

—El repartidor suele traer la prensa a las ocho y cuarto. El jueves ocurrió algo y no llegó hasta cerca de las nueve y media. La primera ministra estaba tan irritada que... bueno, soltó un taco.

La mujer tenía dos manchas violáceas en las mejillas.

—Varios tacos. Salí corriendo a comprar el *Dagbladet* y el *KA*. —Suspiró—. Cosas así. Cosas innecesarias con las que una primera ministra no suele perder su tiempo.

Tone-Marit le ofreció una botella de medio litro de agua con gas.

—Sí, gracias —contestó la mujer levantando su vaso de plástico.

La inspectora la observó fijamente un buen rato, tanto que resultó incómodo.

—¿Cómo era en realidad? —preguntó de pronto—. ¿Qué clase de persona era?

—¿Que cómo era Birgitte Volter?

Las manchas violáceas aumentaban de tamaño.

—Bueno, era... Era muy responsable. Muy trabajadora. En eso era casi como Gro.

Sonrió abiertamente mostrando una dentadura bonita, bien cuidada, con un destello de oro en los molares.

—Trabajaba a todas horas. Era muy fácil entenderse con ella. Daba instrucciones claras. Cuando algo se torcía... Con la agenda tan apretada que tiene un presidente del gobierno no paran de ocurrir imprevistos, pero ella lo llevaba bien. Y era bastante... —De nuevo buscó la expresión más adecuada, dejando que su mirada recorriera la estancia, como si se hubiera escondido en algún lugar y se negara a salir—. Cálida —dijo por fin—, diría que era una persona cálida. Hasta se acordó de mi cumpleaños, me regaló rosas. Casi siempre tenía un rato para charlar de todo un poco.

—Pero si tuviera que decir algo negativo de ella —le interrumpió la inspectora—, ¿qué diría?

—Pues no sé, negativo... —La mujer se toqueteó el borde de la chaqueta y bajó la mirada—. Bueno, podía ser un poco demasiado... ¿jovial? No quería que la llamara primera ministra, insistía en que la llamara Birgitte. Me costaba acostumbrarme. Y no era del todo correcto, si me permite dar mi opinión. Y a veces era muy descuidada, me refiero a temas prácticos. Cada dos por tres se le olvidaba la tarjeta de acceso, cosas así. Y en medio de tanta cordialidad había algo... un grado de reserva... Me parece que me estoy liando de mala manera.

Hablaba en voz baja, casi en susurros, y movió la cabeza con desánimo.

—¿Algo más?

—No, en realidad no hay nada más, nada que tenga importancia.

Llamaron a la puerta.

—¡Ocupado! —gritó Tone-Marit, y unos pasos ligeros se perdieron por el pasillo mientras proseguía—: Deje que sea yo quien decida si tiene importancia.

La mujer la miró a los ojos y se pasó la mano por el cabello con un movimiento rápido e innecesario.

—De verdad, no hay nada más que decir. Salvo una cosa en la que caí anoche o, mejor dicho, esta mañana, en realidad. Hace un rato. Pero no tiene nada que ver con esto.

Tone-Marit se inclinó para agarrar un bolígrafo que hizo girar entre el corazón y el índice de su mano derecha.

—Anoche me pidieron que revisara el despacho de la primera ministra —continuó Wenche Andersen—, para ver si echaba algo en falta, como me dijo el policía. Fue después de que sacaran... de que se llevaran a Birgitte, quiero decir. Pero yo ya la había visto. Cuando la encontré, y luego cuando estaba allí tumbada, bueno, sentada. Caída sobre el escritorio. La vi dos veces y...

Miró con gesto inexpresivo el bolígrafo que golpeaba la mesa con un sonido

rítmico y desquiciante. Tone-Marit paró de golpe.

—Lo siento —dijo reclinándose en su silla—. Continúe.

—Bueno, pues la vi dos veces. Y no es por presumir, de ninguna manera, pero se me considera bastante... observadora. —Las manchas violáceas se habían rodeado de un círculo rojo oscuro—. Me doy cuenta de muchas cosas, en mi profesión es muy necesario, y me fijé en que la primera ministra no llevaba puesto su pañuelo.

—¿Su pañuelo?

—Sí, un chal grande de lana, con flecos, negro con un estampado rojo. Lo llevaba sobre un hombro, así...

Wenche Andersen cogió su pequeño pañuelo, lo dobló en forma de triángulo y se lo colocó sobre el hombro.

—Bueno, no exactamente así, porque era un chal, mucho más grande que este pañuelito, pero seguro que me entiende. No puedo asegurarlo, pero creo que lo llevaba sujeto con un imperdible que no se veía, porque nunca se le caía. Le gustaba ese chal y lo llevaba con frecuencia.

—¿Y qué pasa con el chal?

—Que no estaba.

—¿No estaba?

—No, no lo llevaba puesto y no estaba en la habitación cuando lo busqué. Sencillamente había desaparecido.

La inspectora se inclinó hacia ella. Algo se había encendido en su mirada y la mujer se echó inconscientemente hacia atrás.

—¿Está segura de que lo llevaba puesto ese día? ¿Completamente segura?

—Estoy completamente segura. Me fijé en que estaba un poco torcido, como si se lo hubiera colocado sin mirarse en el espejo. Segura al cien por cien. ¿Tiene importancia?

—Puede que sí y puede que no —dijo Tone-Marit en voz baja—. ¿Me lo puede describir con más detalle?

—Pues, como le digo, era negro con un estampado rojo. Estilo provenzal, diría yo. Era grande, aproximadamente así —Wenche Andersen sostuvo las manos alzadas y separadas más o menos un metro—, y de lana. Estoy bastante segura de que era de lana pura. Pero, sencillamente, ha desaparecido.

Tone-Marit se giró hacia el ordenador que estaba junto a la ventana. Estuvo unos diez minutos escribiendo sin decir una palabra.

Wenche Andersen bebió un poco más de agua con gas y echó un discreto vistazo a su reloj. Notaba cómo el cansancio la invadía y, arrullada por el monótono sonido de los dedos de la oficial contra el teclado, cerró los ojos.

—¿Y no oyó un disparo en ningún momento?

Wenche Andersen dio un respingo. Debía de haberse quedado traspuesta unos instantes.

—No, en ningún momento.

—Entonces vamos a dejarlo por hoy. Puede coger un taxi a casa por cuenta nuestra. Gracias por tomarse la molestia de venir una vez más. Siento no poder prometerle que sea la última vez.

Después de estrecharse la mano a modo de despedida, Wenche Andersen permaneció dubitativa junto a la puerta.

—¿Cree que le cogerán? Quiero decir... ¿al asesino?

—No lo sé. Es imposible saberlo. Pero haremos todo, todo lo que esté en nuestras manos. Si eso le sirve de consuelo... —añadió.

Pero para entonces la secretaria de la primera ministra ya se había marchado, cerrando la puerta con mucho cuidado.

12.00 Sala de plenos del Congreso de los Diputados

La sala principal del Congreso de los Diputados de Noruega, con su forma de medialuna que recordaba a un anfiteatro, nunca había estado tan llena. Los ciento sesenta y cinco escaños estaban ocupados desde un cuarto de hora antes. En contra de lo que solía ser habitual, nadie conversaba. Los ministros ocupaban el primer banco; solo estaba vacío el asiento de la primera ministra, cubierto con un ramo de doce rosas rojas en precario equilibrio, que parecía que fuera a caerse en cualquier momento. Pero nadie se atrevía a enderezarlo. La galería de los diplomáticos estaba llena hasta los topes de funcionarios y representantes extranjeros, todos vestidos en tonos oscuros y con rostros pálidos, salvo el embajador de la República de Sudáfrica, que era negro y llevaba un colorido traje popular. De la tribuna de la prensa llegaba el único sonido que podía oírse, además de las ocasionales toses y carraspeos: el ruido de los motores de las cámaras. La galería que rodeaba la rotonda estaba atestada, y dos guardias se afanaban intentando cortar el paso a los últimos en llegar.

La presidenta de la cámara hizo su entrada por la izquierda. Se deslizó por el suelo —se deslizó, literalmente—, con la espalda muy recta y los ojos hinchados. Había sido una de las pocas amigas de verdad de Birgitte Volter, y solo su larga experiencia en mantener la dignidad en actos públicos la sostenía en pie. Sus rizos se agitaban mustios en torno a su cabeza, como si ellos también lamentaran la muerte de un amigo cercano.

Dio tres débiles golpes sobre la mesa con un mazo. Luego carraspeó y permaneció tanto tiempo en silencio que la emoción que embargaba a la sala se hizo aún más intensa. Finalmente tragó saliva tan alto y tan cerca del micrófono que pudo oírse en todas partes.

—Se inicia la sesión —dijo por fin.

Luego procedió a leer la lista de los suplentes, que, por una vez, era muy corta. Y era una circunstancia afortunada, porque los formalismos protocolarios resultaban muy forzados en un día así.

—La primera ministra Birgitte Volter ha fallecido, y de la manera más brutal que se pueda imaginar.

El ministro de Economía Tryggve Storstein se perdió el discurso conmemorativo. Estaba sumido en sus propios pensamientos. Todo lo que había a su alrededor se confundía en una masa informe: la decoración dorada del techo, la alfombra roja a sus pies, la voz de la presidenta del Congreso... Era como si una campana de cristal cubriera su escaño, haciendo que se sintiera completamente solo. Iba a ser el secretario general del partido. Ruth-Dorthe no tenía la más mínima posibilidad. Era demasiado controvertida. Pero ¿sería también primer ministro? Ni siquiera sabía si lo deseaba. Por supuesto que había sopesado la posibilidad. Antes sí, durante la gran batalla de 1992, cuando Gro Harlem Brundtland abandonó el cargo y dejó campo libre para la pelea de perros que acabaría ganando Birgitte Volter. Pero ¿ahora? ¿Deseaba ser primer ministro?

Negó con la cabeza. Ese no era el tipo de pregunta que uno debía hacerse. Había que hacer lo que la situación exigía, lo que el partido necesitaba. Torció el gesto pensando en ese viejo tópico y cerró los ojos. Por un breve y liberador momento pensó que la oposición asumiría el poder, pero reprimió rápidamente esa idea blasfema. Debían intentar mantenerse en el poder, cualquier otra opción sería un caos, una derrota. Estaba harto de ser derrotado.

Tryggve Storstein se irguió en su asiento.

—Aprobado por unanimidad —anunció la mujer del estrado pasándose la mano por la cara en un gesto rápido y vulnerable—. El ministro de Asuntos Exteriores ha pedido la palabra.

El desgarbado hombre parecía aún más delgado y demacrado que por la mañana. Cuando ocupó el estrado dio la impresión de estar perdido, hasta que se concentró lo suficiente para poder dirigir la mirada a su derecha.

—Presidenta —dijo inclinando ligeramente la cabeza, y luego miró un papelito que había colocado frente a él—, me he permitido pedir la palabra para decir que, ahora que la primera ministra ha fallecido, todo el gobierno pone sus cargos a su disposición.

Eso fue todo. Dudó unos instantes y se enderezó las gafas, como si hubiera pensado decir algo más. Luego bajó del estrado y volvió a su asiento, sin llevarse su nota.

—Ruego que mantengan un minuto de silencio —pidió la presidenta.

El intervalo, vacío e intenso, duró dos minutos y medio. De vez en cuando se oía un sollozo, pero hasta los fotógrafos respetaron la solemnidad del momento.

—Se levanta la sesión.

La presidenta volvió a golpear con el mazo.

El ministro de Economía Tryggve Storstein se levantó. El día y medio que llevaba sin dormir empezaba a tener el efecto de una droga; se sentía fuera de su cuerpo y se quedó mirándose las manos como si pertenecieran a un extraño.

—¿Cuándo habrá Consejo de Ministros, Tryggve?

Quien preguntaba era la ministra de Cultura, con un traje chaqueta gris oscuro y un maquillaje que dejaba claro que hacía mucho que no iba al baño a retocarse.

—A las dos —respondió secamente.

Fueron saliendo de la sala despacio y en silencio, con la mirada baja, como una comitiva fúnebre ensayando para el entierro. Los fotógrafos de prensa se percataron de que la única persona que parecía querer esconder una sonrisa era la ministra de Sanidad Ruth-Dorthe Nordgarden. Pero puede que se tratara de una mueca.

15.32 *Restaurante La Vieja Christiania*

—Como el tipo ese, Christer Petterson, seguro. Por estas.

El hombre llevaba un traje que parecía comprado en una gasolinera. La tela tenía un brillo que recordaba al nailon de los años setenta. Levantó lo poco que quedaba de su cerveza y, con la boca rodeada de espuma, continuó:

—La policía va a hacer el ridículo, exactamente igual que en Suecia. Se van a liar con un montón de pistas políticas absurdas. Y luego resultará que lo hizo algún tipo grillado. Como Christer Petterson.

—O un amante despechado. —La mujer que había contribuido con una idea tan poco original era bastante joven, de unos treinta años, y su voz tendía al falsete—. ¿Alguien sabe algo de la vida sentimental de Birgitte Volter?

Los cuatro hombres que estaban sentados con ella a la mesa se echaron a reír.

—¿Vida sentimental? Estaba liada con Tryggve Storstein, eso seguro. Joder, con el tipo que seguramente va a hacerse cargo de todo el tinglado. Una situación complicada para la policía, ya que tendrá que incluirlo en la lista de sospechosos. Sé de muy buena tinta que...

El hombre del traje de gasolinera estaba segurísimo, pero le interrumpió una voz atronadora que brotaba de una barba enorme pegada a un tipo de cuarenta y tantos. Estaba completamente calvo, pero la negrísima barba le llegaba hasta el pecho.

—Ese rumor sobre Volter y Storstein es una chorrada. Storstein ahora tiene una historia con Helen Burvik, no con Volter. Lo suyo se acabó hace mucho, mucho antes de la convención del 92.

—Yo creía que Tryggve Storstein estaba felizmente casado —murmuró la periodista más joven, una chica del *Aftenposten* que aún no se había hecho un sitio fijo en el bar—. ¿Cómo puede ni siquiera sacar tiempo para tener una amante?

Se hizo un silencio total. Todos se quedaron petrificados, hasta las cervezas permanecieron abandonadas un rato. La joven enrojeció de forma intensa y poco favorecedora, pero tuvo el valor de continuar:

—Quiero decir... ¿cómo sabéis que es cierto todo lo que estáis diciendo? Si tuviera que creerme la mitad de los rumores que me han llegado el último año, la

mayoría de los ministros tendrían un pasado dudoso y una vida sexual que sería la envidia de todos nosotros. Los que se supone que no son de la otra acera, claro. Y esos también, si me apuráis. ¿De dónde sacan el tiempo? Eso es lo que yo me pregunto. Tiempo para hacer tantas barbaridades. ¿Y cómo lo sabéis vosotros? Y, en realidad, ¿tiene algún interés?

Cogió su copa de vino. Era la única que no bebía cerveza. Como si alguien hubiera agitado una varita mágica invisible, fue excluida del grupo instantáneamente. Estaba sentada al final de la mesa, en una banqueta, y los dos hombres que tenía al lado le dieron la espalda; sus hombros parecieron agrandarse y formar un muro que la separaba del resto.

—¡Qué maja! —murmuró el de la barba—. Maja y decente, no puede negarse.

Liten Lettvik entró en el local. Les localizó, saludó con la mano y recibió la respuesta de tres vasos de cerveza oscilantes. Se dirigió a la barra y luego se acercó a sus colegas con un vaso en la mano.

—¿Una cola, Liten? ¡Increíble!

El hombre del traje de nailon sacudió la cabeza.

—Esto habría que documentarlo. Llamen a un fotógrafo.

Liten Lettvik se acomodó sobre una banqueta en la que solo cabía el círculo interior de su trasero. El resto se desparramaba de forma que parecía que las cuatro patas salían directamente de su culo.

—Al contrario que vosotros —dijo— estoy trabajando veinticuatro horas diarias y me mantengo sobria. De lo que ha publicado tu periódico —hizo un brindis en dirección al periodista del *Dagbladet*, que estaba sentado a su lado— se puede deducir que no seguís nuestra política. ¿Qué habéis estado haciendo hoy? Todo el periódico parece un homenaje a Birgitte Volter, un regalo de Dios a nuestro reino, ¡la mejor primera ministra de todos los tiempos! ¿Dónde ha ido a parar la crítica, Ola? ¿El periodismo de investigación? ¿El foco que ilumina todos los recovecos? ¡El *Dagbladet* siempre por delante! Pues a mí me parece que hoy vais muy por detrás.

—Por lo menos somos conscientes de que no podemos especular salvajemente y sin ninguna contención cuando no sabemos nada, joder.

El de la barba se mostró muy ofendido. Era un periodista con mucha experiencia, galardonado con prestigiosos premios. En varias ocasiones le habían ofrecido la dirección de distintos medios, pero siempre había rechazado tales propuestas con un bufido y con enorme satisfacción, porque eran la prueba de que era un buen profesional. Quería ser reportero. Lo sabía todo de todo, y era una compañía agradable para quienes reconocían su superioridad. Para nadie más.

—Cuando le pegan un tiro en su despacho a un primer ministro noruego, no cabe duda de que ha llegado el momento de especular —añadió Liten Lettvik—. ¿Qué creéis que hace la policía? Por supuesto que ellos también especulan. No saben nada. Se hacen sus composiciones de lugar y sus teorías y trabajan a partir de ellas. Exactamente igual que nosotros.

—No es un día para especulaciones —dijo Ola Henriksen malhumorado—. Ese día llegará mañana, cuando la gente haya pasado el duelo.

—Me parece que mañana ya no estaremos a tiempo para eso —dijo con voz aguda la chica expulsada del grupo.

—¿Y tú qué tienes entre manos? —preguntó Ola Henriksen mirando fijamente a Liten mientras le daba vueltas a su cerveza—. ¿Qué es lo que sabes tú que no sabe nadie más?

Liten Lettvik lanzó una carcajada intensa y profunda.

—Como si os lo fuera a contar a vosotros.

De pronto echó un vistazo a su reloj, un Swatch de plástico que le había dejado un cerco de dermatitis en la muñeca, alrededor de la correa.

—Tengo que hacer una llamada —dijo bruscamente—, guardadme el sitio.

Los demás la siguieron con la mirada; todos se vieron asaltados a la vez por una desagradable sensación de que deberían encontrarse en un lugar muy diferente haciendo algo muy distinto a beber cerveza en el bar de siempre. Ninguno dijo nada.

—¿Cuándo se supone que abre el pub del sótano de Tostrup? —murmuró finalmente uno de los más veteranos, que ya hablaba con cierta dificultad.

Nadie contestó. Continuaban mirando a Liten Lettvik, que no se conformó con salir de aquel antro, sino que, por si acaso, cruzó la calle y se situó cerca de la entrada de unos grandes almacenes, unos metros más allá de la pastelería que había enfrente.

El ambiente era fresco. La llovizna hizo que se pegara a la pared, y se colocó de espaldas a la calle para marcar el número secreto.

—Storskog —atronó la voz del otro lado, como era habitual.

—Konrad, Konrad, mi gran amigo. —Y, como era también habitual, recibió un silencio absoluto por respuesta—. Solo tengo una preguntita, la misma de ayer. Te mostraste muy poco colaborador...

La pausa no fue tan larga como había esperado.

—Esto será lo último que te proporcione nunca, Lettvik. ¿Me oyes? Lo último que recibirás de mí.

La voz calló, a la espera de una promesa que no llegaba.

—¿Me oyes, Lettvik? Quiero que esto se acabe, ahora. ¿Trato hecho?

—Depende. ¿Qué tienes?

De nuevo una larga pausa.

—Benjamin Grande...

—Grinde.

—Eso, Grinde. Ayer lo arrestaron.

—¿Que lo arrestaron?!

A Liten Lettvik estuvo a punto de caérsele el teléfono, mientras sonaban alegres pitidos porque en su estupor apretó un montón de teclas.

—Oye, ¿sigues ahí?

—Sí.

—¿Has dicho que lo arrestaron? ¿Habéis arrestado a un juez del Tribunal Supremo?

—Relájate. Lo soltaron enseguida. Fue un patinazo de la hostia. En su entusiasmo, los abogados se pasaron, como siempre.

—Pero llegó a producirse, ¿no? ¿Por escrito? ¿Un arresto formal?

—Sí. El que firmó la orden se ha llevado una buena bronca del jefe en persona. A ese seguro que no lo ascienden.

Liten Lettvik miró hacia la calle. Un hombre invidente se abrió paso entre la gente que invadía la acera, moviendo un bastón blanco con el que acertó a Liten en la pantorrilla.

—¿Me puedes conseguir una copia, Konrad?

—No.

—Si me consigues una copia de esa orden, cerramos el trato. Nunca más recibirás una llamada mía.

—No puedo. Ya te he dado bastante.

—Es un acuerdo muy tentador, Konrad. No habrá más llamadas mías si me consigues una copia de esa orden de arresto. Lo juro.

El sargento Konrad Storskog no contestó. Colgó sin más. Liten Lettvik se quedó mirando fijamente su móvil unos instantes, antes de cerrarlo y metérselo en el bolsillo de la gabardina.

Luego compuso una amplia sonrisa, cruzó la calle, se despidió con la mano de los periodistas que seguían esperándola dentro del local y se dirigió hacia la Stortorget. El refresco de cola quedó intacto.

—¡Gracias a Dios que Konrad odia a los leguleyos! —murmuró medio riéndose—. ¡Gracias, Dios mío!

Estaba segura de que Konrad Storskog aprovecharía cualquier oportunidad para librarse definitivamente de ella. Estaba a punto de empezar a silbar.

19.04 (hora noruega) Berkeley, California

Querido Billy T.:

Muchas gracias por tu fax. Me impresiona que aún te queden fuerzas suficientes para escribirme. Espero que este fax no te despierte (¿tienes activado el sonido de la máquina?), porque si estás durmiendo te lo habrás ganado a pulso. Tienes que hacerte con un ordenador y podremos mandarnos *e-mails*. Es más barato y fácil.

Aquí todavía se sigue hablando algo del asesinato de Birgitte Volter, pero menos mal que existe internet. Llevo horas peinando los canales noruegos de noticias, pero no parece que ellos tampoco sepan mucho. Salvo el KA, que no para de plantear una hipótesis tras otra. Bueno, con algo tendrán que llenar tanta edición extra.

Me ha llamado la atención lo que dices de los vigilantes. Dado que solo podéis vincular con seguridad a cuatro personas con la escena del crimen —la secretaria, el juez del Supremo (por cierto, ¿es el de la comisión?) y los dos vigilantes—, yo me concentraría en buscar una manera sencilla de entrar en la sección de la primera ministra. No parece muy fácil encontrar un móvil para ninguna de las cuatro personas que supuestamente estuvieron allí, así que el autor podría ser otro, y ese individuo, o individuos,

han tenido que encontrar la manera de entrar. ¡Es típico del jefe investigar los conductos de ventilación y las ventanas del piso dieciséis! Entiendo que tiene que hacerlo, Billy T., pero los dos sabemos que la respuesta más sencilla suele ser la correcta. ¿El vigilante se tomó un descanso? Era viernes por la tarde y está claro que había muy poco movimiento. ¿Alguien tuvo que entrar de la forma más sencilla! ¿El vigilante fuma? ¿Tenía diarrea? Se supone que la secreta les ha dado el visto bueno, pero ¿pudo haber alguna irregularidad? ¿Suplentes? Y una cosa más: si el caso fuera mío, no me concentraría en el problema de cómo entraron. Buscaría un móvil. Supongo que los chicos de la última planta andan como locos con entretenidas teorías sobre conspiraciones terroristas y similares, pero ¿qué pasa con investigar a la manera tradicional? ¿Tenía enemigos? Seguramente. La mujer llevaba toda la vida escalando posiciones. Y, sobre todo, ¿estaba a punto de desvelar algo? ¿El gobierno iba a firmar algún acuerdo que perjudicara los intereses de algo o alguien poderoso? Vale, no es que insinúe que alguien fuera a cometer un crimen para evitar la construcción de una refinería en la región de Vestlandet, pero aun así...

Ve a lo sencillo, Billy T. Lo más simple es siempre lo mejor. Empieza por encontrar el móvil, y el resto vendrá solo. Nadie mata sin motivo. Por lo menos, no de forma premeditada, y está claro que esto ha tenido que ser premeditado.

No dejes que los de la secreta te manipulen. Pero intenta no ser tan rarito con ellos. Ya tienes bastantes enemigos ahí arriba.

Por otra parte, te puedo contar que no hay mal que por bien no venga. Cecilie y yo no hemos parado de discutir desde que me enteré del asesinato. Quiere prolongar nuestra estancia aquí, y yo digo que ni hablar. Claro que me encanta el viejo Estados Unidos, pero un año sin trabajar ya es suficiente. Por lo demás, nos llevamos de mil amores.

Por cierto, supongo que ahora será imposible que nos hagas tu ansiada visita, ¿no?

Cruzo los dedos para que resolváis el caso lo más rápido posible, y espero tu próximo fax en un sinvivir. Dale muchos recuerdos a Håkon si le ves, y dile que tiene una carta en camino.

Muac, muac.

HANNE

21.13 Calle Odin, 3

—Sencillamente no te podía dejar solo con tu madre en una noche como esta —susurró mientras le pasaba despreocupadamente un brazo por los hombros en un gesto fraternal—. No te conviene nada.

Benjamin Grinde sonrió sin que el gesto se contagiara a su mirada y se ató el delantal a la espalda.

—Lamento haberte llamado anoche a esas horas, Nina. Espero no haber despertado a Geir ni a los niños.

—¡Para nada! —aseguró Nina Rambøl—. Hiciste muy bien en llamar. ¡Debías de estar fuera de ti!

Se apoyó contra la encimera de la cocina, mordisqueando una zanahoria.

—Dolor de espalda.

—¿Qué?

—Te duele la espalda —dijo con una amplia sonrisa y se sentó en la encimera balanceando las piernas. Sus zapatos planos golpeaban contra la puerta del armario de la batería de cocina, y no parecía darse cuenta de la arruga en la frente con la que él lo desaprobaba—. Fue lo que les dije a los invitados, que tenías un lumbago tan fuerte que había que suspender la fiesta. Todos te mandan recuerdos y te desean una

pronta mejoría.

—Muchas gracias —murmuró, mirando consternado el rosbif que había comprado en el delicatessen diez minutos antes de que cerraran—. Tenía que haber sido un salmón en hojaldre.

—¡Qué más da! —dijo Nina, apuntando al cubo de la basura.

No encestó la zanahoria y por un momento pareció considerar la posibilidad de bajarse de la encimera. Se lo pensó mejor y optó por la generosa copa de vino que esperaba a su lado.

—Hay que ver cómo sorbes cuando bebes —murmuró él.

Ella le miró por encima de la copa de vino tinto y ladeó la cabeza.

—Benjamin, de verdad que hoy no eres tú mismo.

Benjamin Grinde no tenía pareja. Un hombre que interpretaba una mirada de admiración hacia su chaqueta como un buen motivo para iniciar una conversación sobre las ventajas de la alpaca no podía ligar. Tenía amigas. Nina Rambøl era la mejor de ellas. Era cinco años más joven que él y se conocieron cuando él era médico residente y ella secretaria de un doctor. De eso hacía más de veinte años y su marido había acabado por aceptar que su mujer hubiera elegido a un hombre como madrina de su boda.

—¿Quieres que también despache a Jon y a Olav? —preguntó con la voz con la que se consuela a un niño, mientras le acariciaba la espalda—. ¿Lo preferirías? ¿Me he equivocado al dejarles venir? Insistieron y...

—No, no. Está bien que...

—¡Chicos! ¡Ya va siendo hora de que os unáis a nosootros!

La voz chillona venía de una mujer que había aparecido en la puerta. Sostenía una copa de jerez en la mano y se balanceaba levemente. Tenía la cara muy morena y arrugada como una pasa y, al levantar la copa para brindar, la piel descolgada de sus antebrazos se hizo más visible por el top sin mangas estampado con grandes flores que llevaba. Hacía varios años que sus ajustados pantalones naranjas habían pasado de moda, y ya entonces le sentaban bastante mal a una mujer de setenta y dos años.

—Vengo volando desde España como un pajarillo solo para homenajear a mi niño querido, y tú te quedas ahí en la cocina todo abatido. Venga, Ben, ven con nosotros, ven con mamá. Uy, ese vestido te sienta muy bien, Nina. ¡Precioso! Pero la verdad es que siempre has tenido muy buen gusto para los colores.

Dio unos pasos inseguros sobre sus tacones de siete centímetros y quiso coger a Benjamin del brazo. Él se zafó sin mirarla.

—Enseguida estoy, madre. Ahora voy. Solo tengo que acabar esto. Puedes decirles a los demás que se vayan sentando a la mesa.

Iba a darle una fuente de ensalada, pero cambió de opinión y se la ofreció a Nina. Su madre no se percató de su falta de confianza, y se esforzó por caminar hacia la puerta afrontando el desafío del suelo de la cocina con la copa en alto.

—Es que es algo total e increíblemente horrible —dijo cuando las velas ya

estaban encendidas y todos se hubieron servido—. La pequeña y dulce Birgitte, ¡la pequeña y preciosa Birgitte! Por supuesto que sabéis que Ben y Birgitte Volter eran muy amigos de jóvenes. Venía a casa a todas horas. Una niñita tan dulce y bien educada. Por eso esto es mucho peor para Ben. Ya sabéis que Ben es muy sensible. En eso se parece a su padre. ¿Puedo ir contigo al entierro, Ben? Es muy lógico que vaya, lo digo de verdad, al fin y al cabo estuvo entrando y saliendo de mi casa durante años. Bueno, ¿cuándo es el entierro? Será en la catedral, ¿no? Tiene que ser en la catedral de Oslo.

Se había apoderado de la ensalada de patata y la fuente subía y bajaba al ritmo de su verborrea desbordada.

La madre de Benjamin Grinde no hablaba. Piaba. Su voz era agudísima y mantenía un tono extraordinariamente alto. Estaba empeñada en que la llamaran Alondra.

—No éramos amigos, madre. No entraba y salía de nuestra casa. Puede que fuera a visitarme unas tres veces. Como mucho. La ayudé con los deberes en alguna que otra ocasión, muy pocas.

Lerke Grinde levantó ofendida dos pesados párpados sobrecargados de sombra de ojos.

—Estás diciendo tonterías, Ben. Como si yo no supiera quién venía a mi propia casa. ¿Eh? Birgitte era una... sí, casi diría que una amiga de la familia. ¡Estabas tan entusiasmado con ella! Eso es, estabas un poco enamorado, Ben.

Guiñó un ojo a Jon, que había perdido la esperanza de que le pasara la ensalada y picoteaba un poco de carne.

—Le dije muchas veces a mi marido que esos dos podrían haber sido pareja. Una pena que ese... ¿Cómo se llamaba, Ben? El marido de Birgitte, ¿cómo se llamaba?

—Roy Hansen —murmuró Benjamin intentando apoderarse de la ensalada.

Ella la puso fuera del alcance de su hijo y continuó:

—Roy, eso era, sí. Roy. Un nombre horrible, chicos. ¿Qué clase de gente le pone un nombre así a su hijo? Bueno, si queréis saber mi opinión, creo que no está hecho de muy buena pasta, y no quiero ser indiscreta, ni muchísimo menos, y tampoco soy una persona cargada de prejuicios, nunca he sido quisquillosa, pero... —se inclinó sobre la mesa como quien va a compartir un gran secreto, casi tocaba la ensalada con la barbilla mientras les lanzaba una mirada conspiratoria a cada uno—... tuvieron que casarse...

Entusiasmada, se echó hacia atrás y le pasó la ensalada a Nina.

—¡Madre!

—¡Ay! Ya he hablado demasiado. —Se tapó la boca con la mano y abrió mucho los ojos—. A Ben no le van nada los cotilleos. ¡Perdona, Ben! ¡Debes perdonar a tu anciana madre por irse un poco de la lengua en un día como hoy! ¡Felicidades, tesoro, felicidades!

Levantó la copa tan deprisa que salpicó vino tinto sobre el mantel.

—¡Salud!

Y todos sonrieron mientras miraban con compasión al homenajeado.

Sonó el teléfono.

Al levantarse, Benjamin Grinde notó que se mareaba como si estuviera en medio de una tormenta. Tuvo que apoyarse en el respaldo de la silla y se apretó la base de la nariz entre el índice y el pulgar mientras cerraba los ojos con fuerza.

—¿Te encuentras bien, Benjamin? —preguntó Nina preocupada, poniendo una mano sobre la de él.

El mareo no se le pasaba.

—Bien, bien —murmuró.

Y retiró la mano para ir a coger el teléfono en el pasillo.

—Grinde, dígame —dijo en voz baja mientras cerraba la puerta que comunicaba el recibidor con el salón.

—¡Buenas! Soy la periodista Liten Lettvik, del KA. Siento molestarte tan tarde un sábado, pero estamos en estado de excepción, como quien dice...

—El lunes podrá localizarme en mi despacho.

Estaba a punto de colgar.

—¡Espera!

Volvió a acercarse el auricular a la oreja con gesto resignado.

—¿De qué se trata?

—El caso Volter...

—¿Cómo?

—El caso Volter.

El mundo se detuvo unos instantes, antes de empezar a girar a un ritmo cada vez más vertiginoso. La serie de cinco pequeñas litografías que colgaban de la pared de enfrente se comportaba como si fuera un tren expreso. Tuvo que bajar la mirada al suelo.

—No tengo ninguna intención de hablar de eso —dijo tragando bilis.

Los ácidos del estómago hicieron que su lengua adquiriera una textura rugosa.

—Pero oye, Grinde...

—Tengo invitados —la interrumpió entre dientes—, es mi cincuenta cumpleaños y esta conversación es inconveniente y descarada. Voy a colgar.

—Pero, Grinde...

Pum. Dejó caer el auricular con tanta fuerza que se resquebrajó un poco. Desde el salón le llegaban amortiguados los grititos de su madre.

—Y me tira los tejos, ¿de verdad! Imaginaos. Un brioso y distinguido caballero español. No es que vayamos en serio, sabéis, pero me paso ocho meses al año allí abajo y es muy agradable que te presten un poco de atención.

Lerke Grinde se rio entusiasmada. Nina Rambøl entendió mejor que nunca por qué Benjamin Grinde había enterrado su infancia entre libros encerrado en su habitación. Cuando entró en el salón, su madre volvió a levantar su copa.

—¡Salud otra vez, cielito! ¿Quién era? ¿Más felicitaciones, Ben?

Su muñeca cubierta de pulseras de oro se movió sobre la mesa mientras señalaba todos los ramos de flores que había recibido ese día.

—¿Ben? —Al ponerse seria dejó ver una expresión hasta ahora desconocida—. Ben, ¿algo va mal?

Jon y Nina, que estaban de espaldas, se giraron bruscamente. Benjamin Grinde parecía a punto de desplomarse, su rostro presentaba un tono grisáceo y tenía los ojos tan hundidos que bajo la luz mortecina recordaban a dos heridas de bala.

—¡Madre! No me llamo Ben. Nunca me he llamado Ben. ¡Me llamo Benjamin!
Luego cerró los ojos suavemente y se desmayó.

Domingo, 6 de abril de 1997

07.30 En las profundidades de la sierra de Nordmarka, cerca de Oslo

El agua quería atraparle; se aferraba pegajosa a su cuerpo y no le soltaba. Tenía que respirar con los pulmones atenazados, jadeos cortos y violentos que hacían que su piel se contrajera. Tras su ancha caja torácica el corazón latía intensamente. Notaba cómo la sangre circulaba por sus venas; golpes rítmicos desde su corazón hacia el resto del cuerpo por las venas cada vez más finas de sus brazos, piernas y los dedos de los pies, antes de que el líquido rojo luchara para volver a abrazar sus pulmones y recibir nueva fuerza, nueva vida. Volvió a sumergir la cabeza y se concentró en aprovechar las brazadas al máximo, brazadas largas y correosas. Era un albatros, un tiburón tigre. Dio una fuerte patada en un movimiento similar al de un pez y consiguió impulso suficiente para alcanzar la superficie gris y lisa.

Nunca se había sentido tan vivo. Se deslizó fuera del agua en un solo movimiento. Se plantó abierto de piernas sobre una pequeña roca gris, pulida a lo largo de millones de años hasta parecer un espejo en esta bella y maravillosa tierra que era la suya. Recorrió su cuerpo desnudo con una mirada apreciativa, desde los pies, grandes y masculinos con vello rubio, hasta los hombros, cincelados por un trabajo duro y un entrenamiento más duro todavía. Cuando vio su miembro medio erecto, se echó a reír. Adoraba el agua fría y siempre se bañaba desnudo como una burla hacia otros hombres. Pero aquí estaba solo.

Sin secarse, ni siquiera se había llevado una toalla de la cabaña, se giró hacia la laguna. Las aguas se habían vuelto a cerrar tras él y solo se veían algunos pequeños círculos concéntricos perfectos tras los saltos de un pececillo.

La neblina de la mañana seguía cerniéndose entre los árboles, que aún estaban tan desnudos como él y contemplaban con timidez su reflejo en el agua. Aquí y allá una mancha de nieve sucia se aferraba al brezo y al barro. No haría más de cinco o seis grados, y el aire estaba cargado de humedad y frescor, con el olor inconfundible de la incipiente primavera. Sonrió y respiró profundamente por la nariz.

Nunca, nunca había sido tan feliz.

No confió en aquel tipo. Aunque se lo hubieran recomendado. Varias veces. Dos de los miembros del grupo pensaban que merecía la pena reclutarlo. Pero fue él, su líder, quien dijo que no. Ese hombre tenía un punto débil. Nunca había hablado con él en persona, le había vigilado de lejos. Había seguido al vigilante del distrito gubernamental un día entero sin que sospechara nada. Siempre resultaba útil. Un día siguiendo a una persona podía darle mucha más información que todas las referencias del mundo.

No estaba muy seguro de qué era lo que le había hecho decidirse. Había algo

inaceptablemente femenino en la manera que tenía aquel tipo de moverse. Además, se equivocaba al elegir la ropa. Demasiado débil. Tal vez fuera su mirada. Tenía los ojos marrones, sin que eso fuera lo decisivo. Lo importante era que no sostenía la mirada. Indecisos. Faltos de resolución.

—Ni hablar —decidió sin consultar a nadie—, ese hombre es un riesgo.

Las medidas de seguridad, verificar todos los pasos por partida doble, que todo estuviera triplemente garantizado... nunca antes había sido tan importante controlar todo el proceso como ahora que la policía secreta se había visto obligada por los traidores del Parlamento a desplazar el foco de su atención desde la verdadera amenaza, los rojos, para centrarse en ellos.

Por fin había conseguido construir una organización con capacidad de acción. No eran muchos, y solo confiaba plenamente en diez de ellos, pero era más importante ser fuertes que numerosos. Debían captar a sus miembros con extrema cautela. Observaban detenidamente a un candidato durante meses antes de iniciar una aproximación.

El vigilante era seguidor del Partido del Progreso. No era afiliado ni nada por el estilo, pero estaba claro que simpatizaba con ellos. Y ese no solía ser un buen punto de partida. Era cierto que con frecuencia tenían en común su verdadero amor por la patria, pero la mayoría eran unos imbéciles. Y si no lo eran, solían padecer un exceso de espíritu democrático. Le gustaba esa expresión. La había acuñado él mismo. Los del Partido del Progreso no habían entendido que era imprescindible emplear otros métodos que los permitidos por las élites noruegas dominadas por los judíos.

Había dicho que no. Los dos miembros del grupo que querían reclutarlo habían protestado, pero tenía la sensación de que aceptaban su decisión. No tenían otra opción.

—Antes tendrá que darnos una prueba —sentenció un año antes.

Poco después le habían contado que el vigilante era colega de un tipo de Loke. Loke era un asco. Idiotas románticos, un grupo de *boy scouts* reblandecidos que bebían demasiado y destrozaban los coches de los paquistaníes. Gamberradas sin base ideológica; no sabían nada, no habían leído otra cosa que novelas del Oeste. Pero el vigilante ocupaba un puesto que podía ser interesante. Nunca antes habían tenido la oportunidad de captar a alguien que estaba tan cerca del gobierno. El vigilante estaba tan cerca como era posible llegar. Así que había continuado siguiéndole de vez en cuando por su cuenta. Lo sabía todo de él. Sabía qué periódicos leía, a qué revistas estaba suscrito y las armas que tenía. Porque tenía armas, pertenecía a un club de tiro. El líder guardaba un dossier completo sobre él en el sótano; incluso sabía que se follaba a la hija quinceañera del portero de su casa y utilizaba loción para después del afeitado de la marca Boss.

Se había aproximado al hombre despacio, muy despacio. Primero de forma casual, pidiendo permiso para sentarse a su mesa cuando ocupaba una para cuatro en una cafetería. Sacó una revista estadounidense de armas. El vigilante picó, y después

de aquello habían vuelto a verse cinco o seis veces.

El tipo aún no era miembro del grupo, ni siquiera conocía su existencia, no con certeza, nada concreto. Pero de alguna manera había comprendido que existía esa posibilidad. Él mismo, el líder, había dicho todo lo que podía sin que nada pudiera demostrarse, sin que no se pudiera rumorear nada al respecto. Y el vigilante lo había comprendido, que había una posibilidad también para él.

Ahora lo más importante era mantener la distancia. Ningún contacto. Era vital que nadie pudiera relacionar al guardia con el grupo.

—¡Por fin hemos comenzado la marcha! —les gritó Brage Håkonsen a dos urracas que, asustadas, levantaron el vuelo del tronco caído en el que habían estado posadas.

Luego, el enorme joven se dirigió con grandes zancadas hacia la cabaña de troncos del claro del bosque.

—¡Por fin estamos en marcha!

En la cabaña guardaba un montón de papeles, escrupulosamente ordenados en carpetas y fundas de plástico. Tomó asiento, aún desnudo. El frío le había provocado ronchas rojas en la piel.

—Estamos en marcha —volvió a murmurar para sí, y se quedó mirando fijamente una lista de dieciséis nombres.

08.00 Calle Holmen, 12

Karen Borg miraba fascinada a Billy T. mientras intentaba disimuladamente sacar otra barra de pan del congelador para meterla en el microondas.

—¿Hay más o qué?

El hombre se había zampado ocho rebanadas y aún tenía hambre.

—Va, enseguida va —dijo Karen eligiendo el programa de descongelado—, serán cinco minutos.

El inspector de policía Håkon Sand entró en la cocina grande y luminosa arrastrando los pies y se dejó caer sobre una silla. Llevaba unos pantalones negros y estaba descalzo. Tenía el pelo mojado y las pequeñas manchas oscuras que se iban formando sobre los hombros de su camisa azul recién planchada indicaban que no se había molestado en secarlo. Revolvió el cabello rubio del niño de dos años que ocupaba la trona, pero retiró la mano de pronto mirándosela con asco.

—¡Karen! ¡Tiene mermelada en el pelo!

Hans Wilhelm se rio a grandes carcajadas enarbolando una rebanada de pan con mermelada de fresa, luego se inclinó hacia delante y la plantó sobre la pechera de la camisa de su padre. Billy T. esbozó una sonrisa y se puso de pie. El niño le miró entusiasmado y alzó los brazos hacia él.

—Creo que nos vamos a ir un rato al baño. ¿Te vienes con Billy T., Hans

Wilhelm?

—Baño, baño —gritó el niño—, con Billy T. al baño.

—Así papá podrá cambiarse de camisa.

—¿Me quedan camisas de uniforme limpias? —preguntó Håkon taciturno, mientras observaba con expresión consternada la mancha roja de su pechera.

—Claro —sonrió Karen.

—¡Håkon, tío! ¡No me digas que no te ocupas ni de tus propias camisas de uniforme!

Billy T. sostuvo al niño sobre su cabeza como un avión; la criatura reía y agitaba los brazos.

—*Is it a bird? Is it a plane? No, it's Superman!*

Superman salió por la puerta haciendo un barrido desde el techo hasta el suelo. Se reía tanto que le entró hipo.

—Así está mejor —dijo Billy T. cuando regresó con un niño de pelo mojado y chándal seco.

—Creo que ahora voy a tomar salchichón.

Agarró una de las rebanadas de pan recién llegadas a la mesa y le hizo un contundente bocata a Hans Wilhelm.

—¡Nada de mancharte! —le ordenó muy serio, y el crío se lo comió todo a un ritmo digno de admiración y sin tirar ni una miga.

—Håkon, tienes unas cuantas cosas que aprender de Billy T. —constató Karen Borg mientras intentaba maniobrar con su enorme barriga para pasar entre la mesa y las sillas.

—¿Para cuándo lo esperas? —preguntó apuntando con una rebanada con ensaladilla.

—Es una niña, Billy T. En dos semanas. Quiero decir que salgo de cuentas dentro de dos semanas.

—Ni hablar. Es un chico. Lo veo.

—Vamos al sótano —le interrumpió Håkon Sand—. ¿Nos dejas el despacho un ratito?

Karen Borg asintió mientras ponía a salvo un vaso de leche que estaba peligrosamente al alcance del niño.

—Vamos.

Los hombres bajaron por una estrecha escalera hasta llegar a una habitación subterránea sorprendentemente acogedora. Parecía luminosa a pesar de tratarse de un sótano, con un solo ventanuco que dejaba entrar la pálida luz de la mañana. Billy T. intentó acomodarse sobre un banco estrecho pegado a la pared mientras que Håkon se sentó detrás de la mesa y puso los pies sobre el tablero.

—Menuda choza que te has buscado, Håkon —dijo Billy T. rascándose la oreja—. Buena casa, estupenda mujer y un crío genial. ¡La vida es maravillosa!

Håkon Sand no contestó. La vivienda no era suya. Era de Karen. Ella era la que

tenía dinero, aunque sus actuales ingresos como abogada que trabajaba desde casa no pudieran compararse con los que percibía cuando era la única y más joven socia del despacho de abogados mercantiles más grande del país. Vivir en Vinderen había sido idea suya. Lo de no casarse también. Ya había estado casada una vez y había tenido suficiente. Håkon esperaba que la llegada del segundo bebé la ablandara un poco. Suspiró profundamente y se pasó una mano por la cabeza.

—Ahora mismo daría lo que fuera por dormir veinte horas seguidas.

—Lo mismo digo. O más todavía.

—¿En qué piensas?

Billy T. desistió de su incómodo asiento y se tumbó en el suelo con los brazos cruzados bajo la nuca y los pies en el banco.

—Estoy intentando coordinar todo lo relativo al perfil de la primera ministra —dijo dirigiéndose al techo—, y es jodidamente complicado. He hablado con tres ministros, cuatro amigos, personal administrativo, asesores políticos y el demonio y toda su familia. Resulta extraño, ¿sabes...?

Karen Borg apareció en la puerta llevando una bandeja con café y galletitas. Billy T. giró la cabeza y abrió los brazos.

—Oye, Karen. Cuando te canses de este me vengo yo a vivir. Decidido.

—Nunca me voy a cansar de este —dijo dejando la bandeja sobre la mesa del ordenador—, y menos aún si tú amenazas con sustituirle.

—No sé qué ve esa mujer en ti —murmuró Billy T. con la boca llena—, cuando podría tenerme a mí cuando quisiera.

—¿Qué es lo que ibas a decir? —preguntó Håkon bostezando—. Que resulta extraño...

—Sí. Lo difícil que es formarte una opinión sobre alguien a quien no has conocido. Parece que la gente... bueno, es que la gente dice cosas tan distintas. Unos dicen que era inteligente, trabajadora, amable y pragmática. Que esa mujer no tenía un solo enemigo. Otros apuntan que podía ser muy suya, cabezota, y que tenía bastantes cosas que ocultar sobre cómo había conseguido dejar fuera de juego a sus rivales. Hay quien cree que hace unos diez años, cuando puso los cimientos de su carrera, hizo de todo para situarse. Y quiero decir «de todo». Que incluso se habría acostado con la persona adecuada, si fuera necesario. Otros aseguran que nunca fue infiel, jamás.

—¿Quiénes son esos otros?

Por primera vez Håkon Sand pareció mostrar algo de interés por el tema.

—Pues, probablemente, la gente que mejor la conocía. Todos afirman que nunca haría algo así. Es como si... —se incorporó y dio un trago a su café—, como si la gente que tenía más cerca tuviera mejor opinión de ella.

—Bueno, eso es normal —dijo Håkon—. Se supone que gustamos más a la gente que tenemos más cerca.

—Pero ¿son lo que mejor nos conocen?

Se quedaron en silencio. Del piso de arriba llegaban los gritos del niño, que chillaba como un cerdito enfurecido.

—Es cansado tener hijos, ¿eh, Håkon?

El inspector de policía puso los ojos en blanco.

—No tenía ni idea de que iba a ser tanto trabajo. Tanta... tanta fatiga.

—Dímelo a mí. —Billy T. rio entre dientes—. Deberías haber hecho como yo: tener cuatro críos con cuatro madres diferentes que se ocupan muy bien de ellos a diario, y luego están conmigo de vez en cuando para pasárselo bien y recibir mi cariño. La mejor manera de tener hijos.

Håkon le lanzó una mirada que a Billy T. le pareció condescendiente, así que se volvió a tumbar para retomar su observación del techo.

—Ya, claro, esa es la razón por la que estás feliz como una perdiz los viernes y tan avinagrado los lunes. Es porque estás muy contento de haberlos devuelto, ¿no?

—Déjalo ya —dijo Billy T. malhumorado—. Déjalo.

Håkon Sand sirvió más café.

—Ten cuidado, no se vaya a volcar —dijo observando la taza sobre el fieltro de la mesa—. Bueno, ¿y a qué conclusión has llegado?

—Pues... —Billy T. dudaba—, en principio tengo más confianza en las personas que mejor la conocían, pero el problema es que... —Volvió a ponerse de pie y estiró los brazos hacia el techo—. El caso es que la mujer era muy honesta, Håkon. Es jodidamente difícil encontrar algo en su vida que indicara que alguien podría querer verla muerta. Por lo menos, no con la intensidad suficiente para hacerlo. Matarla, quiero decir. De momento nos queda mucho trabajo por delante, por decirlo suave. —Volvió a suspirar. No estaba siendo un buen día—. Pero escúchame, Håkon. —Se inclinó sobre él plantando las palmas de las manos sobre la mesa con tanta fuerza que el inspector dio un respingo—. En realidad solo hay dos posibilidades. O la han matado porque era Birgitte Volter, porque alguien quería matarla a ella, es decir, como persona. Y de momento no hay nada, absolutamente nada que indique que fuera así. O alguien la ha matado porque era la primera ministra. Para quitarla de en medio por su labor, por decirlo así. Un ataque a Noruega, a la política del Partido Laborista. Algo así. Y tengo que reconocer que... —le costaba decir la siguiente frase y tragó saliva—, tengo que reconocer que esto último parece lo más probable. Por ahora. Y eso quiere decir que los chicos de la novena planta van a tener una actuación estelar. Y no me gusta.

El niño había dejado de gritar y ahora se oía un sonido rítmico, como si estuviera golpeando el suelo con un juguete.

—Cuéntame lo que sabes de ella, Billy T.

—Joder, aquí no hay ningún sitio donde pueda sentarme.

—Toma, coge esta.

Håkon Sand le dejó la silla y Billy T. sonrió satisfecho.

—El próximo viernes sería su cumpleaños. Joder, la entierran el día que cumpliría

cincuenta y un años. Se casó cuando solo tenía dieciocho con un amigo de la infancia de su misma edad, Roy Hansen. Y seguían casados. Un hijo. Per Volter. Veintidós años, estudia en una academia militar en Fredriksvern, Stavern. Un buen chico que no parece haber dado más disgusto a sus padres que el de afiliarse a las juventudes del Partido Conservador. Bastante buen estudiante, secretario de un club de tiro, parece haber heredado la capacidad de organización de su madre.

—¿Club de tiro? ¿Tenía acceso a armas de fuego?

—Sí, sí. A distintas armas. Pero este fin de semana estaba de maniobras en el quinto pino, en las profundidades de la estepa de Hardanger. De hecho, fue muy difícil contactar con él para contarle que su madre estaba muerta. Además no hay nada que indique que tuviera mala relación con ella. Al contrario. Es un buen chico, dejando a un lado lo de las juventudes conservadoras. Pero, de verdad, no hay ninguna sospecha sobre el chaval.

—Sigue —murmuró Håkon.

—Birgitte Volter nació en Suecia el 11 de abril de 1946. Su padre era sueco y su madre había huido al país vecino durante la guerra. Se mudaron a Nesodden en 1950. Hizo el bachillerato y un grado en economía, y muy pronto entró a formar parte del movimiento sindical. Luego trabajó de secretaria, o algo así, en el monopolio de bebidas alcohólicas de Hasle. Luego en el Ayuntamiento de Hasle, y ocupó puestos cada vez más destacados en el sindicato de funcionarios. Etcétera, etcétera... Como suele decirse, el resto es historia. La niña de Gro, su favorita. A pesar de eso, salió elegida por los pelos en 1992.

—¿Amigos?

—Otra cosa que resulta rara —dijo Billy T. volviendo a rascarse la oreja—. ¡Joder! Me parece que voy a tener una otitis. Lo que faltaba. —Se miró fijamente el dedo índice, pero no había nada más que una mancha de tinta del día anterior—. Ya sabes esas cosas que se leen en los periódicos, eso de las redes de contactos. Que uno conoce a otro que a su vez es el mejor amigo de no sé quién. Me da que no es cierto. En esos casos, la prensa maneja un concepto de amistad que no coincide con el nuestro. En realidad no se trata de amigos. Son más bien compañeros de partido. Al parecer los políticos tienen muy pocos amigos, y esos no suelen tener nada que ver con el aparato del partido. Son gente que conocieron cuando desempeñaban un trabajo normal, o tiempo atrás en el colegio, cosas así. Creo que la única amistad verdadera que Birgitte Volter tenía dentro de la política era la presidenta del Congreso.

—¿Y enemigos?

—Ya estamos otra vez. Depende de lo que quieras decir con enemigos. ¿Qué es un enemigo? Si lo es alguien que habla mal de ti, entonces todos tenemos montones de enemigos. Pero ¿podemos llamarlos así? Hombre, Håkon, está claro que cuando llegas muy lejos dentro de un partido tan jerárquico como el laborista le has tenido que pisar los callos a más de uno. Pero ¿enemigos? Por no hablar de alguien

dispuesto a... matarte. No, no me encaja, al menos de momento.

—No... —Håkon Sand entreabrió la ventana y mientras volvía a sentarse dijo—: En realidad tenemos el mismo problema si intentamos afrontarlo desde la otra perspectiva.

—¿Qué perspectiva?

—Sí, si nos concentramos en su... labor. ¿Lo llamaste así? Es que en Noruega las cosas son tan civilizadas... Resulta imposible imaginarse a Anne Enger Lahnstein planificando el asesinato de Birgitte Volter, por muy en contra que esté del Tratado de Schengen.

Billy T. lanzó una sonora risotada.

—¡Ese sí que sería un buen caso! La Lahnstein vestida de camuflaje mientras se desliza por los conductos del aire acondicionado de la torre con un cuchillo en la boca y pistola al cinto.

—No, ¿verdad que no? —Håkon Sand aún tenía el cabello mojado. La leve humedad del sótano no ayudaba a secarlo y no paraba de revolverse el pelo cano—. No puede tratarse de una cuestión de política interior. Las cosas aquí no funcionan así. Y la teoría de que lo hiciera un loco tampoco se sostiene. Habría elegido otro lugar para actuar. Pero si los miembros del gobierno noruego apenas tienen seguridad, salvo en su despacho... Un tipo trastornado se la hubiera cargado al aire libre, en el supermercado, en un partido de balonmano o en una situación similar.

—Delante de un cine —dijo Billy T. en voz baja.

—Exactamente. El asesinato de Olof Palme fue un reto tremendo para la policía porque «cualquiera» podría haberlo cometido. En el caso de Birgitte Volter, el punto de partida es el contrario.

Se miraron a los ojos y se llevaron la taza de café a los labios a la vez, como si se hubieran puesto de acuerdo.

—Este asesinato no puede haberlo cometido «nadie» —dijo Håkon Sand.

—Entonces tendremos que intentar averiguar quién es ese «nadie».

Iba a resultar complicado, porque cuando subieron del sótano el niño de dos años se aferró a la pernera izquierda de Billy T. y no quería soltarle ni aunque le fuera la vida en ello.

—¡Bañarme con Billit, bañarme con Billit!

Seguía chillando cuando los dos policías se metieron en el coche frente a la acogedora casa blanca de la calle Holmen, 12, pero calló de pronto cuando el tubo de escape dejó escapar un estallido y el Volvo se alejó traqueteando por los baches del largo camino que llevaba hasta la carretera.

—Hasta luego, Billit y papá —se despidió con la mano, y se metió el pulgar en la boca.

La gran comisaría construida en arco en la calle Grønlandsleiret, 44, emitía un zumbido permanente de baja frecuencia; era una colmena donde se trabajaba de forma sistemática y metódica. El edificio parecía tener vida propia. Nunca antes se había manifestado de aquella manera. El largo bloque, gris y gastado, tenía oficialmente siete plantas y una policía de información e inteligencia oculta en los dos pisos superiores. Acogía a unos mil seiscientos policías que se dedicaban a lo suyo, cada uno por su cuenta, en una lucha agotadora contra el crimen que siempre les llevaba la delantera y parecía burlarse de ellos. Un pálido sol de primavera asomaba cansado sobre la colina de Ekeberg, pero la comisaría de Oslo simulaba haber recargado sus pilas, como si se hubiera expandido a lo largo y a lo ancho. Sus ventanas, que solían parecer unos ojos de mirada grisácea y somnolienta, entornados ante un mundo que los policías preferían no ver, despedían un brillo enérgico. Las persianas estaban levantadas y las ventanas entreabiertas, y toda la gente de su interior se movía en la misma dirección. Hasta las dos últimas plantas, habitualmente tan discretas, miraban hacia el exterior; allá en lo alto del edificio, con la esperanza de evitar nuevos escándalos, más inspecciones exhaustivas.

—Hay que reconocer que el comisario jefe ha organizado esto con mucha eficiencia —dijo Billy T.

Un total de ciento cuarenta y dos policías estaban destinados a tiempo completo a investigar el asesinato de Birgitte Volter, además de un número indeterminado de agentes de la secreta. En la comisaría había dieciséis grupos en acción; el más pequeño estaba compuesto por tan solo tres personas y servía de apoyo a la coordinación con asuntos internos; el más numeroso, que había ocupado el gimnasio de la séptima planta, estaba formado por un total de treinta y dos policías. Tenían la responsabilidad de coordinar la investigación táctica. Tanto el servicio de información como la policía judicial estaban ocupados presionando a sus confidentes, sistematizando todos los datos disponibles e intentando tener claro todo lo que había sucedido en los ambientes criminales de Oslo durante los últimos días. Billy T. contaba con cuatro colaboradores para obtener toda la información posible de la vida y el entorno de Birgitte Volter, una misión especial que le parecía mucho más emocionante que participar en los agotadores interrogatorios en los que había estado inmerso en las horas que siguieron a la muerte de la primera ministra. Tone-Marit Steen no formaba parte de su grupo.

—¿Por qué demonios tengo yo que interrogar a ese? Si ya lo has hecho tú, y a fondo, ¿no? —dijo Billy T. molesto.

—Me gustaría mucho que tú le interrogaras otra vez —dijo Tone-Marit en voz baja, entregándole una delgada carpeta verde.

—Escúchame —dijo Billy T. empujando la carpeta hacia ella—, a ver si mantenemos un poco de orden. Eso os corresponde a vosotros. Es imposible que el vigilante ese tenga nada relevante que decir sobre la vida privada de Birgitte Volter.

—No. Pero, de verdad, Billy, ¿no podrías tomártelo como un halago? Creo que

ese hombre miente, y tú eres uno de los mejores. Por favor.

—¿Cuántas veces tengo que decir —golpeó la mesa con el puño cerrado— que me llamo Billy T.? ¡T.! No soy Billy a secas. ¿Es que no te vas a enterar nunca?

Tone-Marit asintió enérgicamente escenificando un profundo arrepentimiento.

—T. Billy T. ¿Y esa T de qué es?

—Eso a ti te importa una mierda —murmuró abriendo un poco más la ventana.

El aspecto de Tone-Marit podía llamar a engaño. Tenía la cara muy redonda y rasgos dulces que hacían que aparentara veinte años, aunque solo le faltaban dos para llegar a la treintena. Era alta y delgada y sus ojos rasgados casi desaparecían cuando sonreía. Era la veterana de la selección de fútbol femenino, donde jugaba de lateral. Había asumido ese mismo papel en la policía, una defensora sólida y fiable del trabajo bien hecho. Era fuerte, hablaba claro y no temía a nadie.

—¿Sabes lo que te digo? Que esto no te lo voy a consentir. —Le brillaban los ojos y le temblaba la comisura de los labios—. Me tratas siempre como una mierda y no te cortas nada. No vas a volver a hablarme así, ¿entendido?

Billy T. se quedó de piedra.

—Tranquila, cariño. ¡Relájate!

—¡No soy tu cariñito! ¡Para ya! Eres un cerdo machista, Billy T., eso es lo que eres. Te paseas por ahí con un montón de tías y te crees muy guapo, pero en realidad... —Pateó con rabia el suelo y Billy T. soltó una risita. Tone-Marit se enfadó aún más—. En realidad no te gustan las mujeres, Billy T. Les tienes miedo. No soy la única que se ha dado cuenta de que no tratas igual a tus colegas si son hombres o mujeres. Todo el mundo lo sabe. Te damos miedo, eso es lo que te pasa.

—No te pases, aquí hay muchas mujeres que...

—Sí, sí... Una. Hay una sola mujer en toda esta comisaría a la que respetas de verdad, Billy T.: su alteza real Hanne Wilhelmsen. ¿Y sabes por qué? ¿Eh? ¿Sabes por qué? —Por un momento pareció dudar. ¿Se atrevería? Se humedeció los labios muy deprisa con la punta de su lengua rosada y respiró profundamente—. Porque nunca te la vas a poder llevar a la cama. ¡Porque no está en el mercado! La única mujer que de verdad respetas es una lesbiana, Billy T. Deberías pensar en eso.

—¡YA BASTA!

Se levantó y le dio una patada a la papelera, que fue a estamparse contra la pared. Luego todo quedó en silencio. Incluso en la oficina de al lado, donde llevaban varios minutos oyendo la airada conversación, se hizo un silencio total. Aun así, Billy T. no bajó la voz.

—No te consiento que hables mal de Hanne Wilhelmsen. Tú... tú no le llegas ni a la suela del zapato, ¡ni a la suela del zapato! ¡Y nunca lo harás!

—No estoy hablando mal de Hanne —dijo Tone-Marit con calma—, en absoluto. Hablo mal de ti. Si tuviera algo que aclarar con Hanne, me habría dirigido directamente a ella. Estamos hablando de ti.

—¿Y cómo te habrías dirigido a ella, eh? ¿Nadando? ¿Eh?

Tone-Marit intentó reprimir una sonrisa, pero sus ojos la traicionaban.

—¡Madre mía! Te estás portando como un niño.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! —la imitó él con una voz aguda y afectada.

Tone-Marit rompió a reír. Había intentado evitarlo, pero se fue abriendo paso, burbujeando, hasta estallar por fin en una carcajada cantarina, prolongada, mientras las lágrimas saltaban de sus ojos. Se derrumbó sobre una silla y se sujetó la tripa con la palma de la mano, balanceándose adelante y atrás, y acabó golpeándose los muslos e hipando tan intensamente que Billy T. tampoco pudo resistirse. Se echó a reír entre dientes sin parar de maldecir por lo bajo.

—Bueno, pues tendré que hablar con el tipo ese —dijo por fin, agarrando la delgada carpeta verde—. ¿Dónde está?

—Iré a buscarle —dijo Tone-Marit secándose los ojos.

Aún no era capaz de parar del todo.

—Sal de aquí, coño —dijo Billy T., aunque sonreía.

—Deberías consultar a un psicólogo —murmuró Tone-Marit implacable mientras cerraba la puerta.

11.30 Calle Ole Brumm, 212

—No lo encuentro por ninguna parte —le dijo Roy Hansen a la mujer policía en prácticas de grandes ojos azules y trenzas—. Lo siento.

—¿Y ha buscado por todas partes? —preguntó innecesariamente la agente, la encarnación de una joven campesina romántica, mientras le daba vueltas a la gorra de su uniforme.

—Claro, por todas partes. Bolsos, armarios, bolsillos... En los cajones.

Aquello le había producido un profundo sufrimiento. El olor de su cuerpo en la ropa... Todo el armario desprendía el aroma de Birgitte, arrancando la ligera costra que se había formado desde el viernes sobre su herida sangrante. Sus bolsos llenos de objetos reconocibles. El llavero que le trenzó el verano que cumplieron los veinte, un nudo marinero que nunca se deshizo y con el que ella solía bromear diciendo que era tan sólido como el amor que se profesaban. Una barra de labios de color rojo intenso, casi gastada, que le hizo ver, en un fogonazo, ese gesto cotidiano de pasarse el lápiz velozmente por los labios. Una entrada del Teatro Nacional, vieja y descolorida, de una noche que recordaría el resto de su vida. Dejó de buscar. Estaba solo en el dormitorio, oliendo ese papel y deseando retroceder en el tiempo a una época anterior, justo antes de que fueran atrapados por El Gran Proyecto: la carrera política de Birgitte.

—Su tarjeta identificativa sencillamente no está aquí. Lo siento.

Un joven estaba sentado en el sofá. La agente supuso que era el hijo de la familia. Iba de uniforme y estaba preocupantemente pálido. Intentó sonreírle, pero parecía no

verla.

—Pues tendremos que desistir. Tal vez la había perdido. Siento mucho haberle molestado.

Después de cerrar la puerta, se quedó parada en la escalera, pensando. Volter había olvidado llevar su tarjeta el viernes, eso estaba confirmado. Por si acaso, habían registrado su despacho. No estaba allí. La tarjeta era del tamaño de las de crédito, con su foto y una banda magnética al dorso. Una llave electrónica de funcionario normal y corriente. Y tampoco estaba en su casa. Resultaba extraño. Bueno, puede que la primera ministra la hubiera perdido. Sencillamente. Podía haberla dejado en algún lugar de su chalet adosado en el que a su viudo no se le había ocurrido mirar. Acababa de perder a su esposa y tal vez no estaba en condiciones de pensar con claridad.

La policía en prácticas se metió en el coche e introdujo la llave en el contacto. Luego se quedó paralizada unos instantes hasta que se decidió a arrancar. La molestaba mucho no encontrar esa tarjeta.

12.07 Comisaría de Oslo

Billy T. no estaba de humor, y el hombre sentado al otro lado de la mesa no contribuía a mejorar las cosas.

—Repitémoslo una vez más —dijo Billy T. en tono severo mientras intentaba captar su mirada huidiza—. Sonó una alarma en la sala de reuniones que está a continuación del cuarto de descanso de la primera ministra. Eran las...

—Las diecisiete treinta y siete. Si no me crees, puedes comprobar el registro.

—¿Y qué demonios te hace pensar que no te voy a creer? ¡Eh! ¡Tú! ¡Mírame!

El vigilante no movió la cabeza, pero levantó un poco la mirada.

—¿Por qué no te íbamos a creer?

—¿Por qué si no iban a traerme aquí por segunda vez? —murmuró el hombre malhumorado.

Según la documentación de la carpeta abierta sobre la mesa, el vigilante tenía veintisiete años y unos meses. Su presencia resultaba extraña; sin ser feo del todo, no era nada guapo. No es que fuera repulsivo, pero había algo indefinidamente desagradable en él. Su cara era estrecha, la barbilla puntiaguda, y le hacía falta lavarse el pelo. Sus ojos podrían resultar bonitos si agudizara la mirada; sus pestañas eran largas y oscuras. Billy T. no tuvo ni idea de su edad hasta que consultó la documentación. Podría tener tanto veinte años como estar acercándose a la cuarentena.

—¡Hombre! Debes entender que tu testimonio es fundamental. —Billy T. cogió un plano de la planta dieciséis, una copia de la transparencia que el comisario jefe les había mostrado el día anterior—. ¡Mira! —Señaló la sala de reuniones, que solo

estaba separada del despacho de la primera ministra por un pequeño cuarto de estar para su descanso—. Tú te encontrabas aquí en un momento muy crítico. Cuéntame lo que sucedió.

El vigilante resopló como un caballo. Las gotas de saliva llovieron sobre la mesa y Billy T. hizo una mueca.

—¿Cuántas veces voy a tener que contarlo? —preguntó el vigilante irritado.

—Exactamente las veces que yo te lo diga.

—¿Puedo beber algo? ¿Un vaso de agua?

—No.

—¿Es que no tengo derecho ni a un vaso de agua?

—No tienes derecho a nada. Si quieres te puedes ir de la comisaría. Eres un testigo, y solo podemos confiar en que te expliques de forma voluntaria. Pero más te vale hacerlo ya, ¡ahora mismo!

Golpeó la mesa con el puño y apretó los dientes con fuerza. Tenía la mano dolorida después del arrebato que había sufrido media hora antes, y el dolor le subió por el antebrazo. Surtió efecto. El vigilante se puso firme, literalmente se enderezó sobre la silla, y se cepilló los hombros con la mano.

—Estaba abajo, en la garita de vigilancia. Entonces saltó la alarma de la sala de reuniones. Son alarmas silenciosas. No se oye nada en el sitio, solo abajo, en nuestro puesto. Saltan cada dos por tres. Por lo menos un día sí y otro no, y no les damos importancia. —Hablaba dirigiéndose al borde de la mesa—. Pero tenemos que comprobarlo, claro. Siempre. Así que subí... bueno, en realidad deberíamos haber subido los dos a hacer la comprobación, pero llevábamos un día muy cansado con todas las obras de reforma y mi colega se había quedado dormido. Así que fui solo. —Ahora parecía estar comunicándose con la maltratada papelera del rincón—. Cogí el ascensor hasta la quince, porque las llaves del ascensor que sube a la última planta las tenía mi compañero, el que estaba dormido. Saludé al colega de la ventanilla y subí por la escalera hasta la planta dieciséis.

—Espera un momento —le interrumpió Billy T., alzando una palma abierta—. ¿Se puede subir hasta la dieciséis en ascensor? ¿Sin pasar por delante de la garita de vigilancia?

—Sí, y hasta la diecisiete también. Pero hace falta una llave. Sin esa llave, el ascensor solo llega hasta la quince.

Billy T. estaba sorprendido de que el comisario jefe no hubiera mencionado esa posibilidad cuando les habló el día anterior. Aun así, decidió dejarlo estar de momento. Un acceso tan evidente al despacho de la primera ministra ya habría sido detectado por los responsables de esa parte de la investigación. Garabateó la palabra «ascensor» sobre un papelito amarillo y lo pegó a la pantalla del flexo.

—Sigue.

—Bueno, pues entré en la sala de reuniones, ¿vale?, y allí no había nadie. Como siempre. Un fallo. Nunca han conseguido que funcionen bien esas conexiones.

—¿Estaba abierta la puerta del cuarto de estar?

Por primera vez, el vigilante le miró fijamente a los ojos. Dudó, y Billy T. podría jurar que un músculo de su mejilla se había contraído de manera casi imperceptible.

—No, estaba cerrada. La abrí y eché un vistazo dentro. Debo hacerlo siempre por si hay alguien escondido allí, pero también estaba vacío. La puerta que comunica el cuarto de estar con el despacho de la primera ministra también estaba cerrada. No la toqué.

—¿Y luego?

—Luego... Bueno, me volví abajo. Eso fue todo.

—¿Por qué no hablaste con la secretaria?

—¿La secretaria? ¿Por qué iba a hablar con ella?

El vigilante parecía sinceramente sorprendido, pero había dejado de mirarle a los ojos y estaba concentrado en la camisa de Billy T.

—No suelo... ¡Un momento! No estaba allí.

—Sí, estaba allí. Estuvo toda la tarde y por la noche.

—No, ¡no estaba! —El vigilante negó con la cabeza varias veces—. A lo mejor había ido al baño, qué sé yo, pero no estaba allí. La habría visto... —Se inclinó sobre el plano y señaló—. ¿Ves? La habría visto desde aquí.

Billy T. se mordió el interior de la mejilla.

—Mmm... vale.

Cogió el papelito amarillo del flexo, garabateó la palabra «baño» y volvió a pegarlo.

—Bueno, pues bajaste a... ¿Cómo lo llamaste?

—La garita de vigilancia.

—Ah.

Billy T. se volvió hacia una estantería de aluminio lacado, cogió un termo y sirvió café humeante en una taza decorada con un dibujo de Puccini. El vigilante miró la taza con aire inquisitivo, pero no recibió respuesta.

—Veo que te interesan las armas —dijo Billy T. soplando ruidosamente sobre el líquido hirviente.

—¿Tanto se me nota? —repuso el hombre en tono malhumorado y consultó su reloj.

—Gracioso. Eres un tipo gracioso. Estos informes, ya sabes, lo dice aquí. Sé casi todo de ti, ¿entiendes? Incluso tengo tu declaración de seguridad.

Agitó un documento con aire provocador antes de ponerlo debajo de un montón de papeles.

—No deberías tenerla —dijo el vigilante enfadado—. Va contra las normas.

Billy T. mostró una gran sonrisa y clavó sus ojos en los del vigilante, que ya no pudo apartarlos.

—Te voy a explicar una cosita. Ahora mismo no nos tomamos el reglamento muy en serio en esta casa. Si tienes alguna queja, siempre puedes protestar y veremos si

tenemos personal para atender un caso así en este momento. Lo dudo, la verdad. ¿Qué armas tienes?

—Tengo cuatro. Todas registradas, y legales. Están en casa, así que si quieres venir conmigo... —Se calló.

—¿Qué?

—Que si quieres las puedo traer aquí.

—Pues me parece que sí que quiero —dijo Billy T.—. Pero insisto: se trata de una acción del todo voluntaria por tu parte. No te estoy obligando.

El hombre murmuró algo que Billy T. no pudo oír.

—Una cosa más —dijo el inspector de pronto—. ¿Conoces a Per Volter?

—¿El hijo de la primera ministra?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Pues lo he leído en el periódico, ¿no? Mogollón de periódicos los últimos días. Pero no, no le conozco. —Se le veía cada vez más intranquilo, se golpeaba el pie derecho con el izquierdo a toda velocidad. Resultaba desquiciante—. Bueno, sé quién es. Buen tirador, de competición de tiro.

—¿Eso quiere decir que has coincidido con él?

El vigilante se tomó tanto tiempo para pensar la respuesta que resultó sospechoso.

—No —dijo mirando directamente a los ojos azul hielo de Billy T. por segunda vez—, no le he visto en mi vida.

14.10 Calle Motzfeld, 14

Los altavoces del PC emitieron una acelerada melodía electrónica, seguida de unos largos y agudos aullidos. Liten Lettvik entró en su estudio con una gran toalla enrollada al cuerpo y un purito en la comisura de los labios. El aparato tardó un rato en recibir el mensaje, y cuando apareció el minúsculo sobre en la parte inferior derecha de la pantalla abrió el buzón al instante. No tenía remitente. Dirigió el cursor a la primera línea y volvió a hacer doble clic.

La orden de arresto.

Konrad Storskog había cumplido su parte del trato.

Ella no estaba tan segura de que fuera a cumplir la suya.

16.30 Comisaría de Oslo

—Empiezo a estar hasta el gorro de estas conferencias de prensa —murmuró el inspector Håkon Sand.

El responsable de comunicación de la comisaría, que anteriormente había ocupado un cargo bien remunerado en la redacción del *Dagbladet*, sorprendió a todo

el mundo cuando asumió la ingrata tarea de mantener informada a la sociedad de todo lo que la policía no era capaz de resolver.

—Una breve orientación informativa, Håkon. Nada de conferencia de prensa —dijo manteniendo abierta la puerta de la secretaría del comisario jefe.

—Pero cuatro veces al día... ¿Es necesario?

—Es la mejor manera de evitar especulaciones. Has estado bien. Te sienta bien el uniforme. Y ahora faltan cuatro horas para la siguiente. ¡Alégrate!

—Y para entonces seguiremos sin tener nada nuevo —dijo Håkon Sand tirándose del cuello de la camisa, el de fibra artificial que le dejaba un cerco rojo y dolorido en la piel.

Había seis hombres en la sala. Uno de ellos estaba montando un proyector de diapositivas mientras otro intentaba averiguar cómo se bajaban las persianas. No lo consiguió y tuvieron que avisar a la secretaria. En cuestión de treinta segundos, la mujer dejó la habitación a oscuras y encendió la luz antes de salir.

—Tenemos un informe provisional de la autopsia —dijo el comisario jefe. La sombra oscura de su mandíbula estaba a punto de convertirse en una auténtica barba—. Y es bastante precisa, la verdad. Acertamos con la hora del crimen. Entre las diecisiete treinta y las diecinueve horas. De momento no podemos afinar más, hubo unas oscilaciones de temperatura tan grandes en la habitación que será complicado.

Le hizo una señal a Håkon Sand, que se puso de pie y presionó el interruptor para apagar la luz.

Una imagen apareció sobre la pared: un primer plano de la cabeza de la primera ministra Birgitte Volter. En el cabello rubio se veía claramente un pequeño orificio redondo, con los bordes oscuros y un rastro de sangre que se había coagulado en el pelo. El comisario jefe hizo un gesto al jefe de la policía criminal. Este entró en el haz de luz del proyector y sacó un puntero plegable.

—Como podéis ver, el agujero de entrada es pequeño. La bala estaba aquí... —Presionó el mando y apareció una nueva imagen. Bajo el cabello podía verse claramente una pequeña protuberancia, como un grano grande y doloroso—. Entró por la sien, atravesó el cráneo y el cerebro y se quedó alojada aquí, en el costado, debajo de la piel. Birgitte Volter murió instantáneamente.

Volvió a hacer clic.

—Esta es la bala.

Parecía poca cosa. Aunque la imagen estuviera muy ampliada, una cinta métrica en blanco y negro dejaba claro que era de pequeño calibre.

—Y lo extraño es que... —Se interrumpió—. No, escuchemos primero las conclusiones del técnico.

Le dio otra vez al mando y apareció un dibujo sobre la pared. Una mujer sentada en una silla de oficina con las manos sobre la mesa. Detrás de ella, un hombre sin rasgos faciales con un arma en la mano; un revólver que apuntaba a la sien de la mujer.

—Debió de ocurrir más o menos así. Está demostrado que el arma tenía que estar en contacto con la sien cuando se hizo el disparo. Lo vemos por las quemaduras que rodean el orificio de entrada. Lo que indica que el autor tenía que encontrarse detrás de ella. Delante no parece que hubiera sitio. —Golpeó con el puntero sobre la mesa del dibujo—. Por supuesto que no vamos a especular, pero podría parecer que...

—La estaban amenazando —dijo Håkon Sand.

Los demás hombres le miraron. El jefe de inteligencia, ahora vestido con un traje gris acero y corbata roja, cerró los ojos y respiró con fuerza por la nariz con un sonido agudo.

—Es lo que parece, y además... —Proyectó una nueva imagen y la herida de la cabeza de la primera ministra se abrió ante ellos, aumentada mil veces—. Aquí vemos restos de fibras. Lana, por lo que parece. Suponemos que provienen del chal que llevaba y que aún no hemos encontrado. Fibras de lana roja y negra que indican que...

—¿Le dispararon a través de su propio pañuelo? ¿Lo llevaba en la cabeza?

El jefe de la secreta pareció molesto por la interrupción.

—Sugiero que dejemos las preguntas para luego —dijo irritado, dibujando un círculo con el puntero, que se quedó enganchado en el clavo de un cuadro que habían descolgado de la pared para la ocasión—. No, no llevaba el pañuelo en la cabeza, lo llevaba sobre el hombro. Pero puede que lo tuviera sobre la cabeza en ese momento, como si fuera...

—Una capucha —murmuró Håkon Sand—. El asesino le cubrió la cabeza para que no pudiera ver.

—Correcto —confirmó el jefe de la secreta, arreglándose el nudo de la corbata mientras se inclinaba hacia delante—. El hombre le taparía la cabeza con el chal para asustarla todavía más. Es una técnica conocida, impedir que la víctima pueda ver. Tiende a desconcertar a las personas, la oscuridad, me refiero. Y así llegamos a lo que me parece más extraño de todo este asunto.

Estaba claro que había decidido no hacer caso de las interrupciones inoportunas.

—El calibre. —De nuevo apareció sobre la pared la imagen de la bala—. Es demasiado pequeño.

El comisario jefe se puso de pie y se situó junto a la ventana, recorriendo la habitación con la mirada mientras se frotaba las lumbar.

—¿Qué quieres decir con demasiado pequeño?

—7,62 milímetros. Pequeño. El calibre más frecuente en el mercado es de 9 milímetros. O el calibre 38, como lo llaman en Estados Unidos. Pero con una munición tan pequeña como esta no es seguro...

Se rascó la frente y dudó un segundo de más.

—¡No es seguro que la mujer muriera en el acto! —concluyó Håkon Sand, inclinándose hacia delante entusiasmado.

—Exacto —dijo resignado el jefe de la policía judicial, mirando al techo.

—Una vez tuve un caso así —dijo Håkon Sand—. Un tipo se disparó en la cabeza dos veces. ¡Dos veces! La primera bala entró en el cerebro sin causar un daño letal, al menos no lo suficiente para que muriera en el acto. Pero ¿por qué...?

Ahora era él quien dudaba y el jefe de la policía judicial tomó el relevo.

—Sí, esa es la cuestión. ¿Por qué una persona que tenía intención de asesinar a la primera ministra y que fue lo bastante lista como para colarse en la oficina más vigilada de Noruega iba a llevar un arma inapropiada? Y por si fuera poco... —hizo que el extremo rojo del puntero resiguiera el contorno del proyectil—, es un calibre muy pequeño. Por lo menos en este país. No se puede comprar en ninguna armería, aunque se puede encargar, claro.

—Pero si... —el comisario jefe se acercó a la pared que servía de pantalla—, si el hombre estaba de alguna manera amenazándola... Quiero decir, si fue a presionarla, no a matarla... ¿qué quería conseguir? ¿Y por qué la mató si esa no era su intención inicial?

La habitación quedó en silencio. Olía a cerrado. El comisario jefe apretó una tecla del teléfono.

—Café —dijo.

Dos minutos más tarde, los seis hombres estaban sentados en torno a la mesa de reuniones del comisario jefe sorbiendo café. Por fin, el jefe de inteligencia dejó la taza blanca y carraspeó levemente.

—El próximo miércoles se esperaba la visita del rey de Jordania. De incógnito.

Los demás intercambiaron miradas, y el comisario jefe observó fijamente al jefe de la sección de investigación criminal, un tipo pelirrojo y rotundo que había guardado un silencio absoluto durante toda la reunión, algo muy poco habitual en él.

—Un intento de salvar los últimos restos de los Acuerdos de Oslo —continuó el jefe de la secreta Ole Henrik Hermansen tras una breve pausa en la que pareció mirar a su alrededor como si buscara algo—. ¿Se puede fumar?

—En realidad no —dijo el comisario jefe frotándose la cabeza—, pero hoy se puede hacer una excepción.

Fue a buscar un cenicero de cristal en el cajón de su mesa y lo puso frente a Hermansen, que ya tenía el cigarrillo encendido.

—Tras el fallecimiento de la primera ministra, el monarca no vendrá, claro. Esto podría ser una pista. Aunque, por otro lado, habría otras maneras bastante menos dramáticas de impedir la visita del rey de Jordania. Si se hubiera filtrado la información, habría bastado con una llamada amenazante a la policía.

El humo formaba bucles sobre su cabeza.

—Y luego está la extrema derecha, claro. Como sabéis, han empezado a moverse. Es verdad que la prensa exagera, pero sabemos que dos o tres de esos grupos van lo suficientemente en serio como para planificar un asesinato. Hasta ahora habíamos considerado que estaban demasiado dispersos, que su fanatismo no llegaría a tanto. Al parecer las cosas ya no son así.

—Pero... —Håkon Sand levantó el dedo como un alumno demasiado aplicado—, si son ellos los que están detrás, ¿por qué no han... reivindicado la autoría? No tiene sentido hacerlo si todos los demás no nos enteramos de que han sido precisamente ellos quienes lo hicieron.

—Bien visto —dijo Ole Henrik Hermansen sin mirar a Håkon Sand—. Esperábamos un comunicado que no ha llegado. Pero si de verdad es uno de estos grupos el que está detrás del asesinato, el viernes vamos a tener un problema de grandes dimensiones.

—El entierro —dijo el comisario jefe con aire cansado.

—Exacto. La primera ministra era la primera en esas llamadas listas de la muerte. Y todos los demás que figuran en ellas, y quiero decir todos, irán al entierro.

—Y va a ser un auténtico infierno —apostilló el jefe de la policía antiterrorista, un tipo compacto de pelo negro.

—Es muy posible que tengas razón —respondió el jefe de la secreta apagando el cigarrillo con un movimiento decidido y aniquilador—. Puede que por eso no hayan emitido ningún comunicado. Están esperando. Es perfectamente posible, por supuesto. Muy posible.

21.30 Calle Stolmaker, 15

*Non potendo carezzarmi,
le manine componesti in croce.
E tu sei morto senza sapere
quanto t'amava questa tua mamma.*

Billy T. estaba en el pequeño dormitorio que parecía aún menor a causa de las dos literas separadas por algo más de medio metro. Descansó un momento de hacer las camas y puso la cabeza entre las manos mientras se apoyaba en la litera de arriba. La música atronaba en todo el apartamento, había altavoces en todas las habitaciones. También en la de sus hijos, aunque hasta ahora sus intentos de conseguir que cuatro críos de entre seis y ocho años amaran la ópera no habían fructificado.

La hermana Angelica lloraba la muerte de su hijo en la obra de Puccini *Il trittico*, y Billy T. se acercó la sábana a la cara y cerró los ojos. Le escocían los párpados. Desde la mañana del viernes no había dormido más de cinco horas, un sueño intranquilo en el que no dejaba de dar vueltas en la cama y se despertaba más cansado que cuando se acostó. Pronto tendría que rendirse ante el Rohypnol que esperaba en el armarito del baño como un salvavidas; llevaba un año sin tocar las pastillas.

Se frotó la cara con la ropa de cama. Los ojos no dejaban de escocerle. Los niños tendrían que haber estado allí este fin de semana. Los cuatro se habían resignado comprensivos, con paciencia y temprana madurez, a ser devueltos a sus respectivas

madres el sábado por la mañana, después de que la hermana de Billy T. se hubiera hecho cargo de ellos tras avisarla de prisa y corriendo el viernes por la noche.

—Papá va a encontrar al asesino —había explicado el mayor, Alexander, a los más pequeños—. Lo vas a encontrar tú, ¿a que sí, papá?

Ahora papá estaba cansado y triste. Se dejó caer sobre el único asiento cómodo del cuarto de estar, un gigantesco butacón inglés de cuero gastado. Puso los pies sobre la vieja y maltrecha mesa de centro, comprada en un mercadillo, y subió aún más el volumen del enorme equipo de música con ayuda del mando a distancia.

*M'ha chiamata mio figlio!
Dentro un raggio di stelle
m'è apparso il suo sorriso,
m'ha detto: Mamma, vieni in Paradiso!
Addio! Addio!
Addio, chiesetta! In te quant'ho pregato.*

Se puso a leer el libreto, aunque se lo sabía casi de memoria. El pequeño libro casi desaparecía entre sus enormes manos, y se quedó algo aturdido con la mirada perdida. Casi no oyó que llamaban a la puerta. Irritado, intentó ver la hora en el reloj de la cocina mientras bajaba el volumen de la música.

—Va, va —dijo cuando volvieron a tocar el timbre antes de que le diera tiempo de llegar a la puerta. Mientras intentaba descorrer el cerrojo, llamaron de nuevo—. Ya va —gruñó abriendo de par en par.

Lo primero que vio fue un gran petate de marinero. No estaba bien cerrado y un grueso jersey de lana intentaba escapar de él. Luego vio un par de botas camperas muy poco comunes, de piel de serpiente con las punteras rematadas en plata auténtica. Finalmente levantó la vista.

La mujer sonreía. Tenía el pelo castaño cortado a la altura de los hombros y unos ojos azul intenso con el iris rodeado de un aro negro muy visible. La cazadora de piel era nueva y de un color claro, con flecos cortos que colgaban del pecho y bordados indios en los bolsillos. Estaba morena, un tono uniforme y sin rastro de brillos ni matices sonrosados, como si hubiera pasado mucho tiempo en un lugar soleado. La raya blanca de sus ojos se extendía hacia las sienes. Se echó a reír.

—¿Tienes pinta de estar alucinando! ¿Puedo quedarme en tu casa?

—Hanne —susurró él—. ¡No puede ser cierto! ¡Hanne!

—Sí, soy yo, de verdad —respondió ella.

Billy T. saltó por encima del petate, la cogió en volandas y entró al piso con ella. La dejó caer en la butaca, abrió los brazos y bramó:

—¡Hanne! ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado? ¿Te quedas una temporada?

—Mete el petate, anda.

Billy T. fue a buscar el saco y luego apagó la música.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Algo de beber?

Se sentía como un niño, estaba colorado de satisfacción; un tanto descolocado, pero era una sensación nada incómoda. Hanne Wilhelmsen había vuelto. Estaba en casa de nuevo. Iba a quedarse con él. En la nevera había media pizza casera que había preparado el viernes y cinco latas de cerveza. Cogió dos, encendió el horno y le lanzó una de las latas a la mujer de la butaca.

—Cuéntame —dijo sentándose en el suelo muy cerca de ella, cruzó los brazos sobre las rodillas y la miró fijamente a los ojos—. ¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo. He pillado un montón de retrasos y esos rollos, y estoy muerta. ¿Qué hora es? —Sin esperar su respuesta le pasó la mano por la calva—. ¡Estoy tan contenta de verte, Billy T.! ¿Cómo estás?

—Bien, bien —dijo impaciente—. ¿Vas a reincorporarte al trabajo? ¿Ya?

—No, tengo la excedencia hasta Navidad y dentro de un tiempo tendré que volver a California. Pero, de verdad, no era capaz de mantenerme al margen. Cecilie lo comprendió. Sabía que me volvería loca si me quedaba allí mientras pasaba todo esto... —Hizo un gesto con la mano y derramó un poco de cerveza—. No podía dejarte solo con este caso. ¿Podría ayudarte como una especie de... freelance? Así no estarías solo.

—¿Solo?

Hundió la cara en su regazo, sujetó sus piernas y las zarandéo con fuerza, sacudiéndolos a ambos.

—¡Pero si somos casi doscientos efectivos!

—Pero ninguno es como yo —dijo Hanne Wilhelmsen riendo.

Su risa. Billy T. la absorbió, la hizo suya. Se deslizaba suave y agradable por su oído hasta su cerebro, y bajaba placentera por su columna vertebral. La oficial de policía Hanne Wilhelmsen había vuelto. Estaba en Noruega. En Oslo. Quería ayudarle.

—Estoy tan contento de que estés aquí —susurró—, te he...

Se calló y empezó a rascarse la espalda.

—Me has echado de menos, eso has hecho. Yo también. ¿Dónde voy a dormir? Tenemos el piso alquilado, así que espero que no te importe que me quede.

—Depende —dijo Billy T.— de si te arriesgas a compartir la cama de matrimonio conmigo o si prefieres una de las literas de los niños.

—Supongo que lo segundo será más seguro —dijo con un gran bostezo.

—Pero antes nos pulimos una botella de vino.

Hanne Wilhelmsen miró la lata de cerveza casi sin empezar.

—No hay nada que me apetezca más que compartir una botella de vino contigo ahora mismo. Nada.

—Y luego un poco de pizza. La he hecho yo solito.

El reloj de la mesilla emitía una débil luz verde, indicando que habían pasado cuatro horas y cinco minutos del nuevo día. Billy T. había retirado el edredón y dormía en diagonal sobre la cama hecha a medida. Llevaba bóxers y la camiseta de fútbol americano que le había enviado Cecilie como regalo, la de los 49ers de San Francisco en talla XXXL. Roncaba ligeramente con la boca abierta. Hanne contempló la estampa y estuvo a punto de cambiar de opinión. Al final se acercó de puntillas y se deslizó junto a su enorme cuerpo.

—Tengo pesadillas, y la litera está muy dura.

Él chasqueó los labios y se echó a un lado. Luego dejó caer su brazo izquierdo sobre ella y murmuró:

—Sabía que conseguiría llevarte a la cama.

Hanne rio en la oscuridad y los dos se durmieron.

Lunes, 7 de abril de 1997

09.15 Tribunal Supremo

Benjamin Grinde miró al presidente del Tribunal Supremo y negó ligeramente con la cabeza.

—Sinceramente, no sé qué decir. Como te comenté por teléfono ayer, la policía ha reconocido que fue un enorme error. No tengo ni idea de cómo ha podido enterarse la prensa.

El presidente se acercó el periódico a la cara. Los cristales de las gafas eran muy gruesos y hacían que sus ojos parecieran minúsculos. Además los tenía entrecerrados.

Arrestado un juez del Tribunal Supremo

Benjamin Grinde fue la última persona en ver a Volter con vida

Por LITEN LETTVIK y TROND KJEVI (Foto)

La policía lleva tres días negando que se hayan producido detenciones en el caso Volter, pero eso no es cierto. La verdad, que tanto la policía como el juez del Tribunal Supremo Benjamin Grinde han tratado desesperadamente de ocultar, es que Grinde fue detenido en su domicilio el viernes por la noche.

Tan solo media hora después de que la primera ministra Birgitte Volter fuera encontrada muerta en su despacho, se emitió una orden de arresto contra el juez del Supremo Grinde (véase el facsímil). El renombrado jurista, que también preside la conocida como Comisión Grinde, creada por el Congreso de los Diputados en otoño del año pasado, fue, según todos los indicios, la última persona en ver con vida a la primera ministra. Grinde ha declinado hacer declaraciones al KA, pero, según hemos podido saber, asegura que su presencia en el despacho de Birgitte Volter a última hora del viernes se debió a una simple visita rutinaria. La policía no lo confirma. La comisaría de Oslo ha rodeado el tema de la detención de un muro de silencio. El comisario jefe Hans Christian Mykland se ha limitado a afirmar que la orden fue retirada de inmediato, por tratarse de un error.

Las reacciones entre la clase política van desde la sorpresa a la prudencia. Págs. 7, 8 y 9.

—Esto no es bueno —murmuró el presidente del Tribunal Supremo—. Nada, nada bueno.

Benjamin tenía la mirada clavada en la mesa, en un código penal de tapas rojas y gastadas. El león del escudo parecía reírse de él, arrogante y superior, y Grinde parpadeó.

—Resulta difícil no darte la razón en eso —dijo en voz baja—. ¿Qué quieres que haga? ¿Me inhibo hasta que esto se aclare?

El presidente dejó el periódico y rodeó la mesa de roble macizo de la sala de los jueces para acercarse a la ventana enmarcada por cortinas de terciopelo verde oscuro. Miró fijamente hacia la fachada del edificio de enfrente, que mostraba esculpidas en piedra las primeras palabras del himno nacional. Puede que el Ministerio de Economía quisiera convencer al mundo de su compromiso con el país, en unos tiempos en los que se esforzaba por no malgastar las riquezas que manaban sin cesar del mar del Norte como un invisible jarro de Sarepta.

—Buena foto —murmuró apoyando las palmas de las manos sobre el cristal.

—¿Cómo?

—Una foto muy buena, la que aparece tuya en el periódico.

Se dio la vuelta y volvió a tomar asiento con tranquilidad. Por un momento pareció que estaba lejos, muy lejos, pero Benjamin Grinde sabía que el presidente del Tribunal Supremo era un hombre que se lo pensaba mucho antes de hablar, y no se dejó influir por el silencio.

—No sería correcto —dijo por fin—. Está claro que la acusación era infundada, y si dejaras tu puesto ahora sería ceder ante los rumores. Pero, por si acaso, lo consultaremos con los abogados.

Abrió la puerta y la mantuvo abierta para que entraran los otros cuatro jueces que esperaban con sus togas negras de cuello ribeteado en terciopelo púrpura. Llevó aparte al mayor de ellos y mantuvo con él una conversación en voz baja que los demás no pudieron captar. En el momento en que el presidente abrió la puerta para dejarlos solos, el secretario de Justicia apareció para decir las palabras habituales:

—Los abogados están en el estrado.

El juez decano se puso delante e hizo una breve señal al resto, que se colocaron en fila tras él siguiendo el orden establecido, con Benjamin Grinde, el último en ser designado, al final.

La sensación de solemnidad que siempre le invadía después de saludar con la cabeza a los abogados y tomar asiento, un segundo después del administrador, había desaparecido. El alto respaldo de la silla era incómodo y la toga demasiado calurosa.

—Se abre la sesión. Hoy vamos a tratar el caso de apelación número...

Benjamin Grinde se sentía muy mal. Quiso coger un vaso de agua, pero le temblaba el pulso y lo dejó.

—¿Algo que objetar a la composición del tribunal?

El administrador miraba alternativamente a los dos abogados que estaban de pie en el estrado frente a la mesa en forma de U de los jueces. La nuez del joven letrado que iba a presentar su primer caso ante el Supremo subía y bajaba como un yoyo, impidiéndole articular palabra. Movió la cabeza febrilmente de un lado a otro, mientras que la otra, una abogada del Supremo de casi sesenta años, contestó con voz alta y clara:

—No.

—Soy consciente de que hoy nos encontramos en una situación algo peculiar —

dijo el administrador mientras movía sus papeles sin objetivo aparente, montones de casos jurídicos de desigual relevancia, a juzgar por lo que había podido ver antes—. Supongo que los abogados están ya al corriente de un artículo que ha publicado la prensa matutina en el que el juez Grinde —hizo un breve gesto hacia su derecha— es objeto de atención. Se dice que fue arrestado a raíz del trágico caso de asesinato que todos conocemos. Bueno. Hemos hecho algunas averiguaciones sobre el asunto y el fiscal general nos ha confirmado que se trató de un error. Por eso no creo que un artículo lleno de especulaciones y publicado en un medio «amarillo» —parecía que se hubiera tragado un limón— debiera tener como consecuencia que un juez del Supremo se viera obligado a renunciar a su puesto. Pero, como digo, se trata de una situación excepcional, y dejo a los abogados que expresen su opinión sobre si el juez Grinde goza de la confianza necesaria. Así que, por una cuestión de ética profesional, reitero la pregunta: ¿hay alguna objeción a la composición del tribunal?

—¡No!

Los abogados contestaron a coro, y el más joven de ellos se apoyó con fuerza sobre el pesado estrado de teca. No dejaba de tragar saliva y, cuando el administrador le dio la palabra, se puso de pie bruscamente cuan largo era.

Silencio. Un largo silencio. El hombre se tambaleó y, desde su mesa, los jueces no pudieron ver cómo su colega femenina le dedicaba un gesto de ánimo con el pulgar levantado; lo hizo discretamente, protegida por el estrado, pero el joven estaba tan ido que no se percató de nada.

A Benjamin Grinde le entraron unas ganas incontrolables de reír. Se pasó la mano por los labios intentando empujar la hilaridad de vuelta a su lugar de origen. Nunca antes le había sucedido; nunca había perdido el respeto y la seriedad que eran imprescindibles para el más alto tribunal de la nación. Debía comportarse con solemnidad. Sabía por lo que estaba pasando el joven abogado. Estaba muy pálido y abría la boca como un pez fuera del agua. Por fin comenzó:

—Distendido tribunal...

El administrador emitió un sonoro carraspeo, y el abogado se calló de golpe. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Jueces superiores del reino...

El administrador le hizo un discreto gesto a su secretario, que se apresuró a garabatear unas palabras en un papelito amarillo y lo dejó frente al infeliz abogado, que ya estaba totalmente paralizado y lucía sobre el labio una densa película de sudor.

—Distinguido tribunal, jueces supremos del reino —repitió el letrado, y fue como si hasta la misma sala soltara un gran suspiro de alivio y las oscuras paredes ya no parecieran tan estrictas, tan opresivas.

Cuatro de los jueces esbozaron una sonrisa y empezaron a tomar notas. Benjamin Grinde ya no sentía ninguna necesidad de reír. Tampoco se fijó en Liten Lettvik, que se levantó sin hacer ruido de la última fila para los oyentes y abandonó la sala.

12.00 Comisaría de Oslo

Ni siquiera su suave acento de Kristiansand podía enmascarar su cabreo. El comisario jefe Hans Christian Mykland golpeó la mesa y cerca de ciento cincuenta policías se enderezaron en sus sillas.

—Este es un asunto muy serio, muy, muy grave. Creí que quedó claro en la reunión plenaria del sábado. Nada de filtraciones a la prensa. Lo dejé clarísimo.

Volvió a golpear la mesa con el puño y el silencio era tal que ni siquiera Billy T. se atrevió a dejar escapar un poco de aire; le dolía el estómago.

—Esa orden de arresto fue un error y todos lo sabemos. Ahora nos arriesgamos a que nos pida una indemnización por persecución ilegal e indebida. ¿Saben las consecuencias que puede tener ofender al tercer poder?

Nadie parecía sentirse tentado a responder; la mayoría se miraban el regazo con mucho interés.

—Esto será investigado a fondo. Me ocuparé personalmente de que quien haya filtrado la orden tenga que responder por ello... ¡ante mí!

El jefe por fin había tenido tiempo para afeitarse, y había algo en él que transmitía una nueva determinación; era como si hubiera ganado estatura durante el fin de semana.

—Bien, dejemos ese asunto. En la próxima rueda de prensa... —miró al jefe de prensa y rectificó—, quiero decir, en el próximo *briefing*, aclararemos lo mejor que se pueda que Benjamin Grinde colaboró con nosotros solo como testigo. Y veremos si el incendio es muy grande y si tenemos posibilidad de extinguirlo. Le doy la palabra al comisario de la policía judicial.

El comisario de la judicial dio un respingo, como si no hubiera estado atento al sermón; a él no le afectaba.

—Será necesario hacer un breve resumen de la situación —empezó mientras colocaba una transparencia en el proyector.

—El que no tiene nada que decir lo hace proyectando algo —dijo Billy T., que de nuevo ocupaba la última fila con Tone-Marit a su lado.

Esta hizo como que no le oía.

—Como sabéis, estamos trabajando a tope en todos los frentes. Lo más importante es averiguar el cómo y el porqué. Con respecto a este último punto, hemos considerado útil clasificar los posibles motivos en tres categorías principales. —Se giró hacia la pantalla y, sin ponerse de pie, señaló—. Uno: motivos personales. Dos: causas internacionales. Tres: movimientos extremistas. El orden es casual.

—Es bastante extremista matar a la primera ministra, sea cual sea la causa —dijo Tone-Marit en voz baja, y Billy T. la miró sorprendido.

—Ahora debes ser una buena chica y estar calladita —le dijo con sorna.

—También hemos decidido que debemos ser restrictivos con las tomas de declaración a la familia más cercana, por lo menos hasta después del entierro, que

será el viernes. Y ese es otro problema.

Señaló al jefe de la policía antiterrorista, o «grupo operativo», que era el eufemismo que aparecía sobre el papel. El hombre de figura compacta y cabello y barba negro azabache se puso de pie con gesto dolorido.

—El entierro contará con la máxima protección. Estamos identificando a los grupos de riesgo, es decir, terroristas internacionales, agentes extranjeros, extremistas nacionalistas tanto de derechas como de izquierdas... —Sonrió al jefe de inteligencia, que no le respondió. Un poco ofendido, prosiguió—: Y, por supuesto, personas con trastornos psíquicos. Sabemos por experiencias previas, internacionales, claro, que cuando se produce un suceso como este puede ser obra de algún perturbado. Por supuesto también vigilamos de cerca a nuestros conocidos de los ambientes criminales, todos aquellos que, de alguna manera, pudieran guardar relación con el caso. Tendremos una reunión centrada solo en este tema mañana por la mañana.

Volvió a sentarse y miró al jefe de información e inteligencia en busca de su aprobación, pero seguía sin recibir respuesta. El comisario de la policía judicial tomó de nuevo la palabra.

—En este momento estamos informatizando las declaraciones de todos los que trabajan en la torre del gobierno. Intentaremos descubrir cualquier acceso injustificado al gabinete de la primera ministra. Es vital que todas las declaraciones sean entregadas en un disquete.

—Si estuviéramos mejor equipados, eso podría hacerse presionando una tecla —suspiró Billy T. poniéndose de pie.

—¿Ya te marchas? —susurró Tone-Marit.

—Tengo cosas mejores que hacer.

Había algo que le preocupaba, aunque no conseguía recordar qué era. Algo que había olvidado, una información que le habían dado pero que se había perdido en algún lugar del disco duro de su cabeza.

—Sobrecarga —murmuró para sí mientras se dirigía a la zona amarilla de la cuarta planta del edificio—. Creo que no seré capaz de procesar más datos.

12.24 Centro de Oslo

Brage Håkonsen vestía pantalones vaqueros y un enorme jersey rojo oscuro con las palabras «Washington Redskins» en el pecho y, en la espalda, la cabeza de un jefe indio con plumas. A los demás les parecía extraño que quisiera lucir la imagen de un tipo de piel oscura, pero eso era porque no se enteraban de nada. Los indios de América del Norte tenían orgullo, eran un pueblo majestuoso. Al contrario que sus inútiles parientes del sur, esos seres canijos y renegridos vestidos de colores chillones, los nativos de América del Norte tenían una grandiosa tradición cultural y un profundo conocimiento y sabiduría sobre la naturaleza y la vida animal. Era el

gobierno de Estados Unidos, infestado de judíos, el que les había aplastado durante cientos de años y les había robado su derecho a la tierra, las praderas y el agua. Solo de pensarlo, la ira hacía zumbir sus oídos.

Se escondió rápidamente detrás de una furgoneta parada con el motor en marcha, cargada de ropa para la tienda que había al final de la calle Storgata. El vigilante había mirado en su dirección unos instantes.

Cuando Brage Håkonsen se volvió a asomar con mucho cuidado y la gorra calada hasta la frente, vio que el vigilante seguía su camino con la misma actitud, más atento, con un aire nervioso. Algo en él había cambiado. Ya no era esquivo y pusilánime; estaba alerta, parecía un ciervo en temporada de caza. Se metió en una tienda de ropa deportiva, no sin antes mirar a derecha e izquierda.

Brage Håkonsen pasó casi corriendo por delante de un McDonald's y cruzó la calle con el semáforo en verde. Un Escarabajo tuvo que frenar de golpe sin que Håkonsen se dignara siquiera dedicarle una mirada.

El vigilante estuvo mucho tiempo dentro de la tienda. Al salir no llevaba nada, ni siquiera una bolsa de plástico, así que si había comprado algo cabía en un bolsillo. Seguía mostrándose alerta, mirando a su alrededor constantemente, y a intervalos irregulares se detenía para mirar hacia atrás. Luego echaba a correr unos metros y entonces volvía a caminar despacio, con una tranquilidad casi exagerada.

Antes no era así. Era facilísimo seguir al vigilante. Nunca quedaba con nadie, evitaba el contacto visual y Brage Håkonsen había podido caminar pegado a él, incluso se había permitido la audacia de ponerse frente a él, a menos de tres metros, y nunca había detectado su presencia. Ahora parecía tener ojos en la nuca. Era cansado seguirle y Brage Håkonsen se arrepintió de haber elegido ese jersey. Algo más neutral hubiera sido más práctico, camisa y chaqueta, tonos marrones o grises.

El vigilante por fin iba a cruzar el puente de Nybrua. Era una zona con mejor visibilidad, y Brage Håkonsen podía dejar hasta cien metros entre ellos sin arriesgarse a perderle. El repentino e inesperado sonido de la sirena de una ambulancia que salía de urgencias hizo que el vigilante diera un respingo. Por un momento pareció que fuera a tirarse al río Aker. Se pegó a la barandilla y miró a su alrededor con ojos de loco.

Brage Håkonsen sonrió. No se equivocaba. El problema era que se comportaba de una forma tan sospechosa que corría el riesgo de que, si alguien de la policía le veía actuar así, lo detuviera. Por otro lado, la policía ya le habría interrogado, puede que en más de una ocasión, y aun así seguía caminando libremente por las calles de Oslo.

Pronto estuvo seguro: el vigilante llegó a su portal y metió la llave en la cerradura sin dirigirle la palabra a la hija del portero, que le miraba ofendida marcando cadera.

Brage Håkonsen se quedó observando el destartado inmueble de la calle Jens Bjelke hasta asegurarse de que el vigilante había llegado a su apartamento. Luego intentó parar un taxi.

A Liten Lettvik había dejado de dolerle la rodilla izquierda. Además, había pasado el fin de semana sin probar el alcohol y su cuerpo parecía reaccionar ante esos inesperados cuidados rechazando los puritos. Llevaba cinco horas sin encender uno. Liten Lettvik se sentía muy, muy bien.

La policía no había desmentido nada. Durante la conferencia de prensa, hacía menos de una hora, habían tratado de sortear como podían las aguas turbulentas, casi podía ver cómo salpicaban al comisario jefe, pero en ningún momento lo habían desmentido. Liten Lettvik pensó con gratitud en Konrad Storskog, y por un momento incluso se preguntó si debería dejarle en paz a partir de ahora.

Habían sido los únicos en dar la noticia, claro. Cierta sensación de agradecimiento había llevado al redactor jefe a autorizarla a seguir investigando la conexión entre el asesinato de Birgitte Volter y la visita de Benjamin Grinde al despacho de la primera ministra. Aunque sin mucho entusiasmo.

—No creo que haya mucho más que exprimir de ese limón —objetó con prudencia mientras se mordía el labio—. La noticia tiene morbo en un día como hoy, Liten, pero está claro que la policía ya no sospecha del tipo. ¡Por Dios, si esta mañana ya estaba de vuelta en el Tribunal Supremo!

—Escúchame, Leif, los chicos de nacional tienen una mina de oro. Mucho material sobre el que seguir trabajando.

—Pero si ya tienen de sobra. Aún no se sabe nada del nuevo gobierno que se formará el viernes. No habían disfrutado tanto desde que estalló el caso de espionaje Furre.

—¡Exacto! ¿Y cuál fue la cuestión central en el caso Furre?

El redactor jefe no contestó, pero Liten había conseguido llamar su atención, sus manos inquietas sobre el vade protector de la mesa le delataban; estaba gastado y tenía los bordes deshilachados, y los dedos que no paraban de manosearlo eran señal segura de que había despertado el interés de Leif Sarre.

—Las críticas se basaron sobre todo en que Berge Furre estaba siendo vigilado por la gente de asuntos internos de la policía, ¿no es cierto? Y Furre pertenecía a la comisión que a su vez iba a investigar a asuntos internos, ¿no? En resumidas cuentas, como miembro de la comisión, no podía ser objeto de investigación. Pero entonces los defensores de asuntos internos empezaron a liarla porque nadie debe ser inmune en un asunto así, ni el rey Salomón ni Perico de los Palotes. ¡Y ahora han acusado a un juez del Tribunal Supremo, el rey Salomón, me entiendes, sin la valoración de un tribunal! Ahí hay tela, mucha tela que cortar.

El redactor jefe estuvo un rato callado, hasta que finalmente señaló la puerta con un gesto malhumorado. Esa era una aprobación en toda regla.

Sin embargo, Liten no había encontrado mucho más sobre Benjamin Grinde. Mientras revisaba su expediente se dio cuenta de que muy pocos, o nadie, parecían

conocerle de verdad. Ni siquiera la entusiasta e inocentona suplente de la secretaria del Tribunal Supremo, con la que Liten había tenido tanta suerte la noche del viernes, le había servido de mucha ayuda. Y eso que estaba claro que le había parecido de lo más emocionante que una periodista de un medio nacional se interesara por sus opiniones sobre esto y aquello.

—No, el juez Grinde casi nunca recibe llamadas personales —canturreó al otro lado de la línea.

Benjamin Grinde tenía un montón de conocidos. Pero evidentemente ningún amigo, por lo menos no en la judicatura. Los retratos que le habían hecho en once llamadas telefónicas inútiles eran aburridísimos y no le servirían de nada: Benjamin Grinde era eficiente, correcto y trabajador.

—Secretaria del abogado Fredriksen, dígame.

Liten Lettvik por fin se había encendido un purito, y echó el humo por la nariz mientras se presentaba y pedía que le pasaran con Frode Fredriksen. Solo tardó unos segundos en ponerse; el abogado Fredriksen no era de los que dejaban escapar una oportunidad para hacer uso de su derecho constitucional a expresar sus opiniones.

—Un escándalo judicial —afirmó pomposo. La periodista casi podía ver cómo se sacudía la caspa de las solapas, algo que hacía siempre que quería enfatizar una idea—. Te diré una cosa, Liten Lettvik: si la comisión no llega al fondo de este asunto, me ocuparé personalmente de que todos los implicados asuman su responsabilidad. ¡Es mi maldito deber como portavoz de los más desfavorecidos!

Frode Fredriksen era capaz de ponerse trascendente hablando del color de la manteca, y la periodista ni siquiera se tomó la molestia de anotar sus palabras. Así que le interrumpió antes de que llegara al final de su discurso y empezara a hablar de los «inviolables derechos humanos».

—Pero ¿qué es lo que resulta tan escandaloso? ¿Qué crees que ha ocurrido?

—Las autoridades quieren ocultar algo, Liten Lettvik, ocultan algo.

—Entiendo que es ahí adonde quieres llegar, pero ¿el qué?

—No lo sé, claro. Pero te diré una cosa: en mi vida me había encontrado con un muro de silencio como el que las autoridades han construido en torno a este asunto. Nunca en toda mi carrera. Y, aunque esté mal que yo lo diga, es una carrera muy larga, como bien sabes.

—¿Qué clase de silencio?

Liten Lettvik encendió otro purito con la colilla del anterior.

—Han desaparecido informes —continuó el abogado—, se niegan a entregarlos o, cuando llegan a mis manos, están incompletos. Los hospitales de este país son los «asuntos internos» de la sanidad, te lo aseguro, Lettvik. Secretismo y arrogancia de principio a fin. Pero no dejaremos que nos detengan.

—Aun así has pedido un aplazamiento de la vista sobre las indemnizaciones...

—Por supuesto. Espero que la comisión Grinde saque a la luz nuevos datos. Así las indemnizaciones podrán ser mayores.

—Pero escúchame bien, abogado Fredriksen. —Liten Lettvik se cambió el auricular de oreja con un gesto impaciente—. Debes de tener alguna idea sobre lo que está pasando... Quiero decir, la comisión ha ordenado que se investigue lo ocurrido en los años sesenta y que los familiares reciban toda la información de las autoridades sanitarias. Pero, sinceramente, de aquello hace ya treinta años. ¿Para quién podría resultar peligroso un asunto así? ¿Y por qué estás tan alterado? ¿No has conseguido ya lo que querías? Se ha formado una comisión investigadora y eso era lo que tú reclamabas, ¿no?

Se hizo un silencio total. Liten Lettvik pegó una profunda calada y retuvo el humo en sus pulmones disfrutando de la nicotina que llegaba a su sangre.

—Escúchame bien, Liten Lettvik: en 1965 murieron ochocientos niños de más —dijo por fin en voz baja e intensa. La periodista podía oír cómo manejaba los documentos mientras dramatizaba—. ¡Al menos ochocientos niños! En 1964 murieron en este país 1078 niños menores de un año. En 1966 fueron 976. Los años anteriores y posteriores se mantienen de forma más o menos constante en torno a los mil, y la cifra ha ido descendiendo de forma sistemática hasta estar entre doscientos y trescientos hoy día. Pero en 1965, Liten Lettvik, murieron 1914 bebés. Una diferencia así no puede ser casual. Murieron por algo. Y las autoridades no quieren ayudar a que se descubra qué es ese algo. Un escándalo. Lo repito: un enorme escándalo.

Liten Lettvik lo sabía. Había leído todo lo relativo al caso. Pero aún no había obtenido respuesta a su pregunta, y por un momento dudó si continuar con la conversación. Cambió de tema repentinamente.

—¿Y qué pasa con Benjamin Grinde?

El abogado Fredriksen lanzó una sonora carcajada.

—Ahí estáis más que perdidos. O por lo menos lo está la policía. Y me ha parecido entender que así lo han reconocido, aunque vosotros le hayáis dado tanto bombo al asunto. Benjamin Grinde es un hombre excelente. Un poco aburrido, algo pomposo, pero eso va con el cargo. Está en el aire que se respira en el Supremo. Ah, no. Benjamin Grinde es un jurista extraordinariamente dotado, y un ciudadano ejemplar. Me alegré muchísimo de que fuera elegido para dirigir la comisión de investigación. Y así se lo hice saber, con toda modestia.

Por ahí no iba a conseguir nada. Liten Lettvik le dio las gracias por su tiempo sin rastro de entusiasmo. Marcó un último número. Necesitaba comer algo.

—Edvard Larsen —contestó una voz agradable.

—Hola, Loffen. Soy Liten Lettvik. ¿Cómo te va?

—Bien —dijo el responsable de comunicación del Ministerio de Sanidad en tono resignado. Liten Lettvik llamaba a todas horas y parecía no entender que le era imposible pasarle la llamada a la ministra Ruth-Dorthe Nordgarden—. ¿Qué puedo hacer por ti hoy?

—Escúchame: necesito hablar con la ministra.

—¿De qué se trata?

—Siento no poder decírtelo, pero es importante.

«Loffen» Larsen solía vivir inmerso en un mar de paciencia, una cualidad inestimable como portavoz de la ministra en los medios. Pero ahora estaba a punto de zozobrar.

—Sabes muy bien que debo saber de qué se trata. No tengamos esta conversación una vez más.

Intentó quitarle hierro a sus palabras con una risita final. Liten Lettvik suspiró.

—Vale, pero no es nada comprometido, aunque sí importante. Quiero preguntarle por algo relativo a la labor de la comisión Grinde.

—Tú dime las preguntas que yo me ocuparé de que recibas las respuestas lo antes posible.

—Te lo agradezco, pero no, gracias —dijo Liten Lettvik, y colgó de golpe.

Sin embargo, no estaba demasiado irritada. Ruth-Dorthe Nordgarden era el miembro del gobierno con quien era más fácil conseguir hablar. Solo había que encontrar algo que le interesara. Ofrecerle algo a cambio. Con aire distraído, Liten Lettvik pasó las páginas de su agenda Filofax hasta que sus dedos dieron por sí solos con el número secreto de la casa de Ruth-Dorthe Nordgarden.

Pero la molestaba tener que esperar hasta la noche para poder llamar.

20.50 Calle Stolmaker, 15

—Aunque solo fuera por los chicos, podrías intentar que esto resultara un poco más acogedor.

Hanne Wilhelmsen llevaba puesto un delantal de piel manchado de vino y restos de comida. Hizo un gesto de desesperación con el cucharón de madera que tenía en la mano, salpicando un poco de salsa de tomate.

—Podrías intentar no ponerme la cocina perdida de salsa de tomate —dijo Billy T. con una media sonrisa—. Eso no contribuye a que resulte más acogedora. —Pasó la mano por la puerta de la nevera y lamió la salsa roja—. Mmm, buenísima. Una pena que no estén aquí los niños. Espaguetis con tomate y carne picada, su plato favorito.

—Tallarines a la boloñesa —le corrigió ella—. No es lo mismo que espaguetis —añadió, enseñándole el paquete.

—Espaguetis aplastados —confirmó él—. ¿Y qué vas a hacer con eso?

Cogió un tallo de apio y se lo metió en la boca al tiempo que señalaba la nuez moscada.

—¡No toques! —le regañó Hanne, volviendo a agitar el cucharón y dibujando esta vez una raya de puntitos rojos en la impecable camiseta blanca de Billy T.—. Echa un vistazo a este salón —prosiguió con resignación mientras ponía la tapa a la cazuela—. Esas cortinas deben de ser de los años setenta. —Probablemente tuviera

razón. Estaban patéticamente torcidas y eran de un tejido grueso, naranja con franjas marrones. En los pliegues se acumulaba el polvo de muchos años—. Al menos podrías haberlas lavado. Y mira allí, por ejemplo. —Desde la cocina integrada en el salón clavó la vista en el equipo de música que brillaba y lanzaba destellos a la luz de una lámpara de pie de tres bombillas y pantalla de rafia—. ¿Cuánto te ha costado eso?

—Ochenta y dos mil coronas —murmuró Billy T., tratando de meter una cuchara en la cazuela.

—Te he dicho que ni lo intentes. Con que te hubieras gastado la mitad de eso en IKEA podrías haber adecentado esto bastante. ¡Pero si ni siquiera tienes un sofá en condiciones!

—A los chicos les gusta sentarse en el suelo.

—Eres y seguirás siendo siempre un bicho raro. —Sonrió—. Veré qué puedo hacer mientras esté aquí.

Billy T. puso la mesa y movió el televisor para poder ver el especial informativo mientras cenaban. Luego abrió dos cervezas, las sirvió y ajustó el volumen.

—¿Cuándo se cansarán de estos informativos tan largos...? —preguntó Hanne Wilhelmsen quitándose el delantal—. Ya llevo vistos dos hoy y dicen lo mismo todo el tiempo, o casi.

La mujer de la pantalla tenía un aspecto decidido que inspiraba confianza, a pesar de que su peinado recordaba al de un conocido personaje de cuento infantil.

—Anda, se ha cortado el pelo. Le queda bien.

—Esa mujer debe de estar casi tan cansada como nosotros —comentó Billy T. lanzándose sobre la comida—. ¡Está de puta madre! No sé cuántas ediciones ha tenido que presentar estos últimos días. Y encima le han cambiado el orden, y dan primero las noticias, luego los deportes y por último los análisis de la actualidad. Está todo patas arriba, en la tele también —concluyó señalando la pantalla con la cuchara.

—Chsss —gesticuló Hanne—, calla.

«Y en esta edición de nuestro informativo contamos con la presencia en el estudio del comisario jefe de la policía Hans Christian Mykland. Bienvenido, señor Mykland».

«Gracias».

«Iré directa al grano, señor Mykland, puesto que sé que tiene cosas mucho más importantes que hacer que estar aquí hablando conmigo. ¿Podría decirme si la policía está más cerca de solucionar el caso Volter cuando ya han pasado casi exactamente tres días de su asesinato?».

—Pobre hombre —murmuró Hanne tras escuchar la respuesta del comisario jefe—. No tiene nada que contar, pero debe hacer que parezca que dice algo. ¿De verdad que estáis tan perdidos, Billy T.?

—Casi.

Sorbió tallarines hasta que su boca se convirtió en una gran rosa roja.

—Payaso...

—Bueno, tenemos algo más —dijo Billy T. secándose la boca con el antebrazo—. Entre otras cosas, un calibre muy poco frecuente.

—¿Ah? ¿Cómo de infrecuente?

—7,62 milímetros. Creo que muy pronto sabremos qué arma utilizaron. Pero eso no puede contarle ahí —dijo señalando el televisor—. Es que no le veo el sentido a presentarse en el estudio cuando no puede decir nada. Joder, está cabreadísimo porque se ha filtrado lo del arresto y nos han puesto a todos un doble bozal reforzado.

—No creo que resulte muy efectivo —dijo Hanne dando un trago a su cerveza—. La comisaría de Oslo es un auténtico colador, siempre ha sido así.

El comisario jefe pareció muy aliviado cuando por fin le dejaron marcharse. La mujer del pelo rojo siguió hablando al público mientras se dirigía a otra parte del estudio. Los líderes de los grupos parlamentarios en el Congreso de los Diputados estaban sentados a una mesa con forma de bumerán, y el presentador se quedó mirando fijamente a la cámara tras dar paso a una grabación que tardó en aparecer más de la cuenta.

—¿Por qué nunca les sale bien? En Estados Unidos estas cosas no pasan. Lo clavan todo el tiempo, cada vez.

Con unas imágenes bastante insulsas del Congreso de fondo, un comentarista explicaba las dificultades de hacer encajar el puzzle del nuevo escenario político. De vuelta en el estudio, el presentador se dirigió a un hombre de gesto grave impecablemente vestido con una americana de color claro.

—Yo creía que la que dirigía el Partido Demócrata Cristiano era la tía esa —dijo Billy T.—, no ese tipo de ahí.

—Ella lidera el partido, pero él está al frente del grupo... ¡Chsss!

«Sería un grave error intentar obtener ventajas políticas de la trágica situación que ha surgido a raíz del asesinato de la primera ministra Volter».

«¿Eso quiere decir que no van a aprovechar la oportunidad para reforzar su situación en el Parlamento?».

El presentador hablaba con un extraño deje del norte de Noruega y llevaba una rara coletilla en la nuca, que si bien era algo más corta que cuando Hanne se marchó a Estados Unidos, no paraba de moverse al ritmo de su voz.

«Como he dicho, un suceso muy trágico ha acontecido a nuestra nación, y los partidos de centro hemos decidido que no es el momento de hacer cambios. Debemos permanecer todos unidos en estas difíciles circunstancias, y el pueblo decidirá en las elecciones de septiembre quién debe guiar este país en el futuro».

El demócrata cristiano no había acabado, pero el presentador se giró hacia su izquierda y se dirigió a un hombre de barba poblada y bien cuidada, con cierto aire de frustración en el rostro.

«¿Cómo interpreta esto la derecha?».

El hombre movió un poco la cabeza con gesto de hastío y fijó una mirada

decidida sobre el presentador.

—Comunicación no verbal —comentó Hanne—. Ese ha ido a un cursillo sobre cómo comportarse ante los medios.

—¿Qué? —preguntó Billy T. sirviéndose más pasta.

—Olvídalo. Chsss.

«Son tiempos difíciles y, desde luego, no es el momento de aplicar estrategias políticas o de denigrar al contrario. Pero me permito comentar que esto demuestra hasta qué punto la supuesta alternativa de centro no es real. Los partidos de centro llevan varios meses promocionando su candidatura de cara a las elecciones de este otoño, pero cuando se presenta una oportunidad real, la dejan caer como si fuera una patata caliente. Esto nos da la razón: el Partido Conservador debe ser también parte de la alternativa al Partido Laborista».

«Bueno, hasta el otoño no tendremos la respuesta a esa cuestión».

El demócrata cristiano había tomado la palabra, pero el presentador le interrumpió sin contemplaciones.

Hanne soltó una carcajada.

—¡Pero si ninguno de ellos quiere el poder! Están todos muertos de miedo.

—Política —escupió Billy T. sirviéndose por tercera vez—. Te voy a contratar de cocinero.

—Cocinera —le corrigió Hanne distraída y sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Qué?

—Pues que cuando la que cocina es una mujer se dice cocinera. Cocinero es un hombre. Pero me gustaría escuchar esto, por favor.

«Estaría mal aprovecharse de esta situación extraordinaria».

Era un representante del partido de centro que repetía el eco de lo que había dicho su aliado del Partido Demócrata Cristiano, y el conservador volvió a negar con la cabeza, esta vez de forma enérgica.

«Pero ¿cuál es la diferencia? ¿Qué habrá cambiado en otoño? El Partido Laborista gobierna en minoría hoy igual que lo hará en septiembre. Llevamos así toda la posguerra. ¿Creen los partidos de centro, izquierda y demócrata cristiano que en las elecciones conseguirán una mayoría en el Parlamento?».

«Como ya he dicho, eso habrá que verlo», intentó interrumpir el representante demócrata cristiano, pero el presentador le hizo callar con un gesto decidido y ya no había quien detuviera al hombre del Partido Conservador.

«¡Ya va siendo hora de que sepamos vuestra opinión sobre varios asuntos decisivos! Los votantes tienen derecho a ello. ¿Cuál es vuestra postura sobre la construcción de plantas gasísticas? ¿Qué pasa con el Espacio Económico Europeo? ¿Las ayudas para guarderías? ¿Las retribuciones durante las bajas por enfermedad? ¿Sabremos algo de todo esto antes de ir a las urnas?».

Entonces empezaron a hablar todos a la vez.

—Cuando el gato no está, los ratones bailan —dijo Hanne.

—Pero es que esos no quieren bailar —dijo Billy T.—. Tienen la espalda pegada a la pared y les da terror que alguien los saque a bailar. ¡Qué asco! Me producen náuseas.

Aunque eso no parecía quitarle el apetito. Se sirvió por cuarta vez y rebañó la cazuela.

—Deja que mejor ponga un poco de música, anda.

—No, de verdad, que esto es importante.

Los políticos acabaron por fin con su discusión, o bien no les dejaron continuar. Devolvieron la señal a la presentadora del otro estudio, que tenía junto a ella a Tryggve Storstein.

—Madre mía, él sí que parece cansado —dijo Hanne en voz muy baja y dejó el vaso de cerveza sobre la mesa sin haber bebido.

Tryggve Storstein estaba tan desmejorado que ni siquiera las maquilladoras de la televisión habían logrado disimularlo mucho. Bajo la luz de los focos destacaban sus ojeras oscuras y su boca tenía un gesto triste, casi resentido, que mantuvo durante toda la entrevista.

«Bueno, Tryggve Storstein, supongo que, a pesar de lo trágico de las circunstancias, procede felicitarle como nuevo líder del partido».

Murmuró algo que podría ser un agradecimiento.

«Ha estado aquí conmigo escuchando el debate. ¿Será usted quien forme gobierno este viernes?».

Tryggve Storstein carraspeó ligeramente y asintió con la cabeza.

«Sí».

La presentadora pareció desconcertada por la brevedad de la respuesta, y movió nerviosamente los brazos mientras preparaba la siguiente pregunta. Storstein siguió contestando de forma lacónica; en algunos momentos incluso se mostraba hostil, y la presentadora tenía que esforzarse mucho para cubrir el tiempo que habían planificado para la entrevista.

—No parece precisamente la gran esperanza blanca —comentó Hanne Wilhelmsen, y empezó a quitar la mesa—. ¿Café?

—Sí, gracias.

—Pues prepáralo tú.

El hombre de gafas y un leve acento del norte de Noruega volvía a tener la palabra. Ahora estaba acompañado de tres redactores jefe de la prensa nacional que se pronunciaban sobre la situación actual en tono dramático y trascendente.

«¿Cómo va ser posible llevar a cabo un proceso político sano y normal en estos días que faltan para formar nuevo gobierno, cuando se está llevando a cabo una investigación policial donde es posible, y recalco “posible”, que haya sospechosos de asesinato en el círculo del que debe salir el gobierno?», preguntó el presentador.

—Me gustaría que la gente aprendiera a hablar poniendo algún punto —dijo Hanne para sí.

Billy T. silbaba alto mientras manejaba la cafetera.

El director del *Dagbladet* se inclinó entusiasmado hacia delante y su barba casi rozó la mesa.

«Es decididamente muy importante que la policía se mantenga al margen del proceso político. Tiene que quedar muy claro que ninguna consideración política debe interferir en el trabajo de la policía, pero, por otra parte, no podemos acabar en una situación en la que el partido que va a formar gobierno se vea bloqueado porque la mayor parte de los posibles candidatos a ministros conocían a Birgitte Volter».

—Típico —suspiró Hanne Wilhelmsen—, nadie cree que sea alguien de su entorno más cercano, por mucho que las estadísticas demuestren que casi siempre suele ser así. Aunque, por otro lado, todo el que detenta algún poder en Noruega conocía a Birgitte Volter. Supongo que en este caso es demasiado peligroso confiar en las estadísticas.

Se puso de pie y apagó el televisor.

—¿Música? —preguntó Billy T. optimista.

—¡No! Quiero estar en silencio, ¿vale?

A falta de un sofá en condiciones, se recostaron en la cama de matrimonio del dormitorio, uno frente al otro. Hanne tenía la cabeza apoyada en la pared y la espalda sobre un raquítico y gastado cojín. Bebió un sorbo del café que él le dio.

—¡Puaaaj! —escupió haciendo una mueca—. ¿Esto qué es? ¿Alquitrán?

—¿Demasiado fuerte? —Sin esperar respuesta, Billy T. fue a buscar la leche a la nevera y echó un buen chorro a la taza de Hanne—. Bien. Ahora aguantaremos despiertos un rato.

Intentó encontrar una postura confortable, pero no había más cojines en la cama y al final optó por sentarse.

—Algo pasa con Ruth-Dorthe Nordgarden —prosiguió, y de pronto empezó a rascarse la oreja—. ¡Mierda! Aquí dentro hay algo, a veces me duele muchísimo.

—¿Qué quieres decir con algo?

—No sé, una infección o algo así.

—Bobo... Me refiero a Ruth-Dorthe Nordgarden.

—Ah. —Billy T. se observó la yema del dedo, pero seguía sin ver nada—. Una tía curiosa. Mueve las manos con nerviosismo y hace gestos raros y, a la vez, da la impresión de ser... ¡fría! —Señaló con el dedo índice moviéndolo arriba y abajo—. Parece superfría, como un escualo. Hay algo que me gustaría investigar, pero no consigo concretar qué es, y no hay ninguna base para afirmar que estuvo cerca del SMK la noche del asesinato.

—¿SMK?

—El gabinete de la primera ministra. A ver si te aprendes la terminología.

—¿Era amiga de la primera ministra?

—No, ella dice que no. Me comentó que no se veían fuera del trabajo. Una tía muy rara. Hay algo... tenebroso en ella. ¡Si hasta me puse nervioso por estar en la

misma habitación que ella, joder!

Hanne Wilhelmsen no respondió. Se calentó las manos con la taza humeante y se fijó en un dibujo infantil que estaba prendido de un corcho: un Batmóvil muy sofisticado, equipado con alas y cañones.

—Y lo que...

—Chsss —le interrumpió Hanne con un sonoro chasquido.

Billy T. dio un respingo y derramó el café.

—Pero ¿qué...?

—Chsss.

Billy T. murmuró una maldición de la que Hanne no hizo caso. Siguió mirando fijamente la pared de enfrente, y Billy T. se dio la vuelta para averiguar qué era lo que observaba con tanta intensidad.

—Alexander —dijo él vacilante—. Lo dibujó Alexander.

De pronto, Hanne clavó su mirada en él. Sus ojos parecían más grandes de lo normal y el aro oscuro que rodeaba su iris aún más marcado.

—¿Dijo que no tenían trato en su tiempo libre?

—Sí. ¿Por?

Hanne se levantó de la cama y dejó la taza de café en el suelo. Luego se colocó frente al dibujo de Alexander observándolo con mucho interés.

—¿Se puede saber qué pasa con ese dibujo? —preguntó Billy T.

—Nada, nada. Está muy bien, pero no estoy pensando en eso.

Se giró hacia él con una mano en la cadera y ladeó la cabeza.

—El hijo de Birgitte Volter, Per, es un tirador bastante bueno. Me lo he encontrado unas cuantas veces en el campo de tiro de Løvenskiold. Cuando era más pequeño su padre solía acompañarle. No puedo afirmar que le conozca, pero hemos charlado un poco, y sería natural que nos saludáramos si nos encontramos por la calle. Y...

Billy T. la observaba mientras el dedo seguía con el proyecto de explorar las profundidades de su oído.

—Si tienes una infección incipiente no deberías hurgarte tanto —dijo Hanne apartándole la mano—. Bueno, a lo que iba. Hará un año o así... no, debió de ser en noviembre, justo antes de que nos marcháramos a Estados Unidos, muy poco después del cambio de gobierno, vi a Roy Hansen y a Ruth-Dorthe Nordgarden en el Café 33, en el barrio de Grünerløkka.

—¿El Café 33? ¿Ese antro?

—Sí, a mí también me extrañó. Pasé por allí para entregarle algo a una persona que trabaja en el café, y allí estaban, al fondo del local, con una cerveza cada uno. Sí, tuvo que haber sido después del cambio de gobierno, porque antes de eso no tenía ni idea de quién era Ruth-Dorthe Nordgarden. Es bastante... ¿guapa? Rubia y llamativa, es fácil fijarse en ella. En un primer momento quise saludar a Roy, pero algo me lo impidió y me marché sin que me viera.

—Pero, Hanne, ¿por qué lo recuerdas tan bien?

—Porque ese mismo día había leído un artículo en un periódico. Creo que fue en el *Dagbladet*. Trataba de esas redes de contactos que tanto preocupan a la prensa. Las dinastías políticas y esas cosas. Creo que llevaba el periódico conmigo cuando fui al Café 33.

—Mierda —murmuró Billy T. frotándose el lóbulo de la oreja—, me parece que voy a tener que pedir hora en el médico.

—Pero ¿no te parece bastante extraño, Billy T.? —dijo Hanne pensativa. Volvió a observar el Batmóvil, y descubrió que también tenía un televisor en el capó y un radar de coche de carreras sobre el maletero—. ¿No resulta curioso que Ruth-Dorthe Nordgarden diga que no tenía trato con Birgitte Volter más allá de lo profesional, cuando en realidad hace seis meses estaba bebiendo cerveza con su marido en un antro cutre de Grünerløkka?

Billy T. la miraba y se frotaba la calva arriba y abajo, arriba y abajo.

—Sí —dijo por fin—. Tienes razón. Es muy extraño.

Martes, 8 de abril de 1997

09.00 Comisaría de Oslo

—¡Y has dejado de fumar y todo, Hanne!

—Eres muy perspicaz, solo has tardado diez minutos en darte cuenta. Billy T. aún no se ha enterado. ¡Y a ti solo te han hecho inspector! ¡Genial!

Håkon Sand le cogió la mano y la apretó con fuerza mientras sonreía de oreja a oreja.

—Tienes que venir a visitarnos cuanto antes. ¡Hans Wilhelm está hecho ya un hombrecito!

Al niño de Håkon le habían puesto el nombre en honor a Hanne Wilhelmsen, y ella agradeció a todos los dioses en los que no creía haberse acordado de traer un regalo. Bueno, en realidad era Cecilie quien se había acordado, a última hora en el aeropuerto durante su apresurada partida de California. Una camiseta de fútbol americano para Billy T. y un caimán gigantesco de color amarillo limón para Hans Wilhelm.

—¿Quieres quedarte en nuestra casa?

Fue como si de pronto hubiera tenido una idea genial, y sonrió satisfecho ante su cordial invitación.

—Puede que a Karen no le haga mucha gracia tener una invitada —dijo Hanne desechando la idea—. ¿No está a punto de dar a luz?

—El próximo fin de semana —murmuró Håkon, y no insistió más—. Pero tienes que venir a vernos pronto.

Llamaron a la puerta y entró un policía uniformado.

—¡Ahí va! ¿Has vuelto? ¡Bienvenida! ¿Cuándo ha sido eso? ¿Vuelves al curro?

Con la vista fija en Hanne, esperando su respuesta, dejó una carpeta frente al inspector de policía.

—No, solo estoy de vacaciones —dijo Hanne con prudencia—, un par de semanas nada más.

—Ja. No me creo que vayas a mantenerte apartada de la comisaría ahora.

Pudieron oír la risa del policía un buen rato después de que se cerrara la puerta.

—¿Qué es eso? —preguntó Hanne señalando la carpeta.

—Veamos.

Håkon Sand pasaba las páginas y Hanne Wilhelmsen tuvo que hacer un esfuerzo para no leer por encima de su hombro. Le dio un par de minutos. No aguantaba más.

—¿Qué es? ¿Algo importante?

—El arma. Creemos saber de qué clase de arma provenía el proyectil.

—Déjame ver —dijo Hanne impaciente e intentó coger los papeles.

—Eh, eh —objetó Håkon poniendo las dos manos abiertas sobre el montón de documentos—. Secreto profesional, ya sabes, estás en excedencia. No lo olvides.

—¡Qué! —Por un momento pareció pensar que lo decía en serio; le miró incrédula—. Cuando eres policía, siempre eres policía.

—¡Solo bromeaba!

Se rio y le pasó la carpeta de plástico verde.

—Un Nagant —murmuró Hanne Wilhelmsen pasando las páginas—. Probablemente un M1895 ruso. Raro. Jodidamente raro.

—¿Por qué?

Cerró la carpeta, pero se quedó con ella sobre el regazo.

—Un arma curiosa. Muy especial. El tambor tiene su propia patente. Se carga hacia atrás y se engancha a una pequeña protuberancia del cañón. Así no entra aire entre el tambor y el cañón. Muy curioso, ¿sabes?, porque literalmente le robaron la patente a un noruego.

—¿Cómo?

—Hans Larsen, de Drammen. Inventó un sistema propio para revólveres herméticos que envió a Bélgica, a Lieja, para que lo fabricaran. Allí pasaron de fabricarlo y le robaron la patente, que más adelante, a finales del siglo XIX, fue desarrollada hasta convertirse en un revólver en Rusia. Las historias del zar y todo eso.

—Nunca dejas de sorprenderme.

Håkon Sand sonrió, aunque sabía que hacía unos años unos colegas habían intentado apuntar a Hanne al concurso *Doble o nada* con el tema «Armas de fuego». Ella protestó enérgicamente cuando la televisión se puso en contacto con ella, y al final no llegó a participar.

—¿Y para qué sirve ese cañón que no deja pasar el aire?

—Mayor precisión —explicó Hanne—. El problema de los revólveres es que pierden presión entre el tambor y el cañón, y la precisión disminuye. No suele tener mucha importancia, porque los revólveres no están pensados para disparar a mucha distancia. Una vez vi uno de estos. —Calló y siguió leyendo—. Aquí dice que solo hay registradas cinco armas de este tipo. Pero tenéis un grave problema, Håkon, un problema gordísimo.

Volvió a cerrar la carpeta y por unos instantes pareció que iba a dejarla caer inadvertidamente en un bolso que había junto a su silla. Luego la puso sobre la mesa, entre los dos.

—Que yo sepa, tenemos más de un grave problema en este caso —dijo Håkon, y bostezó—. Podría decirse que los problemas se acumulan. Pero ¿a qué te refieres?

—Esta arma se produjo en grandes cantidades durante mucho tiempo. Se pueden encontrar en muchos países, sobre todo en aquellos que estuvieron bajo la influencia de la Unión Soviética. En los años cincuenta las vendían muy baratas a sus aliados, tanto en Europa como en África. Por ejemplo, no resulta difícil encontrarlas en... —

Dudó unos instantes y se pasó una mano por los ojos—. En Oriente Medio. Y también resulta que hay unas cuantas en Noruega. Seguro que más de cinco. Generalmente han llegado aquí de formas un tanto curiosas. El revólver que yo vi era de un ruso exiliado que la había heredado de su padre, quien sirvió en el Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial.

—Armas sin registrar —dijo Håkon en voz baja y desanimada, e infló los carrillos—. Lo que nos faltaba.

Hanne Wilhelmsen rio con ganas y se pasó una mano por el pelo.

—¿Acaso te esperabas otra cosa, Håkon? ¿Creías que la primera ministra de Noruega había sido asesinada con un revólver que figuraba en nuestro incompleto e inútil registro de armas? ¿De verdad creías eso?

09.45 Ministerio de Sanidad

Nadie sabía muy bien por qué había sido nombrada ministra de Sanidad. Eso pensó Loffen Larsen cuando la mujer hizo una mueca extraña, siempre esos gestos raros, esos tics repentinos de los músculos faciales que no tenían nada que ver con algo que hubiera sucedido o que alguien hubiera dicho. Lo pensó cuando la ministra dio por terminada la reunión: nadie entendía por qué estaba en el cargo. Casi nadie que no perteneciera al Partido Laborista, al gobierno o al Parlamento sabía quién era cuando la nombraron ministra. Y eso a pesar de que había sido vicepresidenta del partido durante cuatro años. La mujer tenía una mediocre licenciatura en historia y en algún momento, muchos años atrás, había trabajado como profesora. Estaba divorciada y era madre de dos gemelas adolescentes, y durante un tiempo considerable había sido ama de casa. Luego había ido de aquí para allá; estuvo un tiempo, no mucho, en la confederación de sindicatos, y luego en el sindicato de estudiantes, pero tampoco aquello duró mucho. Iba escalando posiciones a la vez que era capaz de mantenerse en un sorprendente segundo plano. Y nunca se había pronunciado sobre ningún aspecto relacionado con la sanidad hasta que fue nombrada ministra. A Loffen Larsen no le gustaba su nueva jefa, y eso le preocupaba profundamente.

—Damos por terminada la reunión semanal.

El secretario de Estado, el asesor político y el consejero del ministerio se pusieron de pie a la vez que Loffen Larsen.

—¡Tú!

Todos dieron un respingo y se volvieron hacia la ministra.

—¡Gudmund! Tú te quedas.

El asesor político, un joven robusto oriundo de Fauske, se encogió y miró con envidia a los demás, que, aliviados, salieron de la sala.

Ruth-Dorthe Nordgarden dejó la mesa de reuniones y se sentó en su gran silla de despacho. Allí se quedó, observando a Gudmund Herland. Parecía una muñeca

Barbie cansada; no tenía expresión, sus ojos estaban muy abiertos e hizo un extraño movimiento con el labio superior que indujo al joven, nervioso, a mirar por la ventana.

—El caso Grinde —dijo ella sin concretar más.

El asesor político no sabía si debía sentarse, pero su jefa no le dio ninguna pista, así que se quedó de pie. Se sentía como un idiota.

—Sí, bueno... —comenzó con prudencia.

—¿Por qué no se me informó de que quería más dinero?

—Pero si intenté hablarte de ello... —empezó Gudmund Herland.

—¡Intentaste! No voy a tolerar que no se me informe de asuntos tan importantes.

Le daba vueltas a un bolígrafo que amenazaba con romperse bajo la presión de sus dedos.

—Escúchame, Ruth-Dorthe, te dije que quería reunirse contigo para hablar de ello, pero tú...

—No dijiste de qué se trataba.

—Pero...

—Vamos a dejarlo ahí. —Habló con tono decidido y agitó las manos frenéticamente sin mirarle—. Tendrás que esforzarte mucho más. Puedes irte.

Gudmund Herland no se movió. Seguía de pie en el centro de la habitación mientras sentía cómo una furia incontrolable le inundaba. Apretó los labios y cerró los ojos. Esa maldita imbécil. Esa infernal, jodida zorra. No solo le había informado de que Benjamin Grinde quería hablar con ella, sino que le había aconsejado todo lo encarecidamente que pudo que se reuniera con él. El escándalo sanitario podría servirle para darse a conocer, para mostrarse resolutiva. Si había algo que al gobierno le hacía falta en aquellos momentos era precisamente capacidad de reacción. Pero ella no le había prestado atención; no tenía tiempo. A lo mejor más tarde. Siempre igual: tal vez más adelante. Esa mujer no sabía lo que era ser ministra. Creía que podía hacer un horario normal de oficina y se ponía de muy mal humor si algo interfería con su cena con sus estupendas hijas. Apretó los dientes con tanta fuerza que casi rechinaron, y apenas la oyó cuando dijo:

—¿Te vas a quedar ahí plantado?

Abrió los ojos. Ahora parecía un miembro de la familia Adams. Las mejillas se habían alzado en un gesto diabólico. No valía la pena, pensó el asesor. Su carrera política no iba a naufragar contra esa roca. Sin decir nada se dio la vuelta y salió. Se permitió el mínimo placer de cerrar con un portazo innecesario.

Ruth-Dorthe Nordgarden cogió el teléfono y le pidió a la secretaria que le dijera al asesor que volviera a entrar. Mientras esperaba, se reclinó en su silla, apoyó los pies sobre la papelería y examinó el estampado de las cortinas. No le gustaban y la irritaba que aún no las hubieran cambiado, a pesar de que lo había pedido varias veces.

La preocupaba enormemente el caso de los bebés fallecidos. En el caso de que

tuviera que dejar el cargo, cosa que por otra parte dudaba mucho, puede que se le hubiera pasado por alto algo importante y entonces podrían utilizarlo contra ella. Podría ser. ¿De qué quería hablar con ella Benjamin Grinde? ¿De algo que después había tratado con Birgitte? ¿Era solo para insistir en el tema del dinero o había algo más? ¿Otra cosa?

Mojó un terrón de azúcar en el café y se puso el grumo marrón y dulce sobre la lengua. Inquieta, y no exenta de preocupación, pensó en su conversación con Liten Lettvik la noche anterior. No había comprendido qué era lo que la periodista estaba buscando. Tampoco le había proporcionado ninguna información. Pero la conversación le había provocado intranquilidad y desasosiego, y en medio de todo el dulzor sintió un sabor amargo en la boca.

El asesor estaba en la puerta.

—¿Querías hablar conmigo?

—Sí —balbuceó Ruth-Dorthe enderezándose en la silla. El azúcar crujió entre sus dientes y tuvo que tragar varias veces—. Quiero que me subas todos los documentos relativos al caso de los bebés muertos. Ahora.

El asesor asintió con un movimiento de cabeza y supo que una orden como esa en realidad quería decir que debería haberlos tenido desde ayer.

12.39 Departamento de Asuntos Internos, comisaría de Oslo

El jefe de inteligencia Ole Henrik Hermansen lanzó una carcajada sonora y poco habitual en él. Era en todos los sentidos un hombre hermético. Su aspecto impecable y su rostro poco expresivo le convertían en un agente secreto de manual. Su cara era neutra sin rasgos característicos, llevaba el cabello gris peinado hacia atrás, los ojos eran de un azul diluido y su boca de labios finos; aquel hombre podría pasar desapercibido en cualquier concentración de gente del mundo occidental.

—¿De dónde has sacado eso?

El agente que tenía delante se miró el pecho y sonrió con timidez.

—Solo la uso aquí. En el trabajo. Nunca en la calle.

La camiseta era gris y llevaba escrito en grandes letras negras: «Tengo tu expediente».

—Espero de verdad que sea así. Eso podría causarnos problemas.

—Aquí tiene más problemas, jefe —dijo el agente dejando una carpeta encima de la mesa mientras miraba con gesto interrogante hacia una silla.

—Siéntate. ¿Qué es esto?

—Un informe de la inteligencia sueca. Preocupante.

Se masajeó el hombro derecho con la mano izquierda e hizo una mueca. El jefe de inteligencia no tocó el informe, pero miró fijamente a su subordinado.

—Ayer por la noche se estrelló una avioneta en Norrland, una Cessna pequeña de

seis pasajeros. Fue en Västerbotten län, entre Umeå y Skellefteå —explicó el hombre de la camiseta. Había cambiado de lado y ahora se apretaba brutalmente el hombro izquierdo con la mano derecha—. El viernes por la noche enviamos un aviso de máxima alerta a nuestros países vecinos, y la seguridad que vigilaba a Göran Persson y Paul Nyrup Rasmussen ha sido extraordinaria. Por eso, afortunadamente, no se sabía que...

Dudó unos instantes mientras observaba la carpeta que había entregado a su jefe. Pero Ole Henrik Hermansen seguía sin abrirla. Solo unas casi imperceptibles arrugas en su frente daban a entender que estaba impaciente por escuchar el resto de la historia.

—El primer ministro sueco Göran Persson tendría que haber viajado en ese avión. Iba a inaugurar una gran exposición de barcos en Skellefteå, pero antes tenía que asistir a un encuentro de la dirección nacional del Partido Socialdemócrata en Umeå, por lo que debía ir en avioneta para poder estar en los dos sitios.

—*Tendría* que haber viajado en ese avión —dijo el jefe de inteligencia en voz baja con una pregunta implícita.

—Sí. Afortunadamente tuvo que suspenderlo. En el último minuto. El piloto iba solo. Por lo que he podido saber vivía allí, en Skellefteå. Ahora está muerto.

Por fin Hermansen abrió la carpeta. Pasó las páginas deprisa, tanto que no podía haberse enterado de mucho.

—¿Y qué dicen nuestros amigos suecos? ¿Sabotaje?

—No lo saben. De momento están sobre todo contentos porque la historia no haya trascendido. Pero tienen sus dudas, y nosotros también.

Ole Henrik Hermansen se acercó a un mapa de Escandinavia colgado en la pared. Estaba bastante gastado y cubierto de cabezas rojas de alfiler agrupadas en algunos puntos. Recorrió la costa este de Suecia con un dedo.

—Más arriba —dijo el agente—, ahí. —Se había levantado también y puso un índice roto sobre el plano—. A medio camino entre Kvärnbyn y Vebomark.

Dos alfileres que habían estado clavados con fuerza sobre Malmö cayeron al suelo sin que ninguno de los dos hombres los hubiera tocado.

—Tengo que poner un mapa nuevo —murmuró Hermansen—, este debe de llevar colgado aquí desde el principio de los tiempos. ¿Cuánta gente sabía que iba a ir en ese vuelo?

—Casi nadie. Ni siquiera el piloto.

—Ni siquiera el piloto —repitió el jefe en voz baja mientras se rascaba el nacimiento del pelo—. ¿Hay mucha preocupación en el servicio de inteligencia sueco?

—Mucha. —El agente levantó los hombros y sacudió la cabeza de un lado a otro—. Y además Göran Persson vendrá a Noruega, al entierro, claro.

Ole Henrik Hermansen lanzó un profundo suspiro.

—Dime alguien que no venga.

El agente se encaminó hacia la puerta y estaba a punto de cerrarla tras él cuando Hermansen le llamó de pronto.

—¡Oye!

Asomó la cabeza de nuevo.

—¿Sí?

—Quítate esa camiseta. Pensándolo bien... no tiene ninguna gracia. Quítatela, por favor, y no vuelvas a ponértela.

15.30 Gabinete de la primera ministra

—Me quedé aquí sentada. Solo me quedé aquí... sentada.

Wenche Andersen escondió la cara entre sus manos y se echó a llorar, de forma silenciosa y desesperada. Sus hombros se agitaban bajo la chaqueta de color rojo óxido, y Tone-Marit Steen se puso en cuclillas junto a ella y posó una mano sobre su espalda. La secretaria de la primera ministra había empezado a acusar, por fin, la presión de los acontecimientos de los últimos días. Parecía más menuda y mucho mayor.

—¿Puedo traerte algo? ¿Un vaso de agua, tal vez?

—Me limité a quedarme aquí sentada. ¡No hice nada!

Se quitó las manos de la cara. Tenía una mancha negra debajo del ojo izquierdo, el maquillaje había empezado a correrse.

—Si hubiera hecho algo —sollozó—, ¡tal vez habría podido salvarla!

Las reconstrucciones nunca eran fáciles. Billy T. reprimió un suspiro y miró de reojo al juez del Tribunal Supremo Benjamin Grinde, quien también parecía haber encogido. El traje le quedaba más suelto y el leve tono moreno de su piel había desaparecido por completo. Ahora podía ver que el hombre tenía una leve red de vasos sanguíneos dibujados en cada mejilla, y apretaba los labios hasta formar una estrecha y poco atractiva línea recta.

—No podrías haberla salvado —la consoló Tone-Marit—, murió en el acto. Ahora lo sabemos. No había nada que pudieras hacer.

—Pero ¿quién lo hizo? ¿Cómo entraron? Tuvieron que pasar por mi lado de alguna manera. ¿Por qué me limité a quedarme aquí sentada?

Wenche Andersen se dejó caer sobre la mesa y Billy T. miró al techo intentando encontrar la paciencia que hacía mucho tiempo que había perdido. Les había llevado un tiempo excesivo hacer la comprobación de sonido. Un policía había disparado varios tiros con balas de fogueo en el despacho de la primera ministra. Aunque se oía muy poco a través de la doble puerta, Wenche Andersen casi había saltado de su silla todas las veces. Desde el cuarto de baño no se oía nada. El problema era que Wenche Andersen no era capaz de recordar con precisión en qué momentos se había ausentado de su puesto.

—Tal vez deberíamos intentarlo simplemente —propuso Billy T.—. Lo mejor es acabar con esto cuanto antes, ¿no?

La secretaria sorbió muy alto sin dejar de llorar. Pero por lo menos se incorporó y cogió un pañuelo de papel que le ofrecía Tone-Marit Steen.

—Sí, tal vez —susurró la secretaria—. Tal vez deberíamos empezar.

Benjamin Grinde miró hacia Billy T. y, tras recibir una señal indicativa de este, salió al pasillo.

—Espere fuera —le gritó Billy T.—. No entre hasta que yo se lo diga. —Luego se inclinó sobre la mesa de Wenche Andersen y preguntó en voz baja—: Así que eran las cinco menos cuarto, las dieciséis cuarenta y cinco aproximadamente. Los que aún estaban aquí eran...

Pasó las páginas que tenía delante.

—Øyvind Olve, Kari Slotten, Sylvi Berit Grønningen y Arne Kavli —le ayudó Wenche Andersen, intercalando un sollozo entre cada uno de los nombres—. Pero no estuvieron aquí todo el rato. Se marcharon en un intervalo de media hora. Todos ellos.

—Vale —dijo Billy T., girándose hacia la puerta para gritar—: ¡Adelante!

Benjamin Grinde entró por la puerta intentando exprimir una sonrisa de la mueca congelada que había exhibido desde que llegó. Saludó con un gesto a Wenche Andersen.

—Tengo una cita con la primera ministra —dijo.

—Para —dijo Billy T., y se rascó la oreja—. No hace falta actuar. Límitate a contarnos lo que hiciste.

—Está bien —murmuró Benjamin Grinde—. Pues entré y dije lo que acabo de decir. Entonces me pidieron que esperara un momento y luego...

Se detuvo, y Wenche Andersen se puso en pie y volvió a intervenir.

—Me levanté y fui al despacho de Volter. Ella le invitó a entrar con un gesto de la mano y yo le dije «Adelante», y pasó por mi lado... así.

Benjamin Grinde se dirigió con paso inseguro hacia Wenche Andersen. No se pusieron de acuerdo sobre el lado por el que debían cruzarse y se quedaron vacilantes el uno frente al otro, como dos gallos de pelea que no supieran cuál de ellos era el más fuerte.

—Alto —repitió Billy T. con un profundo suspiro y una mirada cargada de significado al jefe de la policía judicial, que hasta el momento no había abierto la boca—. Como ya he dicho antes —dijo hablando muy despacio y vocalizando mucho, como si se dirigiera a unos niños de cinco años a los que debía enseñar a jugar al parchís—, no tenéis que actuar. Procurad relajaros. La postura o el lugar exacto en el que estuvierais en ese momento no tienen mucha importancia, o sea que...

Posó una mano enorme sobre el hombro de Benjamin Grinde y lo condujo con determinación hacia la puerta del despacho de la primera ministra.

—Tú entras por aquí y entonces...

Benjamin Grinde se dejó llevar dócilmente al centro de la habitación, frente al sofá de las visitas. Billy T. le animó a continuar con un gesto y retiró la mano de su hombro. No sirvió de nada. El juez del Supremo seguía indeciso y su cara estaba aún más pálida.

—Supongo que la saludarías, ¿no? —dijo Billy T., consciente de que estaba condicionando la reconstrucción mucho más de lo aconsejable según los manuales—. ¿Le diste la mano, un beso?

Benjamin Grinde no contestó. No dejaba de mirar el escritorio que tenía delante; ordenado y limpio, sin rastro alguno de la tragedia que había ocurrido el viernes por la noche.

—¿Le diste la mano, Grinde?

El hombre se sobresaltó; de pronto pareció caer en la cuenta de dónde estaba y de lo que esperaban de él.

—Nos dimos la mano y un beso en la mejilla. Lo quiso ella. El beso, me refiero. A mí me pareció un poco forzado, llevábamos muchos años sin vernos.

Su voz sonaba baja y profunda, sin entonación.

—¿Y luego?

Billy T. hizo un gesto con la mano para animarlo a continuar.

—Luego me senté, aquí.

Se dejó caer sobre una silla y depositó la cartera de color burdeos sobre la mesa.

—¿La dejaste ahí?

—¿Qué? Ah, sí, mi cartera. No. —La cogió y la puso en el suelo, apoyada en la pata de la silla—. Así es como estuve sentado.

—Durante tres cuartos de hora —dijo Billy T.—, en los que hablasteis de...

—No hace falta tratar ese asunto aquí, Billy T. —dijo el jefe de la policía judicial, y carraspeó—. No se trata de un interrogatorio. El juez del Supremo Grinde ya ha dado sus explicaciones. Estamos en una reconstrucción de los hechos.

Una sonrisa servil adornaba su rostro vuelto hacia Benjamin Grinde, pero el juez estaba pensando en otra cosa.

—Vale —dijo Billy T. sin poder disimular su irritación—. Y entonces, cuando acabasteis la conversación...

—Me puse de pie y me fui. No ocurrió nada más. —Levantó la vista hacia Billy T. Sus ojos eran más oscuros que antes, el marrón del iris se confundía con el negro de sus pupilas. El blanco de los ojos estaba enrojecido y la boca formaba una línea aún más delgada—. Lo siento, pero no hay nada más que contar.

Por un momento pareció que Billy T. no sabía qué hacer. En lugar de continuar con la reconstrucción, se acercó a la ventana. Ahora, de día, la ciudad se veía más gris y caótica que en la ocasión anterior, cuando los neones hacían que Oslo se mostrara casi hermosa. Aunque los edificios de enfrente —las oficinas de un periódico pegadas al bloque 5 del distrito gubernamental— eran nuevos, había algo

deslavazado en ese paisaje, algo siempre pendiente de rematar; los edificios en construcción en la esquina de Hansen & Dysvik reforzaban la sensación de que Oslo era una manta hecha de retales nuevos y viejos que nunca llegaría a ser un proyecto consumado.

De pronto se giró hacia ellos.

—¿Qué dijo cuando te marchaste?

Benjamin, que seguía sentado, miró al vacío y contestó:

—Dijo: «Buen fin de semana».

—«Buen fin de semana». ¿Nada más?

—No, me deseó buen fin de semana y me marché.

Se puso de pie, se colocó la cartera bajo el brazo y caminó hacia la puerta.

—Entonces ¿ya podemos dejar marchar al juez Grinde?

Quien hablaba era el jefe de la policía judicial, y debía tomarse más como una orden que como una pregunta.

—Está bien —murmuró Billy T.

Pero no estaba bien. No estaba nada bien. Benjamin Grinde no decía la verdad. El hombre era el mentiroso más inútil con el que Billy T. se hubiera topado nunca. Sus mentiras llevaban luces azules y sirenas; eran evidentes y claras, pero aun así resultaba imposible encontrarles un sentido.

—Trae al vigilante —pidió a un policía de uniforme y salió tras Benjamin Grinde.

En la escalera volvió a poner la mano sobre el hombro del juez. Grinde se detuvo bruscamente y se quedó rígido. No se dio la vuelta. Billy T. le pasó y se quedó dos escalones más abajo; cuando se dio la vuelta, sus ojos estaban a la misma altura.

—Creo que miente, Grinde —dijo en voz baja.

Grinde bajó la mirada, y Billy T. les sorprendió a ambos, al juez y a sí mismo, cogiéndole de la barbilla, sin hacer fuerza, sin animosidad, más o menos como lo hacía con sus hijos cuando no querían mirarle a los ojos. Era una flagrante falta de respeto, pero, por alguna razón, Benjamin Grinde aceptó la humillación. Billy T. sabía por qué. Levantó la cara del juez y la mantuvo sujeta mientras hablaba.

—Creo que no me has contado la verdad, ¿y sabes qué? No logro explicarme el porqué. Estoy casi seguro de que no mataste a Birgitte Volter. No me preguntes por qué, pero lo estoy. Sé que ocultas algo. Probablemente algo de lo que hablasteis, algo que puede ayudar a arrojar luz sobre este asesinato.

Grinde había recuperado el control. Con un gesto brusco apartó la barbilla de la mano de Billy T. y dio un paso atrás. Ahora miraba al policía desde arriba.

—He dicho lo que tenía que decir de este asunto.

—Así que reconoces que hay cosas que no has dicho.

Billy T. no apartó la mirada.

—He dicho lo que había que decir. Ahora quiero marcharme.

Pasó junto al altísimo policía y desapareció por el pasillo sin mirar atrás.

—Joder —murmuró Billy T. para sí—. ¡Vaya mierda!

»¡Espabila, tío!

El vigilante no era un hombre a quien Billy T. sintiera la necesidad de coger de la barbilla en un intento amistoso de conseguir su colaboración. Era más bien el tipo al que uno quisiera tumbar sobre sus rodillas y darle una azotaina. Estaba de mal humor, era hosco y parecía estar cagado de miedo.

—¿Tocaste ese picaporte, sí o no?

Billy T. y el vigilante se encontraban en el pequeño cuarto de descanso que estaba entre el despacho de la primera ministra y la sala de reuniones.

—Ya lo he dicho mil veces —dijo el vigilante colérico—, no toqué esa puerta.

—En ese caso, ¿cómo explicas que tus huellas estuvieran aquí —Billy T. agitó el dedo índice delante de un pequeño círculo en el marco de la puerta—, y aquí, en el picaporte?

—He estado aquí unas mil veces antes de ahora, ¿no? —contestó el vigilante poniendo los ojos en blanco—. ¿Es que sabes de cuándo son las huellas esas o qué?

Billy T. cerró los ojos y empezó a contar. Cuando llegó a diez, volvió a abrirlos.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Es que no te das cuenta de lo serio que es este asunto? —Estampó un puño contra la pared—. ¿Eh? ¿Es que no entiendes nada o qué?

—Entiendo que crees que he matado a Volter, ¡y yo no lo he hecho, joder!

Su voz se quebró y el labio inferior empezó a temblarle. Billy T. se quedó observando al tipo sin decir nada durante mucho rato. Luego, a pesar de todo, lo hizo: puso la mano bajo la barbilla del vigilante y le obligó a mirarle a los ojos. El vigilante intentó soltarse, pero le sujetaba con demasiada fuerza.

—No sabes lo que te conviene —dijo Billy T. en voz baja—. No entiendes que podemos ayudarnos el uno al otro. Solo con que me contaras lo que pasó esa noche, la situación mejoraría mucho para los dos. Y una cosa más: si has matado a Volter, lo descubriré. Te lo puedo jurar por mi honor: lo descubriré. Aunque no creo que lo hicieras, de momento no. Pero tienes que ayudarme. ¿No lo entiendes?

Sus dedos apretaban con tanta fuerza que en la cara del hombre aparecieron unas manchas rojas. A su espalda, el responsable de la policía judicial emitió un gruñido a modo de advertencia.

Pero Billy T. no le oyó. Miraba fijamente los ojos castaños del vigilante, que estaban rodeados de unas pestañas excepcionalmente largas. Se le erizó el vello de la nuca cuando reconoció en su mirada el terror en estado puro. Un miedo abisal.

—No me tienes miedo a mí, joder —susurró Billy T. en voz tan baja que solo el vigilante pudiera oírle—. Si tuvieras un poco de sentido común me contarías qué es lo que te tiene muerto de miedo. Porque de algo se trata. Pero no te preocupes, lo averiguaré. —Soltó la barbilla del vigilante con un gesto brusco y doloroso—. Ahora puedes irte —le espetó.

»Por lo menos esta mujer no miente —comentó Billy T. para sí.

Con la garganta atenazada por el llanto, Wenche Andersen había explicado hasta

el más mínimo detalle de lo que había hecho desde la última vez que vio a Birgitte Volter con vida hasta que encontró a la primera ministra muerta en su despacho. Había ido al baño tres veces. Con el rostro enrojecido y muy azorada, detalló que había hecho una vez aguas mayores y dos veces aguas menores. Tone-Marit le dedicó una sonrisa afable y recalcó que no hacía falta dar tantos detalles.

—Y entonces llamé a la policía.

Al acabar su relato, Wenche Andersen respiró aliviada.

—Muy bien —la elogió la agente con firmeza, empleando ese tono de profesora de preescolar tan suyo.

Billy T. cerró los ojos y se frotó la cara con las manos.

Wenche Andersen agradeció el comentario con una tibia sonrisa. Entonces enrojeció violentamente. Tone-Marit pudo ver cómo toda ella se agitaba y la vena del cuello se hinchaba y latía con fuerza.

—Me he olvidado de una cosa —exclamó la secretaria—. ¡Otra vez me he olvidado de algo!

Fue directa al despacho de la primera ministra y, algo inusual en ella, no pidió permiso.

—La cajita —susurró volviéndose hacia Billy T., que la había seguido—. El pastillero. ¿Lo habéis cogido?

—¿Pastillero?

Billy T. miró interrogante al policía de uniforme y este sacó la lista de objetos que se habían llevado para estudiarlos más a fondo.

—Aquí no figura nada de eso —dijo negando con la cabeza.

—¿Qué clase de pastillero? —preguntó Billy T. ladeando la cabeza y tapándose la oreja con la palma de la mano; le dolía muchísimo.

—Una cajita preciosa, pequeñita, esmaltada —explicó Wenche Andersen y dibujó un pequeño cuadrado en el aire—. Un pastillero esmaltado en plata, o puede que en oro. Parecía muy antiguo y siempre estaba aquí —señaló—, en la mesa. Yo... —Parecía desesperada, una desesperación mezclada con vergüenza, y dudó—. No me queda más remedio que reconocerlo —dijo por fin mirando al suelo—. En una ocasión intenté... —Volvió a esconder la cara entre las manos y su voz sonó distorsionada, como si hablara con sordina—. Intenté abrirlo. Pero estaba muy duro y antes de que lo lograra llegó la primera ministra y... —Su rostro estaba demudado, las lágrimas caían y sollozó en busca de aire—. Fue muy embarazoso —susurró—, yo no tenía ningún derecho a hacer algo así, y ella se limitó a... me lo quitó y nunca más hizo referencia al asunto...

Billy T. dedicó una cálida sonrisa a la mujer del traje rojo.

—Hoy has hecho un trabajo excelente —la consoló—. Cualquiera puede dejarse llevar por la curiosidad. Y ahora puedes marcharte.

Se quedó en el despacho de la primera ministra hasta que todos se hubieron marchado.

—Un pastillero —se dijo por fin—. ¿Contendría pastillas?

17.10 Calle Ole Brumm, 212

—Seré muy discreta —dijo Hanne Wilhelmsen—, me mimetizaré con el papel pintado.

—¿Tú, anulada por un simple papel pintado? ¡Imposible!

Billy T. aún no tenía claro que hubiera sido buena idea llevar a Hanne Wilhelmsen a la casa de Roy Hansen.

—No digas nada —murmuró mientras se dirigían a la puerta del chalet adosado pintado de amarillo—. Y no se te ocurra comentárselo a nadie en el trabajo.

Cuando se acercaban a la puerta, a Hanne le pareció ver algo con el rabillo del ojo. Se volvió hacia un seto de mediana altura que enmarcaba el pequeño jardín delantero. No había nada. Hanne sacudió la cabeza y siguió a Billy T., que ya había llamado al timbre.

No hubo respuesta.

Billy T. volvió a llamar sin que nadie acudiera a abrir. Hanne bajó la escalera y miró hacia el piso de arriba.

—Hay alguien en casa —dijo en voz baja—, las cortinas se han movido.

Billy T. dudó unos instantes antes de poner el índice sobre el timbre una vez más.

—¿Sí?

El hombre que acababa de abrir la puerta de un tirón brusco tenía pasta de dientes en las comisuras de los labios y barba de tres días. Sus ojos eran pequeños y estaban entornados, como si acabara de levantarse. La pechera de la camisa estaba manchada de huevo, restos de yema reseca de color amarillo oscuro. Hanne odiaba los huevos y tuvo que apartar la mirada unos instantes. Respiró profundamente por la nariz mientras dirigía una sonrisa a un pequeño manzano que había al pie de la escalera.

—¿Roy Hansen? —preguntó Billy T., y recibió un pequeño gesto de asentimiento por respuesta—. Policía —prosiguió, enseñando su placa con la mano izquierda mientras le tendía la derecha para saludarle—. Lamentamos mucho molestarte. ¿Podemos pasar?

El hombre se asomó a la entrada y miró rápidamente a derecha e izquierda.

—Bien. Hoy han llamado a la puerta cuatro veces. Periodistas.

Roy Hansen los condujo a través de un pequeño recibidor hasta un salón en penumbra donde el polvo bailaba en las franjas de luz que dejaban pasar las cortinas echadas. Se dejó caer en el sofá con un leve gemido, y con las palmas de las manos invitó a los policías a tomar asiento en sendas sillas.

El aire era espeso y pegajoso; olía levemente a flores y a cítricos en proceso de putrefacción. Hanne vio un imponente frutero con naranjas llenas de manchas de moho de un color gris verdoso. Más allá, en un aparador de madera de pino pegado a

la pared del fondo, había varias pilas de correo sin abrir. En un rincón del salón aguardaba una enorme cantidad de ramos de flores amontonados tal como habían llegado: cuarenta o cincuenta ramos todavía con sus envoltorios de papel o de celofán azul. Los cuadros de las paredes, serigrafías populares pero de buen gusto, parecían apagados y descoloridos, como si hubieran desistido de su intento de aportar algo de alegría a los habitantes de aquella casa que estaba a punto de dejar de ser un hogar.

—¿Te ayudo con las flores? —preguntó Hanne Wilhelmsen sin llegar a sentarse—. No deberían quedarse así.

Roy Hansen no contestó. Miró hacia el rincón de las flores con aire ausente, como si aquellos ramos que ocupaban varios metros cuadrados de la habitación no tuvieran nada que ver con él.

—Al menos deberíamos coger las tarjetas —sugirió Hanne—, para que puedas dar las gracias. Más adelante, quiero decir, cuando te veas con ánimos.

Roy Hansen negó con un gesto frustrado y señaló en dirección a las flores.

—No importa. Mañana pasa el camión de la basura.

Hanne tomó asiento.

Se notaba que aquel había sido un salón acogedor. Si pudiera pasar la luz, se vería que los muebles eran coloridos y alegres, y que las plantas que festoneaban los grandes ventanales habían estado llenas de vida. Las paredes, que ahora parecían de un blanco grisáceo, en realidad eran de un amarillo claro, un tono que, si entraran la luz y el aire en la estancia, debía de quedar muy bien con el suelo de parquet claro. Solo cuatro días antes aquel salón había sido el núcleo de un saludable y acogedor hogar noruego. Hanne sintió escalofríos al pensar en lo que la muerte podía provocar: una enorme sensación de vacío parecía haberse apoderado no solo del viudo que tenía delante, sino de toda la casa.

—Lo siento mucho, de verdad —dijo Billy T., y por una vez se mantuvo muy quieto con las piernas extendidas frente a él—. Sé que os han informado de que os dejaríamos en paz hasta que pasara el entierro. Pero ha surgido algo para lo que necesitamos una respuesta de forma inmediata. Por cierto, y antes de que aborde el tema por el que hemos venido...

En ese momento, un joven que no llegaría a los veinticinco años bajó por la escalera del primer piso. Vestía un chándal y zapatillas deportivas negras. Era de mediana estatura, rubio, y su cara resultaba casi anónima en su extrema normalidad.

—Voy a correr un poco —dijo en voz baja, y se dirigió hacia la puerta sin mirar a los dos policías.

—¡Per! ¡Espera! —Roy Hansen estiró los brazos como si quisiera retener a su hijo—. Sabes que intentan hablar con nosotros —dijo mirando a Billy T. con gesto desvalido—. Nos paran cada vez que salimos.

Billy T. se levantó, indignado.

—¡Maldita gentuza! —murmuró dirigiéndose a la puerta de la terraza—. ¿No podrías salir por aquí y luego saltar el seto del vecino? —Abrió la puerta y miró hacia

fuera—. Por ahí —dijo señalando—. ¿Pasando esa valla de ahí?

Per Volter dudó un momento antes de atravesar el salón para llegar hasta la puerta de la terraza con gesto contrariado sin levantar la mirada. Billy T. le siguió.

—Billy T. —dijo tendiéndole la mano—. Soy de la policía.

—Ya me había dado cuenta —respondió sin estrechársela.

—Mis condolencias —dijo Billy T. Le costaba utilizar una palabra tan rebuscada, pero no se le ocurría ninguna mejor—. Es muy triste.

El chico no contestó, pero empezó a trotar en el sitio, como si quisiera marcharse pero estuviera demasiado bien educado para ser aún más grosero de lo que ya había sido.

—Solo una cosa antes de que salgas corriendo —dijo Billy T.—. Ya que te tengo aquí. ¿Es cierto que perteneces a un club de disparo?

—De tiro —dijo Per Volter—. Soy adjunto a la dirección del Club de Tiro de Groruddalen.

Por primera vez asomó al rostro del joven algo que podía recordar a una sonrisa.

—¿Conoces a todo el mundo allí?

—A casi todos. Por lo menos a los que mantienen cierta actividad.

—¿Participas en competiciones?

—Sí. Bueno, ahora mismo son sobre todo campeonatos militares. Estoy en la escuela de oficiales.

Billy T. asintió y le mostró una foto. Una polaroid sacada sin autorización y sin que el vigilante del distrito gubernamental hubiera tenido tiempo de protestar.

—¿Conoces a este hombre?

Se la dio a Per Volter, que dejó de trotar en el sitio y observó la fotografía durante varios segundos.

—No —dijo titubeando—, creo que no.

—Pero no estás seguro del todo.

Per volvió a estudiar la foto un rato más. Luego negó con decisión, devolvió la foto y miró a Billy T. a los ojos.

—Completamente seguro. Nunca he visto a este hombre.

Se despidió con un movimiento de cabeza y salió lanzado hacia el jardín y hacia la valla de metro y medio que pasó con un elegante salto de medio lado, para luego desaparecer entre los matorrales del otro lado.

Billy T. le siguió con la mirada, frunció el ceño y volvió con Hanne Wilhelmsen y Roy Hansen.

—¿Has encontrado su tarjeta electrónica? —preguntó mientras tomaba asiento.

—No, lo siento. No puede estar aquí.

Billy T. y Hanne intercambiaron una mirada rápida y Billy T. ya no fue capaz de permanecer quieto. Se inclinó hacia delante y la corta butaca de salón hizo que quedara casi en cuclillas. Era realmente incómodo.

—¿Sabes si Birgitte tenía un pastillero de plata o de oro?

—Esmaltado —añadió Hanne—, una pequeña caja esmaltada aproximadamente de este tamaño —precisó, cruzando los pulgares y los índices.

Roy Hansen miraba a uno y a otro.

—Un pastillero, ¿qué es eso?

—Una cajita diminuta —explicó Hanne—. Probablemente sea muy antiguo. ¿Heredado, tal vez?

Roy Hansen ladeó la cabeza y se rascó la mejilla. Los policías pudieron escuchar el ruido rasposo de la piel. Se levantó de repente y cogió un álbum de una estantería sobrecargada. Volvió a tomar asiento y estuvo un rato pasando páginas.

—Aquí —dijo de pronto—. ¿Puede ser este?

Se inclinó y dejó sobre la mesa el álbum entre él y Hanne Wilhelmsen, y señaló una de las fotos en blanco y negro. Era grande, y evidentemente había sido hecha por un fotógrafo profesional con película de gran formato; se distinguían hasta los detalles más pequeños. Una muy joven y muy feliz Birgitte Volter, vestida de novia con velo, posaba junto a un muy sonriente Roy Hansen, con flequillo espeso y gafas de pasta negra. La pareja estaba junto a una bien repleta mesa con regalos de boda: dos planchas, un gran jarrón de cristal, una cubertería de plata, dos manteles, una lechera y un azucarero que tal vez fueran de cristal, y otros objetos más difíciles de identificar. Y, efectivamente, en primer plano, una cajita minúscula.

—Casi no se ve —lamentó Roy Hansen—, y para serles del todo sincero me había olvidado de ella. Hace muchos, muchos años que no la veo. Ni siquiera recuerdo quién nos la regaló.

—¿Te acuerdas del color?

Roy Hansen negó con la cabeza.

—¿Y tampoco de su procedencia? ¿Estás seguro?

El hombre siguió diciendo que no. Tenía la mirada perdida, como si quisiera rescatar los recuerdos de la boda de un rincón olvidado y polvoriento de su cerebro. Contemplaba absorto la foto, esa foto alegre, con una lágrima colgando de su ojo izquierdo.

—Bueno —dijo Billy T.—. No vamos a molestarte más.

Llamaron a la puerta y Roy Hansen dio un respingo. La lágrima se desprendió y bajó hacia la comisura de sus labios. Se secó con el dorso de la mano con un gesto brusco.

—¿Quieres que abra? —preguntó Hanne.

Roy Hansen se levantó despacio, con dificultad, y se pasó las manos varias veces por la cara.

—No, gracias —susurró—. Espero la visita de mi madre. Puede que sea ella.

El polvo, la penumbra y el aire cargado parecían afectar a la acústica del salón. El cansado tictac de un viejo reloj de mesa sonaba como envuelto en algodón; era como si toda la habitación estuviera acolchada. Las voces que llegaron del recibidor interrumpieron abruptamente aquel ambiente difuso y silencioso, como cortes de una

navaja.

—¿Quién es usted? —oyeron que decía Roy Hansen, casi gritando, como si pidiera ayuda.

Hanne Wilhelmsen y Billy T. se levantaron como un resorte y se precipitaron hacia el recibidor. Por encima de la espalda encorvada de Roy Hansen, Billy T. pudo ver a un hombre alto de unos cuarenta y pocos años, con el pelo revuelto y un gigantesco ramo de flores sin envolver que se interponía entre él y el viudo de Birgitte Volter, quien retrocedía hacia el recibidor de puro susto. El hombre de las flores aprovechó la oportunidad. Casi había conseguido cruzar la puerta cuando Billy T. se abrió paso junto a Roy Hansen y puso la enorme palma de su mano sobre el pecho del recién llegado.

—¿Quién eres? —preguntó.

—¿Quién? ¿Yo? Soy de *Ver y oír*. Solo quería dar el pésame y tal vez charlar un momento.

Billy T. se giró muy deprisa y miró a Roy Hansen. El hombre ya tenía muy mal aspecto cuando habían llegado, y además había llorado mientras estaban allí. Billy T. detestaba haber tenido que molestarle, pero aclarar la cuestión del pastillero era tan vital que no había tenido alternativa. Ahora Roy Hansen mostraba un color de piel macilento y el sudor brotaba de su frente.

—¿Qué demonios te crees presentándote aquí de esta manera? —bramó Billy T. al periodista—. ¿Es que no entiendes nada o qué?

Hanne Wilhelmsen empujó a Roy Hansen hacia el salón y cerró la puerta.

—Fuera de aquí —rugió Billy T.—. Lárgate de aquí, joder, y aléjate de la zona inmediatamente.

—Vale, tío, ¡menudo numerito! Si solo queríamos ser amables...

—¡Amables! —dijo Billy T., y le dio un empujón tan fuerte al hombre en el pecho que se tambaleó y se le cayeron las flores—. ¡Que te largues, te digo!

—Relájate, tío. Ya me voy, ya me voy.

El hombre retrocedió unos pasos y se agachó para coger el ramo.

—¿Podrías ocuparte de ponerlas en agua?

Billy T. no era de los que pegan. Se había cargado un montón de cosas durante sus ataques de ira: papeleras, pantallas de lámpara, ventanas, retrovisores... Pero Billy T. no le había puesto la mano encima a nadie desde que se peleara con su hermana de niño. Tampoco pegó a este hombre. Pero le faltó poco para arrearle un buen bofetón. Con los puños cerrados delante de la cara del tipo, bufó:

—Como vuelva a verte por este barrio... Como sienta tu rastro o el de algún otro de esa revistilla tuya, entonces...

Cerró los ojos y contó hasta tres.

—Desaparece. ¡Ahora!

Cuando iba a cerrar de un portazo, el ramo volvió a aparecer por la puerta.

—¿Podrías asegurarte de que reciben estas flores? —oyó decir al periodista.

Entonces Billy T. cerró la puerta pillando el brazo que sujetaba el ramo. El hombre del otro lado soltó las flores mientras daba un berrido.

—¡Joder! ¿Es que me quieres matar?

Billy T. abrió la puerta un instante y el brazo desapareció a la velocidad del rayo. Luego cerró de un portazo mientras respiraba deprisa y profundamente, intentando recuperar el autocontrol.

—No puedes quedarte aquí —le dijo a Roy Hansen cuando por fin estuvo lo bastante tranquilizado como para volver al salón—. ¿Están así todo el tiempo?

—No, no todo el tiempo. Hoy ha sido el peor día. Es como si... es como si esperaran que ya hubiera pasado el duelo, como si tres días fuera la tregua que estaban dispuestos a darme.

Se echó hacia delante y rompió a llorar.

Hanne Wilhelmsen quería marcharse de allí. Sentía una intensa necesidad de salir, de alejarse de aquel lugar cerrado y asfixiante con dos personas rotas por el dolor incapaces de hablar entre ellas. Roy Hansen necesitaba ayuda, y ni ella ni Billy T. se la podían proporcionar.

—¿Puedo llamar a alguien? —preguntó en voz baja.

—No, mi madre vendrá enseguida.

Los policías se miraron y decidieron dejar a Roy Hansen a solas con su desesperación, con aquel dolor con el que ninguno de ellos podía ayudarle. Pero se quedaron en el coche, frente al 212 de la calle Ole Brumm, durante tres cuartos de hora, hasta que una anciana llegó a salvo hasta la puerta, ayudada por el taxista que la había llevado, sin que ningún periodista la hubiera abordado. Probablemente les había asustado la luz azul que lanzaba su advertencia desde el techo del coche policial aparcado al otro lado de la calle.

Al salir, Billy T. había tirado el precioso ramo de flores de *Ver y oír* al cubo de la basura. Debía de haber costado cerca de mil coronas.

18.30 Restaurante Bombay Plaza

Se habían sentado al fondo del restaurante indio y comían *papadums* mientras esperaban a que les sirvieran el pollo *tandoori*. Las finas y crujientes láminas estaban muy picantes, y Øyvind Olve recuperó un poco de color en la cara. Desde el viernes por la mañana apenas había visto una cama, y notó cómo los tres primeros sorbos de cerveza se le subían a la cabeza.

—Qué bueno verte —dijo levantando el vaso hacia Hanne Wilhelmsen—. ¿Cuándo vendrá Cecilie?

Hanne Wilhelmsen no sabía muy bien si sentirse ofendida porque todos los que la conocían a ella y a su pareja preguntaban cuándo volvería Cecilie antes de interesarse por ninguna otra cosa. Decidió no molestarse.

—En Navidad. Yo me vuelvo a Estados Unidos dentro de unos días. Podría decirse que esto son una especie de vacaciones.

El hombre que tenía delante se acercaba a los cuarenta y parecía un confortable osito de peluche. No es que estuviera especialmente gordo, o que recordara a un oso, pero las orejas asomaban alegres y onduladas de una cabeza redonda coronada por un pelopincho de color negro. Tras los pequeños cristales de sus gafas redondas, sus ojos eran cálidos y reconfortantes, como si nunca hubieran contemplado ninguna de las miserias de este mundo. Pero no era más que un espejismo; se trataba de un político muy experimentado. Hasta el viernes anterior había sido el director del gabinete de Birgitte Volter. Secretario de Estado del gabinete de la primera ministra, y amigo íntimo de Cecilie Vibe. Era de Kvinnherad y se había criado en la granja vecina a la casa de veraneo de los padres de Cecilie. La novia de Hanne Wilhelmsen, que mantenía una relación menos conflictiva con su propia vida, se había llevado a su existencia adulta a Øyvind y a su hermana Agnes, los amigos de los veranos de su niñez. Hanne Wilhelmsen no mantenía contacto alguno con su infancia. Su vida se dividió en dos el día en que Cecilie y ella se fueron a vivir juntas. De eso hacía ya mucho, mucho tiempo. En sustitución de sus amigos, había podido compartir los de Cecilie.

—¿Qué vas a hacer ahora?

No contestó inmediatamente, se quedó mirando su vaso de cerveza mientras le daba vueltas y más vueltas. Luego se pasó una mano por la cabeza y sonrió.

—¿Quién sabe? Supongo que volveré a la sede del partido. Pero antes... lo primero que voy a hacer es irme de vacaciones.

—¡Muy merecidas! ¿Cómo han sido estos seis meses en realidad? —Antes de que tuviera tiempo de responder, la cara de Hanne se iluminó—. ¿Por qué no vas a ver a Cecilie? ¡Vamos! Se está genial en California en esta época del año. Tenemos sitio de sobra y estamos a cinco minutos de la playa.

—Lo pensaré, gracias. Tal vez no le venga bien, a Cecilie, quiero decir.

—¡Claro que le viene bien! De verdad, se pondría contentísima. Todo el mundo habla de ir a vernos, pero nadie lo hace.

Él sonrió, y cambió de tema.

—Ha sido el medio año más turbulento de mi vida. Todo lo que podía salir mal ha salido mal. Pero... —de nuevo se pasó la mano por el pelo, un gesto de timidez que repetía desde que se conocieron—, la verdad es que ha sido emocionante. Nos ha unido. Lo creas o no, toda la caña que le daban no acabó con ella. Birgitte nos mantuvo unidos. Como si fuéramos nosotros contra ellos, los responsables contra los inconscientes.

Un hombre alto y moreno trajo la comida. El pollo, de un rojo intenso, humeaba y dejaba escapar su aroma, y Hanne Wilhelmsen se dio cuenta de que no había comido nada desde el desayuno. Cogió una porción de *naan* y habló con la boca llena.

—¿Cómo era Birgitte Volter? Quiero decir realmente. Tú has trabajado muy cerca

de ella durante años, ¿no?

—Mmm.

—¿Cómo era?

Øyvind Olve era un hombre equilibrado, oriundo del oeste del país. Había medrado en el partido gracias a su origen proletario, su trabajo honrado y la sensatez suficiente para callarse cuando era necesario. Ahora no sabía qué decir. En verdad Hanne Wilhelmsen era una buena amiga, pero también era policía. Ya le habían interrogado dos veces, un gigante que, vestido de otra manera, podría haber ilustrado un cartel propagandístico de la Alemania nazi en los años treinta. Øyvind Olve dudaba y notó que la cerveza le había mareado.

—Era una de las personas más apasionantes que nunca haya conocido —dijo por fin—. Era considerada, capaz, tenía perspectiva y era visionaria. Lo más llamativo quizá fuera su tremendo sentido de la responsabilidad. Nunca pasaba nada por alto. Siempre se hacía cargo. Y además... en realidad era muy buena persona.

—¿Buena? —Hanne se rio—. ¿Los políticos pueden ser buenos? ¿Qué quieres decir con buena persona?

Øyvind Olve pareció meditar unos segundos, luego le pidió al camarero otra cerveza. Miró a Hanne, que rehusó con un gesto de la mano.

—Birgitte buscaba el bien. Estaba sinceramente convencida de que la política tiene como fin crear una sociedad mejor para el mayor número posible de personas. No solo en cifras, ni sobre el papel. Le importaba de verdad la gente. Por ejemplo, insistía en leer todas y cada una de las cartas que le llegaban de personas de todo el país contándole sus problemas, y te aseguro que son unas cuantas. No es que pudiéramos hacer gran cosa. Pero las leía todas, y algunas de las historias la afectaban mucho. En un par de ocasiones tomó cartas en el asunto, para irritación de los burócratas. Una irritación sin límites.

—¿Era impopular entre ellos? ¿Entre los burócratas?

Øyvind Olve la observó un buen rato. Luego empezó a comer otra vez.

—Créeme, es casi imposible saberlo. En mi vida he conocido a un cuerpo de funcionarios que en apariencia sean tan leales como los del gabinete de la primera ministra. La verdad es que no hay manera de saber si les caía bien o no. Y tal vez no tenga mucho interés saberlo.

Se frotó los ojos con los índices doblados, como un niño cansado.

—¿Y qué hay de su vida privada?

La pregunta pareció descolocarle. Se quitó las manos de la cara y le dirigió una mirada casi asustada.

—¿Privada? No puedo decir que la conociera en su ámbito privado.

—¿Que no la conocías? Si llevas un montón de años trabajando pegado a ella.

—Trabajando, sí. Eso no es lo mismo que conocer su vida privada, y tú deberías saberlo.

Sonrió y vio que Hanne enrojecía ligeramente. Llevaba trabajando trece años en

la comisaría de Oslo y solo dos de sus colegas habían entrado en el piso que compartía con Cecilie Vibe.

—Pero hay fiestas y cosas así —insistió Hanne—. Del partido, quiero decir. Y has viajado por todo el mundo con ella, ¿no?

—No, no mucho. Pero ¿qué es lo que de verdad quieres saber?

Hanne Wilhelmsen dejó los cubiertos y se secó la boca con una gran servilleta blanca de tela.

—Déjame que lo plantee de otra manera —dijo en voz baja—. ¿Fue Birgitte Volter quien eligió a Ruth-Dorthe Nordgarden como ministra de Sanidad?

Ahora le había llegado a Øyvind Olve el turno de ponerse colorado. Manoseó un trozo de *naan*, que mojó en la salsa y goteó en rojo sobre su camisa.

—No te contaría esto si no estuviera muerta —murmuró mientras intentaba quitarse la mancha, que se iba haciendo más y más grande con el roce de la servilleta seca—. Puede que sea difícil de entender.

—Ponme a prueba. —Hanne sonrió.

—Componer un gobierno es un puzzle de gran complejidad —empezó Øyvind Olve—, y por supuesto la primera ministra no puede elegir libremente a sus ministros. Hay muchas consideraciones que deben tenerse en cuenta: sexo, procedencia geográfica... —Intentó reprimir un eructo—. La confederación de sindicatos quiere lo suyo. Personajes de peso dentro del partido, el secretario general, etcétera, etcétera. —Regurgitó y se llevó la mano al esternón—. Ardor de estómago —dijo para disculparse.

—Pero ¿qué pasa con Ruth-Dorthe Nordgarden? —insistió Hanne, que había apartado su plato y tenía los codos apoyados en la mesa—. ¿Quién la eligió a ella?

Øyvind Olve sacó un sobre de antiácido e intentó ingerir su contenido con discreción. No era tarea fácil.

—No deberías comer comida india si tienes problemas de estómago —dijo Hanne—. ¿Qué pasa con Nordgarden?

—Lo que es seguro es que no fue Birgitte quien la quiso. Se la impusieron.

—¿Quién?

Se quedó mirándola un buen rato, luego negó con la cabeza.

—Francamente, Hanne... Ni siquiera eres miembro del partido.

—Pero os voto. —Sonrió—. Siempre.

No obstante, comprendió que no iba a darle nada más. No de ese tema. Pero puede que sí le proporcionara algo del asunto que más le interesaba.

—¿Tuvo Ruth-Dorthe Nordgarden un lío con Roy Hansen?

Probó suerte tan bruscamente que Øyvind Olve volvió a regurgitar con fuerza. Un hilillo de antiácido asomaba por la comisura de sus labios y recuperó la maltratada servilleta otra vez.

—Tú deberías ser la última en atender a rumores, Hanne —dijo en voz baja.

—O sea, que lo has oído antes.

Øyvind Olve puso los ojos en blanco.

—Si tuviera que contarte todo lo que he oído de quién se acuesta con quién en la política noruega, tendríamos que quedarnos aquí el resto de la semana —dijo esbozando una sonrisa.

—No hay humo sin fuego —repuso ella.

—Te diré una cosa, Hanne —dijo Øyvind inclinándose hacia ella. Su voz era intensa—. He visto habitaciones atestadas de humo sin que hubiera la más mínima llama en ninguna parte. Hace mucho que lo aprendí. Y tú también deberías saberlo. ¿Con cuántos hombres se rumoreó que habías estado antes de que la gente empezara a intuir la verdad? ¿Y con cuántas mujeres crees que has estado según la rumorología?

Aquello ya no era agradable. Los restos del tandoori despedían un olor fuerte y rancio y la cerveza se había disipado. En el restaurante hacía demasiado calor y Hanne se tiró del cuello del jersey. Llevaba cerca de diecinueve años viviendo con Cecilie en fiel aislamiento, y sabía que en la Central Operativa le atribuían los contactos sexuales más increíbles. Consultó la hora.

—Solo una cosa más. ¿Tenían relación Birgitte Volter y Ruth-Dorthe Nordgarden?

—No —dijo Øyvind mientras pedía la cuenta—. No en el sentido que tú le darías. No en privado. Eran compañeras de partido.

—¿Y no sabes nada de si Ruth-Dorthe...? ¡Menudo nombre, por cierto! —Sonrió y prosiguió—: ¿De si Ruth-Dorthe conocía a Roy Hansen?

—No, que yo sepa.

Øyvind Olve negó con la cabeza.

—Así que si te contara que yo...

El camarero apareció con la factura y, después de dudar unos instantes, la dejó frente a Hanne, aunque era Øyvind quien la había pedido.

—Ya ves el aura de autoridad que desprendes —rio él.

—Si te contara —prosiguió Hanne— que vi a la tal Ruth-Dorthe y a Roy Hansen tomando una cerveza en el Café 33 hace unos seis meses, ¿te sorprenderías?

La miró con una arruga entre sus ojos de osito de peluche.

—Sí —dijo, ladeando la cabeza—. Me sorprendería mucho. ¿Estás segura de que eran ellos?

—Completamente segura —dijo Hanne Wilhelmsen, y empujó la cuenta hacia el otro lado de la mesa—. ¡Ahora mismo no tengo trabajo fijo!

—Lo mismo digo —murmuró Øyvind Olve, aunque cogió la factura de todos modos.

—Tienes que ayudarme —susurró el vigilante—. Joder, Brage, ¡necesito ayuda!

Brage Håkonsen, con una camiseta blanca impecable y un calzoncillo con estampado de camuflaje, no podía creer lo que veían sus ojos. En su puerta estaba el vigilante del distrito del gobierno, y tenía aspecto de estar frenético. El pelo disparado en todas direcciones, enredado y sucio, y los ojos desorbitados como si acabara de ver un vampiro vivito y coleando. La ropa le colgaba del cuerpo y sus hombros habían desaparecido en el interior de una cazadora militar que le estaba enorme.

—Estás completamente loco, tío. Presentarte aquí, ahora —siseó Brage—. Lárgate y no vuelvas a dejarte ver por aquí nunca más.

—Pero, Brage, tío —lloriqueó el vigilante—. Joder, tío, ¡necesito ayuda! Yo he...

—¡Me la suda lo que hayas hecho!

—Pero, Brage —gimoteó—, ¡escúchame! ¡Deja que entre y te cuente!

Brage Håkonsen puso un puño enorme sobre el pecho del vigilante, que era una cabeza más bajo que él.

—Por última vez: ¡lárgate!

Alguien abrió la puerta del portal. Brage Håkonsen pegó un respingo y de un fuerte empujón lanzó al vigilante hacia el descansillo de la escalera. Luego cerró de un portazo y el vigilante oyó cómo echaba el cerrojo.

Un hombre joven subía por la escalera. El vigilante se alzó las solapas hasta las orejas y miró hacia la pared cuando pasó a su lado. Luego se quedó parado, oyendo sus pasos hasta el quinto piso.

¿Qué podía hacer? Tenía lágrimas en los ojos y le temblaban los labios. Se sentía fatal y tuvo que sentarse en la escalera para no caerse. Tengo que largarme, se dijo. ¡Joder! Tengo que irme de aquí.

Por fin se puso de pie y salió tambaleándose a la noche de Oslo sin un destino concreto.

Miércoles, 9 de abril de 1997

08.32 Comisaría de Oslo

El arma estaba en un sobre, en el que solo aparecía escrito «Comisaría de Oslo» con un rotulador negro de trazo grueso. No llevaba matasellos. Al policía que estaba en la puerta del despacho del inspector Håkon Sand le faltaba el aire.

—Estaba en un buzón junto a la central de correos —jadeó—. Los de correos comprendieron que podía ser importante y acaban de traerlo.

Håkon Sand llevaba guantes de látex. El sobre ya estaba abierto, lo cual había sido una negligencia grave por parte de quien lo hubiera hecho. Podría haberse tratado de una bomba. Pero no lo era. Håkon Sand extrajo un revólver que depositó con extremo cuidado sobre un papel blanco.

—Un Nagant —susurró Billy T.—. Un M1895 ruso.

—No, tú también no —suspiró Håkon—. ¿Qué pasa, que tú y Hanne os dedicáis a hacer competición de conocimientos sobre armas los sábados por la noche?

—¿Sabes qué? —dijo Billy T. bajito—. Sobre motos y armas. Aunque ella sabe más de las dos cosas.

—No lo toques —advirtió Håkon Sand cuando Billy T. se inclinó sobre el revólver.

—Tampoco soy tan idiota —murmuró Billy T. examinando el arma a diez centímetros de distancia—. Además, no importa. Apuesto a que han limpiado ese revólver a conciencia para no dejarnos nada que pueda sernos útil. Lo han frotado y sacado brillo hasta dejarlo como nuevo.

—Supongo que tienes razón —suspiró Håkon—, pero aun así no lo toques. Ni el sobre tampoco. Todo tiene que ir a los técnicos.

—Pero... ¡escucha! —El rostro de Billy T. se iluminó de repente—. Si estaba en uno de los buzones de la central de correos... ¿qué pasa con los vídeos? Todo el jodido lugar está lleno de cámaras.

—Ya lo había pensado —mintió Håkon—. ¡Tú! —Señaló al policía que seguía en la puerta intentando enterarse de lo que pasaba—. ¡Pon a alguien a revisar los vídeos de las últimas veinticuatro horas! No, mejor de las últimas cuarenta y ocho.

—Y entonces tendremos una grabación de pésima resolución, en la que aparece un tipo anodino y con gorra que tendrá el seso suficiente como para no mirar a la cámara —murmuró Billy T.

—¿Se te ocurre algo mejor? —dijo Håkon levantando demasiado la voz.

Billy T. se limitó a encogerse de hombros y volvió a su despacho.

12.03 Calle Jens Bjelke, 13

Había sido un error darse de baja por enfermedad. Menuda metedura de pata. Pero, al menos, el jefe le había mirado con preocupación y confirmado que tenía un aspecto horrible. Suponía que un aspecto acorde con lo mal que se sentía.

Tenía que largarse. Lo mejor sería salir del país. Pero era consciente de que eso resultaría sospechoso. Podía irse a Tromsø. A esquiar. Le sentaría bien. Morten, su mejor amigo, siempre le decía que podía ir a visitarle. Ese invierno había nevado un montón. Preparó una gran mochila y se fue al aeropuerto sin billete. Era imposible que un miércoles de abril, a la hora de comer, todos los aviones estuvieran llenos.

Jueves, 10 de abril de 1997

Mañana, distrito gubernamental

«Todas las previsiones apuntan a que el nuevo gobierno será igual que el anterior, con la única salvedad de que Joachim Hellseth, actual portavoz para temas económicos en el Parlamento, será el nuevo ministro de Economía. Cualquier otro cambio en el gobierno sería una gran sorpresa».

El ministro de Agricultura apagó la radio y se reclinó en su silla. El periodista probablemente tenía razón. Al menos esa fue la impresión que le dio Tryggve el día anterior. Le había sonreído, aunque no con mucho entusiasmo, y le había dado una palmadita en el hombro.

No es que fuera tan importante. Claro que quería continuar. Estaba a gusto en su cargo. El Ministerio de Agricultura era un lugar muy interesante. Era un reto, un trabajo importante en el que le gustaría seguir. Pero si no podía ser, no podía ser. Había una larga lista de tareas esperándole ahí fuera.

Sonó el teléfono.

Se quedó un rato mirándolo con una amplia sonrisa. Estaba tranquilo y bien, y sabía que estaría contento fuera cual fuese el mensaje. Levantó el auricular.

—Tryggve Storstein —dijo su asistente.

—Pásamelo —contestó el ministro de Agricultura. Tras una breve pausa, dijo—: Hola, Tryggve. ¿Cómo estás?

—Mejor, por lo menos ya puedo dormir. Esta noche seis horas. Me siento como nuevo.

El ministro de Agricultura rio por lo bajo y sacó su caja de tabaco de mascar.

—A Churchill le bastaba con cuatro, y tenía más lío que tú.

Le pareció que podía oír su sonrisa al otro lado de la línea.

—Bueno —dijo Tryggve Storstein—, te quedas en el equipo, ¿verdad?

El ministro de Agricultura notó que la mano que sostenía el auricular empezaba a temblar. ¿Era más importante para él de lo que quería reconocer? Tragó saliva y tosió un poco.

—Claro, si tú quieres.

—Yo quiero, el partido quiere.

—Me alegro mucho, Tryggve. Gracias.

Su voz sonaba muy feliz.

La ministra de Cultura estaba revisando cuatro faxes que acababan de dejar sobre su mesa. Encendió un cigarrillo light y la irritó darse cuenta de que había fumado más

de lo que solía permitirse antes de comer. Eran ofertas de empleo. De dos televisiones y de un periódico. Además de una multinacional que necesitaba a alguien para dirigir el departamento de comunicación. Miró las páginas sin leerlas con detenimiento. Luego las dobló y las metió en un cajón marcado con la palabra PERSONAL en cinta de Dymo.

Sonó el teléfono. Contestó y mantuvo una conversación de cuarenta y cinco segundos. Al colgar, sonreía de oreja a oreja, y llamó a su secretaria para darle los faxes que acababa de guardar.

—Por favor, destruye estos documentos —dijo entregándole las hojas.

La mujer mayor suspiró aliviada.

—¡Enhorabuena! —susurró guiñando el ojo derecho—. ¡Me alegro mucho!

La ministra de Sanidad Ruth-Dorthe Nordgarden era incapaz de hacer nada. Se había abalanzado sobre el teléfono cada vez que había sonado, solo para sentir con cada llamada la misma decepción. Ahora ya no estaba decepcionada, estaba enfadada. Por un momento consideró la posibilidad de llamar a los otros. ¿Sabían ya algo? Por otra parte, sería la mayor humillación de todas que le confirmaran lo que ya empezaba a sospechar: que los demás iban a seguir en su puesto y ella no. Enfurecida, cogió un gran bolso de mano y hurgó en su interior hasta dar con lo que buscaba: una zanahoria envuelta en papel de cocina.

Al masticarla, toda su cabeza retumbó de dolor.

13.46 Departamento de Asuntos Internos, Central Operativa

—Es imposible que sea una casualidad. No puede ser.

El policía que había entrado en tromba en el despacho del jefe de inteligencia sin llamar a la puerta estaba emocionado y sin resuello. Con la mano derecha, golpeó los papeles que había dejado sobre la mesa frente a Ole Henrik Hermansen.

—La policía secreta sueca cree que ha sido sabotaje. Un conducto de combustible estaba dañado de una forma que no pueden explicar. No se debe al desgaste ni a un fallo de pilotaje. Habían revisado todo el aparato unas pocas horas antes del despegue y no encontraron nada.

La inexpresiva cara de póquer de Ole Henrik Hermansen se había esfumado. Ahora parecía tenso y alerta. Frunció el ceño, con un destello de profunda preocupación en la mirada.

—¿Es seguro? O, para ser más precisos, ¿cómo de seguros podemos estar?

—Aún no lo sabemos. Se sigue investigando. Pero eso no es todo, Hermansen, hay mucho más.

El policía sacó una carpeta roja de su maletín y extrajo una foto. Era grande y en

color, y estaba desenfocada. Un hombre joven de pelo rubio peinado hacia atrás miraba a un lado de la cámara; llevaba gafas montadas al aire y un cigarrillo en la comisura de los labios.

—Tage Sjögren —informó el policía—, treinta y dos años, de Estocolmo; lidera un grupo de extrema derecha que se hace llamar «Lucha blanca». Han tenido problemas con la policía antes, pero ha sido sobre todo por desórdenes públicos en el aniversario de Carlos XII y cosas así. Sin embargo, este último año parecía que se los hubiera tragado la tierra. La secreta sueca les había perdido la pista, pero sabían que seguían existiendo. Y hace una semana... —el policía estaba tan emocionado que se echó a reír; le recordó a su hijo cuando llegaba corriendo con las notas finales antes de las vacaciones de verano—, ¡Tage Sjögren vino a Noruega!

Ole Henrik Hermansen contuvo la respiración. No se dio cuenta hasta que empezaron a zumbarle los oídos y dejó escapar el aire entre sus labios apretados; un suave sonido como de trompeta triunfal que resaltaba lo sensacional que era aquella información.

—Joder —dijo en voz baja—, ¿sabemos algo de sus desplazamientos aquí?

El policía se reclinó en su asiento y se colocó las manos en la nuca.

—No, lo malo es que el tal Tage no era lo bastante interesante para la secreta sueca como para que resultara necesario avisarnos. Solo saben que vino a Noruega y que regresó a Suecia... —todo él resplandecía; parecía un perro de caza atado a su correa a la espera de que lo soltaran para perseguir la presa—... ¡el sábado por la mañana!

Ole Henrik Hermansen miró a su subordinado durante un rato muy, muy largo.

—Ponme en contacto telefónico con el jefe de la secreta sueca —dijo de pronto—. Tenemos que pedirles que interroguen a ese hombre. Cuanto antes.

22.30 Ministerio de Sanidad

El chófer esperaba en el garaje desde las cinco de la tarde. Ruth-Dorthe Nordgarden sabía que el uso que hacía del coche oficial molestaba a todo el mundo, incluidos el consejero ministerial y sus colaboradores políticos, pero ellos no podían saber lo pesado que era tener que dar conversación a toda clase de taxistas empeñados en considerarse representantes de la voz del pueblo. Alguna remuneración en especie debía venir con el cargo.

Además, tenía la impresión de que sería el último día en que podría disfrutar del privilegio de contar con chófer. Tryggve Storstein aún no había llamado.

Se había llegado a un punto en que los periodistas empezaban a especular. Liten Lettvik la había telefoneado a su número secreto de móvil para preguntarle si era cierto que no le ofrecerían seguir en el cargo. Ruth-Dorthe le colgó. Los del informativo de la televisión habían sido prudentes, pero aun así pusieron un

interrogante junto a su foto al presentar su quiniela del nuevo gobierno.

Necesitaba otra zanahoria. Rebuscó irritada en el bolso, pero no encontró nada. Tenía una bolsa en la cocina del gabinete. Se detuvo un momento en la puerta de la secretaría. ¿Oiría el teléfono desde la cocina? Antes de que pudiera decidirse, sonó. Había pasado la conexión a su extensión y mandado al resto del personal a casa. No quería testigos de su profunda humillación.

—¡Diga! —gritó al auricular.

Se había lanzado hacia el escritorio desde el lado equivocado y no tenía donde sentarse.

—Sí —contestó una voz sorprendida—, ¿con quién hablo?

Era Tryggve.

—Hola, Tryggve. Soy yo, Ruth-Dorthe.

—¿Todavía estás trabajando?

—Estoy ordenando un poco.

Pausa.

—Puedes dejarlo. Sigues con nosotros.

Nueva pausa, más larga.

—Gracias, Tryggve. Nunca lo olvidaré. Quiero decir..., lo de hoy. Nunca.

Al otro lado de la línea, Tryggve Storstein sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Los agradecimientos de Ruth-Dorthe casi sonaban a amenazas.

Viernes, 11 de abril de 1997

10.55 Plaza Central

El centro de Oslo no había estado tan lleno de gente desde el entierro del rey en enero de 1991. Las calles de acceso a la Plaza Central estaban cerradas al tráfico, y un ejército de policías uniformados intentaba con gesto hosco mantener la calle Kirkegata despejada para que el cortejo, que llegaría en unos minutos, tuviera el paso franco. No les estaba resultando fácil. El espacio que dejaban libre las personas que abarrotaban ambos lados de la calle no era mayor que un camino rural. Había cámaras de televisión por todas partes, y Brage Håkonsen había detectado a los agentes de la secreta diseminados aquí y allá, tan fáciles de reconocer que hasta resultaba ridículo. Llevaban un auricular en la oreja y gafas de sol, aunque el día estuviera nublado.

Dos guardias montados aparecieron por la esquina de la calle Karl Johan. Los caballos trotaban nerviosos y elegantes, cada uno a un lado de la calle. Aquello funcionó; la gente se echaba hacia atrás con verdadero temor ante los enormes animales que espumeaban por la boca y enseñaban el blanco de los ojos. De repente, cuatro motoristas doblaron desde la calle Karl Johan hacia Kirkegata, seguidos de un cortejo de varias limusinas.

Se dirigieron hacia la catedral de Oslo a bastante velocidad y se detuvieron en fila delante de la entrada. Importantes invitados venidos de todas las partes del mundo fueron introducidos en la armería a toda prisa, a veces incluso con cierta brusquedad, por funcionarios de civil y de uniforme. Brage Håkonsen rio despreciativo cuando, desde su observatorio en el cruce de Grensen con Kirkegata, vio que Helmut Kohl protestaba porque le cogían del brazo; apartó de un codazo al funcionario que insistía en hacer su trabajo, una cabeza más bajo que él, y se tomó el tiempo que necesitaba para volverse hacia alguien a quien parecía conocer y saludarle con educación.

La banda de la Guardia Real avanzó mientras tocaba la *Marcha fúnebre* de Chopin, cubriendo a los presentes como una capa silenciosa. Brage Håkonsen se quitó la gorra no por respeto, sino porque sabía que allí era importante comportarse como todo el mundo.

Detrás de la banda, apareció un coche negro con banderas noruegas en el capó y cortinas negras en las ventanillas, que no impedían ver que el ataúd de Birgitte Volter era blanco. Sobre el féretro reposaba una corona de rosas de un rojo oscuro, como un círculo de espesa sangre coagulada. Brage Håkonsen oyó que algunas personas sollozaban. Por alguna razón que no podía explicar, y que no querría admitir, él también sentía la trascendencia del momento. Una sensación de fecha señalada, de tristeza. Irritado, se la quitó de encima y se dirigió hacia la primera línea del gentío,

hacia la plaza misma.

Ocurrió de repente.

Cuatro hombres y siete mujeres empezaron a gritar y a berrear abriéndose paso por la acera atestada hasta ponerse en medio de la calle, delante del cortejo, antes de que la policía pudiera reaccionar.

—¡Detengan la caza de ballenas! —gritaron en inglés—. ¡Asesinos, asesinos!

Brage se detuvo bruscamente y, de pronto, se encontró cara a cara con una enorme ballena de goma que se iba inflando mientras uno de los activistas sujetaba una bomba de helio entre las piernas.

—¡No a la caza de ballenas! ¡No a la caza de ballenas!

Los gritos acompasados casi ahogaban la música de la banda de la Guardia Real, que eran los únicos que parecían no haberse dado cuenta de lo que estaba pasando y seguían tocando. El ritmo pesado y cargado de muerte se oía bajo los gritos y el siseo de la ballena, que casi había alcanzado su tamaño natural, girándose y retorciéndose según iba creciendo; parecía como si quisiera entrar nadando en la catedral. Uno de los activistas, que tendría unos cincuenta y muchos años, con barba negra de marinero y unas condecoraciones en la chaqueta que Brage no supo identificar, cogió un cubo y se lo lanzó a una de las mujeres jóvenes. Rápidamente, esta abrió la tapa con una navaja suiza y, con un gesto de enorme fuerza, arrojó pintura roja en dirección al coche fúnebre. El conductor, que se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo, ya había empezado a dar marcha atrás, y los caballos que le seguían retrocedieron relinchando asustados. La pintura roja cayó sobre el asfalto y solo unas pocas gotas alcanzaron al vehículo que transportaba los restos mortales de Birgitte Volter.

Aunque la policía se había visto sorprendida, tardaron muy poco tiempo en detener la acción reivindicativa. Veinte agentes se abalanzaron sobre los manifestantes y les llevó exactamente cinco minutos ponerles las esposas, pinchar la ballena y meter a los activistas y los flácidos restos del cetáceo en un furgón aparcado junto a un H&M. Fue rápido y eficiente, a pesar de que varios hombres que habían presenciado los hechos se empeñaron en ayudar a la policía y, con su actuación gritona e iracunda, dificultaron bastante la actuación de los agentes.

—¡Eh! —gritaba Brage Håkonsen intentando quitarse las esposas—, ¡yo no tengo nada que ver con esto!

Se resistió con todas sus fuerzas cuando tres hombres le obligaron a entrar en la furgoneta.

—¡No tengo nada que ver con esto, joder! ¿Es que no me oís?

—Cierra la boca —rugió una policía uniformada que iba en la parte delantera del vehículo—. No tenéis vergüenza, sabotear... ¡sabotear un entierro! ¡No tenéis vergüenza!

Se había vuelto hacia él y sus palabras eran como un ácido que podría corroer la rejilla que la separaba del cubículo de los arrestados.

—¡Pero si es que yo no participo en esto, joder! —gritó Brage de nuevo, golpeando su cabeza contra la pared del furgón—. ¡Que me soltéis, coño!

Pero la única respuesta que obtuvo fue el sonido del motor que se ponía en marcha y un mantra repetido por sus compañeros de detención:

—¡NO a la caza de ballenas! ¡NO a la caza de ballenas!

12.13 Catedral de Oslo

—Ha sido tan hermoso. ¡Tan conmovedor y hermoso!

Lerke Grinde intentaba hablar en voz queda, pero su tono era tan penetrante que hasta sus susurros podían escucharse a muchos metros de distancia. Iba aferrada del brazo de su hijo y vestía completamente de negro, con un estilo que habría sido más adecuado para un entierro de *El Padrino* que para el de una primera ministra noruega socialdemócrata. Todo era negro y brillante: los altos tacones, las medias de rejilla, el vestido y la capa. Para rematarlo, llevaba un sombrerito que lanzaba destellos y un velo negro y rígido que le tapaba la cara. Lo que en ese momento no sabía, aunque la llenaría de alegría cuando esa noche viera en la televisión las grabaciones de la ceremonia, era que las cámaras se habían fijado en ella varias veces: una mujer tan enlutada y que lloraba tanto tenía que ser necesariamente un familiar cercano.

—Baja el tono, madre —susurró Benjamin Grinde—. ¿Puedes calmarte un poquito?

En la armería estaban Roy Hansen y Per Volter. El hijo le sacaba media cabeza al padre. Los dos iban con traje oscuro, y ambos tenían un color macilento y la mirada baja. Ofrecían la mano sin saber a quién, y muchos prefirieron, tras dudar un momento, pasar frente a ellos sin darles el pésame. Otros hablaban con ellos unos instantes. La mayoría de las ministras les dieron a ambos un beso largo y sentido.

Liten Lettvik estaba unos metros más allá, junto a un grupo de periodistas, y observaba a los deudos. Cuando le llegó el turno a Ruth-Dorthe Nordgarden, la última de la sucesión de ministros, Liten se dio cuenta de que Roy Hansen se apartaba un poco, aparentemente por un acceso de llanto, que no se le pasó hasta que Ruth-Dorthe desistió y salió por las pesadas puertas de roble. Per Volter había sido más explícito que su padre. Se negó a aceptar la mano que la mujer le tendía y se volvió hacia el obispo de Oslo, que destacaba con su casulla junto a los familiares, como un águila anciana con plumas prestadas.

—Roy —susurró Lerke Grinde cuando por fin llegó su turno—. ¡Roy, qué tragedia!

Liten Lettvik dio unos pasos hacia la puerta. ¿Quién era la señora mayor que iba del brazo del juez Grinde?

—¡Pobre Birgitte! —prosiguió Lerke Grinde. La gente había empezado a volverse para mirarla—. ¡Qué suceso tan espantoso, la pequeña Birgitte! ¡La

pequeña, inocente y maravillosa Birgitte!

Sollozó y se dirigió a Per Volter, que miraba sorprendido a aquella extraña mujer a la que no había visto en su vida.

—¡Per! ¡Tan alto y buen mozo!

Intentó abrazar al joven, pero él se echó hacia atrás sobresaltado. Eso hizo que Lerke Grinde quedara colgada del brazo de su hijo, peligrosamente inclinada hacia delante. Uno de sus tacones de aguja se había enganchado en una grieta del suelo, y estaba a punto de caerse.

—¡Dios! Creo que voy a desmayarme —jadeó.

Benjamin Grinde sujetaba el brazo de su madre con todas sus fuerzas, hasta que un policía consiguió cogerla por la cintura e incorporarla.

—¿La ayudo a salir, señora? —preguntó con educación.

Sin esperar respuesta, la condujo hasta la puerta y recorrió con ella unos treinta metros entre el gentío hasta el centro de la gran plaza. Benjamin Grinde iba detrás con aire furtivo y las solapas de la gabardina levantadas para taparse la cara.

Los periodistas de la armería se reían del incidente. Todos salvo Liten Lettvik, que anotó algo en un cuaderno: «Anciana con BG. ¿Interesante?».

13.00 Cuesta del Palacio Real

Los periodistas habían acertado. Dieron en la diana con los dieciséis ministerios. El puzzle del gobierno se había completado sin una sola sorpresa. Tryggve Storstein estaba en el centro de la larga fila de ministros, con un gran ramo de rosas rojas y una sonrisa ausente, discreta, oportuna para la ocasión. Hacía apenas una hora del entierro de su predecesora. Había menos gente de lo habitual para saludar al nuevo gobierno, pero más periodistas y fotógrafos que nunca.

Lloviznaba, y la ministra de Fomento parecía impaciente por terminar con la tradicional sesión de fotos. Consultaba su reloj con frecuencia, y empezó a caminar hacia los negros coches oficiales antes de tiempo. Tryggve Storstein la obligó a volver.

Por fin acabó todo y el grupo se disolvió. Liten Lettvik agarró del brazo a Ruth-Dorthe y le robó un abrazo.

—Te llamo al móvil esta noche —le susurró al oído.

17.15 Comisaría de Oslo

—Primero invita a la pasma a ir a ver sus armas y luego se esfuma. Entenderás que la situación apesta, Håkon.

Håkon Sand golpeaba la mesa con los dedos.

—No estar en casa cuando estás de baja por enfermedad no es «esfumarse», Billy T. Puede estar en cualquier sitio. En el médico, con su novia... Con su madre, si me apuras.

—¡Pero es que tampoco contesta al teléfono! Le he llamado varias veces desde anoche y, ¡joder!, no creo que esté en la consulta del médico un día entero.

—Pues en el hospital, o con la novia, como ya te he dicho.

—Ese tío no tiene novia. Te lo digo yo.

Håkon Sand se revolvió el pelo y pidió a Billy T. que se sentara.

—¿Qué es exactamente lo que tienes contra ese vigilante? —preguntó en tono cansado.

—Para empezar: estuvo en el lugar de los hechos. Segundo: tiene armas, cuatro que consten en nuestro registro. Y lo más sospechoso de todo...

Billy T. cogió una botella de Coca-Cola medio vacía y se tragó el contenido sin pedir permiso a su dueño.

—Que aproveche —dijo Håkon con ironía.

—Pero escúchame —dijo Billy T., antes de hacer una mueca, levantar medio culo del asiento y dejar escapar un largo y sonoro pedo.

—¡Joder, Billy T.! ¡Deja de hacer eso!

Håkon se levantó agitando febrilmente una mano mientras se tapaba la nariz con la otra. Manipuló con torpeza la ventana hasta abrirla de par en par. Billy T. se rio y tiró la botella de Coca-Cola a la papelera.

—Lo más sospechoso de todo —repitió Billy T.— es que el tipo cambiara de opinión.

—¿A qué te refieres con cambiar de opinión?

Håkon tenía una caja de cerillas, que iba quemando de una en una hasta que se consumía y encendía la siguiente.

—Primero dijo que podía ir a su casa a ver las armas. Luego cambió de opinión. Dijo que las traería aquí. Le dije que sí, que muchas gracias. Y desde entonces no le hemos visto el pelo. Y ahora se supone que está de baja por enfermedad. ¡Ja!

—Así que crees —dijo Håkon despacio— que debemos detener a un tipo del que solo sabemos que el viernes pasado hizo su trabajo y que ha tenido la osadía de no venir corriendo a ver a Billy T. como había prometido, ¡y que además es culpable del muy grave delito de ponerse enfermo! —Tiró la caja de cerillas a la mesa y echó la cabeza hacia atrás con las manos puestas sobre los reposabrazos de su silla—. Pues tendrás que buscarte a otro que no sea yo. Una orden de registro lleva aparejada una acusación. Y ya nos hemos precipitado una vez. Además, no es tu trabajo. Tienes el mismo problema que Hanne. Me refiero a que no te limitas a hacer lo que se te ha pedido. No te corresponde a ti valorar el papel del vigilante en este asunto.

—¡Joder, Håkon! —Billy T. pegó un puñetazo en la mesa—. Fue Tone-Marit la que quiso que yo interrogara a ese tipo a toda costa.

—No te va a servir de nada —sonrió Håkon con malicia—, no te va a servir de

nada. Tendrás que volverte a tu despacho y buscar a algún otro amigo de Volter con quien hablar.

Sin decir una palabra más, Billy T. salió dando un portazo.

—NO a la caza de ballenas —rio Håkon Sand con ganas.

En cuanto hizo un par de llamadas y se dispuso a retomar su trabajo, se dio cuenta de que Billy T. le había engañado. La copia del informe de la autopsia, que no le concernía en absoluto pero que había insistido en ver con empeño infantil, ya no estaba sobre su mesa. Billy T. se la había robado.

19.00 Calle Stolmaker, 15

—¿No vas a ver las noticias, Hanne?

Billy T. cogió una cerveza fría de la nevera y miró satisfecho su propio cuarto de estar. Tenía cortinas nuevas. Aunque nunca se había fijado en las de color naranja que colgaban allí antes, podía ver que las nuevas, de color azul cielo, eran mucho más acogedoras, sobre todo ahora que Hanne había comprado un sofá, también azul, en la cadena de tiendas de muebles más grande de Noruega. Además había encontrado unos pósters antiguos en el desván. No sabía de dónde habían salido los marcos, pero quedaban muy bien en la pared de detrás del sofá. Las plantas, por el contrario, no habrían hecho ninguna falta. Aunque las macetas con dibujos indios eran bonitas, los brotes verdes que empezaban a salir morirían en menos de tres semanas. Lo sabía muy bien, porque ya lo había intentado antes.

Hanne no contestó. Estaba enfrascada en la lectura de la copia del informe de la autopsia, mordisqueando un bolígrafo.

—¡Hola! Tierra llamando a Hanne Wilhelmsen. ¿Vas a ver las noticias?

Le dio un golpecito en la cabeza con la botella y encendió la tele. La marcha fúnebre brotó atronadora por los altavoces.

—Vale, pero ¡no molestes!

Irritada, se pasó la mano por el punto en el que había impactado la botella y ni siquiera levantó la vista hacia el televisor. Billy T. soltó un gemido y se sentó en el suelo para seguir la emisión. De pronto lanzó una gran risotada.

—Mira esos borregos, ¡mira!

En la pantalla aparecía la increíble imagen de los arrebatados activistas que, literalmente a vida o muerte, querían acabar con la caza de ballenas en Noruega. Una voz en off relató que un ciudadano noruego, tres holandeses, dos franceses y seis estadounidenses habían sido arrestados tras manifestarse frente a la catedral de Oslo.

—Americanos protestando por la caza de ballenas... ¡Ellos, que fríen, gasean y envenenan a personas! Que tienen a millones de ciudadanos por debajo del umbral de la pobreza. ¡Hay que ver!

Pegó un buen trago a la cerveza y volvió a tirarse un pedo.

—Para ya —murmuró Hanne, pero ni siquiera así levantó la cabeza—. ¿No te enseñó tu madre a ir al baño para hacer esas cosas?

—Primero fue el oído —dijo Billy T. malhumorado—. Ahora está bien, pero el estómago se me ha rebelado. ¡Tengo que dejarlo salir! Como decía mi abuela: hay más sitio fuera que dentro. Así que a callar.

Aunque no le hacía falta decirlo: Hanne estaba totalmente concentrada en el informe de la autopsia. El reportaje sobre los activistas había terminado y el presentador informó de que el noruego no tenía nada que ver con la manifestación y había sido puesto en libertad, mientras que los extranjeros seguían detenidos.

—¿Qué es lo que estás buscando? —preguntó Billy T. mostrando por primera vez verdadero interés en lo que Hanne estaba haciendo.

—Nada —suspiró ella, juntando los documentos para introducirlos en una funda de plástico—, absolutamente nada. Creí que tenía una idea genial que nos daría todas las respuestas.

—¿Qué?

—Pero, como suele pasar, no era tan genial después de todo. El informe de la autopsia descarta mi idea. Pero ha estado bien poder comprobarlo. Gracias por conseguírmelo.

—Tuve que engañar a ese buen chico tuyo. ¿Qué era lo que creías que podía ser tan genial?

—Nada —sonrió Hanne—, no era correcto. ¿Echamos una partida?

—¡Yes! —Billy T. se levantó de un salto y trajo el enorme y anticuado futbolín del dormitorio—. ¡Me pido Inglaterra! —gritó mientras hacía maniobras para encajar en el cuarto de estar la mesa con las figuritas de goma clavadas en ocho barras metálicas.

—Vale. Entonces yo seré Holanda.

Que uno de los equipos vistiera de verde claro y el otro de azul no les preocupaba lo más mínimo. Siempre podrían ser la equipación de reserva.

21.30 Calle Ole Brumm, 212

Por fin solo. La chaqueta del traje oscuro colgaba del respaldo de una silla con aire de estar también fatigada y sin ánimo. Roy Hansen miraba la foto de Birgitte que estaba sobre el aparador. La vela encendida a su lado era la única fuente de luz de la habitación y casi le hipnotizaba.

La última semana había sido irreal. Nunca le había interesado el movimiento New Age, no creía en fenómenos paranormales y tampoco era creyente. Pero los últimos días habían sido lo más parecido a una experiencia extracorporal que era capaz de imaginar. Tryggve Storstein le había visitado, azorado y cansado, pero capaz de mostrar una cercanía y una tristeza sincera que, de una manera extraña, había llevado

algo de alegría a Roy Hansen. Tryggve le había emocionado. Habían conversado largo rato, y guardado silencio más tiempo aún. Los dos representantes del departamento de protocolo del Ministerio de Asuntos Exteriores no fueron tan bienvenidos. Pero al menos la mujer había insistido en que llamara a una agencia de limpieza; había que quitar de en medio las flores, el polvo y la oscuridad. Ahora la casa estaba limpia.

Esa tarde todo el mundo había intentado imponerle su presencia. Lo hacían con buena intención, lo sabía. Pero no había nadie a quien quisiera tener allí, salvo a Per. Sin embargo, Per no quería hablar con él. O salía a correr mucho, mucho rato, o estaba en su habitación, solo, sin hacer nada, o hablando por teléfono. Conversaciones que duraban una eternidad con alguien que Roy no sabía quién era.

Algunas personas habían vuelto a casa con ellos después de la recepción en el Ayuntamiento. Él se había marchado tan pronto como los de protocolo se lo habían permitido. El secretario general del partido y tres miembros más de la organización se habían ido con él. Luego llegaron más, pero por suerte habían entendido que prefería estar solo. Y ayudaron a recoger antes de marcharse.

Roy Hansen intentó ver la televisión, pero solo emitían interminables reportajes del entierro. Le recordaban su última y dolorosa derrota: ni siquiera en su muerte le dejaban a solas con ella. Ni siquiera muerta, bajo una tapa blanca en un pesado ataúd de madera, era suya. Era del Estado. De la opinión pública. Y, sobre todo, del partido. Nunca suya. Ni siquiera hoy, cuando todo se había terminado para siempre. En lugar de una reunión cálida y silenciosa de los más allegados, un rato de consuelo junto a otras personas que también querían a la mujer con la que había compartido su vida, en lugar de eso, el entierro de Birgitte se había transformado en una cumbre política. También en eso.

De pronto se dio cuenta de que echaba de menos a los padres de Birgitte. Los dos fallecieron a finales de los ochenta, y seguramente era mejor así. Se libraron de vivir el asesinato de su hija. Del mismo modo que habían evitado presenciar el distanciamiento cada vez mayor de Birgitte de aquellos que la rodeaban; su lejanía de aquellos que la querían. Pero hubiera sido un consuelo tenerlos con él en ese día. Tal vez podrían haberlo compartido con él. Estaba claro que Per no podía.

El viernes anterior Roy había deseado el regreso de su hijo a casa más que nada en el mundo. Las horas que pasaron hasta que llegó el sábado por la mañana, de uniforme y con el petate hasta arriba de equipaje, fueron insufribles. Pero cuando Per por fin llegó, de alguna manera siguió ausente. Su expresión era dura, cerrada, impenetrable.

Apareció de repente.

—Buenas noches. He esperado a que la abuela se durmiera. Ahora me voy a acostar.

Roy Hansen no había oído llegar el coche. Observó la figura de su hijo en el umbral, la luz de la vela no permitía distinguirla con claridad.

—Pero, Per —susurró—, ¿no puedes sentarte un rato? ¿Solo un ratito?

El joven no se movió de la puerta. Era imposible verle la cara.

—Siéntate. Solo un poco.

De pronto la luz brotó del techo. Per había apretado el interruptor y, cuando Roy se acostumbró a la claridad y pudo por fin ver, se quedó petrificado.

Per, el buen chico. El joven educado y estudioso que nunca había dado a sus padres un motivo de preocupación en su adolescencia. Per, que era su niño, su consuelo y también su responsabilidad después de que Birgitte hubiera iniciado su Larga Ausencia cuando el chico apenas había cumplido diez años. Ahora Per estaba irreconocible.

—Si tan empeñado estás en hablar conmigo, adelante, hazlo.

Su rostro estaba contraído, sus ojos protuberantes como los de un bacalao muerto y escupía saliva por la boca al hablar.

—No pensaba decir nada. Pero ¿de verdad crees que no lo sé?

Se acercó a su padre con los puños cerrados y gesto amenazante.

—Eres un maldito hipócrita, eres un... ¿Sabes, papá? Eres un...

El chico lloraba. No había dejado escapar una lágrima durante el entierro. Ahora las lágrimas brotaban de sus ojos y tenía ronchas rojas en la cara, como si una peste desconocida se hubiera apoderado de él, convirtiéndolo en un ser feo y repugnante. Roy se echó a un lado en el sofá, casi estaba tumbado.

—¿Crees que no sé por qué mamá se alejaba? ¿Por qué no soportaba pasar más tiempo en casa?

Roy Hansen intentó apartarse más de su hijo, pero un brusco gesto de Per con los puños le asustó aún más y se quedó rígido.

—¡Y con esa Ruth-Dorthe Nordgarden! Con ese careto de Dolly Parton. ¿Sabes lo que significó para mamá encontrarse aquel pendiente en la cama? ¿Tú qué crees?

—Pero...

Roy trató de incorporarse. Per volvió a levantar las manos para pegarle; sus puños estaban a menos de medio metro de él, dejándolo clavado en el sitio.

—¡Os oí! Tú creías que esa noche no estaría en casa, pero regresé.

—Per...

—No te atrevas a decir mi nombre. ¡Os oí!

El joven lloraba a moco tendido. Tosía y sorbía mocos y gritaba con voz aguda; empezaba a ser difícil entender lo que decía.

—Tranquilízate, Per, ¡baja la voz!

—¡Bajar la voz! ¿Tengo yo que tranquilizarme? Fuiste tú, papá, tú eras el que tenías que haberte controlado aquella noche del otoño pasado. ¡Tú y ese tremendo putón que no es más que un coño!

Se había vaciado. Per Volter bajó los puños lentamente y se quedó en lo que parecía la posición de descanso de un soldado, jadeando para tomar aire.

—¡No quiero volver a hablar contigo nunca más!

Per fue hacia la puerta.

Roy Hansen se levantó despacio. Ya no le quedaba voz.

—Pero, Per —susurró—, hay muchas cosas que tú no sabes, ¡tantas cosas que no sabes!

No obtuvo respuesta, y poco después oyó que el coche salía a toda velocidad. La vela se había apagado y el salón estaba bañado en una inclemente luz blanquísima.

Sábado, 12 de abril de 1997

10.15 Calle Odin, 3

Era imposible levantarse. Tenía la cabeza apoyada en dos almohadas y le costaba respirar. Miraba sus pies desnudos buscando el agujero por el que se habían derramado todas sus fuerzas. Se sentía muerto. El vacío total estaba recubierto de un dolor como nunca antes había experimentado.

No había escapatoria. El mundo de Benjamin Grinde se desintegraba. La semana anterior había sido un interminable viaje a ninguna parte, el fin de todo. Las miradas de sus colegas del tribunal... era como si algo inmóvil hubiera formado una membrana a su alrededor. No hablaban con él, solo de vez en cuando, y únicamente le dirigían la palabra si no quedaba más remedio. Los titulares de la prensa lo habían destrozado todo. Aunque la acusación fuera un error, aunque la policía insistía en que no era sospechoso, la orden de arresto estaba ahí. Un escrito incriminatorio que, al menos ahora, cuando era de dominio público, haría imposible el desempeño de su profesión. Pero lo otro era aún peor.

¿Es que nunca iba a librarse del destino que compartió con Birgitte? ¿No iba a terminarse nunca? ¿Después de tantos años? Los dos habían intentado a su manera escapar; habían huido cada uno en una dirección, y acabaron muy arriba, aunque subidos a árboles distintos.

Hizo un esfuerzo desesperado por recomponerse. Dejó caer los pies a un lado de la cama y consiguió sentarse. El león de bronce que vigilaba la puerta del dormitorio le dedicaba un gruñido helado. La melena estaba pulida y brillaba como el oro; las fauces, negras y cubiertas de verdín. Lo había comprado en una callejuela de Teherán. Aquel gran felino le fascinaba, un animal exótico que, aun así, había sido elegido para representar lo más noruego de todo: el símbolo de su administración pública. Rugía en el escudo nacional sobre la puerta de la sede del gobierno. Dos de ellos estaban tumbados frente al Congreso de los Diputados. Leones dóciles y desdentados que intentaban impresionar sin que en realidad pudieran asustar a nadie. Y la más bella de todos ellos: la leona de pechos llenos que vigilaba la sala 9 del Tribunal Supremo; la sala de juntas y representación.

Benjamin Grinde observaba la figura de bronce. Le clavaba a la cama; era como si un aliento repulsivo emanara de sus fauces. Quería alejarse de allí. Salir del dormitorio. Fue con paso incierto hasta la cocina.

—Nunca he mirado dentro —cayó de pronto mientras buscaba el café—. ¿Qué hay dentro?

El gran aparador de roble con puertas de cristal y uvas talladas en relieve se veía casi negro a la luz del atardecer. Las cortinas estaban echadas; la vida seguía en el

exterior, pero allí dentro no había nada.

Detrás de los viejos manteles de la bisabuela se encontraba la cajita que debió haber dejado donde estaba.

Un pequeño y hermoso pastillero de oro esmaltado.

Lo cogió e intentó abrirlo.

11.00 Departamento de Asuntos Internos, comisaría de Oslo

—¿O sea que tuvimos a ese hombre ayer? ¿Aquí? ¿En la comisaría?

No quedaba mucho del jefe de inteligencia neutro y correcto. Ahora se paseaba por su despacho mesándose los cabellos.

—¿Cuándo salió?

—Ayer por la tarde. No tenía nada que ver con las manifestaciones. Solo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Brage Håkonsen —murmuró Ole Henrik Hermansen entre dientes—, ¿qué tenemos contra él?

—Poco.

El agente intentaba seguir a su jefe con la mirada, pero era difícil. Hermansen no paraba de moverse de un lado a otro detrás de él.

—¿Y qué es ese poco?

—Definitivamente forma parte de los ambientes de extrema derecha. Militó en Poder Ario, pero de eso hace tiempo. Hace dos años que es casi invisible. Sospechamos que tiene su propio grupo, una especie de célula, pero no sabemos nada con certeza.

El jefe de inteligencia se detuvo de golpe tras la espalda de su subordinado.

—Y Tage Sjögren le visitó la semana pasada.

El agente se limitó a asentir con la cabeza, aunque no estaba seguro de ser visto.

—Averígualo todo —bufó Ole Henrik Hermansen, y se sentó de golpe—. Averiguadlo todo sobre ese tipo y, en el peor de los casos, arrestadle.

15.32 Tindfoten, en el valle de Troms, cerca de Tromsø

La nieve ya no era blanca. Caía a su alrededor con un tono gris que nunca antes había visto. Toda aquella grisura se mezclaba en una masa sin matices, casi no veía las puntas de su esquíes. No deberían haber dejado el refugio de Skarvassbu. Se lo dijo a Morten, que era una tontería. Tal y como había empeorado el tiempo desde que salieron del valle de Snarby, deberían haberse quedado en la cabaña.

—Pero si lo que queda es casi todo cuesta abajo —había protestado Morten—. Veinte minutos de ligera cuesta arriba, luego media hora de estupenda pista. La

cerveza nos espera en casa. ¿Te quieres quedar aquí?

Morten había señalado las estanterías del pequeño refugio turístico: unas sopas de sobre de coliflor y cuatro latas de un guiso de albóndigas con verduras; aquello era mucho menos tentador que un solomillo poco hecho y una cerveza helada en el apartamento de Morten en Skattøra.

—Pero ¿y el peligro de aludes? Podría haber avalanchas.

—¡Por Dios! He hecho esta ruta cien veces. Aquí no hay aludes. ¡Vamos!

Al final había cedido. Y ahora no sabía dónde estaba Morten. Se detuvo y se apoyó en los bastones.

—¡Morten! ¡Morten!

Era como si el sonido no quisiera avanzar a través de la masa gris. Retrocedía nada más salir de su boca y volvía a su interior.

—¡Morten!

Ni siquiera sabía dónde estaba. Seguía ascendiendo por una pendiente poco pronunciada, pero ya llevaba casi una hora esquiando. Morten dijo que solo serían unos veinte minutos y empezaría la cuesta abajo. Debía de ser por lo mala que era la nieve para marchar. Había tanta nieve... mucha más de lo habitual; sabía que casi cada día se marcaban nuevos récords en los partes meteorológicos del norte de Noruega. Parecía que ahora el terreno era un poco más llano. Se detuvo para intentar comprobarlo. La nieve le azotaba y mordía, y había empezado a calar su ropa. Ninguno de los dos iba vestido para afrontar una tormenta.

—¡Morten!

El vigilante de la sede del gobierno se sentía mareado; empezaba a ser difícil distinguir lo que era arriba y lo que era abajo. Hacía mucho que no controlaba lo que era norte, sur, este y oeste. Pero por lo menos se encontraba en terreno llano; la cuesta arriba había terminado.

De pronto oyó un ruido. Algo que no era el agudo y ululante sonido del viento, ni el golpeteo del cierre de su mochila. Un ruido amenazante, de baja frecuencia; se quedó paralizado mientras la angustia parecía ascender por sus pantorrillas.

Debía de haber unos dos metros de nieve bajo sus esquís. ¿Estaba en una ladera? ¿Junto a una montaña? Empezó a caminar deprisa, con decisión, a pesar de que no tenía ni idea de dónde se encontraba. Perdió el equilibrio.

El suelo había empezado a moverse, despacio, como algo viscoso. El sonido grave se había transformado en un rugido ensordecedor y, antes de que pudiera ponerse de pie, llegó la avalancha. Parecía el fin del mundo. Le arrojaba de un lado a otro, en un momento estaba boca arriba, y al siguiente se veía lanzado hacia delante boca abajo. La nieve se abría paso por todas partes, no solo bajo la ropa hasta la piel, sino a través de los oídos, los ojos, la boca, la nariz. Supo que iba a morir.

La presión aumentaba. Ya no se deslizaba sobre la nieve montaña abajo. Estaba bajo ella. A su alrededor ya nada era gris, sino completamente negro. Sentía como si los ojos fueran a hundírsele en el interior del cráneo; y jadeaba buscando un aire que

no existía, sus vías respiratorias estaban llenas de nieve.

«Ahora nunca lo sabrán».

Intentó una última vez hacer llegar oxígeno a sus doloridos y aplastados pulmones. Todo se oscureció y solo tres minutos más tarde estaba muerto.

16.10 Calle Kirkeveien, 129

Una bella y antigua silla estilo imperio parecía sentirse ofendida junto a una mesita de la serie Billy de IKEA. Tan ofendida como debería estar la litografía de Munch que colgaba junto a una serigrafía enmarcada con un paspartú rojo. La habían comprado por doscientas coronas en el nuevo puerto de Aker durante la última oleada de tendencia yuppie.

En la silla estaba sentada Ruth-Dorthe Nordgarden. Pensaba. Observaba el teléfono móvil que tenía en la mano derecha. Luego lo dejó de golpe y cogió el fijo, un inalámbrico que aún no controlaba del todo.

Se vengaría. Tal vez no de forma inmediata, pero tarde o temprano les daría su merecido. Tryggve Storstein no la quería en su equipo, y sabía que eran otras fuerzas las que habían impuesto su nombre. Llevaría tiempo, pero tarde o temprano se presentaría la ocasión.

—¿Hola?

El auricular estaba callado como una tumba. Dudosa, apretó la tecla verde y sonrió aliviada cuando oyó que tenía línea y luego unos rápidos pitidos.

—¿Hola?

—Diga.

—Soy Ruth-Dorthe.

—¡Hola! ¡Y enhorabuena!

La voz era neutra. Ruth-Dorthe sabía lo que podía esperar de aquel hombre. No podía confiar en él. No podía confiar en nadie. Pero era de los suyos. Era él quien se había ocupado de ella, quien la había ayudado, apoyado. Sabía que sus respectivas carreras estaban ligadas; eran gemelos siameses en política. Gunnar Klavenes también estaba en la dirección del partido.

—¿Qué demonios ha pasado?

—No te preocupes por eso. Al final salió bien.

Se quedaron en silencio. Podía oír el sonido del lavavajillas. Se había quedado atascado en un punto del programa y aclaraba una y otra vez. Se llevó el teléfono a la cocina.

—Un momento.

Ahí dentro sonaba como una tormenta de lluvia torrencial. Un tornado en una lata de conserva. Indecisa, se quedó mirando los botones del panel superior sin tocar ninguno. Al final apretó con resolución el interruptor de apagado. En el interior

disminuyó la fuerza del viento y se oyó lloviznar cada vez con menos intensidad.

—¿Hola?

—Sí, sigo aquí.

—No durará mucho —dijo ella con voz inexpresiva.

—Ahí creo que te equivocas, Ruth-Dorthe. Su posición es más fuerte de lo que crees.

—No si hereda todos los problemas que dejó Birgitte. Y lo hará. Las elecciones de este otoño serán su fin.

—Ahora no. Ganaremos votos a cuenta del asesinato. Eso hicieron los socialdemócratas suecos.

Ruth-Dorthe miraba con ojos entornados el árbol del patio trasero, que mostraba unos pequeños brotes verdes.

—Ya veremos —murmuró—. Te llamaba por si querías cenar conmigo. Esta noche.

—Hoy me es imposible. Estoy ocupadísimo. ¿Por qué no dejas que te llame yo cuando tenga oportunidad?

—Vale —dijo ella, ofendida—. Creí que te interesaría saber lo que tengo que contarte.

—Claro que sí, Ruth-Dorthe, pero en otro momento, ¿de acuerdo?

Sin contestar, volvió a presionar la tecla verde que tenía dibujado un pequeño teléfono. Funcionó. Todos creían que estaba acabada. También sus apoyos, al menos algunos de ellos. Gracias a la marcha de Gro el año anterior, había podido seguir siendo la vicesecretaria del partido. Los primeros cuatro años no habían ido como ella esperaba. Su grupo de amigos se había reducido, y las críticas de los que no le deseaban nada bueno se habían intensificado. En el congreso anual, tan solo dos semanas después del cambio de gobierno, todos habían intentado evitar follones. Era el congreso anual de Birgitte, y la directiva formada durante la anterior legislatura había podido continuar como estaba. Ruth-Dorthe Nordgarden sabía que se había librado por los pelos. Y sabía que Tryggve Storstein era su principal enemigo. En aquella ocasión ocupaba un cargo secundario, equivalente al suyo. Ahora era el líder. Y primer ministro.

Pero aún sabía de qué hilos podía tirar. Consultó su reloj. Las niñas todavía estarían fuera varias horas. Ruth-Dorthe Nordgarden se sirvió un café. Estaba demasiado cargado. Arrugó la nariz y volvió a la cocina para echarle un chorrito de leche. La nevera dejó escapar un olor rancio; las niñas se escaqueaban más que nunca de sus obligaciones. Irritada, comprobó que la leche estaba caducada. Olisqueó el cartón y terminó por servirse un poco de todas formas.

Mientras daba sorbitos a la bebida de un sucio color marrón, sus ojos se pasearon entre el móvil y el inalámbrico. Era difícil creer que los móviles no pudieran ser intervenidos; con las técnicas actuales, era dudoso que fuera posible hablar y tener la seguridad de que no ibas a ser escuchado. El móvil no daba la sensación de ser

seguro; hacía ruidos extraños y a veces se oían las voces de otras personas. Al final, pese a todo, se decidió por el móvil.

—Querías hablar conmigo —dijo con voz inexpresiva.

«Debería limpiar los cristales», pensó. Los rayos oblicuos del sol de primavera tenían dificultades para llegar hasta su escritorio, y el polvo bailaba en la luz pálida. Estuvo mucho tiempo escuchando la voz del otro lado de la línea.

—Estamos hablando de documentos clasificados —dijo por fin—. Sería difícil, por no decir casi imposible.

No lo era, y los dos lo sabían. Pero Ruth-Dorthe Nordgarden quería que la convencieran, quería saber qué podía sacar ella de este asunto.

Cinco minutos más tarde cortó la comunicación. Anotó unas palabras en el margen de su agenda para el lunes. Necesitaba un técnico para el lavavajillas en cuanto fuera humanamente posible. Tenía que acordarse de pedirle a su asesor político que se ocupara.

18.00 Calle Jakob Aall, 16

—Tengo dudas, debo decir. La verdad, tengo dudas.

Lerke Grinde arrugó su frente de un tono marrón oscuro y apretó los labios. Aun así, Liten Lettvik pudo ver un brillo de curiosidad en su mirada.

—Después de lo que ese horrible periódico suyo publicó sobre Ben, no debe extrañarle que no me alegre de verla. Por otra parte...

Lerke Grinde retrocedió hacia el interior del minúsculo recibidor e indicó a Liten Lettvik que la siguiera.

—Si de alguna manera puedo contribuir a que la gente entienda que Ben no tiene nada que ver con esta horrible historia, sería perfecto.

La mujer, que debía de tener setenta y muchos años, llevaba un vaquero ceñido que evidenciaba de forma fascinante lo que le ocurría a un cuerpo bien entrado en la ancianidad. Las piernas parecían esqueléticas y sin fuerza, las pantorrillas delgadas como palillos. En el espacio que quedaba entre las prietas perneras y las sandalias de plataforma, Liten Lettvik distinguió unos tobillos de piel tirante cubierta de manchas marrones. Bajo el holgado jersey rosa de angora que le llegaba hasta la mitad del trasero, Liten podía ver que el tiempo había erosionado toda la musculatura de los glúteos. «Diez años atrás, seguramente no más de diez años atrás, aún podías ponerte ropa como esta», pensó la periodista.

—Tome asiento —ordenó Lerke Grinde, y Liten sintió cierta incomodidad ante la mirada desafiante que salía de debajo de las cejas de la anciana, depiladas hasta formar dos finas líneas bajo una frente muy alta.

—No me dirá que no a un tentempié, ¿verdad?

Cuando volvió de la cocina, llevaba en una mano una pequeña fuente de

sándwiches, y en la otra una con un pie de cristal llena de bollitos.

—Siempre me ha gustado mantenerme esbelta, ¿sabe usted? Así que para mí un vasito de vino de Oporto. Así.

Se sirvió una generosa dosis; el líquido marrón rojizo casi desbordó la copa. Liten Lettvik asintió con un gesto y la anciana le llenó la suya por la mitad.

—Usted conduce, supongo —explicó Lerke Grinde, y se sentó—. Pero sírvase, por favor.

Empujó ambas fuentes hacia la periodista.

Tenían muy buena pinta. Y Liten Lettvik tenía hambre. Siempre estaba hambrienta. Tiempo atrás había leído en una revista de divulgación científica que la gula podía ser un sustitutivo de la conciencia. Procuraba olvidar ese artículo. Cogió un sándwich de salmón y huevo revuelto, y se preguntó si aquella extraña mujer siempre tenía listas exquisiteces como aquellas. No había estado en la cocina más de diez minutos. Resultaba desagradable comer bajo la mirada de águila de la mujer del sofá. Miraba por encima de la copa de vino de Oporto con intensos ojos castaños, y Liten Lettvik desistió cuando había consumido la mitad del sándwich.

—¿Cómo pudieron publicar algo así? —repitió Lerke Grinde—. ¡Si ya sabías que esa orden de detención era una tontería!

—Acusación —corrigió Liten Lettvik—. Era una acusación, y dijimos también que se había desestimado. No había nada en ese artículo que no fuera cierto.

Lerke Grinde parecía ausente. Miraba con descaro a Liten Lettvik, pero no daba la sensación de que sus pensamientos estuvieran centrados en el hecho de que su hijo hubiera sido acusado por error como un asesino unos pocos días antes. Algo nuevo y poco definido se dibujaba en el anciano rostro; una mezcla de satisfacción y pudor. Liten Lettvik estaba desconcertada.

—Y ya está olvidado. Se lo puedo asegurar. La gente olvida muy rápido. Pero tal vez pueda contarme algo de su hijo...

La mirada de la anciana se había tornado insoportable. La miraba fijamente mientras se secaba los labios con una servilleta de tela, una y otra vez.

Liten Lettvik sacudió la cabeza.

—¿Ocurre algo?

—Tiene usted huevo revuelto en la barbilla —susurró Lerke Grinde inclinándose sobre la mesita del salón—. ¡Aquí!

Se señaló el mentón y Liten Lettvik efectuó un rápido movimiento con el dorso de la mano. Un grumo amarillo se extendió por su piel y tuvo que utilizar la otra mano para limpiarlo.

—Bueno... Tiene usted una servilleta —dijo Lerke Grinde sarcástica.

—Gracias —murmuró la periodista sacándola de un gran aro de plata grabada.

—Ya ha desaparecido —sonrió Lerke Grinde satisfecha—. ¿Qué era eso que me quería preguntar?

Era muy raro que Liten Lettvik se sintiera descolocada. No la afectaba para nada

su propio aspecto físico. Le daba igual. En realidad, le importaban muy pocas cosas, y en el fondo se alegraba mucho del hecho de no querer de verdad a nadie; el caso era que ni siquiera le interesaba mucho el resto de la gente. Puede que él... Bueno, él tampoco. Su causa, su cruzada, su gran proyecto, era la verdad. La verdad era una obsesión para ella, y se reía con desprecio de los estúpidos intentos de otros periodistas de plantear debates sobre los principios de la ética en el periodismo. En dos ocasiones, solo dos en una larga y premiada carrera, había publicado algo que resultó no ser cierto. Fue duro. Aquellos incidentes la habían perseguido durante meses. El paseíllo hasta la húmeda celda de castigo del desmentido había sido un infierno.

La verdad nunca era inmoral. Cómo se llegara a ella y el efecto que pudiera tener sobre otras personas era secundario. No importaba si mentía y utilizaba métodos inmorales para obtenerla. La verdad tenía una sola cara: la objetiva. Si cada una de las palabras que componían un artículo era correcta, el texto era legítimo.

La certeza de buscar siempre la verdad la hacía inmune. Pero en ese preciso momento, delante de aquella bruja, aquella pequeña, engreída y ridícula ardilla que movía los bigotes al otro lado de una mesa de salón de caoba maciza, en ese preciso momento Liten Lettvik se sintió algo insegura.

Se estremeció y se echó hacia atrás en un intento de disimular su barriga. Por primera vez en mucho tiempo echó una mirada crítica a sus pechos. Flotaban ante ella como una sólida balconada; la verdad es que nunca se había fijado en que se aposentaban sobre sus muslos cuando estaba sentada.

—Solo me preguntaba si podría contarme algo de su hijo —dijo por fin—. Queremos proporcionar a nuestros lectores una impresión correcta de quién es. Al fin y al cabo, ocupa un puesto muy importante y su vida tiene un alto interés público, ¿no le parece?

—Desde luego que sí. —Lerke Grinde emitió una risa aguda, intensa y persistente—. De hecho, me extraña que la prensa no se haya interesado antes por él. ¿Sabe usted? —Lerke Grinde volvió a inclinarse hacia delante buscando confidencialidad—. Ben fue la primera persona en Noruega que ejerció a la vez como médico y como doctor en derecho.

Se dirigió hacia una estantería sin callar en ningún momento. Se agachó con dificultad para coger un álbum.

—A mí me parece que no le prestaron la atención que merecía.

Lo dejó delante de la periodista.

—Solo dos columnas en el *Aftenposten* —señaló con una uña pintada de rojo—. Fue todo un acontecimiento, pero —añadió, dejándose caer en su asiento otra vez— la verdad es que publicaron un artículo más largo cuando acabó el bachillerato. —La anciana le indicó con un gesto que pasara las páginas del álbum hacia atrás—. Fue solo en el periódico local de Akershus, pero aun así...

De pronto, Liten Lettvik vio al joven Benjamin Grinde en una foto de periódico

grande, amarillenta y gastada. Esbozaba una tímida sonrisa y, a pesar del cabello abundante y la mirada desnuda de un chico de dieciocho años, era fácil reconocerle. Era cierto que se había hecho más atractivo con el paso del tiempo, pero en la vieja foto también se podía apreciar su belleza inmadura, vulnerable y encantadora.

—¡Vaya! —murmuró Liten Lettvik—. ¿Sacó matrícula de honor de nota media?

—Matrícula de honor en todas las asignaturas —Lerke Grinde rio entusiasmada—, en la escuela catedralicia de Oslo, la mejor de la ciudad... casi diría que la mejor de toda Noruega. En aquella época, claro. Luego ha ido a peor, como tantas otras cosas en este país.

Cerró la boca con gesto de desaprobación.

—¿Quién es esta joven?

Liten Lettvik puso el pesado álbum sobre la mesa. La madre de Benjamin Grinde sacó de su funda de piel un par de gafas de medialuna, y observó la foto.

—¡Ah, esta! —chilló alegre—. Pero si es Birgitte. ¡Pobre Birgitte! Mire lo mona que era.

Birgitte tenía cogido por la cintura al Benjamin Grinde de dieciocho años. El joven estaba tieso como un palo, con las manos indecisas colgando a los costados de los muslos, mirando muy serio a un lado de la cámara. Birgitte Volter, con media melena y falda de vuelo, bailarinas y gafas de montura gatuna, sonreía al fotógrafo acunando a un bebé con el otro brazo. La criatura no estaba en una postura muy cómoda, su cabeza colgaba sobre el codo de la chica. En el cartón gris oscuro alguien había escrito con tinta blanca y letra fácil de leer: «El primer día bajo el sol de la pequeña Liv».

—¡Mire! —dijo Lerke Grinde entusiasmada pasando las páginas del álbum—. Aquí estamos todos en la playa. Es que Birgitte era una amiga muy cercana a la familia, ¿sabe usted? Sus padres eran una gente estupenda. Murieron hace unos años, los pobres. Eran nuestros vecinos más cercanos. Fueron unos tiempos divinos.

Suspiró y se reclinó sobre el sofá con una sonrisa, mirando por la ventana con expresión nostálgica.

—Unos tiempos divinos —repitió en voz baja, más para sí misma que pensando en Liten Lettvik.

Y la verdad es que la periodista tampoco la oyó.

—¿Quién es? —preguntó en voz muy alta señalando otra foto.

Lerke Grinde no contestó. Seguía mirando por la ventana y su gesto había cambiado; cierta calidez asomaba a sus ojos y su sonrisa parecía sincera, como si viniera de un lugar perdido en su interior, sepultado mucho tiempo atrás.

—Disculpe —gritó Liten Lettvik—. ¡Señora Grinde!

—¡Oh! —La anciana dio un respingo—. Lo siento. ¿Qué me preguntaba?

—¿Quién es?

Liten Lettvik no quería llamar la atención sobre sus uñas mordidas y prefirió golpear la foto del bebé con los nudillos. Estaba boca arriba sobre una toalla de felpa

y guiñaba los ojos molestos por el sol, con las rodillas desnudas dobladas hacia la barbilla. A un lado del bebé estaba sentada Birgitte Volter, sonriendo seductora. Al otro, Benjamin Grinde, muy serio. Detrás del bebé, en cuclillas, estaba un hombre que Liten Lettvik reconoció al momento: Roy Hansen. Atractivo, ancho de hombros, con una enorme sonrisa y una mano bajo la cabeza de la criatura.

—¿Quién es este niño?

Lerke Grinde la miró desconcertada.

—¿Niño? Pero si es Liv.

—¿Liv?

—Sí, la niña de Birgitte y Roy.

—¿Su hija? Pero si solo tienen un hijo. Y es un chico, ¿no? Per.

—Pero, querida... —Lerke Grinde le dedicó una mirada reprobatoria—. Per solo tiene veintipocos años —explicó—. Esto fue en el sesenta y cinco. La pequeña Liv murió. Fue una tragedia horrible, la verdad. Simplemente murió, así —intentó chascar los dedos—, sin causa alguna. Espantoso. Afectó terriblemente a todos. Los pobres señores Volter enfermaron. No hay otra forma de decirlo: nunca volvieron a ser los mismos. Gracias a Dios, Birgitte era muy joven y Roy también, claro, aunque nunca he podido entender qué veía Birgitte en ese hombre. La juventud, ya se sabe... Los jóvenes vuelven a levantarse. Y Ben, tan buen chico. Estaba destrozado. Pobre Ben. Es tan sensible. Su padre también lo era. Era fotógrafo, ¿sabe usted?, y en el fondo tenía alma de artista. Siempre lo dije.

—Y dice que esto fue en 1965 —señaló Liten Lettvik tragando saliva—. ¿Qué edad tenía la niña?

—Tan solo tres meses, la pobre. Un bebe pequeñito, precioso. Encantador. No es que la buscaran exactamente, usted ya me entiende... —Lerke Grinde insinuó un guiño con el ojo derecho—, pero era un rayo de sol. Y entonces, murió de repente. Muerte súbita. ¿No es así como lo llaman ahora? Nosotros solo decíamos que era una tragedia, en aquellos tiempos no teníamos tantas expresiones rebuscadas, ¿sabe usted?

Liten Lettvik empezó a toser con fuerza, una tos estruendosa y afónica que parecía surgir de algún lugar cercano a sus rodillas. Se tapó la boca con las dos manos y jadeó.

—¿Podría darme un poco de agua?

Lerke Grinde parecía completamente desconcertada y salió corriendo hacia la cocina.

Liten siguió tosiendo mientras agarraba el álbum y lo dejaba caer en el gran bolso que siempre llevaba con ella. Durante la parte final y apoteósica de su ataque de tos, cerró la cremallera.

—Aquí tiene —trinó Lerke Grinde a su lado con una copa de cristal—, beba con mucho cuidado, ¡por lo que más quiera! ¿Fuma usted, señora Lettvik? ¡En ese caso, debería dejarlo!

Liten Lettvik no contestó y se bebió toda el agua.

—Gracias —murmuró—. Ahora tengo que irme.

—¿Tan pronto? —Lerke Grinde no podía ocultar su decepción—. Pero volverá usted otro día, ¿no?

—Por supuesto —aseguró Liten Lettvik—, pero ahora debo marcharme.

Por un momento dudó si coger uno de los tentadores sándwiches. Sin embargo, se reprimió. Todo tenía un límite.

Lunes, 14 de abril de 1997

02.00 Redacción del KA

Si Liten Lettvik hubiera tenido un rabo, lo estaría menando de un lado a otro de pura satisfacción. Estaba inclinada sobre el ordenador, estudiando la propuesta de portada para la edición del día. Le interesaba sobre todo la foto: la foto de la boda de Birgitte Volter y Roy Hansen tomada por el padre de Benjamin Grinde, el fotógrafo Knut Grinde. Birgitte Volter tenía tripita, un poco demasiado prominente para pasar por la moda de la época, solo dos años después de la muerte de Marilyn Monroe.

—¿De dónde has sacado estas fotos? —preguntó el responsable de la edición.

No esperaba respuesta, y Liten Lettvik no respondió. Se limitó a sonreír con suficiencia y pedirle que imprimiera la portada.

—Hazlo tú misma —gruñó.

Pero nada podía estropear el humor de la periodista esa noche. Fue a su despacho, abrió su ordenador y entró en la edición del día.

Amigo de la infancia investiga una tragedia familiar

Fotos hasta ahora nunca publicadas de la primera ministra Birgitte Volter.

Por LITEN LETTVIK (Fotos: archivo privado)

KA presenta hoy en exclusiva aspectos hasta ahora desconocidos de la vida de la fallecida primera ministra Birgitte Volter. Las fotos, pertenecientes a la juventud de Volter, se publican por primera vez.

También se desconocía que Birgitte Volter y su esposo Roy Hansen perdieron en 1965 a su hija de tres meses, Liv, en trágicas circunstancias. Birgitte Volter tenía solo 19 años cuando nació la niña, pero aun así fue capaz de acabar el bachillerato. Como es sabido, nunca llegó a tener estudios universitarios; dos meses después de la muerte de Liv empezó a trabajar como secretaria en el monopolio estatal de venta de alcohol. No tuvo más hijos hasta 1975, cuando nació Per Volter, que estudia actualmente en la Escuela de Oficiales. La familia ha mantenido una actitud muy reservada sobre la muerte de Liv. Fuentes consultadas por KA, personas que afirman ser muy cercanas a la familia Volter-Hansen, aseguran que no sabían nada del trágico acontecimiento. KA no ha podido obtener declaraciones al respecto de Roy Hansen, el viudo de Birgitte Volter.

Tampoco era de dominio público que Birgitte Volter y Benjamin Grinde fueran amigos íntimos en su juventud. Más de treinta años después, ese mismo Benjamin Grinde va a dirigir la investigación sobre los sucesos ocurridos en 1965, año en el que murió un número anormalmente elevado de bebés en Noruega.

Continúa en págs. 12 y 13.

Liten Lettvik encendió otro purito y fue a la página 12.

«Muy sospechoso», declara un catedrático

Fred Brynjestad dirige duras críticas a Grinde.

Por LITEN LETTVIK y BENT SKUL (Foto)

«Hay serios motivos para dudar de la competencia del juez del Tribunal Supremo Benjamin Grinde para dirigir las tareas de investigación de lo que pudo ser un enorme escándalo sanitario en 1965», afirma el doctor Fred Brynjestad, catedrático de derecho civil, en declaraciones a KA. La presidenta de la comisión de Asuntos Sociales del Congreso de los Diputados, Kari-Anne Søfteland (centro), está profundamente sorprendida por las nuevas informaciones relativas al caso, y afirma que ella y el resto del Congreso han sido víctimas de un engaño.

«Si resulta ser cierto que Birgitte Volter perdió una hija ese año, y que en aquella época mantenía una relación de estrecha amistad con Benjamin Grinde, hay razones más que suficientes para dar la voz de alarma —afirma Brynjestad—. Antes de que a Grinde se le propusiera presidir la comisión, la primera ministra debería haber visto que se trataba de una situación muy irregular. Pero aún más grave es que el mismo Grinde no fuera consciente de ello —denuncia Brynjestad—. Grinde es un excelente jurista y estas lamentables circunstancias deberían ser evidentes para él».

Brynjestad añade que no es seguro que Grinde deba ser inhabilitado, pero podría serlo, y eso debería haber sido motivo suficiente para que no hubiera aceptado el cargo.

«Se ha convertido en una lamentable tendencia en nuestra sociedad que nuestros líderes tengan conexiones entre ellos, y los límites entre el poder y los grupos de presión se diluyen para el ciudadano de a pie. Tenemos una red invisible de poder que no podemos controlar».

Como conclusión de las investigaciones que KA ha llevado a cabo las últimas semanas, Benjamin Grinde destaca como uno de los personajes más influyentes de la sociedad noruega. No solo era amigo de infancia de Birgitte Volter, sino que también cuenta con numerosas amistades en el Congreso y en la judicatura. Entre los años 1979 y 1984, perteneció al mismo coro que Kari Bugge-Øygarden (laborista) y Fredrik Humlen (conservador). En sus tiempos de estudiante tuvo trato con el que luego sería presidente de Orkla, Haakon Severinsen, y con la directora del Hospital Central de Oslo, Ann-Berit Klavenæs, entre otros.

La diputada Kari-Anne Søfteland (centro) afirma estar escandalizada porque estas circunstancias no hayan salido antes a la luz.

«Ahora tendremos que sopesar la necesidad de renovar la comisión por completo», ha declarado por teléfono a KA desde las Seychelles, donde la comisión para Asuntos Sociales se encuentra de viaje para estudiar de cerca el funcionamiento de los ambulatorios locales.

«Esto demuestra lo necesario que es que sea el Congreso mismo quien tenga el control sobre este tipo de cuestiones. Probablemente debería haber sido el Congreso quien designara esta comisión. El retraso que podría producirse es muy de lamentar, ya que haría que la investigación se demore mucho más», concluye.

Liten Lettvik se desconectó. Sacó el álbum de un cajón y se dedicó a pasar las páginas con aire distraído. En varios lugares había huecos; las esquinas de papel que deberían sujetar las fotos familiares parecían marcos sin sentido alrededor de un

espacio en blanco.

Liten Lettvik solo tenía un problema: ¿cómo devolver el álbum? Pasó un buen rato meditando sobre la cuestión mientras la habitación se llenaba de un humo blanco y ligero.

«En realidad no tiene importancia —decidió—. De hecho, podría quemarlo». Se lo llevó a casa, por si acaso.

07.00 Jardín Botánico, Tøyen

A Hanne Wilhelmsen le gustaba la sensación de que el sudor corriera y el corazón protestara. Al subir por la leve cuesta de Trondheimsveien había incrementado la marcha, y entró por la puerta del Botánico haciendo un sprint hasta el Museo de Zoología. Eligió un banco bajo un árbol que no supo identificar. La letra del cartelito era ilegible; algún vándalo la había cubierto con su firma de grafiti.

Nunca había estado en tan buena forma. Cerró los ojos para notar el aroma de los árboles que habían iniciado su andadura hacia el largo y agotador verano. Cecilie tenía razón: al dejar de fumar mejoraba el olfato.

Un anciano caminaba hacia ella, llevando un rastrillo en una mano y una pala pequeña en la otra.

—Un tiempo estupendo —dijo sonriendo hacia el cielo malhumorado y gris que les cubría.

Lloviznaba. Hanne Wilhelmsen se echó a reír.

—Pues sí, desde luego.

El hombre la miró y se decidió. Se sentó a su lado en el banco y sacó un pedazo de tabaco de mascar que se colocó con cuidado debajo de la lengua.

—Este es el mejor tiempo posible —murmuró—, lluvia al amanecer y sol por la tarde.

—¿Usted cree? —preguntó Hanne escéptica, echando la cabeza hacia atrás.

La llovizna le cubrió el rostro como una toallita húmeda japonesa.

—Segurísimo —dijo el hombre sonriendo—. ¡Mire ahí!

Señaló hacia el oeste, donde resaltaba la iglesia de Sofienberg contra un fondo blanco grisáceo.

—¿Ve esos claros de ahí? —Hanne asintió—. Cuando hay claros justo ahí sobre Holmenkollen, un poco hacia el sudoeste, y no hace viento como ahora, al cabo de unas horas hace bueno.

—Pero eso no es lo que han dicho los del tiempo. Han pronosticado lluvia hasta el miércoles —dijo Hanne mientras estiraba.

El anciano rio intensamente y escupió saliva marrón.

—He trabajado aquí durante cuarenta y dos años —dijo con satisfacción—, cuarenta y dos años cuidando de mis plantas. Sé lo que les va bien de agua, sol y

cuidados. Este es un curro estupendo, señora. Mucha gente cree que estos árboles y plantas requieren un montón de tratamientos científicos de esos, pero estas criaturas necesitan más que eso...

Se quedó mirándola. Ella dejó los estiramientos y le devolvió la mirada. El rostro del anciano estaba muy curtido y arrugado, y a Hanne la sorprendió que aún trabajara. Por su aspecto hacía mucho que debería haberse jubilado. Era una compañía agradable, desprendía una paz que no le exigía decir mucho.

—Es algo instintivo, ¿vale? Me dan libros y tratados y no sé qué más, pero yo no necesito nada de eso, sé lo que le hace falta a la florecilla más chiquitita y a cada uno de los gigantescos árboles de este jardín. Tengo instinto, ¿sabe, señora?, sé qué tiempo va a hacer y lo que necesita cada insignificante florecilla.

Se acercó a una plantita que estaba cerca del banco. Hanne no sabía si era un árbol joven o es que era así de pequeña.

—Mire este arbusto, señora. ¡Procede de África! No necesito leer ningún libro para entender que esta señorita requiere una porción extra de calor y cuidados, ¿vale? La pobre echa de menos el calor y a las compañeras que dejó en África.

Pasó la mano por el tronco y Hanne tuvo que abrir y cerrar los ojos varias veces; parecía que a la planta le gustaba su tacto. Su mano era grande y áspera, pero tocaba la planta con sensual suavidad.

—Usted quiere a estas plantas —sonrió Hanne.

Él se incorporó con dificultad y se apoyó en el rastrillo.

—No se puede hacer un trabajo como este sin quererlas. Llevo cuarenta y dos años haciéndolo, ¿sabe? ¿Usted a qué se dedica?

—Trabajo en la policía.

El hombre lanzó una contagiosa y sonora carcajada.

—Pues entonces no le faltará trabajo. Pero ¿y lo de esa pobre Birgitte que la palmó? ¿Todavía tiene tiempo de estar corriendo por ahí?

—Bueno, en realidad estoy en excedencia —empezó a explicar Hanne, pero cambió de opinión—. Además, tengo que mantenerme en forma pase lo que pase, ya sabe.

El hombre sacó un gran reloj de bolsillo.

—Uy, tengo que ponerme a trabajar. Esta es la época más cansada del año, la primavera y todo eso. Adiós. —Sonrió y se despidió con el rastrillo. A mitad de la cuesta se dio la vuelta y regresó—. No sé nada de esas investigaciones, yo solo soy jardinero. Pero seguro que a vosotros os pasa lo mismo: lo más importante es hacer caso del instinto.

Hanne Wilhelmsen había vuelto a sentarse.

—Sí —dijo en voz baja—. Creo que tiene razón.

El anciano volvió a despedirse levantando el rastrillo y siguió su camino.

Hanne Wilhelmsen respiró hondo. El aire era fresco y húmedo, y la depuraba por dentro. Su cabeza se aligeró y sus pensamientos parecían más claros y estructurados.

Se sentía como *monsieur* Poirot, a merced de las pequeñas células grises. No era lo habitual. Estaba acostumbrada a tener el control de una investigación, solía disponer de toda la información relativa al caso, y ahora solo podía acceder a retazos; incluso Billy T. había expresado su frustración por trabajar en un equipo tan numeroso, en el que solo unos pocos tenían acceso a todos los datos. Era cierto que Håkon tenía una visión más global, pero no sabía bien por dónde tirar y estaba más preocupado por el inminente parto de Karen que por otra cosa.

La víctima tenía dos identidades. Era la primera ministra Volter y era Birgitte. ¿Cuál de ellas había sido asesinada?

Hanne echó a correr de nuevo, cuesta abajo. Pasó junto al anciano, que estaba de rodillas cavando en la tierra y ni siquiera la vio. Aceleró.

Ninguna de las identidades estaba asociada a un móvil, al menos a uno evidente. Hanne sentía un profundo escepticismo hacia las especulaciones sobre una conexión internacional con la que jugaba la prensa a todas horas. La pista que llevaba a los extremistas resultaba más fiable, aunque la policía secreta no parecía tener mucho que ofrecer por ese lado tampoco. Claro que era difícil saber por dónde iban los chicos del último piso.

Según Billy T., la vida de Birgitte Volter parecía aburridísima. Su vida privada. No era lo bastante intensa como para ocultar algún escándalo; su vida pública lo ocupaba todo. Si había tenido un amante secreto, era el más clandestino de la historia. Los rumores que se referían a ella, como a cualquier personaje público, eran poco concretos y resultaban imposibles de comprobar, y además solían referirse a hechos ocurridos mucho tiempo atrás.

Tampoco había ninguna razón para asesinar a la primera ministra. En Noruega no se mata al primer ministro. Por otra parte, seguro que Olof Palme había pensado lo mismo de su país cuando no quiso llevar guardaespaldas al cine aquella funesta noche de febrero de 1986.

Hanne había llegado hasta el parque de Sofienberg y no llovía. Miró hacia el oeste. Los claros que había señalado el anciano se habían hecho más grandes; ahora había un pequeño trozo de cielo azul. Se sentó en un columpio y se balanceó despacio, adelante y atrás. Los pocos que tenían acceso al gabinete de la primera ministra parecían totalmente improbables como autores del crimen. Si Wenche Andersen hubiera asesinado a su jefa a sangre fría, se habría merecido el Oscar a la mejor actriz secundaria en su trato con la policía. Descartada. ¿Benjamin Grinde? Se había ido a su casa para preparar la cena de su cincuenta cumpleaños y, según contaron los policías que fueron a buscarle, se mostró perfectamente tranquilo hasta que le contaron que Volter había muerto. No podía ser él. El resto de los colaboradores tenían coartadas indestructibles. Habían estado reunidos, en cenas o en un estudio de radio.

Cuando había pedido el informe de la autopsia, pensaba que estaba muy cerca de la solución; se había pasado toda una noche considerando la posibilidad. Suicidio. Lo

más sencillo de todo. Pero ¿cómo podía una suicida llevarse el arma del crimen y enviarla por correo a la policía unos días después? Hanne Wilhelmsen no creía en una vida después de la muerte, al menos no una tan activa. Se había pasado aquella noche dando vueltas en la cama elaborando distintas teorías. Entusiasmada, había rogado que le dejaran ver el informe de la autopsia. Pero una pequeña y sencilla comprobación había echado por tierra su teoría. Era imposible quitarse la vida sin dejar huellas técnicas. El forense había examinado las manos de Birgitte Volter, en parte para buscar indicios de lucha, y en parte, de forma rutinaria, para descartar un suicidio. Y así fue. En las manos no había restos de pólvora. Su teoría se desmoronó como un castillo de naipes.

Hanne Wilhelmsen no tenía ganas de seguir corriendo. Se levantó del columpio y empezó a caminar hacia casa, hacia el peculiar refugio de Billy T. en la calle Stolmaker, 15.

¿Estaría la respuesta al enigma en por qué habían enviado el arma a la policía? ¿Alguien quería decirles algo?

Hanne sacudió la cabeza. Empezaba a esbozar nuevas propuestas, sus pensamientos daban vueltas sin encontrar su lugar en el confuso esquema que había intentado diseñar durante el fin de semana.

El asesinato de Birgitte Volter era un caso sin un móvil. Al menos, no uno evidente. De momento no. ¿Qué tenían en realidad? Nada más que un exiguo conjunto de objetos desaparecidos y una persona muerta. Tenían un revólver devuelto al que alguien había sacado brillo y del que no se sabía la procedencia. Las pruebas de balística demostraron que la que llegó en un sobre era el arma del crimen.

Había desaparecido un chal. Y un pastillero de plata u oro esmaltado. Y una llave electrónica. ¿Estaban esos objetos relacionados entre sí?

Hanne Wilhelmsen recordó al anciano del Jardín Botánico. El instinto. Se detuvo, cerró los ojos, intentó sentir algo. Estaba acostumbrada a fiarse de su instinto, lo que su estómago le decía, su intuición. Pero no notaba nada más que una incipiente ampolla en el talón izquierdo.

A pesar de eso, corrió hasta casa.

09.10 Comisaría de Oslo

—¡Esto no puede ser una casualidad, Håkon!

Billy T. entró en tromba en el despacho del inspector hablando demasiado alto. En los brazos llevaba algo enorme e indescriptible. Estaba manchado de rojo y parecía un ser de goma que se hubiera quedado sin resuello.

—¿Qué es eso? —bostezó Håkon Sand.

—La ballena —sonrió Billy T. entre dientes, colocando aquella criatura informe en un rincón—. A mis chicos les va a encantar jugar con ella este verano, el juguete

más grande de toda la playa.

—Joder, Billy T. No puedes quedarte con un objeto requisado.

—¿No? ¿Y se va a quedar la ballena ahí tirada —acercó la puntera de la bota a aquella masa roja, produciendo un sonido apagado y triste—, solita en ese sótano oscuro? No, tendrá mejor vida con mis chicos.

Håkon Sand negó con la cabeza y bostezó otra vez.

—Escucha, Håkon —dijo Billy T. inclinándose sobre él—, no puede ser una casualidad. La persona que murió este sábado en un alud en un lugar perdido del norte de Noruega era el vigilante de la sede del gobierno.

—Tromsø es una ciudad universitaria de sesenta mil habitantes. No sé si les gustará que llames a su ciudad un lugar perdido.

—¡Qué más da! ¿No lo entiendes? Ahora el tipo está muerto, así que podremos entrar en su apartamento a echar un vistazo.

Billy T. golpeó la mesa del abogado de la policía con un impreso azul.

—Aquí lo tienes. Rellena esta orden de registro.

Håkon Sand apartó la hoja como si le hubieran plantado delante una caja de escorpiones vivos.

—¿Cuánto tiempo puede pasar después de salir de cuentas antes de que empiece a ser peligroso?

—¿Qué?

—Las mujeres. Las embarazadas. ¿Cuánto pueden pasarse de la fecha prevista?

Billy T. esbozó una amplia sonrisa.

—Nervioso, ¿eh? Ya has pasado por esto antes, Håkon, todo saldrá bien.

—Pero Hans Wilhelm llegó una semana antes de tiempo.

Håkon intentó reprimir el enésimo bostezo.

—Me parece que Karen me dijo que salía de cuentas ayer —dijo Billy T.

—Sí —murmuró Håkon frotándose la cara—, pero aún no ha llegado ningún bebé.

—¡Por Dios, Håkon! Pueden pasar una y hasta dos semanas sin que la situación sea crítica. Además, el médico se ha podido equivocar al calcular la fecha. Relájate. Mejor rellena esto —dijo empujando el impreso hacia Håkon.

—¡Déjalo! —El inspector intentó devolvérselo, pero el otro insistía y al final lo rasgó con movimientos bruscos y enfadados—. No sé cómo andas de memoria, Billy T., pero yo me acuerdo perfectamente de un incidente de hace unos años cuando intenté encarcelar al abogado Jørgen Ulf Lavik basándome en un testimonio de Karen. Una pesadilla. El juez casi se merienda mi expediente porque debería haber sabido que los muertos tienen tantos derechos como los vivos. Ni de coña voy a hacerlo otra vez.

Billy T. se lo quedó mirando boquiabierto.

—¡Cierra la boca! —continuó Håkon—. Si tú no aprendes de tus errores, yo sí. Y además, y te lo digo por última vez: ¡el vigilante no es cosa tuya! —Håkon dejó caer

los puños sobre la mesa y levantó la voz aún más—. Y como te dediques a perseguir a Tone-Marit para que te haga de recadera, yo... ¡yo me voy a cabrear! No hay base para una acusación. Y tampoco tenemos ningún indicio que nos permita suponer que en casa del vigilante haya algo que debamos requisar. ¡Mira! —Se dio la vuelta y cogió uno de los cuatro libros de leyes que tenía en la estantería. Lo tiró sobre la mesa con tanta fuerza que los cristales de las ventanas vibraron—. Ley de enjuiciamiento criminal. Artículo 194, puedes leerlo tú solito.

Billy T. se removió en su silla.

—¡Cómo te pones, joder!

Håkon Sand dio un profundo suspiro.

—Estoy ya muy harto, Billy T. —Habló en voz más baja, como si estuviera murmurándole algo al libro—. Es que a veces me cansáis tanto, Hanne y tú... Sé que sois buenos profesionales, hasta sé que la mayor parte de las veces tenéis razón. Pero es que... —Se reclinó pesadamente en su silla y miró por la ventana. Dos gaviotas se habían posado en el alféizar y miraban hacia el interior con la cabeza ladeada, como sintiendo lástima por el hombre—. Vosotros no os tenéis que tragar toda la mierda cada vez que la parte legal no está bien. Soy yo. ¿Sabes cómo han empezado a llamarme los otros abogados de la casa?

—El chico de los recados —murmuró Billy T. reprimiendo una sonrisa.

—No me importa. En realidad me parece bien. Agradezco la relación que tenemos Hanne, tú y yo. Hemos resuelto algunos casos muy importantes.

Ahora los dos sonreían, y las gaviotas gritaron afónicas desde el otro lado de la ventana mostrando su acuerdo.

—Pero ¿no sería posible tratarme con un poco de... un poco de respeto de vez en cuando?

Billy T. miró muy serio a su colega.

—¡Joder! Te estás equivocando, Håkon. Déjame decirte algo. —Se inclinó y agarró la mano del inspector. Este intentó retirarla, pero Billy T. no se la soltó—. Si hay algún abogado aquí que nos merezca respeto a Hanne y a mí, ese eres tú. Nadie más. ¿Y sabes por qué?

Håkon observaba las manos de ambos sin contestar. La de Billy T. era enorme, peluda y sorprendentemente cálida y suave. La suya, huesuda y dura. La giró, y ahora se sujetaban el uno al otro como si se dispusieran a bailar.

—Nos gustas, Håkon. Tú nos tratas con respeto a nosotros y estás dispuesto a ser un poco flexible con el libraco ese... cuando comprendes que se interpone en nuestra misión de atrapar a los malos. Te has mojado por Hanne y por mí docenas de veces. Cometes un grave error si crees que no te respetamos. Muy grave.

Håkon experimentó una sensación de calidez, como si en su estómago anidara algo bueno, como la felicidad casi olvidada de la infancia. Acumulaba un cansancio inmenso. Se le cerraron los ojos y se sintió mareado.

—Joder, ¡qué cansado estoy! No he dormido en toda la noche. No podía dejar de

mirar la tripa de Karen. ¿Estás seguro de que no es peligroso?

—Segurísimo —dijo Billy T., y le soltó la mano—. Pero ahora escúchame. —Se pasó los nudillos por el cráneo—. Esto puede ser un bombazo. Birgitte Volter aparece muerta. Y luego, de repente, muere el vigilante en un alud, el mismo que estuvo en su despacho en el momento más crítico de todos. El que se ha mostrado tan hosco y difícil, el que tenía armas y no se ha presentado para enseñarlas como había prometido. ¡Puede haber vidas en peligro, Håkon! ¡Tienes que darme ese impreso azul!

Håkon Sand se puso de pie. Estiró los brazos hacia el techo mientras se balanceaba sobre las puntas de los pies.

—Déjalo, Billy T. No te voy a dar ninguna orden de registro, pero si te sirve de consuelo —se dejó caer sobre los talones con un ruido seco—, el viernes pasado el tipo recibió una orden para que entregara las armas. Es decir, recibió una notificación oficial de lo que tú le habías pedido por las buenas. Ahora serán sus herederos los que tendrán que cumplir con eso. Supongo que tendrá padres en alguna parte. Si Tone-Marit concluye que merece la pena seguirle la pista al vigilante, lo discutiré con ella. Con Tone-Marit, no contigo.

—¡Pero, Håkon! —Billy T. no se rendía—. ¿No ves que la muerte del vigilante es demasiado oportuna?

Håkon Sand se echó a reír.

—¿Así que crees que existe una organización terrorista que ha encargado la nevada del siglo en el norte de Noruega, y luego ha provocado una tormenta inesperada y un alud? ¿Un alud que empezó a planificarse en noviembre, cuando cayeron las primeras nevadas? Mi tío vivía en Tromsø. La semana pasada ingresó en el hospital. Un infarto causado por el esfuerzo excesivo de retirar tanta nieve. ¡Pues claro! —Volvió a reír con ganas durante un buen rato—. ¡Todo un montaje meteorológico! Te equivocas, Billy T. Por una vez te equivocas y ya está.

Tenía razón. Billy T. refunfuñó. Se acercó a la ballena y la agarró en brazos.

—A la mierda con todo —dijo malhumorado, y salió del despacho.

—Y la ballena esa la dejas donde la encontraste —berreó Håkon Sand a su espalda—. ¿Me oyes? ¡Devuélvela!

12.15 Tribunal Supremo

En el comedor se encontraban cinco jueces, disfrutando de su té y de un sencillo almuerzo traído de casa en lo que llamaban la «pausa larga». Dos de ellos aún no se habían acostumbrado a prescindir del café. En el Supremo se bebía té. La habitación era grande y hermosa, con dos sofás y sus correspondientes butacas de abedul tapizadas en lana de color verde manzana. Armonizaban bien con el cálido color amarillo de las paredes, en las que colgaban cuadros coloridos y agradables a la vista.

La fina porcelana blanca de las tazas tintineaba y se oía algún que otro prudente sorbo.

—¿Alguien ha visto hoy a Benjamin Grinde?

El presidente tenía un pliegue entre los ojos que mostraba la leve inquietud que sentía desde que un par de horas antes se enterara de que el juez Grinde no había aparecido.

—Pasé por su despacho hace un rato —prosiguió—. Tenía que pronunciarse el primero sobre el caso de las pensiones que vimos el miércoles, ¿no es cierto?

Tres de los jueces asintieron con un movimiento de cabeza.

—Eso me parecía. Tengo que dar una charla en el Tribunal de lo Social la semana que viene, y quisiera hacer referencia a la última resolución disponible.

—Yo tampoco le he visto —confirmó el juez Sunde, estirándose la pechera de un blanco inmaculado.

—Yo tampoco —dijeron dos de los otros a coro.

—Pero debía tener su voto listo para esta tarde —dijo el juez Løvenskiold—. Tenemos una reunión a las cuatro. Esto es...

—Extraño —concluyó otro de ellos—. Muy extraño.

El presidente se acercó al teléfono que había junto a la elegante cocina americana, a la izquierda de la puerta. Tras una breve conversación en voz baja, colgó y se dirigió hacia los demás.

—Esto es preocupante —dijo en voz alta—. Su secretaria dice que le esperaban como cualquier otro día, pero que no ha venido y tampoco ha avisado.

Los jueces contemplaban el fondo de sus tazas de té. De la calle Apoteker llegaba el ruido de un camión parado con el motor en marcha.

—Tengo que aclarar esto —murmuró el presidente—. Inmediatamente.

¿Benjamin Grinde se habría puesto enfermo? No era propio de él faltar sin avisar. Desde su despacho, el presidente del Tribunal Supremo marcó y escuchó los tonos de la llamada. Sabía que en el número 3 de la calle Odin estaba sonando un teléfono, pero nadie parecía oírlo. Se rindió y colgó lentamente. En la ficha personal de Grinde figuraban dos números de teléfono de la persona más allegada, su madre. Uno en el extranjero, el presidente no fue capaz de reconocer a qué país pertenecía. Pero el otro empezaba con el prefijo de Oslo, el 22. Lo marcó poco a poco, con mucho cuidado.

—Casa de los Grinde —contestaron al otro lado con voz cantarina—. ¿En qué puedo ayudarle?

El presidente se presentó. Lerke Grinde se sintió como en una nube. Hace solo dos días la había visitado una periodista y hoy la llamaba nada menos que el presidente del Tribunal Supremo.

—Cuánto honor... —chilló provocando que el presidente se apartara instintivamente el auricular de la oreja—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Le explicó el motivo de su llamada.

—Creo que Ben necesita descansar —le tranquilizó la mujer—. Está muy cansado, ¿sabe usted? Este asunto de la policía le ha afectado muchísimo. Bueno, no sé si habrá tenido ocasión de darse cuenta, pero es muy sensible. Es cosa de la familia Grinde. Su padre, por ejemplo...

El presidente la interrumpió.

—Así que usted cree que está durmiendo, eso es todo. Pero no ha avisado.

—Los dos sabemos que eso no es propio de Ben. A lo mejor es que lleva durmiendo desde ayer. Puedo... —se calló un momento pero fue una pausa muy breve—, puedo pasar por su casa esta tarde, tengo el tiempo justo antes de ir al teatro. Es que ahora tengo hora en la peluquería, pero esta tarde...

—Gracias —volvió a interrumpirla—, le agradeceré que lo haga.

—Por supuesto —dijo Lerke Grinde, y al presidente le pareció notar en su voz cierto tono ofendido.

—Adiós —colgó antes de que ella pudiera decir nada más.

17.30 Ministerio de Sanidad

—¡De eso puedo ocuparme yo, por favor!

La secretaria de la ministra de Sanidad pareció sorprendida al encontrarla inclinada sobre el fax mientras, con los ojos entornados, intentaba averiguar cómo funcionaba.

—Es un asunto privado —ladró Ruth-Dorthe Nordgarden echando a su nerviosa ayudante con la mano.

Por fin consiguió mandar el fax y Nordgarden se llevó el original consigo.

—Diles que entren —ordenó a una de las secretarias, y fue a tomar asiento a la cabecera de la mesa de reuniones que tenía en su despacho, con media hora de retraso.

Ninguno de ellos la miró al entrar. El ambiente era tenso, había una angustia en el ambiente que solo la ministra parecía no notar. Les dedicó una sonrisa forzada y les indicó que se sentaran.

—Primero debo decir que no sé nada de asuntos como este, así que procuren hablar muy claro. Adelante. No, ¡un momento! —Miró a los presentes, dos hombres y tres mujeres, y abrió los brazos—. ¿Dónde está Grinde? ¿No ha llegado aún?

Consultó su reloj. Los otros cinco se miraron sorprendidos.

—Tenía la impresión... —empezó a hablar Ravn Falkanger, un médico de cierta edad, catedrático de pediatría—, creía que el juez Grinde estaba aquí en una especie de reunión preliminar...

—Para nada —interrumpió Ruth-Dorthe Nordgarden—. Yo no sé nada de una reunión previa.

Volvió a consultar la hora, esta vez con un gesto exagerado, subiéndose la manga de la chaqueta y sosteniendo el brazo a gran altura.

—Bueno. Pues si a estas horas no ha aparecido, tendremos que empezar. He leído esto. —Blandió en el aire el informe de once folios que esa misma mañana le había entregado la secretaria de la comisión, una ayudante científica que daba la impresión de ser demasiado joven y bastante infeliz—. Y debo decir que me lo han puesto bastante difícil con tanta jerga científica.

El mayor de los hombres, el catedrático de toxicología Edward Hansteen, carraspeó ligeramente.

—Se da la circunstancia, señora ministra, de que el trabajo de la comisión ha tomado un rumbo que no era el que estaba previsto cuando se constituyó. Ha surgido la necesidad de viajar al extranjero para consultar ciertos archivos. Esa es la razón por la que Benjamin Grinde deseaba hablar con usted, y entiendo que eso... —carraspeó con más fuerza esta vez y miró sus papeles—, que el volumen de trabajo de la ministra no hizo posible esa reunión con Grinde. Imagino que por eso buscó la ayuda de la primera ministra Volter. Entenderá usted que... se trata de un caso tan delicado que Grinde quería discutirlo con las más altas instancias políticas de forma confidencial.

Se hizo un silencio tan incómodo que la secretaria de la comisión se puso colorada. El sudor brotaba de su frente e intentó sin éxito esconderse tras su largo cabello rubio.

—Bueno —dijo Ruth-Dorthe Nordgarden—, eso ya es agua pasada. Atengámonos al aquí y ahora. Adelante.

E hizo un gesto con la cabeza en dirección al doctor Hansteen.

La reunión duró tres cuartos de hora. El ambiente no mejoró. La conversación en torno a la mesa ovalada mantenía un tono bajo, solo interrumpido por los repentinos «No lo acabo de entender» y «¿Puedes repetirlo?» de la ministra. De vez en cuando, Synnøve von Schallenberg, especialista en medicina preventiva, tomaba el relevo a su colega. Ella también tenía el gesto preocupado y echaba miradas de reojo a la ministra mientras hablaba.

—Como usted entenderá —resumió por fin el doctor Hansteen—, la conclusión más probable es que ocurrió algo muy irregular.

Recalcó sus palabras golpeando tres veces los documentos con los nudillos.

Ruth-Dorthe Nordgarden miraba fijamente los papeles que tenía delante. El informe que le habían entregado esa misma mañana. Lo había leído. Pero tal vez no con la suficiente atención. No debería habérselo pasado por fax a Liten Lettvik. Por lo menos, no desde su despacho. ¿Podía localizarse el remitente? Había sido un terrible error.

Hizo una mueca incomprensible y se mesó los cabellos.

—Sí, pero... —su boca se contrajo con fuerza—, ¿hay algo aquí que pueda implicar un problema político?

Los cuatro de más edad intercambiaron miradas consternadas. La ayudante científica estudiaba con detenimiento un nudo en la madera de la mesa. La ministra de Sanidad Ruth-Dorthe Nordgarden entendió demasiado tarde que se había pasado de la raya. La comisión no estaba allí para ayudarla en cuestiones políticas, sino para exponer los hechos.

—Pueden marcharse —dijo muy deprisa—. Gracias por...

El resto se perdió entre el ruido de las patas de las sillas que se apartaban de la mesa cuando todos se pusieron de pie. Para colmo, la secretaria de la comisión volcó su silla. Ruth-Dorthe se quedó parada sin reaccionar, con los ojos llenos de lágrimas, pero ninguno de ellos se dio cuenta.

19.30 Calle Stolmaker, 15

Por muy fantástico que fuera que Hanne Wilhelmsen estuviera con él, Billy T. sentía un inmenso placer al encontrarse solo en casa. Nadie le obligaba a ver las noticias y podía comer espaguetis medio fríos directamente del envase sin que ella torciera el gesto. Era muy práctico. Solo tenía que dejar la lata debajo del grifo del agua caliente un rato y... *voilà*: la cena estaba lista.

Se había traído el puf del dormitorio; aún no se había hecho al sofá azul. Tenía el cuerpo apoyado en el puf y los brazos y las piernas estirados por el suelo. Ignoró los golpes que daba en la pared su malhumorado vecino y subió el volumen un poco más con el mando a distancia.

Madame Butterfly se acercaba a su final. Sentía con ella su enorme derrota. El hombre al que amaba y a quien había esperado durante años había vuelto por fin, con otra mujer. Y esa mujer que le había arrebatado a su amado quería quitarle también su único tesoro: su hijo.

La música se dirigía hacia el clímax, densa, dramática. Billy T. cerró los ojos, la música le llenaba, sentía vibrar los dedos de sus pies.

Con onor muore chi non può serbar vita con onore!

—Con honor muere quien no puede conservar la vida con honor —susurró Billy T.

El teléfono estropeó el final.

—¡Mierda! —Se levantó de un salto, cogió el teléfono y berreó—: ¡Espera!

Dejó el auricular sobre la mesa y escuchó cómo *Madame Butterfly* cantaba para su hijo con intensidad y llena de dolor: quería morir por él.

Todo había terminado.

Con una voz tan dulce que Tone-Marit creyó que se había equivocado de número, contestó:

—Hola. ¿Quién es?

Y su voz empezó a recuperar su tono habitual cuando unos segundos más tarde gritó:

—¡Qué demonios! ¿Que Benjamin Grinde ha muerto?

Martes, 15 de abril de 1997

08.30 *Café Markveien*

Hanne Wilhelmsen reía por lo bajo mientras leía la tira de *Calvin y Hobbes*. Siempre empezaba el periódico por ahí. Se había terminado el plato entero: filete ruso con cebolla y patatas fritas y medio litro de leche. Reprimió un eructo y se arrepintió de haberse comido las patatas.

Billy T. no estaba suscrito al *Aftenposten*. A Hanne la irritaba que no cumpliera ni siquiera con esa condición básica para llevar una vida civilizada: que te lleven un periódico a casa. Compensaba la ignorancia de su amigo desayunando en una cafetería con toda la prensa, después de su carrera matinal.

El café no estaba bueno, pero sí muy cargado. Arrugó la nariz, pero bien podría ser a causa de todos los artículos publicados sobre la muerte de Benjamin Grinde. El *Dagbladet* se había decantado por unas gigantescas letras rojas sobre la foto del juez Grinde, y Hanne fue directamente a la página 4, tal como se indicaba. Las palabras la asaltaron desde el papel, pero solo con información que ya tenía de antes. No continuó con la lectura. Pero, por una vez, tenía que reconocer que los periódicos llevaban algo de razón. Era sorprendente que Benjamin Grinde hubiera muerto solo ocho días después del asesinato de Birgitte Volter. Estaba claro que la estruendosa arenga del comisario jefe había hecho efecto; ninguno de los periódicos parecía haber conseguido el dato de que la muerte se había producido en algún momento del sábado por la tarde. Pero era una coincidencia extraña. Los medios iban a volverse locos si descubrían, o tal vez debiera decir «cuando descubrieran», que el vigilante del distrito gubernamental también se había despedido de este mundo en la misma fecha.

Algo rondaba por su cabeza, pero no sabía exactamente qué.

El vigilante. Benjamin Grinde. Birgitte Volter. Todos muertos en poco más de una semana. Uno de un disparo de revólver. Otro en un accidente provocado por elementos naturales. El último parecía haberse suicidado, o al menos eso fue lo que le susurró Billy T. cuando se dejó caer en la cama junto a ella a las cuatro de la mañana. Le había contado que el hombre había sido encontrado en su cama, con un muy correcto frasco de pastillas vacío a su lado. Hanne sacó un bolígrafo del bolso, dejó el plato usado en la mesa contigua y trazó un triángulo en la servilleta. Grinde, el vigilante y Volter, cada uno en un vértice. Debajo, dibujó un chal, un revólver, una llave electrónica y un pastillero. Sabía que la respuesta estaba allí.

Deslizó el bolígrafo de los objetos a los nombres y de vuelta a los objetos. Resultó un dibujo confuso e incomprensible, y le entró dolor de cabeza. Aquellas jaquecas la perseguían a intervalos irregulares desde 1993. Se iniciaron entonces, cuando la golpearon hasta dejarla inconsciente a la puerta de su despacho. Estaba

investigando un caso escandaloso en el que destacados políticos, abogados y personal de los servicios secretos habían traficado con drogas.

Se tomó dos aspirinas con el último trago de leche.

El diario *KA* estaba desatado. Su sección de política se había interesado por fin por la cruzada personal de Liten Lettvik, y lo más destacado de las seis páginas dedicadas al asunto era el comentario político.

¿Soportaremos la verdad?

La nación noruega ha recibido en una semana el impacto de unos hechos tan dramáticos que no pueden compararse a ningún otro suceso acaecido desde la Segunda Guerra Mundial. Hace dos viernes la primera ministra Birgitte Volter apareció asesinada en su despacho. Anoche un juez del Tribunal Supremo fue hallado muerto en su vivienda en misteriosas circunstancias.

Podemos contemplar estos acontecimientos desde distintos puntos de vista. Algunos preferirán cerrar los ojos y creer que también los personajes más destacados de nuestra sociedad se ven afectados por la tendencia a la violencia de los tiempos que corren, una tendencia que se está incrementando de forma exponencial y que los políticos parecen incapaces de detener. Ese punto de vista es ingenuo y tapaná el problema en lugar de desvelarlo. En los últimos días, la prensa noruega ha lanzado innumerables teorías que apuntan a que organizaciones terroristas internacionales podrían haber elegido a la primera ministra como objetivo de sus oscuros propósitos. Pero, si nos centramos demasiado en esa posibilidad, corremos el peligro de pasar por alto explicaciones que están mucho más cerca de casa.

KA es el único periódico que ha investigado la muerte de Birgitte Volter con sus propios medios. No nos hemos conformado con repetir obedientemente los breves comunicados que la policía ha compartido con la opinión pública. Con nuestra minuciosa labor hemos desvelado que Benjamin Grinde fue probablemente la última persona que vio a Volter con vida. También hemos dado a conocer que, de hecho, durante unas horas estuvo acusado del crimen. Luego hemos podido constatar que existían unos lazos de amistad muy estrechos entre Grinde y la primera ministra. Y hoy hemos sabido que, gracias a su labor, la comisión Grinde ha descubierto graves irregularidades en la sanidad noruega. Ahora, la pregunta decisiva es: ¿se atreverán los políticos, la prensa y la policía a sacar las necesarias conclusiones de lo que ahora sabemos?

Es en momentos difíciles como este cuando debemos demostrar que somos un Estado de derecho. Para superar esta prueba tenemos que partir de la independencia de la prensa, la policía, la judicatura y la política. Y se requiere, sobre todo, una prensa que esté dispuesta a dar la voz de alarma y contar la verdad, con independencia de los poderes establecidos.

Tenemos que aprender de otros países que han pasado por traumas nacionales similares. Suecia vivió hace once años el asesinato a tiros de Olof Palme en plena calle. En sus primeros momentos, la investigación se centró de forma casi exclusiva en la llamada «pista kurda». Cuando se consideraron otras posibilidades, ya fue demasiado tarde. La investigación se resintió por falta de profesionalidad y teorías inamovibles. El resultado fue que Suecia probablemente nunca pueda resolver el enigma del asesinato de Palme. Bélgica acaba de sufrir el impacto de un escándalo de pedofilia con profundas ramificaciones en la policía y probablemente también en la política. Los poderosos han estado tan unidos entre ellos que han conseguido minar la investigación de unos crímenes espantosos. Cuando les ha convenido...

Debemos evitar que esto pueda ocurrir también en nuestro país.

Los datos de los que *KA* dispone, y que hoy ofrece en exclusiva al pueblo noruego, demuestran que las numerosas muertes de recién nacidos ocurridas en 1965 se debieron muy

probablemente a un grave error de las autoridades sanitarias. Vacunas distribuidas por el Instituto Nacional de la Salud que resultaron mortales, puede que para varios cientos de niños. Un exterminio administrado y distribuido a través de un organismo público.

La política más destacada del país y el líder de la comisión investigadora mantuvieron la semana pasada una reunión, probablemente para tratar este asunto. Ahora ambos han muerto.

¿Queremos afrontar la verdad?

Hanne Wilhelmsen sintió ganas de fumar por primera vez en mucho tiempo. El dueño del pequeño café donde se encontraba no parecía estar al tanto de la ley antitabaco; las otras cinco personas que había en el local estaban fumando. Hanne había oído algo acerca del escándalo sanitario cuando se empezó a hablar del caso, poco antes de marcharse a Estados Unidos. También se enteró de que Grinde sería el encargado de investigar el asunto. Y resulta que Grinde había visitado a Volter el día en que esta murió. Pero ¿tenía eso algo que ver con el asesinato?

Volvió a concentrarse en la servilleta. El dibujo era más confuso que nunca. Con cuidado, trazó una cruz sobre el vigilante. La línea que unía a Benjamin Grinde con Birgitte Volter salió reforzada; se hizo un agujero en el papel blando. Pero el vigilante no parecía resignarse a desaparecer. Lo tachó del todo, pero entonces sí que había algo que no cuadraba en el dibujo. Allí había algo, pero no era capaz de captarlo. La jaqueca volvió, y ya no podía tomar más medicamentos.

—¡Hanne! ¡Hanne Wilhelmsen!

Un hombre le dio un golpecito en la cabeza con un periódico. Se protegió instintivamente con el brazo para dar paso enseguida a una enorme sonrisa.

—¡Varg! ¿Qué haces por aquí? ¡Siéntate!

El hombre llevaba una gabardina grande y gastada que lanzó con gesto mundano sobre el respaldo de su silla al tomar asiento. Luego puso los codos sobre la mesa, entrelazó las manos y la miró.

—Increíble... Con los años estás cada vez más guapa.

—¿Qué haces aquí? Creí que te lo pensabas mucho antes de abandonar la ciudad de las *seven* colinas.

—Siete colinas, Hanne. Ya sabes que nosotros no decimos *seven*. Tengo un caso, un caso rarísimo. Un chaval fugado al que nadie quiere, pero que al parecer es un genio de la informática. Los de protección al menor encuentran huellas del chico en internet cada dos por tres, pero no tienen ni idea de dónde está y solo tiene doce años.

Llamó al dueño y le pidió un café.

—Mejor que pidas un té —susurró Hanne.

—Y una mierda. Yo por la mañana tomo café.

Varg y Hanne ya no recordaban cómo se habían conocido. Él era detective privado y rara vez iba por Oslo. Tenían algunos conocidos comunes y habían coincidido en un par de ocasiones en el desempeño de su profesión. Se cayeron bien

de forma inmediata, algo que a los dos les había sorprendido sobremanera.

—En realidad estoy en excedencia —dijo Hanne sin dar pie a más explicaciones—, pero estoy haciendo alguna cosilla en el caso Volter. Es imposible no involucrarse.

—Muy llamativo lo que dice el periódico hoy —dijo señalando el caos de papeles que había sobre la mesa—. Ese escándalo sanitario parece un asunto serio.

—No he tenido tiempo de leer casi nada. ¿De qué se trata?

—Bueno —dijo mientras reclamaba su café con impaciencia—, por lo visto un número anormalmente elevado de bebés fallecieron por muerte súbita. Parece que es una especie de diagnóstico de último recurso para cuando se han descartado todas las demás posibles causas de la muerte. Todos los niños habían recibido la misma vacuna triple vírica. Se pone a los tres meses. Resulta que esa vacuna estaba... —pasó las páginas del KA con entusiasmo ensalivando su índice a intervalos regulares—... contaminada. Aquí dice: «Probablemente se trate de un derivado surgido en el líquido conservante. El derivado tiene la particularidad de que se parece al principio activo de la vacuna, pero produce un resultado muy distinto. Podría haber atacado al corazón de los bebés, que habría dejado de latir».

—Déjame ver —dijo Hanne quitándole el periódico de un tirón.

Estuvo leyendo varios minutos. Cuando levantó la mirada, Varg ya se había tomado la mitad del café.

—Esto es jodidamente serio —dijo Hanne en voz baja mientras doblaba todos los periódicos—. Ni siquiera saben dónde se adquirieron las vacunas.

—No, y ese es el punto principal. La comisión había solicitado hacer averiguaciones en archivos extranjeros para aclarar la cuestión. Los datos de que se dispone en Noruega presentan lagunas lamentables. Es muy probable que las vacunas fueran producidas en alguna república bananera sin medidas higiénicas aceptables.

Se tragó el resto del líquido negrísimo y se levantó bruscamente.

—Tengo que irme, pero... ¡oye! —Dudó un momento, sonrió, y añadió—: Este otoño cumplo los cincuenta. ¿Por qué no cruzas las montañas? He decidido celebrarlo un poco.

—En otoño estaré en Estados Unidos —respondió Hanne, y luego abrió los brazos—. Pero ¡felicidades! Nos vemos.

Varg se echó la gabardina sobre los hombros y se marchó. Hanne arrancó una página de su agenda y dibujó su triángulo otra vez. Volter —Grinde— el vigilante. En el artículo decían que la ministra de Sanidad Ruth-Dorthe Nordgarden había asegurado que se tomaban aquel asunto muy en serio y que pondrían a disposición de la comisión todos los medios necesarios para que pudieran investigar en el extranjero. Hanne dudó un rato y luego escribió las iniciales RDN entre Grinde y Volter. De repente, el vigilante parecía innecesario; su presencia sobre el papel interfería en el nuevo triángulo que formaban los otros tres. Si era cierto que Grinde se había quitado la vida, ¿por qué lo había hecho? No tenía ninguna lógica que el suicidio estuviera

relacionado con el escándalo sanitario. Al contrario, tendría que estar orgulloso por haber resuelto el caso. Sin duda los artículos publicados por la prensa durante la semana debían de haber resultado muy incómodos, pero... ¿quitarse la vida?

El dolor de cabeza se había hecho insoportable. De pronto trazó una gran cruz encima del dibujo y lo rompió en pedacitos.

«Esto no tiene ningún sentido», se dijo a sí misma, y salió para ver si un poco de aire fresco podía ayudarla.

En la calle marcó un número en el móvil y sin presentarse dijo:

—¿Podemos vernos esta noche? —Al cabo de unos segundos, añadió—: Vale. A las siete. En el Tranen. Está en la plaza de Alexander Kielland.

A continuación marcó el número de Billy T.

—Hola, soy yo. Te quedas solo esta noche también. Una cena.

—Y si Cecilie llama y pregunta por ti, ¿esto es oficial o extraoficial...? —Billy T. rio.

—Bobo, es un encuentro con Garganta Profunda. Puedes decirle eso.

El dolor de cabeza era mortal, y con los dedos presionando sus sienes decidió volver a la calle Stoltmaker para intentar dormir un poco.

11.15 Calle Odin, 3

El equipo técnico había estado allí varias horas la noche anterior. Habían dejado huellas mínimas por todas partes; señales casi invisibles de que ese apartamento había sido revisado de arriba abajo por gente que no vivía en él, aunque hubieran vuelto a dejar todo en su sitio con sumo cuidado. Solo faltaba un bote de plástico vacío de comprimidos Sarotex de 25 miligramos, que habían encontrado en la mesilla de Grinde junto a medio vaso de agua, y la ropa de cama, que también debía ser examinada con más detalle. Billy T. estaba plantado en medio del salón con un breve informe de los investigadores de escenas del crimen en la mano. El cadáver había aparecido en la cama, vestido solo con un calzoncillo tipo bóxer. No había ninguna señal de que alguien hubiera forzado la entrada; la puerta estaba cerrada por dentro con la cadena de seguridad echada. La madre del fallecido había llamado a un cerrajero para entrar, pero este había sido lo bastante espabilado como para avisar antes a la policía.

Billy T. dobló la hoja dos veces y se la metió en el bolsillo trasero del pantalón. Había tenido que pelear para estar allí. Tone-Marit le debía una después de pedirle que interrogara al vigilante.

—Sarotex —preguntó a Tone-Marit—. ¿Ese tipo tomaba antidepresivos?

—No hay nada que lo indique —contestó ella—, pero sabía lo que hay que tomar. Se tomó dos comprimidos de Valium para tranquilizarse y después un puñado de Sarotex. Lo compró el viernes. Solicitó el medicamento a nombre de su madre y

engañó a los empleados de la farmacia diciendo que su madre acababa de quedarse viuda y necesitaba algún tranquilizante para ayudarla a superar el duelo. El tipo era médico, sabía lo que necesitaba y podía conseguir casi de todo en una farmacia.

La cocina era la estancia más lujosa del piso. Los armarios eran de madera de cerezo y las encimeras de algo que parecía un mármol oscuro.

—Larkivitt, un mineral que solo se encuentra en Noruega —dijo Tone-Marit pasando la mano por la superficie dura y lisa—. Precioso. ¡Y mira!

Una gran nevera americana con frigorífico a un lado y congelador al otro estaba integrada en los muebles de cerezo marrón rojizo. En la puerta del congelador había una abertura donde se podía rellenar un vaso de agua con hielo. Abrió la puerta. Vio paquetes muy bien organizados y etiquetados: «Solomillo de alce, 1996», «Arándanos, 1995», «Fettuccini caseros, 20 de marzo». Aquello sugería que el contenido del frigorífico sería también muy sofisticado. Pero no era así. Apenas había un queso brie mohoso, un pimiento arrugado, tres botellas de agua con gas y dos de vino blanco. Billy T. metió la nariz en un cartón de leche desnatada que cogió de un estante lateral y echó la cabeza hacia atrás con una mueca. Grinde llevaba un tiempo sin comer. Una litografía colgaba sobre una mesa para dos, junto a la ventana, y el robot de cocina era parecido al que Billy T. había visto en la cocina grande de la comisaría. La habitación era una pasada, pero bastante impersonal.

El salón resultaba más acogedor. En las estanterías que recorrían toda una pared había literatura muy variada, y Billy T. presionó una tecla para ver qué cedé había en el reproductor. *Peter Grimes*, la ópera de Benjamin Britten. No del todo del gusto de Billy T. Negó con la cabeza. El pescador Peter Grimes, que siempre se veía atrapado en medio de las tormentas y hacía la vida imposible a los chicos del orfelinato que le querían ayudar. Una música tremenda y nada apropiada para alguien que albergara pensamientos suicidas. Vio que Tone-Marit estudiaba unas figuritas. Billy T. cogió una de ellas de una de las estanterías del aparador, grande y macizo, y preguntó qué era.

—Netsuke japonés —dijo Tone-Marit sonriendo—, pequeñas miniaturas que en un principio se hacían para adornar cinturones, pero que luego se han utilizado como objetos decorativos y de coleccionismo.

Billy T. miraba alternativamente al pequeño y terrorífico dios shinto que tenía en la palma de la mano y a Tone-Marit.

—Estos son muy bellos. Probablemente auténticos, anteriores a 1850 y, en ese caso, muy valiosos.

Con cuidado y delicadeza, la agente volvió a dejar las figuras en su sitio, alineadas tras las puertas de cristal tallado.

—Mi abuelo era agente de importación de Japón —explicó Tone-Marit, casi avergonzada.

Billy T. se agachó y abrió las puertas talladas con parras. Dentro encontró manteles almidonados y bien doblados.

—Una persona organizada, el tal Grinde —murmuró, y cerró las puertas.

Se dirigió al dormitorio. Estaba ordenado, pero no había ropa de cama. Habían colgado con mucho cuidado un pantalón de un planchador eléctrico. Sobre una pequeña butaca reposaban una camisa y una corbata. Se entraba al baño por el dormitorio. Era muy masculino, con el suelo cubierto por baldosas azul oscuro. Las paredes blancas tenían una cenefa a la altura de los hombros, de color azul y oro, un dibujo de reminiscencias egipcias que rodeaba toda la estancia. Se percibía un tenue y fresco olor a hombre. Un solo cepillo de dientes. Una maquinilla de las de antes y jabón de afeitar de verdad. Billy T. tocó la maquinilla, que parecía ser de plata auténtica y tenía las iniciales BG grabadas.

Se sentía como un intruso. De pronto se imaginó una escena terrible: ¿y si fuera él el muerto? ¿Y si fuera algún otro policía el que estuviera inspeccionando su cuarto de baño, tocando sus cosas, mirando sus pertenencias más privadas? Tuvo un escalofrío y vaciló antes de abrir el armarito del baño.

Allí estaba. No lo dudó ni por un instante.

—Tone-Marit —gritó—, ven para acá y tráete una bolsa para pruebas.

Llegó al instante.

—¿Qué pasa?

—Mira.

Se acercó despacio y siguió con la mirada su dedo índice hasta ver un pequeño pastillero dorado y esmaltado.

—Uau —exclamó abriendo mucho los ojos.

—Sí, no es para menos —dijo Billy T. con una media sonrisa mientras introducía el pequeño objeto en una bolsa de plástico y la cerraba herméticamente.

15.45 Comisaría de Oslo

El jefe de inteligencia parecía el empleado de una funeraria. Su traje era demasiado oscuro y la camisa demasiado blanca. La corbata estrecha y negrísima parecía ser el signo de exclamación que remataba su inadecuada vestimenta. Era cierto que iban a hablar con los familiares de Birgitte Volter, pero el entierro ya había tenido lugar cuatro días antes.

Ninguno de los presentes en la sala de juntas del comisario jefe había visto antes nada igual. Por supuesto que la mayoría de ellos habían hablado una o varias veces con los familiares de la víctima de un homicidio, pero no de una manera tan oficial y, desde luego, nunca después del asesinato de una primera ministra.

—Vaya —dijo el comisario jefe, mirando incrédulo a Billy T.

El policía llevaba un pantalón de lana gris con dobladillo, una camisa blanca y una chaqueta gris oscura desabrochada. La corbata tenía un suave colorido otoñal. Parecía otro. Hasta se había quitado la cruz invertida y en su oreja brillaba un

diamante minúsculo.

El jefe de la sección entró apresuradamente y sin resuello en la sala, con la cara enrojecida.

—Los ascensores no funcionan —gimió secándose las manos en el pantalón.

Roy Hansen estaba en la puerta, después de que la secretaria del comisario le indicara amablemente adónde debía dirigirse. Se quedó mirándolos a todos, y la ronda de saludos se hizo tan larga y complicada, con todas aquellas sillas por en medio, que Billy T., con buen criterio, prefirió no contribuir a la incómoda escena. Tomó asiento, saludó al viudo con una inclinación de cabeza y no le preguntó dónde se había metido Per Volter.

Llegó cinco minutos tarde. Su ropa parecía delatar que había dormido con ella puesta, y probablemente había sido así, a juzgar por el olor a sudor mezclado con la peste inconfundible de la borrachera reactivada al amanecer y con el colutorio de menta que intentaba disimularlo. Su mirada era huidiza y levantó la mano en un saludo colectivo en lugar de estrechar las que, dubitativas, se extendían hacia él. No se dignó mirar a su padre.

—Llego tarde —murmuró derrumbándose en una silla, medio de espaldas a su padre—. Perdón.

El comisario jefe se levantó sin saber muy bien qué decir. No parecía muy apropiado darles la bienvenida a un análisis explicativo de la muerte de su esposa y su madre. Miró a Roy Hansen, quien a su vez tenía los ojos clavados en la espalda de su hijo. Una mirada tan desnuda y cargada de desesperación que el comisario jefe se asustó por un momento y estuvo a punto de cancelar la reunión.

—Esto probablemente va a resultar muy desagradable —empezó por fin—, y lo lamento mucho. Pero tanto yo como mis colaboradores estamos seguros de que preferiréis tener información de primera mano sobre el punto en el que nos encontramos. Quiero decir, en la investigación.

—Sabemos menos que esos que están apostados a la puerta —interrumpió Per Volter bruscamente y en voz muy alta.

—¿Perdón? —El comisario se llevó una mano al hombro y observó al chico—. ¿A la puerta?

—Sí, periodistas. He tenido que abrirme paso entre ellos. ¿Creéis que me apetece que me hagan fotos?

Se estiró la camisa, como queriendo mostrar su lamentable estado.

El comisario jefe miraba fijamente algo que tenía a sus pies y tragó saliva varias veces. La nuez parecía llegarle hasta la barbilla, enrojecida por una dermatitis provocada por el afeitado.

—No puedo más que lamentarlo. Nadie debía saber que veníais. Lo siento mucho.

—Siento esto, siento lo otro... —Per Volter echó su silla hacia atrás y se repantigó como un adolescente rebelde, con el trasero en el extremo del asiento, los hombros en el respaldo y las piernas muy abiertas—. *To serve and protect*, ¿no es ese

el lema? Pues de momento no habéis ni servido ni protegido. ¿De acuerdo?

Pegó un puñetazo a la pared y se tapó la cara con las manos.

Roy Hansen carraspeó. Su cara había adquirido un tono pálido grisáceo y sus ojos estaban peligrosamente húmedos. El resto de los hombres presentes permanecían inmóviles. Solo Billy T. se atrevía a mirar al padre y al hijo.

—Per —dijo en voz baja Roy Hansen—, podrías...

—¡No me hables! —berreó Per Volter—. ¿No te lo he dicho? ¿No te he dicho que no quiero hablar contigo nunca más? ¿Eh?

Y volvió a taparse la cara con las manos.

El jefe de inteligencia estaba rojo como un tomate. Jugueteaba con un cigarrillo que no podía encender y no apartaba la vista de una de sus rodillas. El jefe del departamento no se dio cuenta de que tenía la boca abierta hasta que un hilillo de saliva empezó a caer por la comisura de sus labios. Entonces la cerró del golpe y se secó rápidamente la barbilla con la manga.

El comisario jefe miraba por la ventana como si estuviera buscando una vía de escape.

—¡Per Volter! —La voz de Billy T. sonó profunda e insistente—. ¡Mírame!

El joven dejó de balancearse de un lado a otro, aunque siguió cubriéndose la cara con las manos.

—¡Mírame! —rugió Billy T. golpeando la mesa con la palma abierta hasta hacer vibrar los cristales de las ventanas. El chico dio un respingo y apartó las manos—. Entendemos que estás jodido. Todos los que estamos aquí comprendemos que tienes que estar pasándolo fatal. —Billy T. se inclinó sobre la mesa—. Pero no eres el único en toda la historia de la humanidad que ha perdido a su madre. ¡Tienes que hacer un esfuerzo por controlarte!

Per Volter se incorporó furioso en el asiento.

—No lo soy, pero sí el único que luego tiene que ver su vida familiar diseccionada en toda la prensa nacional.

Estaba llorando, un llanto silencioso con pequeños sollozos. No paraba de frotarse los ojos, pero no servía de nada.

—Eso es verdad —dijo Billy T.—, me es imposible ponerme en tu lugar. Pero aun así debes dejar que hagamos nuestro trabajo. En este momento consiste en contaros a tu padre y a ti en qué punto de la investigación nos encontramos. Si quieres escucharnos, estará bien. Si no, te sugiero que te marches. Puedo pedir a alguien que te acompañe por la puerta de atrás para que te libres de la prensa de ahí fuera.

El joven no contestó. Seguía llorando.

—Eh —dijo Billy T. en voz baja—. ¡Per!

Per Volter levantó la vista. Los ojos del policía eran extraños, de un azul claro y gélido, un color plano que parecía propio de una película de terror o de un perro peligroso. Pero su boca dibujaba una leve sonrisa que dejaba traslucir una comprensión que Per Volter no había sentido desde que su madre fuera asesinada de

un disparo.

—¿Quieres quedarte o te vas? ¿O prefieres esperar en mi despacho y así hablamos luego tú y yo?

Per Volter se obligó a sonreír.

—Lo siento. Me quedo.

Se sonó los mocos en el pañuelo de papel que le ofreció el jefe de la secreta, volvió a incorporarse, cruzó las piernas y se quedó mirando al comisario jefe como si se preguntara, entre sorprendido e impaciente, por qué la reunión había terminado antes de empezar.

No duró mucho tiempo. El comisario jefe hizo un breve resumen y dio la palabra al jefe de inteligencia, quien también fue muy sucinto. Billy T. sabía que la información que estaba dando había sido concienzudamente filtrada; en realidad, Ole Henrik Hermansen estaba contando todo y nada. Lo más interesante fue que, cuando mencionó la pista de los extremistas en términos muy generales, su boca adquirió una expresión extraña y sus labios no mostraron su habitual firmeza.

—El vigilante —concluyó Billy T.—. Tienen algo relacionado con él.

»¿Eh? —contestó de pronto. Al parecer, el comisario jefe había dicho su nombre tres veces sin que lo oyera—. Ah, sí, perdón. El pastillero.

Billy T. sacó una bolsita de plástico del bolsillo y la depositó frente a Roy Hansen. El viudo no había dicho ni una palabra desde que Per le gritó, y tampoco ahora abrió la boca. Miró la bolsa sin mover un músculo de la cara.

—¿Reconoces esto? —preguntó Billy T.—. ¿Era el pastillero de Birgitte?

—Nunca lo había visto —dijo Per antes de que su padre tuviera tiempo de contestar.

El joven se inclinó hacia delante para coger la bolsa. Billy T. lo detuvo extendiendo su mano abierta a gran velocidad.

—Todavía no. ¿Lo reconoces?

Sacó el pastillero de la bolsa y lo sostuvo frente a Roy Hansen.

—Es nuestro —susurró el viudo—. Fue un regalo de boda para Birgitte y para mí. Es el que os enseñé en la foto.

—¿Seguro?

Roy Hansen asintió despacio sin apartar la vista de la cajita.

—Nunca lo había visto —repitió Per Volter.

—¿Dónde la habéis encontrado? —preguntó Roy Hansen tendiendo la palma abierta hacia Billy T.

—En el piso de Benjamin Grinde —dijo Billy T. depositando la cajita en la mano de Roy Hansen.

—¿Cómo? —Per Volter miraba al uno y al otro—. ¿En casa del juez ese del Supremo?

Todos los policías asintieron esforzadamente, como si así la afirmación resultara más cierta.

—En casa de Benjamin Grinde —repitió Roy Hansen—. ¿Por qué?

Dejó de examinar cada detalle del pastillero.

—Bueno, eso era lo que esperábamos que alguno de vosotros pudiera explicarnos —dijo Billy T. dando vueltas al diamante que llevaba en la oreja.

—Ni idea —murmuró Roy Hansen.

—¿Ni una suposición?

La desesperación dio paso a la agresividad. El viudo levantó la voz.

—Tal vez Benjamin lo robó, ni más ni menos. Se lo afaná en algún momento, ¿qué sé yo? A lo mejor fue hace muchos años. No había visto esa cosa desde ni se sabe cuándo.

—No. En ese caso tuvo que ser el día que se reunió con Birgitte antes de que la asesinaran —dijo Billy T. con voz serena—. Su secretaria confirma que el pastillero solía estar sobre su mesa.

Miró a Per Volter, que se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Ni idea. Nunca lo había visto.

—Supongo que has notado que es difícil abrirlo —dijo Billy T. dirigiéndose a Roy Hansen—. Pero nosotros lo hemos conseguido. Dentro hay un mechón de pelo, parece de un bebé...

Per jadeó e hizo un esfuerzo evidente por no echarse a llorar otra vez.

—Pensamos... —empezó Billy T.—. Creemos que tal vez... No resulta fácil hacer esta pregunta, Hansen, pero...

Roy Hansen parecía haber encogido y tenía los ojos cerrados.

—Como hemos recalcado, cualquier información puede ser relevante en el caso de Birgitte, y por eso no me queda más remedio que preguntar...

Billy T. se pasó la mano por el cráneo afeitado, moviéndola adelante y atrás con aire pensativo. Evitó con mucho cuidado mirar al comisario jefe. Sabía lo que su superior estaba a punto de decir.

—¿Por qué no dijiste nada del bebé muerto? —soltó precipitadamente—. ¿De vuestra hija?

—Billy T. —dijo el comisario en tono cortante e hizo una pausa—. Esto no es un interrogatorio. No hace falta que contestes ahora a esa pregunta, Hansen.

—¡Pero quiero hacerlo!

Se levantó y fue hacia la ventana con movimientos rígidos, antes de girarse bruscamente hacia los demás.

—Hace un momento dijiste que no sabías lo que era que la prensa contara tu vida. Tienes toda la razón. ¡No tienes ni idea! A toda Noruega le interesa Birgitte, a vosotros os preocupa Birgitte. Estoy resignado a ello. Pero hay algo que es solo mío. ¡Mío! ¿Lo entiendes?

Estaba junto a Billy T., apoyó una mano sobre la mesa y le miró a los ojos.

—¿Por qué no he dicho nada de Liv? ¡Porque no os importa! ¿Vale? La muerte de Liv fue nuestra tragedia, de Birgitte y mía.

Su ira desapareció con la misma rapidez con que había aparecido. De pronto daba la impresión de que no sabía muy bien dónde estaba ni por qué. Miró desconcertado a su alrededor y volvió a sentarse.

Se hizo un largo silencio.

—Bueno —dijo Billy T. guardando con cuidado el pastillero en la bolsita e introduciéndola en el bolsillo de su chaqueta—, lo dejaremos estar. Si he dicho algo que ha podido herirte, lo lamento. Solo una cosa más... —Miró al comisario jefe, quien le autorizó a seguir con gesto desganado—. Hay algo que de ninguna manera debe saberse. Hasta ahora hemos conseguido evitar que la prensa se entere y nos gustaría ser los únicos en conocer esta información unos días más. Hemos... —Sacó un sobre de su cartera y depositó su contenido frente a los dos deudos—. Sabemos que esta fue el arma empleada para cometer el crimen —dijo señalando las dos fotos—. Es un revólver ruso...

—Un Nagant —le interrumpió Per Volter—. Un M1895 ruso. —Observó fijamente la foto—. ¿Dónde está el arma?

—¿Por qué? —preguntó Billy T.

—¿Dónde está el arma? —repitió Per Volter. El rojo de sus mejillas le daba un aspecto febril—. Quiero ver el arma.

En tan solo unos minutos, un agente había llamado a la puerta, había entregado un revólver a Billy T. y se había despedido con un movimiento de cabeza.

—¿Puedo tocarlo? —preguntó Per en voz baja mirando a Billy T., que asintió.

Con aire profesional, Per Volter inspeccionó el arma que le había quitado la vida a su madre. Revisó el tambor, vio que estaba vacío, apuntó al suelo y disparó.

—¿Conoces este tipo de revólver? —preguntó Billy T.

—Sí, conozco esta arma muy bien. Es mía.

—¿Tuya?

El jefe de la secreta casi había gritado.

—Sí. Este Nagant es mío. ¿Alguien puede decirme cómo ha llegado hasta aquí?

17.30 Parque Sten

Se arrepentía profundamente de no haber insistido en que el encuentro fuera en otra parte. Odiaba el parque Sten. Era casi imposible cruzar aquel pequeño pulmón verde entre la calle Sten y Pilestredet sin que se le acercara alguna de la escoria que solía deambular por allí, asquerosos maricones que le tomaban por uno de ellos, daba igual cómo se comportara o vistiera. En una ocasión uno de aquellos tipos, para adularle, le había llamado Jonas Fjeld, el gigante rubio, y eso fue lo que le salvó de que lo derribara de un golpe. Brage Håkonsen tenía en su librería las obras completas del escritor racista Øvre Richter Frich, creador del héroe Jonas Fjeld.

Además, deberían haber quedado más tarde. Todavía era de día. Pero su contacto

había insistido; se marchaba al extranjero y quería finiquitar aquello cuanto antes.

Brage Håkonsen ya había atravesado el parque tres veces. Era imposible quedarse parado, porque entonces aparecían reptando, aquella plaga de la sociedad.

Por fin. El hombre de la gabardina oscura hasta los pies le hizo un gesto mínimo. Brage miró a su alrededor con mucha discreción y se dirigió hacia el tipo. Cuando se cruzaron, notó que algo caía en el interior de su bolsa, un saco de nailon con algo de ropa deportiva en el fondo. Había soltado una de las asas justo a tiempo.

Volvió a cerrarla y se encaminó a toda prisa hasta unos cubos de basura a la entrada del pequeño parque. Abrió uno y tiró un sobre viejo, junto con un envoltorio de helado que había encontrado media hora antes.

Cinco mil coronas no era mal precio por un arma eficiente y sin registrar. Imposible de localizar. Cuando salía del parque, Brage Håkonsen vio por el rabillo del ojo que el hombre de la gabardina hasta los pies se dirigía a los cubos de basura. Brage sonrió y agarró la bolsa con más cuidado.

De repente, un escalofrío helado recorrió su columna vertebral. Aquel hombre, el que estaba debajo de un gran árbol leyendo un periódico. Lo había visto antes. Ese mismo día, hacía poco. Se esforzó por recordar dónde. ¿En el quiosco? ¿En el tranvía? Aceleró y miró por encima de su hombro para ver si el tipo del periódico le seguía. No lo hizo. El hombre le lanzó una mirada y volvió a concentrarse en su lectura.

Sería uno de ellos, uno de aquellos maricones. Brage respiró aliviado y corrió despacio hacia la facultad de veterinaria. Pero no se le iba de la cabeza aquel hombre del periódico. Tenía que ir a la cabaña para esconder el arma allí. Por el momento. Hasta que el plan estuviera concluido. Ya casi estaba, pero no del todo. No estaba seguro de a quién llevar consigo. No podía hacerlo solo. Pero quería un solo ayudante. Cuanta más gente estuviera involucrada mayor era la probabilidad de que todo se fuera a la mierda.

Ahora que la primera ministra había sido eliminada, era el turno del presidente del Congreso de los Diputados. El valor simbólico sería enorme. Pero algo le hizo dudar cuando abrió la puerta de su apartamento. No podía ir a la cabaña. Casi nadie sabía de su existencia. Tan solo la anciana del primero, a la que ayudaba a cargar la compra y cuando le tocaba limpiar la escalera, y que como muestra de agradecimiento le había entregado las llaves de su cabaña. Era una mujer muy vieja y no tenía hijos, y apenas conocía a nadie salvo a los trabajadores sociales que le traían comida caliente tres veces a la semana. Un anciano pellejo, pero también toda una señora. No había tenido segundas intenciones cuando empezó a charlar con ella de vez en cuando, pero cuando supo que su marido había luchado con los nazis y muerto durante la guerra, empezó a ayudarla. Había que cuidar de los nuestros. Era una cuestión de honor.

Quería ir a la cabaña. Pero algo le decía que no debía ir. Y que el arma tampoco debía estar en su piso, ni en su trastero.

Fue al sótano, abrió el trastero de la señora Svendsby y dejó la pistola empaquetada detrás de cuatro tarros de mermelada casera del año 1975.

Cuando cerró la puerta y dejó la llave entre dos vigas del techo, aún no había mirado el arma.

La señora Svendsby tenía mal las caderas y hacía quince años que no bajaba al sótano.

19.10 Restaurante Tranen

El restaurante Tranen ni siquiera había hecho un intento de ponerse de moda. Mientras que todos los cafés cutres de Oslo eran invadidos por pijos que llegaban desde el otro lado de la ciudad para hacer turismo, Tranen seguía siendo demasiado cutre. Su clientela no se había acercado a los barrios bien en su vida, y ahora la mayor parte de ellos ya no se encontraban en condiciones de ir a ninguna parte. Allí estaban, con unas pocas coronas de la asistencia social, las caras amoratadas y unas vidas de las que nadie estaba interesado en saber nada. Hanne Wilhelmsen sabía que, si alguien se tomara la molestia de escuchar, se enteraría de historias desgarradoras. Pero esa gente se limitaba a quedarse allí metiendo ruido, con las mejillas enrojecidas y sus destinos tan cuidadosamente ahogados en alcohol que nunca nadie los descubriría.

Consultó su reloj e intentó no irritarse. En ese momento Øyvind Olve entró por la puerta sin aliento. Miró desconcertado a su alrededor y pareció creer que se había equivocado. En la primera mesa había alguien vestido de vaquero. Vale que se trataba de una mujer y que, a decir verdad, en su vida parecía haber puesto su ancho trasero sobre nada que recordara a un caballo, pero llevaba el disfraz completo. Lucía una brillante cazadora de piel roja con largos flecos de nailon fosforescente y tachuelas que formaban sobre su espalda las palabras DIVINA LOCURA en letra redondilla. En la cabeza llevaba una copia en blanco de un sombrero Stetson, y los vaqueros eran tres tallas demasiado pequeños y casi le impedían estar sentada. Tal vez por eso estaba medio incorporada, inclinada sobre un hombre que por lo visto se negaba a invitarla. O tal vez solo quisiera enseñar sus botas de plástico, blancas y brillantes.

—Dijiste que apoquinarías —farfulló intentando coger por el cuello de la camisa al tipo, con el cráneo cubierto de finas hebras de pelo—. Joder, Barrilete. ¡Mierda! Prometiste que me invitarías.

El hombre intentaba librarse de la supuesta promesa, literalmente. Tiró un vaso de medio litro de cerveza que estaba casi sin empezar y los cinco que estaban sentados a la mesa observaron con horror cómo el preciado líquido desbordaba la mesa y caía al suelo en cascada.

—Joder, Barrilete, ¿qué has hecho? Pues ahora sí que me debes otra —lloriqueó la vaquera.

Øyvind Olve no localizó a Hanne Wilhelmsen hasta que ella le llamó. Aliviado por alejarse del rodeo de la puerta, se dejó caer en una silla frente a ella y soltó su maletín sobre la mesa.

—Øyvind —le reprochó ella con una sonrisa—, ¿cuándo vas a agenciarte algo mejor que eso?

Él observo ofendido su maletín, una cartera pequeña de nailon azul y rojo con el logo del Partido Laborista en una esquina.

—¡Pues a mí me gusta!

Hanne Wilhelmsen echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—¿Te parece bonito? Pero si es espantoso. ¿Te lo han regalado en la convención anual del partido o algo así?

Øyvind Olve asintió desconcertado y dejó el maletín en el suelo, fuera de la vista de la oficial de policía. Hanne le indicó la cerveza que tenía delante con un movimiento de cabeza. Había pedido para los dos.

—¿Por qué querías que quedáramos aquí? —susurró poniendo los ojos en blanco.

—Porque es el único sitio de todo Oslo en el que puedes tener la absoluta seguridad de que nadie va a escuchar ni una palabra de lo que digas —susurró ella a su vez, mirando a su alrededor con gesto conspirador—. Ni siquiera la secreta ha llegado hasta aquí.

—Pero... —dijo mirando el menú grasiento— ¿aquí se puede comer?

—Comeremos luego en otro sitio —le cortó—. La cerveza es como la de cualquier otro lugar. Ahora cuéntame.

Dio un sorbo y puso los codos sobre la mesa mientras se pasaba la lengua por los labios.

—¿De qué va todo este escándalo sanitario? ¿Qué es lo que está pasando realmente?

—Bueno, cuando ocurren cosas como estas suele ser por una lucha de poder y por filtraciones a los peris.

—¿Los peris? Te refieres a la prensa.

—Lo que decían los periódicos de hoy... —dijo Øyvind dibujando un círculo en el vaho del vaso de cerveza—. No lo sabían ni siquiera en presidencia de gobierno. Parece que alguien nos quiere perjudicar.

—¿Perjudicaros? Pero ¿no es cierto lo que dicen?

—Puede que lo sea y, si fuera el caso, lo haríamos público. El problema es que es la comisión de investigación la que tiene que aclararlo, y al hacerse pública tanta información en una fase tan temprana nos va a ser difícil gestionarlo de forma racional.

—¿«Nos»? Te refieres al partido.

Øyvind Olve sonrió casi acongojado.

—Sí, también. Pero sobre todo al gobierno. Se me olvida todo el rato que ya no estoy en presidencia, perdona.

—¿Y cómo puede esto perjudicar al gobierno en la actualidad? Pero si todo aquello ocurrió hace treinta años...

—Al gobierno se le responsabiliza de todo, eso lo sabes bien. Fue el gobierno el que asumió la responsabilidad de investigar este asunto, aunque el Congreso también estuvo a punto de quedarse con esto. Menos mal que Ruth-Dorthe fue rápida y pudo montar una comisión gubernamental antes de que los del Congreso se enteraran de nada. Por aquel entonces el asunto no parecía lo bastante importante. Pero ahora, verás... —Dio un largo trago a su cerveza y soltó un gemido—. Piensa en el escándalo de las escuchas —continuó, bajando la voz aún más—. Cuando por fin se hicieron públicas las conclusiones del informe de la comisión Lund... —volvió a llevarse el vaso a la boca y se bebió la mitad de su contenido—, ¿no viste cómo intentaron transformarlo en «su» triunfo?

—¿Quiénes?

—La oposición. La Izquierda Socialista y el Partido Centrista. Y otros. Como si fuera el Congreso quien hubiera hecho el trabajo y no un juez del Supremo muy competente con un buen equipo. ¡Como si a nosotros no nos interesara una revisión completa y detallada de cualquier posible irregularidad!

—Pero... —protestó Hanne— el gobierno ya había hecho su propia investigación sin resultado alguno.

—Sí —dijo Øyvind Olve dejando el vaso sobre la mesa con un golpe—, pero ¡no fue culpa del gobierno! Joder, no fue Gro en persona quien estuvo revisando archivos y documentos.

Molesto, pidió otra cerveza. En lugar del camarero, se presentó un tipo que no llegaría al metro cuarenta de estatura y que llevaba un esmoquin. Su nariz había conocido tiempos mejores, aunque no podía haber sido mucho más grande. La boca no se distinguía hasta que la abrió haciendo un elegante gesto con su sombrero de copa.

—¡Señores! Me llena de alegría que este disoluto local también reciba la visita de gente de bien. Permítanme que les dé la más cordial bienvenida en nombre del propietario y de la clientela habitual del Tranen.

Se puso el sombrero con las dos manos e hizo una pequeña y estirada reverencia.

—Mi nombre es Pingüino, y seguro que los señores entienden por qué.

Soltó una gran carcajada y se agarró al borde de la mesa con sus dedos cortos y gruesos. El esmoquin estaba viejo y gastado y el fajín gris le apretaba peligrosamente el orondo torso; los brazos y las piernas eran demasiado cortos en proporción al resto del cuerpo. Hanne empezó a buscar su monedero.

—Pero, señora mía —exclamó el hombre escandalizado—, ¿cómo pueden ustedes creer que mi pequeña expedición hasta su mesa haya sido por motivos egoístas? Mi única razón es desear a esta pareja una feliz estancia.

El hombre bajito miró mal el monedero de Hanne y ella lo volvió a meter en el bolso a toda prisa.

—Muy bien —asintió satisfecho—. Les dejo con su buena conversación y su dorado elixir, y expreso mi más profundo deseo de que los señores vuelvan pronto por aquí.

Chasqueó los dedos y el camarero apareció al momento con dos cervezas sin que Hanne ni Øyvind las hubieran pedido.

—Deja ya de molestar a la clientela, Pingüino —dijo el camarero malhumorado—. ¡Lárgate!

—No nos molesta —dijo Hanne, aunque no sirvió de nada.

El camarero se llevó a empujones al hombrecillo hacia el otro extremo del local.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó Hanne echando el trago que le quedaba de cerveza en el vaso que le acababan de traer.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Øyvind sin poder apartar los ojos del personaje vestido de esmoquin.

—¡Estás en la ciudad! —rio Hanne con malicia—. En el campo no tenéis de esto.

—Sí, tenemos —murmuró Øyvind—, pero no visten de esmoquin.

—Me estabas contando algo.

Øyvind siguió mirando a aquel tipo tan raro.

—Gobernar es un desagradable ejercicio de equilibrismo —dijo por fin—. En todos los sentidos. Sobre todo cuando el desgaste es tan grande como en nuestro partido. Se nos responsabiliza de todo, de todo lo malo. El país está bañado en leche y miel, y aun así todo el mundo está cabreado con el Partido Laborista. Este escándalo sanitario...

Consultó su reloj y se puso la palma de la mano sobre el estómago.

—¿Hambre? —preguntó Hanne Wilhelmsen.

—Sí.

—Luego. Primero cuéntame.

—Vale —prosiguió Øyvind Olve—. Si es cierto que ocurrió algo malo en 1965, por supuesto que estamos interesados en que salga a la luz. Todos. Por muchas razones. Hay que asumir responsabilidades y, sobre todo, aprender de los errores, aunque se cometieran hace tantos años. Pero es importante que las cosas ocurran en el momento adecuado. Al haberse filtrado tanta información a la prensa el gobierno tiene que pasar a la defensiva... ¡Joder, Hanne! En presidencia no sabían nada de esto que se ha publicado hoy.

—Sigo sin entenderlo —dijo Hanne—. En todo caso, afectaría a... ¿Quién estaba en el poder en el sesenta y cinco?

—El último de la saga de los Gerhardsen fue sucedido por Borten —murmuró Øyvind—, pero eso ahora no tiene importancia. La clave es que el gobierno actual parece falto de iniciativa, parece que no está informado de cosas que sí han averiguado los periódicos, y ese es un indicio de debilidad. O por lo menos así lo ve la gente de los medios, y eso es lo que importa.

Øyvind volvió a regurgitar cerveza.

—Tienes que hacer algo por tu sistema digestivo —dijo Hanne.

—Y cuando hoy han relacionado el escándalo sanitario con el asesinato de Birgitte... ahora sí tenemos problemas de verdad.

Se inclinó sobre la mesa y su rostro quedó a unos veinte centímetros del de Hanne.

—Pero seguro que eso es una tontería —objetó Hanne.

—¿Tontería? Seguramente, pero... ¡da igual! Mientras los periódicos lo conviertan en un mismo caso, la gente creerá que lo es. Sobre todo ahora que parece que...

Se echó hacia atrás de golpe y miró hacia la barra, como si no tuviera intención de decir nada más.

—Parece ¿qué? —susurró Hanne.

—Que la policía no tiene ni idea de qué es lo que ha pasado en el caso Volter —dijo Øyvind despacio—. ¿O sí lo sabéis?

Hanne dibujó un corazón en la humedad que el vaso de cerveza había dejado sobre la mesa.

—No me mezcles a mí con la policía. Ahora no estoy trabajando.

Øyvind Olve se agachó inesperadamente y puso el ridículo maletín de nailon sobre la mesa. Abrió la cremallera y sacó tres folios que dejó frente a Hanne.

—Claro. No estás trabajando. Entonces ya me dirás qué hago con esto.

Empujó los documentos hacia ella.

—¿Qué es? —preguntó Hanne, dándoles la vuelta.

—Algo que encontré en el despacho de Birgitte. Tuve que revisar todos los documentos, muchos de ellos trataban de temas políticos comprometidos. Esto estaba metido entre dos carpetas rojas.

—¿Carpetas rojas?

—Asuntos clasificados como reservados.

Los folios recogían una serie de nombres escritos en braille seguidos de lo que parecían fechas.

—Fechas de nacimiento y de fallecimiento —explicó Øyvind Olve—. Está claro que tiene que tratarse de una lista de las muertes súbitas ocurridas en 1965. Y mira aquí...

Cogió los papeles, fue a la tercera página, y buscó un momento con la mirada antes de volver a ponerlos frente a Hanne y señalar.

—Liv Volter Hansen. Nacida el 16 de marzo de 1965, fallecida el 24 de junio de 1965.

—Pero ¿qué es esto?

—Después de dar muchos rodeos y con un montón de medias verdades, he podido averiguar que este listado lo ha confeccionado la comisión Grinde. Los padres de esos niños habían sido seleccionados mediante un programa informático e iban a ser entrevistados en profundidad sobre la salud de sus hijos, comportamiento, hábitos

alimentarios, etcétera... hasta el momento de su muerte. Una elección aleatoria, con fines estadísticos. Y, también por casualidad, la primera ministra de la nación estaba incluida en ese grupo. Pero lo más interesante es que el listado no estuvo terminado hasta el 3 de abril: el día anterior al asesinato de Birgitte. La única manera en que esto pudo llegar a sus manos es que Benjamin Grinde se lo diera. He comprobado todas las posibilidades restantes. Correos, actas de reuniones... todo. Tuvo que haberla conseguido a través de Grinde. Y mira esto...

Volvió a señalar una de las hojas. En el margen de la primera página había unas palabras garabateadas: «Otra persona???». «¿Qué decir?».

—¿Qué demonios querrá decir esto? —preguntó Hanne, más para sí misma que para Øyvind.

—No tengo ni idea —contestó él de todas formas—, pero es la letra de Birgitte. ¿Qué hago?

—Vas a hacer lo que deberías haber hecho desde el primer momento —dijo Hanne en voz alta y cargada de reproche—. Vas a entregar estos documentos a la policía. Ahora mismo.

—Pero si íbamos a comer algo —se quejó Øyvind.

20.00 Comisaría de Oslo

Per Volter había empezado a perder pelo. Billy T. podía verlo con claridad, en la coronilla. Era solo cuestión de tiempo que el joven comenzara a quedarse calvo. Pero ahora Billy T. no estaba seguro de qué hacer. Per Volter llevaba casi diez minutos con la cabeza hundida entre los brazos, echado sobre el escritorio del inspector, sin dejar de llorar. La situación se había originado por un pequeño comentario del policía:

—Creo que tienes varias cosas que explicarme.

—¿Crees que maté a mi madre? —había gritado Per Volter, antes de echarse a llorar convulsamente.

Y nada pareció servir de ayuda. Billy T. le había asegurado que no lo estaba acusando. Para empezar, su coartada era indestructible: veinte soldados y tres oficiales podían jurar que el chico se encontraba en una tienda de campaña en la meseta de Hardanger cuando se efectuó el disparo en el despacho de la primera ministra. Por otra parte, no había ningún indicio de que pudiera tener un motivo para hacerlo. Y lo tercero era que, de ser un asesino, no habría dicho que el arma no registrada era suya.

Billy T. había repetido todo aquello varias veces, sin que sirviera de nada. Al final se rindió y decidió que Per Volter llorara todo lo que necesitara. Parecía que iba para largo.

Billy T. se examinó las uñas y consideró la posibilidad de ir al baño. Cuando ya se había decidido y se estaba levantando, Per Volter sorbió con fuerza y alzó la

cabeza. Tenía la cara desencajada, roja e hinchada.

—¿Estás un poco mejor? —preguntó Billy T., y volvió a sentarse sin hacer ruido.

Per Volter no contestó, pero se secó la cara con la manga en una especie de mudo asentimiento.

—Toma —dijo Billy T. ofreciéndole pañuelos de papel—. Por lo visto, mantienes tus armas y tu equipamiento en un estado impecable.

El halago venía reforzado por una sonrisa de aprobación, pero no pareció tener un efecto reconfortante en Per.

—¿Habéis estado allí? —preguntó mirando el pañuelo empapado.

—Sí. Dos agentes han estado en casa de tu padre y han escrito un informe que habla de un mantenimiento ejemplar. Las armas en un armario cerrado con llave, la munición en otro. Las cinco armas correctamente registradas.

—Ese registro vuestro es un chiste —murmuró Per Volter—. Que yo sepa es solo para este distrito y ni siquiera está informatizado.

—Estamos esperando la nueva ley de control de armas —dijo Billy T. y sirvió dos tazas de café de un termo de acero. Empujó hacia Per una de ellas, negra y con una foto de Franz Kafka—. Pero... ¿por qué? —añadió, tras dudar un momento.

Per levantó la vista haciendo una mueca porque se había quemado la lengua.

—Por qué ¿qué?

—¿Por qué no habías registrado el Nagant?

Per soplabla el café, pero seguía estando demasiado caliente y lo dejó con cuidado encima de la mesa.

—No llegué a hacerlo. Las otras armas son compradas, mientras que el Nagant fue un regalo. De cuando cumplí dieciocho años. Era de mi abuela materna. Participó muy activamente en la guerra, estuvo en el frente de Finnmark y todo, y solíamos decir que el Nagant era su medalla.

El joven sonrió tímidamente y un leve gesto de orgullo apareció un momento en su rostro.

—Operó a un ruso herido y le salvó la vida. ¡Y ni siquiera era médico! Fue en el otoño de 1943, y el hombre no tenía otra cosa que darle que su arma. Se llamaba Kliment Davidovitsj Raskin. —Ahora sonreía abiertamente—. Cuando era niño me parecía que ese nombre molaba mucho. La abuela le buscó varias veces después de la guerra. A través de la Cruz Roja, del Ejército de Salvación y todo eso. Nunca le encontró. Murió cuando yo tenía dieciséis años. Una mujer estupenda. Ella... —Sus ojos amenazaron con volver a desbordarse y le dio otra oportunidad al café—. El Nagant fue el regalo de cumpleaños de mi madre cuando cumplí los dieciocho —murmuró mirando el fondo de su taza—. Es el mejor regalo que me han hecho nunca.

—¿La has disparado alguna vez?

—Sí. La munición es bastante especial, hay que encargarla. La habré disparado... unas seis o siete veces. Más que nada por darle uso. Es un arma muy poco precisa, y antigua. La abuela nunca la utilizó.

De nuevo le invadió el recuerdo de alguien que ya no estaba. Brotaron lágrimas de su ojo derecho, pero permaneció erguido.

—¿Por qué estás tan cabreado con tu padre, Per?

En el momento en que hizo la pregunta saltaron todas las alarmas internas de Billy T. El chico debería ser informado de que no tenía obligación de declarar contra su propia familia. Aun así, Billy T. no retiró la pregunta.

Per Volter miraba por la ventana. Sostenía la taza de café junto a su cara sin beber de ella. Parecía que el vapor le hacía bien, y cerró los ojos con agrado ante la humedad que se depositaba sobre su rostro enrojecido.

—Cabreado es poco —dijo con voz queda—. Es una mierda de hombre. Engañó a mi madre y a mí me mintió.

Clavó sus ojos en Billy T. Eran de un azul intenso, y por un perturbador instante Billy T. sintió que estaba viendo un fantasma: el chico se parecía a su madre.

—Papá estaba liado con Ruth-Dorthe Nordgarden.

Escupió el nombre como si le costara un gran esfuerzo pronunciarlo.

Billy T. no dijo nada, pero sintió que su corazón se aceleraba, una incómoda vibración que le hizo llevarse instintivamente la mano al pecho y apretar los labios.

—No tengo ni idea de si lo suyo duró mucho —continuó Per—. Pero les pillé *in fraganti* en casa el otoño pasado. Papá no lo sabía, no sabía que les oí. Se lo conté el otro día. Vaya mierda...

Dejó la taza sobre la mesa con un golpe, apoyó los codos en los muslos y hundió la cara entre las palmas. Se balanceó despacio, adelante y atrás, mientras hablaba a sus manos.

—Ni siquiera sé si mamá lo sabía.

No dijo nada más. Hacía demasiado calor en el pequeño despacho, el calor se pegaba a la piel y Billy T. seguía sintiendo la alarmante punzada a la izquierda de las costillas. Intentó levantar el brazo, pero le provocó un dolor que le hizo detenerse.

—Ojalá tuviera una familia normal —susurró Per con voz apenas audible—. Ojalá no tuviera que leer sobre nosotros en los periódicos. Sobre...

—Sobre tu hermana —completó Billy T.

El dolor se había moderado algo, pero su corazón seguía latiendo con fuerza a un ritmo desconocido.

Per Volter se apartó las manos de la cara y volvió a mirar a Billy T. directamente a los ojos. El parecido con su madre era escalofriante.

—No sabía nada de mi hermana hasta que lo leí en el periódico —dijo con voz inexpresiva—. ¡Nada! ¡No sabía que tuviera hermanos! ¿No tenía derecho a saberlo? ¿Eh? ¿No crees que deberían haberme contado que una vez tuve una hermana?

Ahora casi gritaba. La voz se le quebraba y le salían gallos.

Billy T. asintió, pero no dijo nada.

—Siempre creí que mi madre trabajaba tanto por... su sentido del deber. El partido y la nación y todo eso. Ahora creo...

Rompió a llorar otra vez. Se resistía, tragaba saliva y se frotaba los ojos. Su cuerpo estaba demasiado agotado para soportar otra ronda de llanto. Pero resistirse no sirvió de nada. Las lágrimas y los mocos brotaban y las mangas de su camisa estaban demasiado empapadas como para absorber algo cuando apretaba la cara contra sus antebrazos.

—Yo creo que en realidad no me quería tanto. Si había podido olvidar a un bebé hasta el punto de no mencionarlo nunca, no es extraño que de vez en cuando también se olvidara de mí. No nos quería a ninguno de los dos.

—Creo que te equivocas, y mucho —intentó calmarlo Billy T., aunque se daba cuenta de que su voz sonaba débil y poco convincente—. Que no se hable de alguien no quiere decir que no se le quiera. Debes recordar que...

—¿Puedes imaginarte lo que es leer algo así en el periódico? —le interrumpió Per Volter—. ¿Eh? ¿Leer sobre los asuntos familiares más secretos de los que yo no sabía nada? ¡Odio a mi padre! ¡Odio a ese hombre!

Billy T. guardó silencio. No sabía qué decir. El dolor del joven era tan intenso e imposible de manejar que no cabía en ninguna parte. Estaban en un despacho demasiado caluroso y cerrado, era como si pudiera explotar en cualquier momento.

Billy T. sabía que debía dejar que el chico se siguiera desahogando. Sabía que debía sacarlo de allí, darle algo de comer y de beber, y llevarlo a un lugar donde pudiera continuar hablando, donde tuviera con quién hablar. Ahora que se había desencadenado la gran erupción, Per Volter debería tener la oportunidad de vomitar todo lo malo que llevaba dentro.

Pero Billy T. estaba demasiado agotado. No podía más. Cerró los ojos mientras pensaba cómo iba a ser capaz de llegar hasta su cama.

—Haré que alguien te lleve a casa —dijo en voz baja.

—No quiero ir a casa —contestó Per Volter—. No sé adónde quiero ir.

23.20 Calle Vidar, 11c

No podía dormir. Pensaba en el arma escondida detrás de los tarros de mermelada en el trastero de la señora Svendsby. Aunque estaba más segura allí que en el suyo, el escondite no le gustaba. Debería estar en la cabaña.

El hombre del periódico también le preocupaba. No era como los otros. No parecía interesado en él, no de esa manera. Pero aun así le había estado observando. Y eso le hacía sentirse muy intranquilo.

Brage Håkonsen se dio la vuelta y notó que la sábana empezaba a estar húmeda de angustia. Gimió desesperado y se levantó de la cama. Tenía muchas ganas de llamar a Tage. Necesitaba ayuda del exterior. Sería lo más seguro. Pero no podía llamar. Su teléfono podía estar intervenido. El móvil era otra opción, pero, por otro lado, aunque la policía no pudiera escuchar la conversación, podría averiguar adónde

había llamado. Por eso preferían las cabinas de teléfono y las cartas cifradas que quemaban nada más leerlas.

Era como si tuviera el cuerpo lleno de hormigas. Le picaba la piel y dio vueltas por el piso, rascándose la tripa inquieto. Al final se montó en la bicicleta estática y puso la resistencia a tope. Pedaleó y pedaleó, y después de hacer un par de kilómetros sus músculos empezaron a relajarse. El sudor se pegaba a su cuerpo semidesnudo y su respiración era pesada y rítmica.

Llamaron a la puerta.

Brage Håkonsen se quedó rígido, soltó los pedales y dejó que siguieran dando el último par de vueltas hasta pararse.

No pensaba abrir. No tenía ni idea de quién podía ser, pero la intranquilidad y la desagradable tensión de antes habían vuelto, unas contracciones en el estómago que de pronto le hicieron echarse a temblar. Lentamente volvió a meterse en la cama, pero no se atrevía a apagar la luz. Cualquier cambio en el apartamento que pudiera verse desde el exterior delataría que había alguien en casa.

Volvieron a llamar, con firmeza e insistencia.

Permaneció inmóvil. Se negaba a abrir. Nadie debería llamar a la puerta tan tarde. Tenía todo el derecho a no abrir. De pronto se acordó de las revistas pornográficas, y cuando se incorporó sin hacer ruido, mirando el considerable montón de ellas que tenía en la mesilla de noche, le preocuparon más que la pistola del sótano. Se levantó deprisa, sigilosamente, alzó el colchón y escondió las revistas entre las tablas de madera del somier.

Volvieron a llamar una tercera vez. Con furia, ininterrumpidamente durante un minuto.

No tenía nada en la casa por lo que pudieran detenerle. No tenía ningún asunto pendiente con nadie. Tendría que abrir.

Se puso un albornoz azul oscuro con rayas negras y se ató el cinturón mientras iba hacia la puerta.

—Ya va, ya va —murmuró mientras quitaba la cadena de seguridad para abrir.

Eran dos hombres. Los dos tendrían unos cuarenta años. Uno llevaba un traje entre marrón y gris y corbata; el otro, pantalón y chaqueta con el cuello de la camisa abierto.

—¿Brage Håkonsen? —preguntó el del traje.

—Sí.

—Somos de la policía.

Los dos le mostraron una tarjeta plastificada con su foto y el león del escudo de armas.

—Estás arrestado.

—¿Arrestado? ¿Por qué?

Brage Håkonsen dio instintivamente un paso atrás, y los dos hombres se deslizaron hacia el interior. El que iba vestido de sport cerró la puerta sin hacer ruido.

—Por adquisición ilegal de armas.

El hombre le tendió una hoja azul, pero Brage se negó a cogerla.

—¿Arma? ¡Yo no tengo ninguna maldita arma!

—Lo que no tienes es permiso de armas —dijo el más alto de los dos.

—A pesar de eso compraste un arma esta tarde, en el parque Sten.

Joder, ¡joder! El del periódico no era un maricón de mierda, era policía.

—No es cierto —dijo Brage Håkonsen, pero fue a vestirse.

Ni siquiera le dejaron ir solo al dormitorio; el alto le siguió y no le perdió de vista hasta que estuvo listo para ir a Grønnlandsleiret, 44.

Miércoles, 16 de abril de 1997

09.15 Comisaría de Oslo

—Cuánto tiempo sin verte —bromeó Billy T. con Severin Heger, agachándose para ayudarlo a recoger las carpetas que se le habían caído.

—Podrías mirar por dónde vas —protestó el agente Heger, aunque sin dejar de devolverle la sonrisa.

—¿Dónde te has metido últimamente? —preguntó Billy T., mirando inquisitivamente a su colega.

Severin Heger llevaba cuatro años trabajando en la secreta. Era el único agente de la unidad de inteligencia con el que Billy T. se llevaba bien, y eso tenía su origen en una historia muy especial. Eran de la misma edad y habían ido juntos a la academia de policía. Los dos medían más de dos metros y conducían una Honda Goldwing, y cuando Billy T. fue declarado campeón extraoficial de Noruega de kárate de contacto en 1984, Severin había quedado segundo. La tarde en que les hicieron entrega de sus títulos y añadieron orgullosos una banda dorada a los hombros hasta entonces desnudos de su uniforme, habían salido de juerga con un montón de gente. De madrugada, Severin había hecho un torpe intento de acercamiento sexual en plena borrachera. Billy T. había declinado la oferta de una forma bastante refinada y considerada, pero cuando Severin se derrumbó llorando desconsolado, Billy T. le cogió por los hombros y le llevó a su casa, donde preparó tres cafeteras en una larga noche de desesperación sin límites y palabras de consuelo. Cuando el sol apareció entre las nubes por el este, los dos ya estaban completamente sobrios, sentados con las piernas colgando de la cornisa de su pequeño apartamento de Etterstad. Entonces Severin se levantó de repente para traer su modesto trofeo de plata con la inscripción de subcampeón, y soltó:

—Quiero que lo tengas tú, Billy T. Es mi primer trofeo y lo mejor que tengo. Muchas gracias.

Después de aquello no habían tenido mucho trato, tan solo un saludo de vez en cuando y una palmada en el hombro por el pasillo, y en muy contadas ocasiones una cerveza de verano helada. Ninguno de ellos había vuelto a mencionar aquella noche de verano de muchos años atrás. El trofeo de plata reposaba en una estantería del dormitorio de Billy T., junto con una huevera que le regalaron por su bautizo y un zapatito de plata que había pertenecido a su hijo mayor. Por lo que Billy T. sabía, aquella noche Severin había tomado una determinación, totalmente contraria a lo que Billy T. le había aconsejado. Severin Heger vivía en celibato, y Billy T. nunca había oído ni el más mínimo comentario malintencionado sobre su antiguo camarada.

—Estoy trabajando en lo mismo que tú, supongo —dijo Severin—. Es lo que

hacemos todos, ¿no?

—Supongo. ¿Estás bien?

Severin Heger se mordió el labio y miró a su alrededor. La gente pasaba a su lado muy ocupada, algunos levantaban la mano a modo de saludo, otros soltaban un alegre «¡Hola!» al llegar a su altura.

—¿Tienes tiempo para un café? —preguntó Severin de repente.

—No, pero sí, gracias —dijo Billy T. con una media sonrisa—. ¿En la cafetería?

Se sentaron al fondo, junto a las puertas que daban a la terraza. El día era frío y amenazaba lluvia, así que pudieron estar tranquilos.

—Supongo que lo estáis pasando en grande allá arriba —dijo Billy T. mirando hacia el techo—. Seguro que nunca os habíais divertido tanto.

Severin le miró muy serio.

—No entiendo por qué te muestras tan negativo hacia nosotros. Mis colegas son gente honrada y muy trabajadora, igual que vosotros.

—No tengo nada en contra de ti. Lo que pasa es que no soporto todo vuestro secretismo. Por ejemplo en este asunto. Tengo la sensación de que ni siquiera el responsable de coordinar la investigación sabe exactamente qué teorías estáis barajando. Lo más frustrante de trabajar en este caso es que nadie parece tener toda la información, pero por lo menos nosotros intentamos informarnos los unos a los otros.

Severin no contestó, pero no apartaba la vista de Billy T. mientras se rascaba el dorso de la mano.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Billy T., y se echó Coca-Cola en el vaso tan deprisa que se derramó. El líquido oscuro y espumoso se extendió por la mesa—. Joder —murmuró.

Trató de limpiarlo un poco con el canto de la mano y luego se la secó en el pantalón.

Severin se inclinó hacia él mirando la porquería que quedaba sobre la mesa.

—Ayer pescamos a un extremista —dijo en voz baja—, un tipo que compró un arma sin registrar de manera sospechosa en un parque, y que creemos que es el líder de un grupo neonazi. Está claro que tiene trato con un sueco de su misma calaña, y ese sueco... —Severin sacó un pañuelo y empezó a secar la mesa—. Ese sueco estuvo en Noruega tres días antes del asesinato de Birgitte Volter, y volvió a Svealand el día después.

Billy T. le miraba como si acabara de contarle que iba a casarse con la princesa Marta Luisa.

—¿Qué coño estás diciendo?

Severin Heger le lanzó una mirada de advertencia mientras dos mujeres pasaban a su lado para comprobar si, pese a todo, sería posible sentarse fuera. Cambiaron de opinión en cuanto asomaron la cabeza por la puerta, y volvieron a la barra, que estaba a unos veinte metros.

—Y eso no es todo —dijo Severin, que ahora hablaba casi en susurros—.

Tenemos motivos para creer que el tipo que detuvimos ayer conocía de algo al vigilante de la sede del gobierno. El que murió el otro día en un alud. ¿Has oído hablar de él?

—¿Oído? —Billy T. intentó moderarse, pero el entusiasmo le deformaba la voz. Bufó—: ¡No es que haya oído hablar de él! ¡Es que le interrogué, maldita sea! Y no he parado de insistir en que le investiguemos más a fondo. ¿Es cierto? ¿De verdad hay una conexión?

—No lo sabemos seguro —dijo Severin haciendo un gesto con la mano para intentar calmar a Billy T.—, pero tenemos motivos para creer que sí. ¿No es eso lo que suele decirse cuando uno no puede contar cómo ha averiguado algo?

—Pero ¿habéis conseguido sacarle algo al tipo?

—Nada de nada, cero patatero. Registramos su apartamento. No había nada más que literatura sospechosa en las estanterías y revistas porno debajo de la cama. Ningún arma. Nada ilegal.

—¿Podéis retenerle?

—Lo dudo. El nuevo reglamento sobre armas va lentísimo. Ahora las penas son tan leves que tendremos problemas para retenerle aquí hasta la tarde. Luego habrá que vigilarle y esas cosas. Dios sabe lo que podremos sacar en limpio. Los del país vecino interrogaron a Tage Sjögren, el sueco. Estuvo bajo custodia dos días y le dieron mucha caña, pero el tío no dijo nada y tuvieron que dejarle marchar.

Consultó su reloj y pasó el pulgar por el cristal.

—Tengo que irme.

—¡Eh, Severin!

Billy T. le agarró del brazo cuando pasaba por su lado.

—¿Cómo te va la vida? —dijo en voz baja.

—Yo no tengo vida. Trabajo en la secreta.

Severin Heger esbozó una sonrisa, liberó su brazo y salió casi corriendo de la cafetería.

17.19 Calle Vidar, 11c

Brage Håkonsen sabía que iban a controlar cada paso que diera los días siguientes. Le estarían vigilando en todas partes, y todo lo que hiciera sería registrado y acabaría en un despacho de la última planta de la comisaría. De alguna manera tendría que vivir con eso. No estaba ni mucho menos tan alterado como esperaba, fue peor cuando le confundieron con un manifestante contra la caza de ballenas. Al fin y al cabo ahora se trataba de algo en lo que creía, y habría sido ingenuo pensar que, con lo que estaba haciendo, nunca llamaría la atención de nadie. Solo tendría que ser aún más prudente. Había sido muy sensato no decir nada. Fue su abogado quien se lo aconsejó, un tipo mayor con pinta de infeliz, pero que compartía sus opiniones sobre más de un tema.

El policía se había puesto de muy mala leche por su elección de abogado, y pasaron varias horas hasta que por fin le dejaron reunirse con él. Lo último que le dijo el abogado fue que tuviera cuidado en los próximos días. Cuando se lo dijo le había guiñado el ojo derecho, casi escondido bajo unas espesas cejas.

La pasma no había encontrado el arma. No habían bajado al sótano para buscarla, pero estaba claro que le hubieran hecho responder por ello si supieran dónde estaba. La dejaría allí una temporada.

La primera consecuencia de su detención era que el atentado tendría que ser aplazado. Era lamentable, por varias razones. Por un lado, el efecto sería menor cuanto más tiempo pasara entre la muerte de Volter y el nuevo golpe. Por otro, siempre era complicado modificar un plan tan detallado. Además, había tomado la decisión de cambiar de colaborador; Reidar era de toda confianza, pero a Brage no le había llevado mucho tiempo constatar que no era muy espabilado. Cuando Tage le dijo al despedirse que estaba a su disposición cuando él quisiera, subrayando la importancia de colaborar a escala internacional, se le ocurrió la idea. Lo harían ellos dos. Tage y él. Tal vez hasta fuera ventajoso aplazarlo; seguro que Tage tendría algunas propuestas para mejorar el plan.

La sola idea le aturdió, y se echó a reír cuando miró por la ventana y vio que había dos hombres sentados en un Volvo al otro lado de la calle.

Sabía cómo llegar hasta la cabaña. Solo tendría que esperar un par de días.

Viernes, 18 de abril de 1997

12.07 Sala de prensa de la sede del gobierno

—Por los pelos.

Edvard «Loffen» Larsen tuvo que reprimirse para no soltar un suspiro de alivio cuando pasó junto al montón de fotógrafos que estaban a la puerta de la gran sala esperando que apareciera la ministra.

Había tenido que recurrir a todo su ingenio y astucia acumulados durante años para hacerle comprender que la comparecencia debería llevarse a cabo como él decía. Ruth-Dorthe Nordgarden había insistido mucho: Loffen leería una declaración de su parte, luego entraría ella y contestaría a las preguntas de la prensa durante diez minutos.

—Pero, Ruth-Dorthe —intentó explicarle—, resultará muy extraño que yo, que soy un simple funcionario del ministerio, lea unas declaraciones tuyas, que eres política. ¡Sería muy raro!

—Pero es que no soporto la idea de leer en voz alta delante de un montón de gente que me observa —se quejó—. ¿Qué más da que no sea algo habitual? Lo importante es que tendrán la información sobre lo que estamos haciendo.

Le había llevado media hora convencerla, y era el tiempo que tendría que haber dedicado a prepararse. Pero, al menos, al final recuperó la sensatez.

Loffen Larsen se abrió camino entre los numerosos periodistas presentes y subió a la tarima. Llevaba la corbata torcida y uno de los faldones de la camisa se le había salido del pantalón. Intentó devolverlo a su sitio con discreción, después de que una buena amiga, reportera de televisión, le hiciera bajar la mirada con las muecas que le dirigió desde la segunda fila.

Sobre la mesa estaba la prensa del día. Ya la había leído. A fondo. Todos los periódicos estaban hasta arriba de información sobre el escándalo sanitario, y la redacción del KA había dedicado toda su portada a una foto en color de un matrimonio de unos sesenta años, acucillados a ambos lados de una pequeña lápida blanca coronada por un ángel. Sobre la piedra estaba grabado en oro el nombre de Marie, y debajo decía: «Nacida el 23 de mayo de 1965, fallecida el 28 de agosto de 1965. Nunca te olvidaremos». El titular que presidía la foto clamaba: ¿QUIÉN ES EL RESPONSABLE DE LA MUERTE DE LA PEQUEÑA MARIE? Loffen Larsen tomó asiento mirando hacia la puerta. Por fin apareció Ruth-Dorthe Nordgarden, bañada en la formidable luz de innumerables flashes. Se tapó la cara con el brazo, como si fuera camino de prisión preventiva por un grave delito y no quisiera ser reconocida.

«¡Dios mío! —pensó Loffen Larsen—, van a salir unas fotos estupendas».

Se pasó la mano por los ojos y luego ayudó a Ruth-Dorthe a ocupar su asiento. El

responsable de comunicación miró a los presentes con los ojos entornados y gesticuló con las manos para hacer que pararan los flashes. Tosió y miró los documentos que tenía delante.

—Bienvenidos a esta conferencia de prensa —empezó, poniéndose de pie—. La ministra Nordgarden les hará una breve presentación de lo que sabemos hasta ahora de la muerte súbita de recién nacidos en 1965. Serán unos diez minutos. Luego podrán hacer preguntas.

Dedicó un gesto de ánimo a Ruth-Dorthe, pero esta estaba concentrada en sus papeles. Dio dos pasos hacia ella y puso con cuidado la mano sobre su hombro.

—Cuando quiera, ministra.

La voz de Ruth-Dorthe sonaba débil y se la notaba muy nerviosa. Sus grandes ojos de un azul infantil no paraban de moverse entre los presentes, hasta que los centró en los documentos que tenía delante y la cosa empezó a ir un poco mejor.

—A tenor de las informaciones publicadas por la prensa en los últimos días, considero necesario explicar las circunstancias históricas relacionadas con la compra por parte del Estado noruego de la vacuna triple vírica en 1964 y 1965. Quiero recalcar que esta información no hará referencia a la labor de la comisión de investigación, que como saben está casi terminada. Solo daré datos concretos.

Levantó un momento la vista, un gesto estudiado que no resultó convincente, y luego le costó volver a encontrar por dónde iba leyendo.

—El gobierno quiere que todo este asunto sea conocido por la opinión pública —continuó cuando por fin logró retomar el hilo de la lectura—. El ministerio ha trabajado intensamente en un breve lapso de tiempo para evitar más especulaciones. Espero que pronto podamos dar este asunto por zanjado a fin de que nos sea posible centrar la agenda de trabajo en temas más actuales.

Loffen Larsen cerró los ojos frustrado. Cuando le dieron el texto para revisarlo había tachado esa frase, explicándole educadamente a Ruth-Dorthe que lo último que debía hacer era quitarle importancia al asunto. Estaba claro que no le había hecho ningún caso.

—En 1965 se compró una cantidad limitada de la vacuna triple vírica. Los proveedores fueron los prestigiosos laboratorios holandeses Achenfarma. El importador fue la Agencia Estatal de la Sanidad Pública. Hacia finales de 1965 llegaron informes que hablaban de que durante ese año se habían producido unas cifras anormalmente altas de muerte súbita entre bebés. En ese momento se retiró la partida de la vacuna triple vírica, aunque, insisto... —soltó un par de gallos y tuvo que carraspear dos veces antes de poder continuar—, insisto en que no se había demostrado ninguna relación de causa-efecto entre la vacuna triple vírica y las muertes. Se hizo por precaución. Investigaciones posteriores han demostrado que el conservante utilizado en la vacuna estaba contaminado. Al año siguiente se firmó un acuerdo de compra de la vacuna con un prestigioso laboratorio farmacéutico estadounidense.

Ruth-Dorthe aceleró el ritmo. Leía tan deprisa que para algunos de los periodistas era difícil seguir su discurso, y un rumor de protesta se extendió por la sala. Loffen Larsen escribió dos palabras en un posit amarillo y lo dejó frente a la ministra con mucha discreción.

Por un momento, esta perdió el hilo, pero captó el mensaje, y cuando reanudó la lectura fue a un ritmo más lento.

—Los daños causados por la vacuna de Achenfarma no han sido conocidos por la opinión pública hasta ahora. El Ministerio de Sanidad informa de que resulta crucial que la población mantenga la confianza en los programas de vacunación. Si más del diez por ciento de la población dejara de vacunarse, se perdería su efecto preventivo. Les recuerdo que las vacunas que por sistema se administran en Noruega tienen como objetivo proteger de enfermedades graves, algunas potencialmente mortales, y no hay ninguna razón... —y recalcó la importancia de lo que estaba diciendo dando un golpe en la mesa—, ninguna en absoluto, para no confiar en las vacunas que hoy día se aplican a niños y jóvenes.

Se hizo un silencio absoluto. Luego se desató la tormenta. Loffen Larsen tuvo que ponerse de pie, y solo después de un minuto de explicar esforzadamente que todos tendrían oportunidad de hacer sus preguntas, consiguió calmar los ánimos. Las preguntas llegaron en tromba: desde el derecho a pedir indemnizaciones, hasta si esa compañía, Achenfarma, aún existía. El periodista del *Dagbladet* quería saber si el Ministerio de Sanidad había tenido conocimiento todos estos años de la relación entre los fallecimientos y la vacuna triple vírica, o si lo habían sabido como consecuencia del trabajo de la comisión. El *Bergens Tidende* estaba representado por un cascarrabias que hacía unas preguntas excesivamente detalladas, provocadoras y, de momento, innecesariamente conspiratorias.

Ruth-Dorthe asombró a Loffen con una calma y sensatez que nunca le había visto hasta ahora. No se dejó desconcertar y contestó con tanta claridad como podía esperarse. Loffen empezó a relajarse. Al final, aquello no iba a ir tan mal. Lo único que le causaba cierta preocupación era que Liten Lettvik estaba sentada en la primera fila, inmóvil, sin apuntar nada. Solo cuando el aluvión de preguntas se hubo calmado un poco, se levantó de pronto y pidió la palabra. Ruth-Dorthe le dedicó una amable sonrisa y le dijo «Adelante» antes de que Loffen pudiera hacerlo.

—He observado con mucho interés que la ministra quiere sacar a la luz todos los detalles históricos —empezó, notando con satisfacción que los demás periodistas se callaban como muertos y la observaban. Hasta los fotógrafos hicieron una pausa. Todos querían escuchar a Liten Lettvik; después de todo, era ella la que había destapado el asunto—. Y esto de la compra de la vacuna es un punto interesante. ¿Está segura de que fue Achenfarma quien fabricó la vacuna?

Ruth-Dorthe parecía desconcertada; un pequeño tic empezó a subir y bajar por su mejilla izquierda.

—Sí —contestó—, sí, fue allí donde se compró.

—Pero yo no pregunto dónde se compró la vacuna —dijo Liten Lettvik, bien plantada sobre sus piernas abiertas y con el cabello rebelde disparado en todas direcciones. Todo su cuerpo parecía rebosar de entusiasmo, como un perro de caza demasiado viejo y gordo que enseñara a unos cachorros cómo se hacían las cosas—. Pregunto quién la fabricó.

—Bueno, sí —dijo Ruth-Dorthe Nordgarden, pasando las hojas que tenía delante. No encontró nada y miró a Loffen en busca de ayuda. Él negó con la cabeza y se encogió de hombros—. No, bueno, fabricado... ¿Es que también hay subcontratas en la industria farmacéutica?

—¿La ministra me está haciendo una pregunta? —inquirió Liten Lettvik—. En ese caso puedo informarla de que la vacuna que costó la vida a tal vez mil bebés en 1965 fue producida en la República Democrática de Alemania por una empresa llamada Pharmamed. Aún existe y ha sido privatizada.

Después de unos instantes de absoluto silencio, empezó a oírse un zumbido. Los reporteros de televisión avanzaron hacia la primera fila, acercaron sus micrófonos a Liten Lettvik y dieron instrucciones en voz baja a sus cámaras para que alternaran la filmación entre la periodista y la ministra.

—El caso es que en el KA hemos hecho lo que la comisión Grinde no tuvo tiempo de hacer —continuó Liten Lettvik con una amplia sonrisa—. Hemos investigado en archivos en el extranjero. Algo muy sencillo. —De nuevo sonrió con un pérfido aire de perdonavidas, y se acercó a la tarima para arrojar unos documentos sobre la mesa de la ministra—. La empresa de Alemania del Este, Pharmamed, obtuvo en 1964 licencia para exportar una partida de vacunas a Achenfarma. Pero la vacuna triple vírica nunca llegó a comercializarse en el mercado holandés. Lo único que fabricaron allí fue el envase, antes de que toda la partida mortal procedente de Alemania del Este fuera exportada a Noruega.

Un joven entró corriendo en la sala y se detuvo unos segundos para mirar a su alrededor con expresión frenética. Cuando localizó a Liten Lettvik, se dirigió presuroso hacia ella para entregarle un periódico.

—Gracias, Knut —dijo, permitiéndose una irónica reverencia.

Luego enseñó el periódico a todos los presentes.

—Esta es la edición extra del KA que acaba de salir a la calle en este mismo instante —dijo mirando a sus colegas—. En ella podréis leer todo lo relativo a este asunto. —Soltó una risita, tomó aire un par de veces y prosiguió—: También he encontrado una carta del Departamento de Asuntos Sociales de Noruega para Achenfarma, del 10 de abril de 1964. En ella se reclama el envío de las vacunas. Pero al final de la carta dice, y traduzco al noruego con el fin de simplificar las cosas: «El Departamento de Asuntos Sociales confirma que el pago se realizará directamente al subcontratista».

Parecía que Ruth-Dorthe Nordgarden hubiera dejado de respirar. Loffen Larsen sentía un intenso deseo de interrumpir la rueda de prensa, pero sabía que eso solo

empeoraría las cosas.

—Me gustaría recordar a los presentes —dijo Liten Lettvik dirigiéndose tanto a sus colegas como a la ministra— que esto ocurrió en los años más fríos de la guerra fría. Tres años después de que se levantara el muro de Berlín, cuando la República Democrática de Alemania estaba políticamente aislada y todos los países de la OTAN habían introducido restricciones en sus relaciones comerciales. Seis años antes de que Willy Brandt lanzara su política de reconciliación.

Liten Lettvik tenía la sartén por el mango y todos lo sabían. Hizo una pausa efectista.

—¿Podría la primera ministra explicar por qué ninguno de estos datos estaba incluido en el comunicado que acaba de dar y que, supuestamente, tenía como objetivo sacar a la luz toda la historia relacionada con el caso?

Ruth-Dorthe Nordgarden se cuadró.

—No es mi cometido tomar postura ante afirmaciones no documentadas.

—¿No documentadas? Lea el KA, ministra. Y le daré un amistoso consejo al gobierno, si me lo permite. Comprueben qué países eran importadores de mena de hierro procedente de Narvik en 1965. Revísenlo con detalle, porque eso es lo que hemos hecho nosotros.

Volvió a sentarse.

Después de aquello, nadie se vio con presencia de ánimo para hacer más preguntas y Loffen Larsen aprovechó para apresurarse a dar la rueda de prensa por terminada. La ministra salió corriendo de la sala con un séquito de fotógrafos detrás, que se tropezaban entre sí, soltaban tacos y gritaban. Pero ninguno de ellos se dio cuenta de que Ruth-Dorthe Nordgarden estaba llorando a moco tendido.

23.52 Eidsvoll

—¿Duermes, querida? —susurró él desde la puerta.

Su mujer se incorporó.

—No —sollozó—, no duermo. Pienso.

Le destrozaba oír su voz. La pena, la desesperación. Les había llevado muchos años aprender a convivir con ello. De alguna manera habían conseguido transformarlo en algo que les unía, algo grande y pesado que era solo suyo. La foto de la pequeña Marie estaba colgada encima del sofá, desnuda sobre una piel de cordero, con una expresión de asombro en su carita, la boca abierta con un poco de saliva en el labio inferior, unos grandes ojos redondos. Era la única foto que tenían del bebé. Estaba descolorida por los años, igual que había ocurrido con sus vidas, que se habían ido apagando después de la muerte de Marie. Por alguna razón, no llegaron más hijos al matrimonio de Kjell y Elsa Haugen. Un año después de su muerte, él había redecorado el cuarto de la pequeña para hacerse un estudio, y Elsa lo había

aceptado sin comentarios. Pero sabía que ella conservaba una caja de zapatos con cosas de la niña: un leotardo rosa pálido, un pañal de tela, su sonajero, un mechón de cabello que le cortaron cuando ya había muerto. La caja estaba en el fondo del armario, pero Kjell no lo interpretaba como un reproche, aunque nunca la compartiera con él. Eran las cosas de una madre, los recuerdos de una madre. Lo aceptaba y lo entendía. Con los años habían dejado de conmemorar su cumpleaños, y poco a poco la vida se había vuelto tolerable. Visitaban su tumba en Nochebuena, pero nada más. Los dos estaban de acuerdo en que era mejor así.

Se miró las manos. El anillo de boda estaba incrustado en su anular derecho.

—Ven, preparemos un café. De todas formas, no vamos a poder dormir ninguno de los dos.

Ella le dedicó una débil sonrisa, se secó las lágrimas con un pañuelo grande y arrugado, y le siguió arrastrando los pies. Se sentaron a la mesa de la cocina, la mesa de diario con solo dos sillas.

—Es tan raro —dijo Elsa en voz baja—. Siempre pienso en Marie como un bebé. Pero ahora sería adulta. Tendría treinta y dos años. Tal vez... —las lágrimas resbalaron por sus mejillas cansadas y apretó la mano de Kjell—, tal vez tendríamos hasta nietos, alguien que pudiera heredar la granja.

Miró a su marido. Tenía cincuenta y cuatro años. Se habían conocido en el baile de quinceañeros y se habían sido fieles desde entonces. Si no hubiera sido por Kjell, su vida habría terminado la mañana que despertó y encontró a Marie muerta en la cama. Durante cuatro horas estuvo meciéndola en sus brazos, agarrándola con fuerza, y se negó a soltarla cuando llegó el médico de la comarca. Fue Kjell quien finalmente la convenció para que la dejara ir. Fue Kjell quien estuvo tumbado a su lado y la mantuvo amarrada a la vida durante tres días. Fue Kjell quien con el paso de los años la hizo sonreír pensando en el bebé que, al fin y al cabo, tuvieron durante unos meses.

—Bueno —dijo Kjell mirando por la ventana; la oscuridad ya no tenía la negrura del invierno, un matiz de gris en la noche auguraba que pronto llegaría la primavera de verdad—. No sirve de nada pensar así, Elsa, no sirve de nada.

—No tendrías que haber dejado venir a esa periodista, Kjell —susurró—. No deberías habérselo permitido. Todo es... todo se ha hecho...

Cogió su mano con más fuerza.

—Vamos, vamos —dijo él intentando sonreír.

—Es como si volviera todo, todo lo malo —sollozó bajito—. Todo lo que hemos conseguido...

—Chsss, lo sé, cariño. Lo sé. Ha sido un error. Pero por teléfono parecía muy decente. Parecía tan importante... ¿Qué fue lo que dijo? Llamar la atención sobre el escándalo de las vacunas. Tal y como lo dijo consideré que era lo que debíamos hacer. Daba la sensación de que todo el asunto le interesaba de verdad y que compartía nuestro dolor.

—Pues cuando vino no mostró mucha compasión —dijo Elsa levantando la voz.

Soltó la mano de su marido para sonarse otra vez—. ¿Viste cómo miraba la foto de Marie? No tuvo ningún reparo al pedir que se la prestara, fue muy insolente.

Se levantó con gesto enfadado y quitó el filtro de la cafetera. Les sirvió a los dos, pero en lugar de volver a sentarse se quedó apoyada en la encimera de la cocina.

—Y la fotografía... ¿viste cómo nos atosigaba en el cementerio? ¿Cómo pisaba las flores? «Perdón», dijo, y pisó la hierba recién cortada de la tumba de Herdis Bråttom. ¡Menudo comportamiento!

Kjell Haugen no dijo nada. Dio un sorbo a su café y dejó que Elsa diera rienda suelta a su enfado. Por un rato ayudaría a que estuviera menos triste. Se arrepentía con todas sus fuerzas. La señora del KA no había estado allí ni media hora, y no les escuchó. No le interesaba realmente lo que decían. Ellos no le interesaban, solo quería detalles, detalles que anotaba a gran velocidad en una libreta. Ni siquiera había aceptado un café, y eso que Elsa había hecho un pastel antes de que llegaran.

—No se enteró de que el doctor Bang lo había sabido —dijo Kjell—. No nos dio tiempo a contárselo, que estuvo mandando cartas a las autoridades durante muchos años.

Elsa miraba por la ventana. Amanecía. Débiles haces de luz matinal asomaban por los campos, brotando de cada surco de la tierra recién arada.

—Es como si me hubieran clavado un cuchillo —susurró—, como si alguien hubiera abierto la cicatriz de una herida que tardó muchos años en cerrar.

Kjell Haugen se levantó entumecido y fue al salón. Cogió el KA de la mesa del salón. De repente, lo rasgó con rabia y tiró los trozos a la chimenea. Cogió una caja de cerillas, pero sus manos temblaban tanto que no fue capaz de prender una.

—Yo lo haré —dijo su mujer tras él—. Yo encenderé el fuego.

—Ha sido un error —susurró Kjell, contemplando las llamas que empezaron a crecer y a colorear su rostro de rojo y amarillo—. Pero por teléfono parecía tan maja...

Sábado, 19 de abril de 1997

04.20 En las profundidades de Nordmarka, cerca de Oslo

Les había engañado, y había resultado tan sencillo que era para morir de risa. Le había llevado un rato averiguar dónde estaban. Ahora tenía seis litros de leche de sobra en la nevera después de haber hecho cuatro visitas innecesarias a la tienda de la esquina. Se estropearía, pero no importaba. Casi era demasiado bueno para ser verdad. La policía vigilaba el portal que daba a la calle Vidar. Eso era todo. Estaba claro que no se habían dado cuenta de que era posible ir por el sótano hasta la casa de al lado, donde una trampilla de madera daba salida al patio trasero. Saltando la valla pudo aparecer tres portales más allá. Nadie le vio. Para asegurarse, había cogido tres autobuses y un tranvía en distintas direcciones, bajándose en el último momento hasta que, finalmente, había entrado en una tienda de deportes y había comprado una bicicleta barata.

Había ido pedaleando hasta la cabaña. No llegó hasta bien entrada la noche. Estaba muy oscuro. En el último tramo no había visto a nadie; el triste tiempo primaveral no resultaba tentador ni siquiera para los más aficionados al campo. Se acostó y estuvo leyendo un rato. Le costaba conciliar el sueño. Se levantó varias veces para tranquilizarse. No había nadie ahí fuera. A través de la laguna llegaba el ruido de algún animal, y durante más o menos una hora una suave lluvia de primavera había resonado alrededor de la cabaña. Por lo demás, todo estaba en silencio.

Aún estaba muy cansado después de tres horas de ligera duermevela, pero no podía seguir en la cama. Cruzó a nado la laguna dos veces y sintió su cuerpo muy despierto, aunque notara la cabeza pesada. Hizo café y se preparó cuatro rebanadas de pan con caviar rojo.

Encendió la radio, pero no encontró nada que mereciera la pena escuchar. Solo un montón de ruidosa música pop. A Brage Håkonsen no le gustaban esas cosas. En su lugar, cogió un libro de David Irving y leyó mientras desayunaba. Probablemente se había quedado sin trabajo. Había faltado cuatro días sin avisar, y seguro que el amargado jefe de almacén le escupiría a la cara si volvía. Pero no quería volver. Por lo menos, no quería pensar en eso ahora. Llevaba una vida espartana y tenía dinero en el banco.

Ya era de día, y miró por la ventana. Lo mejor sería ir al depósito de patatas a primera hora. A veces pasaba gente por allí el fin de semana, aunque el sendero discurría a más de doscientos metros de la cabaña. La laguna era un reclamo para los que se aventuraban por aquellos parajes, y había desistido de asustarles poniendo carteles de PROHIBIDO PESCAR Y BAÑARSE. Los guardias forestales acababan

quitándolos de todas formas.

Lo más seguro sería ir ahora.

Se puso una sudadera y metió los pies en unas zapatillas de deporte sin desatar los cordones. Necesitaba unas nuevas, pero sabía que no debía pasarse. La bicicleta le había costado tres mil coronas, y le irritaba haber gastado tanto dinero cuando tenía una bicicleta cara, de las buenas, aparcada en el patio de atrás. Pero no merecía la pena arriesgarse. Habría sido difícil atravesar el sótano con ella, y no estaba seguro de que hubiera sido capaz de pasarla por encima de la valla.

El aire de la mañana desprendía un fuerte olor a tierra y bosque y, aunque ya había salido antes, se sintió algo mareado. Corrió al trote los cuarenta metros que le separaban de la pequeña ladera, hacia el este. La puerta del depósito de patatas estaba cubierta de ramas de abeto y palos, y era imposible verla si no se sabía que estaba allí.

Quitó el camuflaje, lo amontonó a un lado de la entrada y sacó la llave del gran candado de un bolsillito de la zapatilla de deporte. El candado estaba bien engrasado y fue fácil levantar la pesada trampilla. Las bisagras gimieron un poco y Brage se quedó petrificado escuchando intensamente. Respiró aliviado, dejó con cuidado la trampilla a un lado y entró en el negrísimo agujero. Siempre llevaba un tiempo adaptar la vista a la oscuridad, así que encendió una linterna.

Oyó algo fuera. Algo que no era ningún animalillo. Algo más que el viento que jugueteaba con las hojas podridas del otoño anterior. Una rama se partió. Luego otras. Oyó pasos.

—Sal de ahí —dijo una voz potente y autoritaria.

Por un momento consideró la posibilidad. En el bolsillo llevaba la pistola recién comprada. Y también munición. Tenía delante cuatro AG-3 y dos escopetas de perdigones, además de cuatro rifles. En la estantería había más munición. Le daría tiempo a cargar el arma. Podría abrirse paso a tiros.

—¡Sal ahora mismo! —gritó un hombre desde fuera.

Brage Håkonsen sintió que la angustia se le agarraba a las costillas. Intentó abrir el paquete de munición para la pistola, pero sus dedos parecían hinchados y reacios.

«No me atrevo —pensó en un instante—, ¡no me atrevo, joder!».

Con los dientes apretados, salió de espaldas del pequeño almacén. Tenía lágrimas en los ojos, pero tragó saliva una y otra vez y consiguió mantener cierto control.

En cuanto estuvo fuera, se lanzaron sobre él. Se vio aplastado boca abajo y sintió el sabor del bosque cuando unas agujas de abeto se introdujeron por su boca y su nariz. Las esposas se cerraron dolorosamente en torno a sus muñecas.

—Están demasiado apretadas —gritó escupiendo—. ¡Joder! ¡Están demasiado apretadas!

Uno de los hombres ya había entrado en el depósito de patatas.

—Mira —dijo mientras su colega ponía de pie a Brage—. ¿Qué tenemos aquí?

En una mano llevaba un AG-3 y en la otra la caja con los documentos. Los

planes. Sus grandes ideas.

—Me parece que te hemos engañado bien —siguió diciendo el hombre con una sonora carcajada—. Creíste que éramos unos aficionados que solo vigilaban el portal.

Su risa reverberó sobre el agua, y un gran pájaro levantó el vuelo chillando al otro lado de la laguna.

—Maldito maricón —escupió Brage.

El hombre que le sujetaba, un tipo robusto en la cincuentena, le dedicó una amplia sonrisa.

—Maricón lo serás tú —dijo empujando a Brage con decisión y dureza hacia la cabaña.

Severin Heger se adelantó para pedir refuerzos.

09.40 Calle Kirkeveien, 129

La jaqueca la iba a matar. Un punzón se le clavaba en las sienes y los ojos le dolían con una presión que no entendía de dónde procedía. No había bebido la noche anterior; de hecho, no había tomado ni una gota de alcohol desde la muerte de Birgitte Volter. Aun así, le costaba sostenerse de pie; el dolor era nuevo, desconocido, le daba miedo. Dos paracetamoles no habían ayudado y revolvió en su neceser en busca de algo más efectivo.

Se sentó a la mesa de la cocina. Los titulares de los periódicos se agolpaban frente a sus ojos. El café sabía rancio, pero después de tomarse media taza pareció que se despejaba un poco. No tenía claro si era por el café o por un analgésico polvoriento que había encontrado en el fondo de su bolso.

El caso ya no era en exclusiva del KA. Aunque iban una cabeza por delante del resto, todos los periódicos de la capital y los principales diarios regionales se habían apuntado. Y por eso hacían falta nuevos enfoques, nuevas teorías, nuevas opiniones. Ya no había límites a las especulaciones de los comentaristas, cada vez más sombrías y pesimistas. Aunque todavía no se habían atrevido a señalar a un asesino, no había nadie en los medios que no diera a entender entre líneas que el escándalo sanitario estaba estrechamente vinculado con el asesinato de Birgitte Volter. El nombre de Benjamin Grinde subyacía en cada página, aunque casi nunca se le nombrara. Todos señalaban la amistad de Volter y Grinde como un ejemplo de mala praxis en la gestión pública, consecuencia de la presencia en el poder durante muchos años del Partido Laborista. Comprar vacunas a un país del Este en el momento más gélido de la guerra fría era, sin comparación posible, el mayor escándalo de la historia de la posguerra noruega, mucho peor que lo desvelado por la comisión Lund, infinitamente peor que el escándalo de la mina de Kings Bay y sus veintiún fallecidos. En medio de su intenso dolor de cabeza, Ruth-Dorthe Nordgarden no pudo dejar de reconocer que esta vez la prensa no andaba muy desencaminada: si todo era como suponían, aunque

no podía saberse aún con certeza, aquello habría significado la pérdida de cientos de vidas.

A pesar de que los periódicos en realidad no disponían de ninguna novedad posterior a la edición extraordinaria del *KA* del día anterior, esta había sido tan rica en contenidos que se podían llenar páginas y páginas de comentarios de propios y extraños, de políticos y opinadores incansables. El catedrático de derecho Fred Brynjestad, fiel a su costumbre, lanzaba violentos ataques, aunque hasta para el lector más avisado resultaba difícil saber contra quién iban dirigidos. Dado que el primer ministro de la época, Einar Gerhardsen, llevaba mucho tiempo muerto, al igual que su último ministro de Asuntos Sociales, Olav Gjærevoll, la intensidad de su andanada parecía algo desproporcionada. Sobre todo porque no se sabía a qué nivel político se había autorizado la compra de las vacunas ni quién se había beneficiado de ella.

Algunos comentaristas incidieron en el papel de Ruth-Dorthe Nordgarden en toda esta historia. No porque la señalaran como asesina, ni mucho menos —en 1965 tenía doce años y pertenecía a los *boy scouts*—, pero tanto el *KA* como el *Dagbladet* y el *Aftenposten* cuestionaban su gestión del asunto. Especialmente gravoso era que sabían, «de fuentes fidedignas», que tan solo dos días antes de que Benjamin Grinde fuera a ver a Birgitte Volter, la ministra se había negado a recibirle. Las especulaciones sobre por qué no había querido recibirle eran tan fantasiosas como equivocadas.

—Si es que no tenía tiempo —murmuraba para sí—, no tenía fuerzas.

También los parlamentarios habían hecho su aparición, unos dudosos e inseguros, otros lanzados sin ver nada más que las elecciones para las que solo faltaban cinco meses. Como era habitual, todos empezaban mostrando una total cautela, sin sentido. Sin sentido, porque luego se pronunciaban con gran suficiencia sobre absolutamente todo: la relación del Partido Laborista con los países del Este en los años sesenta; el papel de la policía en la investigación del caso Volter; el trabajo de la comisión Grinde y su composición. Y, sobre todo, la oposición estaba montando un pollo infernal sobre lo que el asesinato había provocado en la sociedad noruega en general y en la política en particular.

El alto el fuego se había acabado definitivamente, y era el momento de que la oposición se asegurara de que el Partido Laborista no sacara beneficio del «efecto Palme» en las encuestas de la primavera.

—Como si el asesinato demostrara lo incompetente que es el Partido Laborista —suspiró Ruth-Dorthe Nordgarden llevándose las manos a las sienes mientras cerraba los ojos con fuerza—, como si el asesinato dijera algo del partido. Hace solo seis meses nos acusaban de haber perseguido a comunistas en los años sesenta. Y ahora dicen que colaborábamos con ellos.

Furiosa y frustrada, golpeó con el periódico contra una mosca descarada y atontada que se dirigía hacia el cuenco de la mermelada.

—Salgo un rato, mamá —dijo una cabeza rubia y despeinada asomándose por la

puerta.

—¿Has desayunado?

—¡Adiós!

—¡Desayuna algo!

Suspiró con fuerza y se reclinó en su silla. Frente a la ventana, el gran alerce había empezado a vestirse en serio para el verano; estaría rabiosamente verde para la fiesta nacional el 17 de mayo.

—¿Astrid se ha escapado?

Otra cabeza, si cabe aún más despeinada que la anterior, la miraba malhumorada.

—No sales hasta que no hayas desayunado algo.

—Pero es que tengo que irme, ¿sabes?

Portazo.

La puerta de la calle dejó un vacío silencioso que no sabía si le gustaba o si debía llenarlo con algo. No tuvo que pensar mucho. El móvil estaba puesto a cargar y la miraba como un malvado ojo verde, como consciente de lo que le costaba usarlo.

Se sabía el número de memoria.

—Espero que hayas dormido bien —dijo malhumorada cuando por fin contestaron al otro lado.

—Gracias por preguntar —contestó una voz satisfecha—. He dormido el dulce sueño de los justos.

—Pero es que no puedes escribir eso —explotó Ruth-Dorthe—. Que tú escribas eso de mí, tú que...

—¿Yo qué? ¿Yo que he recibido tanta ayuda, quieres decir? Pero lo hiciste en favor de la libertad de expresión, ¿no, Ruth-Dorthe?

—Sabes perfectamente lo que quiero decir.

—Pues no, la verdad es que no lo sé. Tú me mandaste el informe de la comisión. Libre y voluntariamente. No te había prometido nada.

—Pero es que... es que me has perjudicado. Y no solo a mí, puede que a todo el gobierno. Mira lo que publica hoy el *Aftenposten*. —Rebuscó ruidosamente entre los periódicos—. Aquí: «Lamentamos constatar que parece ser imposible eliminar la cultura del “alguien ha hablado con alguien” en nuestro principal partido. La única diferencia es que parece que estamos ante un caso de “alguien ha hablado con Walter Ulbricht, el líder que instauró la Alemania comunista”. La verdad es que no sabemos qué es peor».

Tiró el periódico.

—Y es el editorial. ¿Qué has hecho, Liten Lettvik? ¡Teníamos un acuerdo!

—Error. Nunca hemos tenido un acuerdo. Te he ayudado cuando era conveniente. Y tú me has ayudado a mí. Que ya no podamos rascarnos mutuamente la espalda habrá que cargarlo a la cuenta de la libertad de prensa y la democracia participativa. Las dos estamos a favor de eso, ¿verdad?

—Yo... —Hizo un esfuerzo por controlarse y no decir nada más. La jaqueca

había vuelto con toda su fuerza y sentía náuseas—. No pienso volver a hablar contigo en mi vida —susurró Ruth-Dorthe al auricular.

Pero al otro lado ya no había nadie, solo el zumbido de la línea, que no parecía estar interesada en sus tardías promesas.

Sonó un teléfono y Ruth-Dorthe dio un fuerte respingo.

—¡Diga! —respondió al móvil, pero este estaba muerto y la llamada seguía sonando.

Desconcertada, miró a su alrededor con el móvil pegado a la mejilla, como si fuera un osito de peluche que la pudiera consolar en esos momentos difíciles.

El que sonaba era el inalámbrico.

—¿Diga? —probó otra vez, y acertó—. Hola, Tryggve. Estaba a punto de llamarte. Tengo que charlar contigo sobre este escán... ¿Sí? —Empezó a morderse la uña del meñique izquierdo—. Entiendo. El lunes a las cuatro. En tu despacho. Pero a esa hora... Vale. Estaré allí. A las cuatro.

Se había mordido la uña muy cerca de la raíz y un dolor intenso le recorrió el meñique. Brotó un hilillo de sangre y se metió el dedo en la boca mientras iba a buscar una tirita.

14.27 Oficinas del servicio de información e inteligencia, comisaría de Oslo

—Mira por dónde —dijo Severin Heger de buen humor.

Intentó captar la mirada del detenido que tenía delante, pero el joven se miraba las manos y murmuraba algo que era difícil entender.

—¿Qué has dicho? —preguntó el inspector.

—Que aquí dentro no hacen falta —repitió el joven levantando las manos esposadas—. Las esposas.

—Si no hubieras intentado escaparte unas diez veces desde que salimos de tu cabaña hasta que llegamos aquí, podríamos haberlo discutido. Pero ya no.

Con una gran sonrisa, le sirvió una Coca-Cola a Brage Håkonsen.

—¿Cómo voy a poder bebérmela con esto puesto? —se quejó el chico casi lloriqueando.

—Ya verás cómo puedes —dijo Severin Heger—. Yo mismo he hecho la prueba. ¿Y qué tenemos aquí?

Los folios que tenía delante estaban metidos en fundas individuales de plástico. Habían sido mecanografiados en un lenguaje rimbombante y con faltas de ortografía que podían dar la falsa impresión de que los había escrito una persona de edad avanzada: la doble *n* cambiada por *nd*, el verbo «otorgar» en vez de «dar»...

—Lo has escrito tú, ¿verdad?

El inspector seguía sonriendo. Su voz era amable, casi risueña.

—Eso te importa una mierda —murmuró el preso en voz baja.

—¿Cómo has dicho?

Severin Heger ya no sonreía. De repente se inclinó sobre la mesa y agarró a Brage por la camisa de franela.

—Una palabra más de ese tipo y esto va a resultar mucho más difícil para ti —bufó—. Ahora te sientas derecho en tu silla y contestas educadamente a todo lo que te pregunte, ¿entendido?

—Quiero hablar con un abogado. No diré nada hasta que no hable con un abogado.

Severin Heger se puso de pie y se quedó tanto rato parado mirando a Brage Håkonsen que el chico empezó a removerse intranquilo.

—Por supuesto —dijo por fin el oficial—, claro que hablarás con un abogado. Es tu derecho. Pero tardará un buen rato, y puedo asegurarte que dentro de unas horas seré bastante menos amable y paciente. Aquí tenemos mucho lío, como sabes. Estos documentos... Y estas armas... Suficiente para retenerte largo tiempo. Pero, hombre, ¡tú decides! Una charla rápida y sin problemas conmigo ahora sería lo mejor para ti, claro, pero... si quieres un abogado tendrás uno. Suelen librar los fines de semana, como sabes, pero para mañana antes de comer te habremos conseguido uno.

Brage Håkonsen miró el vaso de Coca-Cola e intentó llevárselo a la boca con las dos manos.

—¿Ves? Sabes hacerlo perfectamente. Y ahora te llevo a tu celda para que podamos esperar a tu abogado.

—No —dijo Brage en voz baja.

—¿Perdón?

—No. Podemos hablar un poco ahora. Si luego puedo tener un abogado, quiero decir...

—¿Estás seguro? ¿Nada de lamentaciones después porque no conocías cuáles eran tus derechos y esas cosas?

El chico negó con la cabeza.

—Muy sensato —sonrió Severin Heger volviendo a sentarse—. Naciste el 19 de abril de 1975, ¿correcto?

Brage asintió.

—Trabajas en un almacén. Soltero. Resides en la calle Vidar, 11c.

Volvió a asentir.

—Pues entonces puedes empezar por contarme algo de estos documentos.

Brage Håkonsen carraspeó y se acomodó mejor en la silla.

—¿Qué puede caerme por eso? —preguntó con voz queda.

El oficial hizo un gesto con la mano izquierda como quitándole importancia.

—No pienses en eso ahora. Estás acusado según el artículo 104a del Código Penal: «Quien bla, bla, bla, organización de carácter militar, bla, bla, bla, tiene como fin el sabotaje, uso de la fuerza u otros medios ilegales para alterar el orden social, bla, bla, bla». Pero seguro que ya te lo sabes, tú que has leído tanto.

Consultó la lista con el inventario de lo que habían encontrado en su escondrijo, mientras asentía con la cabeza.

—Hasta dos años, o puede que seis, depende un poco —explicó Severin Heger cuando se dio cuenta de que Brage Håkonsen no diría nada hasta que no le respondiera—. Pero no te preocupes por eso ahora. Tú contéstame. ¿Has escrito esto?

Brage Håkonsen miraba pálido al frente. Sus ojos ya no parecían azules; observaban el despacho, descoloridos, sin parpadear.

—Seis años —susurró—. ¡Seis años!

—Pero oye —insistió el inspector—, ¿no te estás adelantando un poco a los acontecimientos?

—Son mis papeles —le interrumpió Brage—. Los he escrito yo. Yo y solo yo.

—Pues es una pena —dijo Severin Heger en tono seco, y añadió—: Haces muy bien en reconocerlo, muy bien. Pero ¿asesinar al presidente del Congreso? Eso ya no hubiera sido tan buena idea. —Pasó tres páginas—. ¿Y esto? Todavía peor —dijo colocando la hoja delante de Brage—. Un plan completito para asesinar a la primera ministra Volter. ¡En la caja del supermercado Rimi!

—Es donde hace la compra. Hacía, quiero decir.

Brage Håkonsen miraba al frente de una manera que a Severin Heger le recordó una película de serie B que había visto en una habitación de hotel en Inglaterra una noche que no podía dormir: *La invasión de los zombis*. Estaba claro que el chico no quería llorar; al contrario, parecía bastante relajado, casi sonámbulo. Si las manos no estuvieran involuntariamente unidas por las esposas, probablemente las tendría caídas a los lados del cuerpo, balanceándose. Parecía no sentir nada, solo el paso del tiempo.

—Pero no fue en el supermercado Rimi —dijo el inspector—. La asesinaron en su despacho.

—Es que yo no lo hice —dijo Brage Håkonsen con voz monocorde—. Fueron otros.

Severin Heger notó cómo la sangre se agolpaba en su cerebro, como si todo su cuerpo se percatara de que había llegado la hora de la verdad. El zumbido en sus oídos era tan intenso que instintivamente ladeó la cabeza para escuchar mejor antes de preguntar:

—¿Y tú sabes quién fue?

—Sí.

Oyó que alguien se aproximaba por el pasillo y durante unos segundos terribles se arrepintió de no haber colgado el cartel de INTERROGATORIO. NO MOLESTEN. Respiró aliviado cuando los pasos siguieron pasillo abajo.

—¿Y quién fue?

Intentó que sonara casual. Cogió su vaso como para recalcar que esto era cosa de todos los días. Él se pasaba la vida así, escuchando a activistas de extrema derecha que sabían quién había asesinado a prominentes personajes de la sociedad noruega. Cuando fue a servirse más Coca-Cola, el líquido desbordó el vaso.

Por primera vez, algo parecido a una sonrisa cruzó el rostro de Brage Håkonsen.

—Sé quién lo hizo, y también sé quién os envió el arma. En un gran sobre marrón, con la dirección escrita en negro y sin franquear, ¿verdad? Lo que puedo adelantarte es que esas dos cosas fueron hechas por dos personas distintas.

Esa información no era de dominio público. Ni siquiera eran muchos los que lo sabían en comisaría. Todos conocían que el arma había sido devuelta; la prensa le había dado mucha importancia. Pero no habían dicho nada de que la hubieran depositado en un buzón de la central de correos. Y menos aún que llegara en un sobre marrón sin franquear.

—¿Y vas a darme un nombre?

—No.

Brage sonreía abiertamente, y Severin Heger tuvo que agarrarse al borde de la mesa con las dos manos para no arrearle una hostia.

—No. Sé quién mató a Volter. Y quién echó el arma al buzón. Puedo ofreceros dos nombres, pero no diré nada hasta que no hayamos llegado a un trato.

—Has visto demasiadas películas —siseó Severin Heger—. En Noruega no hacemos tratos con esas cosas.

—Bueno —dijo Brage Håkonsen—, para todo tiene que haber una primera vez. Y ahora es cuando quiero hablar con mi abogado, por favor.

19.00 Calle Stolmaker, 15

Los cuatro hijos de Billy T., Alexander, Nicolay, Peter y Truls, estaban adorables en pijama. Pero solo cuando dormían. El resto del tiempo eran fascinantes, descarados y ocurrentes, pero muy, muy ruidosos. Hanne Wilhelmsen se llevó una mano a la frente, rápido y sin que se notara, o eso creyó ella.

—Cansada, ¡eh! —preguntó Billy T.

Con un cucharón de madera echaba gachas en cuatro cuencos para sus cuatro descendientes, que habían captado la indirecta de Hanne y se mantenían en relativo silencio, salvo cuando Peter pellizcó el muslo de Truls con la pinza de las salchichas que había pillado en el último cajón de la cocina.

—No, para nada. Un poco... solo un poco cansada.

Los críos habían llegado la noche anterior, vociferando expectantes. Truls, vestido de indio, venía directo de un carnaval. Los tres mayores iban en chándal, con el bañador mojado debajo.

—Pero, de verdad, Billy T. —le regañó Hanne—. Estamos en abril.

Avergonzado y rezongando, les puso ropa seca y colgó las plumas de Truls de la pared. Desde entonces no habían parado; Hanne no sabría decir qué había sido peor. Bueno, sí, probablemente cuando Billy T. inició el superproyecto de clavar ganchos en el techo y tender unas cuerdas para ver hasta dónde eran capaces de llegar los

críos. Alexander pudo ir colgado del baño a la cocina y de vuelta sin soltarse, ganándose la inmensa y ruidosa aprobación de sus hermanos y el aplauso de su padre. Truls se cayó al tercer intento. Por la mañana habían tenido que ir a urgencias para que le escayolaran.

Lo bueno era que, por lo menos, aquel intenso nivel de actividad los dejaba agotados. Truls ni siquiera tuvo fuerzas para enfadarse por lo de la pinza de las salchichas. Se comió las gachas intentando mantener los ojos abiertos, hasta que pareció quedarse dormido sobre el cuenco.

—¡Eh, chico! —berreó Billy T.—. ¡Tienes que lavarte los dientes!

Media hora después dormían como troncos.

—Tres nombres de la familia de los zares rusos, y luego, de pronto, Truls —comentó Hanne susurrando mientras controlaban que todo en la habitación estuviera en orden—. Siempre me he preguntado por qué.

—Su madre quería que tuviera un nombre auténtica e indiscutiblemente noruego.

—Pues es danés.

—¿Eh?

—Truls. No es un nombre noruego, ¡es danés!

—Bueno. Él no es como los demás. Así que debía tener un nombre escandinavo y socialdemócrata. Para no desentonar, como quien dice. Lo decidió su madre. Yo la verdad es que no supe de la existencia del crío hasta los tres meses. Fue un infierno hasta que conseguí el derecho de visita, pero ahora todo va bien.

Truls no era como los demás: era negro. Los dos hijos mayores de Billy T. se parecían mucho a su padre. Ambos eran rubios, con una piel preciosa y grandes ojos azul hielo. Peter, el tercero, tenía el pelo rabiosamente rojo y estaba cubierto de pecas. Truls era tan oscuro que resultaba difícil creer que su padre era blanco si no fuera por la sonrisa. Cuando levantaba las comisuras de los labios en una sonrisa torcida, era clavado a su padre.

—Unos niños preciosos, Billy T. Hay que reconocerlo: sabes hacer niños.

Hanne Wilhelmsen colocó bien el edredón de Nicolay y trató de llevarse a Billy T. del cuarto.

Él se resistió y se sentó en la litera de abajo, donde Truls dormía con la boca abierta y la escayola recién estrenada como un escudo sobre los ojos.

—¿Crees que le dolerá? —susurró Billy T.—. ¿Lo nota? ¿Debería haberle dado algún analgésico?

—Ya oíste lo que dijo el médico. Una fractura limpia, se soldará en tres semanas y no hace falta que tome nada salvo que sea evidente que tiene dolores. Duerme como un bendito. No creo que le duela mucho.

—Pero es que no suele poner el brazo así.

Billy T. intentó colocárselo a lo largo del cuerpo, pero luego volvió a dejárselo como estaba y el niño gimió muy bajito.

—Debería haberle dado un analgésico —dijo Billy T.

—Lo que no tenías que haber hecho es organizar esa carrera por el techo, o por lo menos deberías haber puesto algo debajo. Colchones en el suelo o algo así. ¿No ves que Truls es mucho más menudo que los otros? No va a ser ni de lejos tan alto como tú.

—Lo que pasa es que es el más pequeño —dijo Billy T. tozudo—. Es así de pequeño porque solo tiene seis años. Crecerá mucho, ya verás.

—Es más pequeño que los otros, Billy T. Es hijo tuyo aunque no sea un monstruo del atletismo. ¡Déjalo ya!

—Su madre me va a matar por lo del brazo —murmuró pasándose la mano por la cara—. Opina que soy demasiado duro con él.

—Tal vez lo seas —susurró Hanne—. Anda, vamos.

Pero Billy T. no se movió. Permaneció sentado en el borde de la cama, encogido en una postura incómoda porque la distancia entre la litera de abajo y la de arriba no era lo bastante amplia. Llevó la mano desde su cara a la cabeza del niño, y con mucha delicadeza acarició una y otra vez su cabello rizado y rebelde.

—Si le pasara algo malo —dijo en voz baja—, si le pasara algo a uno de mis chicos, yo no sé...

Hanne se sentó en la cama de Peter, empujándolo con mucho cuidado hacia dentro. Un brazo blanquísimo cubierto por una miríada de pecas se salió de debajo del edredón. El crío tosió sin despertarse y frunció el ceño.

—Imagínate cómo lo habrá pasado Birgitte Volter —dijo volviendo a meter el brazo de Peter bajo el edredón, ya que hacía fresco en el cuarto y su piel estaba fría.

—¿Volter?

—Sí. Primero cuando murió su bebé. Y luego cuando todo volvió a surgir treinta años más tarde. Creo...

Alexander se removió en la litera de arriba.

—¡Papá!

Billy T. se puso de pie y le preguntó al niño qué quería. Alexander abrió un poco los ojos e hizo una mueca hacia la luz que entraba por la puerta del pasillo.

—Sed —murmuró—. Coca-Cola.

Billy T. sonrió y le hizo una señal a Hanne para que fuera al cuarto de estar. Fue a buscar un vaso de agua para el niño y poco después se dejaba caer en el sofá azul junto a ella.

—¿Qué es lo que crees? —dijo aceptando la lata de cerveza que Hanne le ofrecía—. Has dicho algo ahí dentro cuando hablabas de Volter.

Soltó un pequeño eructo y se secó la boca con el dorso de la mano.

—El bebé que murió. No consigo librarme de ese pensamiento. Imagínate cómo habrá sufrido. Por alguna razón no consigo quitarme de la cabeza la idea de que esa muerte tiene algo que ver con el caso. Pero entonces...

Billy T. fue a coger el mando a distancia que estaba sobre la mesa para poner música. Hanne lo agarró justo a tiempo y lo puso fuera de su alcance.

—De verdad, Billy T. —dijo irritada—. ¿Es que no podemos mantener una conversación sin tener que soportar ese rollo saliendo por los altavoces a doscientos decibelios?

Él no contestó, pero dio un largo trago a su cerveza.

—Tal vez deberíamos dedicar algo de tiempo a valorar cómo se encontraba realmente Birgitte —comentó Hanne con voz queda—. ¿Cómo pasó los últimos días de su vida? Deberíamos averiguarlo, en lugar de dar vueltas como locos intentando saber cómo estaban todos los demás en el momento de su asesinato. Deberíamos dedicar tiempo a descubrir qué quieren decir las palabras que había escrito en ese papel: «Otra persona», seguido de varios interrogantes, ¿no era eso? ¿Y qué era lo otro?

Billy T. no parecía escucharla.

—Pero ¿y el vigilante? Después de lo que me contó Severin ayer, estoy completamente seguro de que el vigilante estaba implicado de alguna manera. Y, en ese caso, importa una mierda cómo se sintiera la Birgitte esa.

—No seas malvado. Hace un momento casi te da un ataque pensando en que pudiera pasarle algo a uno de tus hijos, y ahora te da igual que Birgitte Volter viviera en realidad esa pesadilla. Eso se llama falta de empatía. Deberías hacértelo mirar.

—¡Oye, tú! —Le pellizcó el muslo—. No me tomes el pelo. Pero si yo soy de lo más empático. Lo que pasa es que si nos metemos en jardines como ese la investigación no irá a ninguna parte.

—Yo creo que sí —contestó Hanne Wilhelmsen, apartándole la mano—. Creo que es la única manera que tenemos de llegar al fondo de este asunto. Debemos tratar de averiguar cómo lo estaba pasando Birgitte, cómo sentía realmente las cosas en ese momento. El 4 de abril de 1997. Y luego debemos descubrir cuál era el papel del vigilante en todo esto.

—¿Y puede saberse cómo ha llegado la reina a esa conclusión? —preguntó Billy T., levantándose para ir a preparar unos sándwiches—. ¿Te lo hago de caballa en tomate?

Ella no respondió.

—Tengo la fuerte corazonada de que la muerte de la niña tiene más que ver en todo esto que el escándalo sanitario en sí. Creo que nos estamos cegando con la cuestión de los otros niños que murieron. Y tienes razón con eso del vigilante. También tiene algo que ver con todo esto. ¿Nació en 1965?

—No, era mucho más joven.

—El viejo tenía razón.

—¿Quién? —dijo Billy T. con la boca llena de caballa en tomate de la marca Stabburet.

—El viejo del parque. Olvídalo. Creo que sí me comeré un sándwich. Pero lo quiero con un vaso de leche.

—Toda tuya —murmuró Billy T. mientras abría otra lata de cerveza.

—¿Por qué no te sientas, Per?

La voz sonaba rasposa por efecto de demasiado whisky y cigarrillos, y Roy Hansen tuvo que apoyarse en la butaca para ponerse de pie. No debería haber bebido. Pero buscaba un camino para alejarse de tanto dolor, y ninguna otra cosa había servido. El médico que le visitó dos días antes le había recetado Valium, pero por ahí sí que no pasaba. No quería tomar pastillas. Una copa era menos peligrosa. Y ya llevaba seis.

Per le miraba con desprecio. Iba vestido de chándal, a pesar de que era imposible que hubiera salido a correr; no tan tarde y tanto rato. Le había oído salir dando un portazo seis horas antes.

—Y encima bebes —escupió Per—, lo que faltaba. ¡Joder, papá!

Ya era suficiente. Roy Hansen golpeó la pared con el puño y tiró una lámpara de pie que estaba junto al sofá. La pantalla era de cristal y se rompió en mil pedazos.

—¡Siéntate ahora mismo! —gritó frotándose el pecho como si quisiera adecentar la ropa arrugada que había llevado puesta dos días de más—. ¡Vas a sentarte y hablar conmigo!

Per Volter miró sorprendido a su padre, se encogió de hombros y se dejó caer en una silla frente a él. Roy se sentó en el sofá, repentinamente sobrio, se pasó los dedos por el cabello y se quedó al borde del sofá como si fuera a salir disparado en cualquier momento.

—¿Cuándo vas a dejar de castigarme? —preguntó—. ¿No te parece que ya he tenido suficiente?

Su hijo no respondió. Jugueteaba con un gran encendedor de mesa, de estaño. No tenía gas y la piedra lanzaba pequeños chasquidos sin sentido.

—Estoy sufriendo muchísimo, Per. Exactamente igual que tú. Te veo sufrir y daría lo que fuera por poder ayudarte. Pero me castigas una y otra vez y me alejas de ti. Los dos sabemos que no podemos seguir así. Tenemos que encontrar una manera... una manera de hablar.

—Y en ese caso, ¿qué dirías? —preguntó el chico de pronto, estampando el encendedor contra la mesa.

Roy se recostó en el sofá y dejó las manos en el regazo. Parecía que estuviera rezando a un ser superior, con la barbilla sobre el pecho y las manos entrelazadas.

—Pues te diría lo mucho que lo siento. Te pediría perdón por lo de este otoño, por lo de...

—Ruth-Dorthe Nordgarden —dijo Per en tono ponzoñoso—. No tienes que pedirme perdón a mí, ¡es a mamá! Es a ella a quien tendrías que haberle pedido perdón, pero ella no lo sabía, ¿no?

—Te equivocas. —Roy Hansen encendió otro cigarrillo y puso una mueca de disgusto, como si de pronto se hubiera dado cuenta de lo mal que sabía. Pero no lo

apagó—. Tu madre lo sabía todo. Fue la única vez en toda nuestra vida en común que hice algo así. No sé cómo pudo ocurrir, solo... —Echó el humo por la nariz y miró a su hijo a los ojos—. No creo que esté bien que te explique esto a ti, pero quiero que sepas que se lo conté todo a Birgitte. El día que volvió de aquella reunión en Bergen. Estuve sentado aquí, en el sofá, hasta que llegó, muy tarde. De madrugada. Eran las dos. Había pasado antes por la oficina y, cuando llegó a casa, se lo conté todo.

Per miraba a su padre con una expresión que parecía dar a entender que dudaba de la veracidad de lo que acababa de decirle.

—Pero... ¿ella qué dijo?

—Eso es un asunto entre tu madre y yo. Pero me perdonó. Al cabo de un tiempo. Mucho antes de morir. Y tú también deberías hacerlo. Quiero que me perdones, Per.

Se quedaron un rato sentados en la penumbra sin decir nada. La lluvia caía con fuerza tras los cristales. Un canalón estaba roto y el agua se desplomaba en cascada por la esquina noroeste de la casa. A lo lejos se oían los ladridos de un perro enorme. El sonido era profundo y alarmante y se abría paso entre el ruido uniforme del mal tiempo primaveral. A la vez, el estruendoso ladrido les recordaba que había algo ahí fuera, algo de lo que formaban parte y a lo que pronto tendrían que intentar regresar.

—Cuando vuelva a vivir en casa, en otoño, me gustaría tener un perro —dijo Per de repente.

Roy sintió que un cansancio inexplicable le invadía. Estaba mareado y casi no podía mantener los ojos abiertos.

—Claro que puedes tener perro —dijo intentando sonreír. Hasta eso resultaba un esfuerzo casi insuperable—. ¿De caza?

—Sí, había pensado en un setter. ¿Es verdad?

—Sí, claro que puedes tener un perro. Ya eres adulto y tú decides.

—No me refiero a eso. ¿De verdad se lo dijiste a mamá?

Roy apagó el cigarrillo y tosió bajito.

—Sí. Tu madre y yo... casi no teníamos secretos el uno para el otro. Algunos, claro, pero no muchos, y no de ese tipo.

Per se levantó y fue a la cocina. Roy se quedó con los ojos aún cerrados. Su niño había vuelto, iba a regresar a casa en otoño, después de todo. Aquí, a esta casa donde su pequeña familia había vivido, discutido y amado desde el nacimiento de Per.

Puede que se hubiera dormido. Por lo menos parecía como si solo hubiera pasado un instante cuando oyó el ruido de un plato al ser puesto sobre la mesa.

—¿Puedo coger una? —pidió Roy.

Per no contestó, pero le acercó el plato con rebanadas de pan unos centímetros.

—¿Cómo era en realidad? —preguntó.

—¿Mamá? ¿Birgitte?

Estaba desconcertado.

—No, Liv. Mi hermana. ¿Cómo era?

Roy Hansen dejó la rebanada sobre la mesa sin empezar. Se rascó la tripa y se

sintió muy despierto.

—Liv era maravillosa. —Su risa sonó ligera y grave a la vez—. Supongo que todo el mundo dice eso de sus hijos. Pero ella era tan... pequeña, tan chiquitita y menuda. Tan diferente a ti. Tú eras un chico. Grande y fuerte, y llorabas como un loco cuando tenías hambre, desde el primer momento. Liv era... Tenía hoyuelos y el cabello claro. Sí, creo que era... claro, casi blanco.

—¿Tenemos una foto suya en alguna parte?

Roy negó despacio con la cabeza.

—Había montones de fotos. El padre de Benjamin Grinde, bueno, ya sabes, el juez... En fin, su padre era fotógrafo y vivían al lado de la abuela y el abuelo, y allí vivimos también Birgitte y yo los dos primeros años, hasta que tuvimos a... Había muchas fotos. Creo que Birgitte las quemó todas. Por lo menos yo no he vuelto a ver ninguna. Pero...

Miró a su hijo, que le observaba con un gesto sorprendido, casi tímido.

—Puede que haya algo en el desván —añadió Roy—, algún día lo revisaré todo. Ordenaré un poco. También creo que volveré al trabajo, el martes o el miércoles, tal vez. ¿Cuándo regresas a la academia?

—Pronto.

En silencio se comieron cuatro rebanadas cada uno y bebieron leche y café. De vez en cuando intercambiaban una mirada. Roy sonreía, Per no. Sin embargo, la infección había desaparecido. La mirada rencorosa se había esfumado junto con toda la tormenta que había provocado.

La lluvia golpeaba dura e iracunda contra el ventanal del jardín.

—Papá, ¿dónde está enterrada Liv? ¿Hay una tumba?

—En Nesodden. Un día te llevaré allí.

—Pronto. ¿Vale?

—Pronto, hijo. Iremos dentro de poco.

Cuando se fue a la cama, Per no le dio las buenas noches. Pero no tardaría mucho en hacerlo.

Lunes, 21 de abril de 1997

09.00 Comisaría de Oslo

A Billy T. habían empezado a gustarle en cierto modo aquellas reuniones masivas. Normalmente odiaba ese tipo de cosas, pero tenía sentido reunir a los responsables de los equipos de investigación un par de veces a la semana. Tanto porque era la mejor manera de hilvanar todos los hilos y coordinarse, como por los intercambios de opiniones a los que daba lugar. Todos participaban, incluso Tone-Marit Steen, sin que nadie supiera muy bien por qué, ya que en realidad no estaba al frente de ninguno de los grupos, no oficialmente. Pero se había atribuido una función que le iba mucho: hablaba bien, era concienzuda y tenía visión de conjunto. Así que aparecía en todas las reuniones sin que nadie protestara.

El único que era parco en palabras y siempre daba la sensación de estar guardándose algo era el jefe de la sección de información e inteligencia. Tampoco podía esperarse otra cosa. La reunión de ese día se había visto reforzada con la presencia de la fiscal general, pero Billy T. decidió no inmutarse por el gesto malhumorado y huraño de la que pensaba que debía de ser la mujer más cabezota del mundo. Era competente, aburrida y obstinada, y había convertido en una virtud el no dejarse influir nunca por lo que otras personas pudieran opinar sobre cualquier cosa. Fueran cuales fuesen las circunstancias. Cuando Billy T. entró en la sala, la fiscal estaba pasando las páginas de un informe y le miró con mala cara. Bueno, no tenía intención de hacerse mala sangre por eso; tampoco ella era santo de su devoción.

Billy T. echó agua de un termo en una taza blanca con el logo de la red de cafeterías del Estado. Dejó que la bolsita reposara minuto y medio de reloj, la exprimió con los dedos y la tiró a la papelería de la esquina. El agua no estaba bien caliente y el té no sabía a nada.

Por fin estaban todos, salvo el inspector Håkon Sand. Nadie sabía nada de él, y ya habían pasado diez minutos de la hora. El comisario jefe no quiso esperar más.

—La semana pasada nos deparó unas cuantas sorpresas. Billy T., ¿quieres empezar?

Billy T. dejó la taza de té y fue hacia la cabecera de la mesa. Se apoyó en la pared con las manos a la espalda.

—Creemos haber descartado al cien por cien a la familia. Per, el hijo, tiene una coartada incuestionable. También hemos considerado la posibilidad de un complot, claro, porque en ese caso no tendría por qué haber estado presente en el gabinete de la primera ministra cuando le dispararon, pero no hay ningún indicio que apunte en esa dirección. En cuanto al arma... le dimos otra vuelta a la teoría de la conspiración cuando resultó pertenecer a Per, pero solo hemos podido concluir que fue robada a la

familia. No... —se impulsó hasta quedar balanceándose sobre las puntas de los pies mientras miraba al suelo—, Per Volter es un joven muy desdichado que ha visto cómo su vida se desmoronaba en muy poco tiempo, pero un asesino... me niego a creer que lo sea. También podemos descartar a Roy Hansen, ya he informado sobre esto con anterioridad.

Miró al comisario jefe, que asintió levemente con la cabeza.

—Es muy poco probable que pudiera pasar junto a los vigilantes sin ser visto, asesinar a su mujer y luego enviar el arma de su hijo. Además, sabemos que su madre le llamó a casa a las seis cuarenta. Lo ha confirmado el registro de llamadas de la compañía telefónica. Eso debería ser suficiente para descartarle. Como es sabido, viven en el valle de Grorud. El asesinato tuvo que haber ocurrido aproximadamente a esa hora. Y aunque... —de nuevo miró al comisario jefe, quien volvió a asentir con aire irritado—... no es agradable revolver en la mierda cuando no es imprescindible, no me queda más remedio que mencionar que Roy Hansen tuvo una breve... aventura el otoño pasado. Con la ministra de Sanidad Ruth-Dorthe Nordgarden.

Se extendió un murmullo por la sala. Hasta la fiscal general mostró cierto interés tras sus poco favorecedoras y anticuadas gafas de montura de acero.

—No duró mucho, y no creo que una relación así pudiera ser el desencadenante de un asesinato, no... —Billy T. se encaminó de nuevo hacia su asiento, pero se detuvo un momento—. La familia Volter-Hansen es como cualquier familia noruega. Con sus alegrías y sus penas, y sus oscuros secretos. Como todos. Y por lo que se refiere al escándalo sanitario... —se pasó una mano por el cráneo, como hacía siempre que estaba abatido—, supongo que son otros los que deben valorarlo. Yo solo puedo decir que...

La conversación con Hanne Wilhelmsen del sábado anterior, después de haber acostado a los niños, pasó por su mente a gran velocidad como una película.

—Si guarda alguna relación con el asesinato, no creo que se deba al escándalo como tal. En aquel momento Birgitte era una madre jovencísima. Y por mucho follón que monten ahora los políticos... no. Si, y subrayo el «si», las muertes súbitas de bebés en 1965 tienen algo que ver con este asesinato, creo que debemos buscar algo relacionado con su propia hijita. Pero, como digo, no creo que sea así.

Se sentó y murmuró:

—El vigilante, él lo hizo.

Se tapó la boca con la mano. No era su intención que nadie le oyera. El vigilante no era asunto suyo. Tone-Marit Steen, sentada a su lado, no pudo evitar sonreír.

—No te rindes, ¿eh? —le dijo en voz baja mientras se levantaba a una señal del comisario jefe—. Billy T. no ha mencionado el arma —continuó, ahora en voz alta—. El Nagant que sabemos que fue el arma empleada en el crimen, y que pertenece sin duda alguna a Per Volter. Hemos inspeccionado el armario de las armas en el domicilio familiar. Como es natural, encontramos las huellas de todos ellos. Por lo demás, puedo añadir que en el resto de la casa prácticamente no había huella alguna,

lo cual no es de extrañar, ya que el Ministerio de Asuntos Exteriores tuvo la genialidad de mandarles la contrata de limpieza más eficiente de la ciudad antes de que nosotros pudiéramos registrar la vivienda.

Tone-Marit hizo una pausa cargada de significado.

—Un grave error, podría decirse sin miedo a exagerar. Bueno, creo que de momento debemos conformarnos con afirmar que en algún momento el arma fue sustraída de la vivienda familiar, aunque no hay ningún indicio de allanamiento. La pena es que no podemos hacer ninguna estimación de cuándo ocurrió el robo, porque Per no había tocado el armario de las armas desde la pasada Navidad.

Se sentó en el borde de la mesa y se giró hacia los presentes.

—Billy T. sigue emperrado en que hay algo raro con el vigilante de la sede del gobierno —dijo dedicando una sonrisa a su colega—, y la verdad es que estoy de acuerdo con él. Hay algo ahí, algo que todavía no he descubierto. Ninguno de nosotros lo ha hecho. Pero estoy convencida de que ese tipo mentía sobre algo. Es muy rebuscado que el tipo se muriera precisamente ahora. Desconsiderado, diría yo.

Algunos se rieron por lo bajo, pero la fiscal general le dedicó una mirada asesina y ella compuso un gesto de pretendida seriedad mientras le guiñaba un ojo a Billy T.

—Al contrario que la mayoría de los demás implicados en este caso, sabemos que el vigilante sí estaba en el lugar del crimen. Lo cual no deja de ser importante, teniendo en cuenta que nuestro principal problema, aparte de encontrar algo parecido a un móvil, es encontrar la ocasión para cometer el asesinato. Por eso estamos investigando si el tipo estaba vinculado a algún determinado ambiente o círculo. Y para ello me gustaría contar con una colaboración más estrecha de... algo más de ayuda por parte de...

Tone-Marit miraba retadora al jefe de inteligencia, que parecía más que nunca una esfinge. Billy T. estaba impresionado. Estaba claro que Tone-Marit Steen no le tenía miedo a nada ni a nadie.

—Y luego está Benjamin Grinde —dijo, y centró su mirada en el comisario jefe—. ¿Quiere que hable de eso también o tal vez el jefe de la policía judicial...?

El comisario jefe, impaciente, hizo un gesto circular con la mano derecha para indicarle que siguiera, y Tone-Marit continuó:

—Para empezar, el pastillero presentaba huellas tanto de Birgitte Volter como de Wenche Andersen y Benjamin Grinde. En la parte exterior. Lo que indica que, probablemente, llegó a las manos de Grinde en fecha bastante reciente. Y eso encaja con el testimonio de Wenche Andersen. En el interior no han aparecido huellas. Lo que implica que es imposible saber si tenía algún significado especial. —Se pasó un dedo por la frente y miró al comisario jefe—. Daría lo que fuera por poder ver una nota de despedida de ese hombre. Porque no hay ni la más mínima duda de que Benjamin Grinde se quitó la vida. Ninguna señal de allanamiento, ningún indicio de violencia u otro tipo de presión sobre él. El apartamento estaba recogido y limpio, y en la chimenea había cenizas que indican que tuvo la serenidad suficiente como para

deshacerse de sus papeles más personales. Los asuntos que se había llevado para trabajar en casa estaban perfectamente ordenados, de forma que no supusieran ningún problema para quien tuviera que hacerse cargo de ellos. Pero ninguna nota de suicidio, lo cual es muy poco habitual.

—Tal vez no le debiera ninguna explicación a nadie —comentó el comisario jefe en voz baja.

Tone-Marit levantó la vista de sus notas, una pequeña ficha con palabras clave que tenía en la mano izquierda.

—Nos encontramos con casos así de vez en cuando —continuó el comisario jefe con los codos clavados en la mesa—. Los llamamos suicidios «ordenados». Limpios. Todo listo y organizado, ningún cabo suelto. Tan solo el final de una vida. En cierta forma se borran, como si nunca hubieran existido. Triste, muy triste.

—Pero ¿y su madre? Y también tenía amigos, amigos muy cercanos.

—A lo mejor no le debía nada a nadie.

El comisario jefe parecía lanzado, y Billy T. intentó esconder su propio asombro. Cuando asumió el puesto algo más de seis meses atrás, Billy T. había sido muy escéptico, al igual que otros muchos. El hombre tenía muy poca experiencia operativa, casi no había trabajado en la policía, solo dos años a principios de los setenta como un simple agente raso en Bodø. Luego había ejercido como juez de primera instancia durante once años, una experiencia que no parecía la ideal para alguien que debía hacerse cargo de la comisaría más grande y conflictiva del país. Pero se había crecido con el reto. Les había impresionado a todos en las últimas dos semanas. Les mantenía unidos, hacía que todos formaran parte del mismo equipo. Trabajaban hasta caer exhaustos y todavía nadie se había quejado de no cobrar horas extraordinarias. Y eso era un reto de los más difíciles para cualquier jefe.

—El suicidio es un tema muy interesante —prosiguió reclinándose en su silla, consciente de que todos estaban pendientes de sus palabras—. Sombrío y fascinante. A grandes rasgos, podría decirse que la diferencia entre todos los que alguna vez, en momentos de desesperación, hemos considerado la posibilidad de quitarnos la vida... —Sonrió con aire adolescente y Tone-Marit de pronto le encontró casi atractivo. El hombre contravenía el reglamento llevando remangada la camisa recién planchada del uniforme. Había algo juvenil y masculino en él, algo descuidado y muy fuerte a la vez—. La diferencia entre nosotros y ellos es que nosotros pensamos en cómo una muerte así afectaría a nuestros allegados —dijo en voz baja—. Nos hacemos a la idea de la terrible tragedia que supondría para los que se quedan. Apretamos los dientes y, al cabo de unos meses, la vida vuelve a parecer mejor, más fácil.

Se puso de pie y se acercó a la ventana. La lluvia había amainado, pero las nubes se veían grises, pesadas y húmedas sobre el enorme campo de césped gris verdoso que se extendía en triángulo entre la comisaría, la cárcel y la calle Grønlandsleiret. Cuando continuó, pareció que buscaba un código secreto en los dibujos que habían dejado las gotas de agua sobre el cristal:

—El que podríamos denominar «auténtico» candidato al suicidio piensa lo contrario. Cree que, si elige la muerte, las cosas probablemente mejorarán para los que le aman. Se siente como una carga. No necesariamente porque haya hecho algo malo, sino tal vez porque su dolor se hace tan... tan insoportable que se contagia a las personas queridas, hace la vida intolerable para todos. Eso cree. Y se quita la vida.

—¡Vaya! —exclamó Billy T. sin querer: nunca había oído a un mando policial pronunciar la palabra «amar».

—Fijaos en el tal Grinde —prosiguió el comisario jefe sin hacer caso de la breve interrupción—. Un hombre de éxito. Muy competente. Respetado en muchos ámbitos. Tiene intereses, amigos. Entonces ocurre algo. Algo que es tan horrible que... Tuvo que tomar la decisión después de considerarlo con calma, fue a comprar las medicinas y dejó todas sus cosas organizadas. El dolor era insoportable. ¿Qué lo produjo?

Se dio la vuelta deprisa y abrió los brazos a modo de invitación colectiva para que especularan sobre los motivos que podría tener para suicidarse un hombre del que, en realidad, sabían muy poco.

—No has mencionado el honor —dijo Billy T. en voz baja.

—¿Qué has dicho?

El comisario jefe le miraba con intensidad, algo ardía en su mirada. Billy T. se arrepintió de haber abierto la boca.

—Honor —repitió de todas formas en un murmullo—. Como en *Madame Butterfly*.

El jefe de la policía judicial estaba boquiabierto y parecía no tener ni idea de qué estaban hablando.

—Quien no puede vivir con honor muere con honor, o algo parecido —dijo Billy T. Cuando se dio cuenta de que podía continuar, elevó el tono de voz—: A veces ocurre que, cuando un personaje prominente es pillado robando o con los pantalones bajados, se suicida. En esos casos solemos pensar que el tipo se avergonzaba de lo que había hecho, que la caída sería demasiado dura, etcétera, etcétera. Con frecuencia interpretamos ese tipo de suicidios como un reconocimiento de culpabilidad. El tipo ha hecho algo horrible y no puede enfrentarse al mundo. Pero no tiene que ser... ¡no siempre es así! Tal vez no soporte la idea de vivir deshonorado, ¡aunque sea inocente!

—O, por ejemplo —se arriesgó a interrumpirle Tone-Marit—, puede que el candidato a suicida haya hecho algo que pueda ser... moralmente reprochable, aunque no necesariamente ilegal. Desde ese punto de vista, un mismo hecho puede ser valorado de forma totalmente distinta por dos personas: una puede no dedicarle siquiera un pensamiento a ese hecho, mientras que la otra, con unos estándares de moralidad especialmente elevados, puede...

—¡Con todos mis respetos, comisario!

El jefe de inteligencia, Ole Henrik Hermansen, que hasta ese momento había permanecido inmóvil mirándose las uñas, golpeó la mesa con el puño.

—Me parece muy poco práctico discutir ideas más o menos huecas sobre el suicidio y sus enigmas en un momento de tanto trabajo. ¡Todo tiene un límite!

Las comisuras de sus labios se movían a tirones y la piel de su rostro había adquirido un tono más oscuro de lo habitual. Movía el pie arriba y abajo a gran velocidad y miraba retador al comisario jefe.

Este sonreía. Era una mueca tan tolerante que hasta el jefe de la policía judicial entendió que era un correctivo, un correctivo muy arrogante. Hermansen estaba coloradísimo y se levantó para decir algo más. Sus dos manos agarraban el borde de la mesa, como si el ser la única persona en sus cabales en aquella sala le obligara a mantenerse en contacto con una realidad tangible.

—Si pudiéramos dejar a un lado esas teorías tan pretenciosas —dijo con tanta dureza que casi le salió un gallo—, tengo muchas cosas que contarles.

Los otros se miraron entre ellos. La situación había dado un giro radical. A lo mejor era lo que hacía falta: una disertación filosófica sobre los aspectos más profundos del suicidio. Porque ahora, de repente, ¡Ole Henrik Hermansen iba a hablar!

—Adelante —dijo el comisario jefe sin quitarse la sonrisa de la cara.

—Empezaré presentando una disculpa —dijo Hermansen colocándose unos cabellos sobre el ralo cráneo—. Soy consciente de que algunos de vosotros os habéis sentido... poco informados, por así decirlo. Me permito pedirlos que comprendáis que esto ha sido necesario. Todos sabemos que esta comisaría tiene una lamentable tendencia a sufrir filtraciones. Filtraciones a la prensa. Filtraciones graves. Hemos tenido que callarnos muchas cosas.

Echó su silla hacia atrás y se dirigió a la cabecera de la mesa.

—Si ahora veo la necesidad de haceros una presentación detallada es porque la investigación parece ir... hacia todas partes a la vez, por así decirlo. Y porque, en realidad, tenemos lo que creemos que puede ser la solución del caso.

—¡Uau! —soltó Billy T.

La divagación del comisario jefe hacia los terrenos más espirituales de la existencia había sido interesante, pero no había nada como una buena pista.

—Pero eso implica —continuó Hermansen— que debéis manejar la información que vais a recibir con extrema prudencia. Si esto se supiera, nos arriesgamos a que toda la investigación se venga abajo como un castillo de naipes, y entonces no tendremos nada.

—Pues como hemos estado todo el tiempo —murmuró Billy T., pero cerró la boca cuando Tone-Marit le propinó una buena patada en la espinilla.

—Nos ha parecido interesante que, al parecer, la última conversación que Birgitte Volter mantuvo antes de morir fuera sobre ese asunto que ha dado en llamarse «el escándalo sanitario». Estos días hemos leído la prensa con mucho interés.

«Claro, porque eso es lo que hacéis siempre —pensó Billy T—. No hacéis otra cosa que leer periódicos, cortar, pegar y guardar».

Pero esta vez mantuvo la boca sabiamente cerrada: la mirada de Tone-Marit era muy elocuente.

—Aunque ya sabíamos la mayoría de las cosas que se han publicado. Y, de hecho, sabemos mucho más.

Hermansen hizo una pausa y disfrutó del efecto de sus palabras. Todos le miraban atentamente. Por fin alguien tenía algo. Algo concreto.

—Algunos de los países aliados mantuvieron relaciones comerciales limitadas con la República Democrática de Alemania en 1964 y 1965 —dijo Hermansen en voz muy alta, caminando arriba y abajo frente a su audiencia como un catedrático muy pedagógico—. Era uno de los eslabones de una gran operación orquestada por Estados Unidos para intercambiar prisioneros entre el Este y el Oeste. Los alemanes orientales pusieron como condición poder importar algunos artículos de los que padecían escasez, y poder exportar al bloque occidental algunos de sus productos. De ese modo obtendrían mercancías y divisas.

Billy T. no entendía adónde quería ir a parar y tamborileaba impaciente con los dedos sobre la mesa, hasta que el comisario jefe captó su mirada y paró al instante.

—Noruega colaboró exportando mineral de hierro e importando, entre otras cosas, productos farmacéuticos. Sí, la verdad es que fueron muchas las mercancías que cruzaron la frontera en uno y otro sentido en aquellos años, pero no vamos a detenernos en eso ahora. Lo que importa aquí es recordar que aquello se hizo en estrecha colaboración con nuestro aliado, Estados Unidos, con muy buenos propósitos: traer de vuelta a agentes y diplomáticos occidentales. Estados Unidos se dedicó a hacer ese tipo de tratos mucho más que nosotros, claro, a pesar de que contravenía la Doctrina Truman. Y también era algo de lo que, por supuesto, no se hablaba en voz alta.

El jefe de la secreta se sentó sobre el respaldo de una silla con los pies en el asiento, una postura juvenil y algo chulesca.

—Sobre todo es importante recordar que, por aquel entonces, la República Democrática de Alemania ni siquiera estaba reconocida como Estado, eso no ocurriría hasta 1971. Alemania del Este era un sistema muy hermético, pero lo peor, visto desde nuestra perspectiva, era que no podían pagar sus facturas.

El comisario jefe arqueó las cejas.

—Pero... —objetó con prudencia—, ¿es que no contaban con un sistema monetario?

—Claro que sí. Pero ¿qué valor podía tener un marco de Alemania del Este? ¡Ninguno, cero! Para nosotros la solución fue, sencillamente, intercambiar mercancías. Para los estadounidenses resultó más complicado. Los alemanes del Este exigían dinero. Se podría decir que, en realidad, los estadounidenses compraron la libertad de los suyos. A un precio muy alto, y a costa de uno de los principios básicos de su política exterior: mantener relaciones comerciales únicamente con naciones que tengan un sistema de derechos políticos y humanos aceptable.

—Como si alguna vez hubieran cumplido con eso —murmuró Billy T. sin que nadie le hiciera caso—. ¿Qué coño tiene que ver esto con el asesinato de Birgitte Volter?

—Naturalmente, los servicios secretos no tuvieron nada que ver en las transacciones comerciales —continuó Hermansen impertérrito—. Pero nos mantenían informados y estábamos al corriente. Era imprescindible, puesto que debíamos tener vigilados a algunos ciudadanos de Alemania del Este. No hará falta que os diga que disponemos de unos cuantos archivos de aquella época...

Bajó de la silla de un salto y volvió a pasear arriba y abajo.

—En estos momentos, resulta especialmente interesante fijarse en uno de los ciudadanos de Alemania del Este de los que no tenemos informes. Mejor dicho, alguien que «había sido» ciudadano de Alemania del Este. Kurt Samuelsen. Nacido en Grimstad en 1942. Su madre era noruega y se llamaba Borghild Samuelsen. Su padre era un soldado nazi sin identificar. El niño fue entregado a un orfelinato nada más nacer, y un año más tarde fue enviado al Tercer Reich como parte del programa Lebensborn, que recuperaba a los niños arios para el imperio separándolos de sus madres.

De pronto Hermansen dejó de pasear arriba y abajo como un alma en pena. Se plantó con las piernas abiertas, como en posición de descanso militar y, para rematarlo, se puso las manos a la espalda.

—Kurt Samuelsen acabó en Alemania del Este después de la guerra. Nadie supo de él, nadie preguntó por él. Mejor dicho, su madre hizo algunos intentos poco insistentes hacia 1950, pero casi nadie quiso ayudar a una mujer que había sido rapada y encarcelada durante tres meses en 1945. Pero en 1963, durante un viaje de estudios a París, Kurt Samuelsen deserta. Tiene veintiún años y es un prometedor estudiante de química que se presenta en la embajada de nuestro país diciendo que es noruego.

—¿Noruego?

Nadie miró al jefe de la policía judicial. Todos querían que Hermansen continuara.

—Sí. Tiene papeles y otras pruebas de que es realmente Kurt Samuelsen. De ese modo puede viajar a Noruega y reencontrarse con su madre entre grandes celebraciones. En 1963, hasta los más duros miembros de la Resistencia todavía se emocionaban hasta las lágrimas con un reencuentro entre madre e hijo. En fin. Kurt Samuelsen fue admitido en la Universidad de Oslo, en el Instituto Farmacéutico. Era muy buen estudiante y se licenció a los veinticuatro años. En química farmacéutica, no en farmacia, y esto es importante. En solo seis meses hablaba un noruego perfecto, lo que, sin mucha lógica, reforzó la idea de la madre de que de verdad era su hijo perdido quien había regresado.

Hermansen se detuvo un momento y, sin consultar a nadie, encendió un cigarrillo. En el bolsillo llevaba un cenicero de bolsillo con tapa que depositó sobre la mesa.

Dio una profunda calada, sonrió satisfecho y continuó:

—Hasta aquí todo alegría y felicidad. Pero Kurt Samuelson regresó a Alemania del Este en 1968. Sin avisar a su madre. Y, desde entonces, nadie ha vuelto a saber nada de él.

En esta ocasión ni siquiera Billy T. dijo nada, se limitó a chasquear la lengua.

—La verdad es que me molesta mucho que fumes. ¿Te importaría apagarlo? —dijo Tone-Marit de pronto.

El jefe de inteligencia la miró malhumorado, pero hizo lo que le pedía.

—Cuando su madre falleció en 1972, a la familia le fue imposible encontrarle. El caso fue investigado, por supuesto, y los servicios de inteligencia de Occidente volvieron a localizarle en Bulgaria en 1987. Y quedó claro que aquel hombre no era Kurt Samuelson. Se trataba de Hans Himmelheimer. El auténtico Kurt Samuelson ha vivido siempre en Ciudad Karl Marx, ahora Chemnitz, y nunca ha puesto los pies fuera de la antigua Alemania del Este. Ni siquiera tras la reunificación. Y aquí llegamos a la cuestión más interesante.

Cogió otro cigarrillo, aunque sin intención de encenderlo.

—Han sido nuestros colegas alemanes quienes nos han informado sobre Hans Himmelheimer. Encontraron su nombre en los archivos desclasificados de la Stasi. Nuestro querido Himmelheimer es hoy el farmacéutico jefe de una gigantesca multinacional alemana, y a lo mejor os gustaría intentar adivinar de cuál se trata.

—Pharmamed —dijeron a coro Tone-Marit, Billy T. y el comisario jefe.

—Exacto. Nada menos. Pharmamed era, como toda la industria, propiedad del antiguo régimen, pero, a diferencia de lo que ocurrió con muchas de las empresas de Alemania del Este, su privatización se gestionó con gran éxito. Entre otras cosas, tienen la patente de una jeringuilla que se parte tras el primer uso, una patente muy valiosa en estos tiempos del VIH. Hans Himmelheimer estuvo en Noruega en marzo de este año...

—¿Qué? —exclamó el comisario jefe abriendo los brazos, pero Hermansen le tranquilizó.

—Espera. Estuvo en un congreso en el Oslo Plaza, se alojó allí cuatro noches. Con su nombre auténtico. Algo bastante arriesgado, si quieres saber mi opinión, ya que había bastantes probabilidades de ser reconocido. Al fin y al cabo, vivió en Noruega durante cinco años.

Hasta ese momento, Ole Henrik Hermansen había disfrutado de la situación. De forma evidente. Pero totalmente merecida. Lo que estaba contando era francamente interesante, y además lo hacía con estilo.

Pero, de pronto, pareció sentirse inseguro. Su mirada se tornó vacilante y toqueteaba el cigarrillo con gesto nervioso.

—Nuestros analistas afirman que es extremadamente perjudicial para Pharmamed que se haya filtrado este asunto de las vacunas. Probablemente no porque se pueda responsabilizar a la compañía; de hecho, su identidad jurídica hoy es otra, tras la

privatización y todo eso. Pero está la cuestión del nombre... —Nadie le preguntó qué quería decir, aunque nadie lo había entendido—. El nombre «Pharmamed». La compañía ha experimentado un crecimiento meteórico tras la caída del muro. Vale billones. Y sigue llamándose Pharmamed. La verdad, reconozco que no sé por qué no pueden, en el peor de los casos, cambiar sencillamente de nombre, pero al parecer cuesta un dineral y es complicado. Me han explicado que las marcas con un nombre consolidado en el mercado valen una fortuna. Y este escándalo podría contagiar a toda la compañía, lo cual supondría una catástrofe en una industria que se basa tanto en la confianza como la farmacéutica. Y ahora, si volvemos a nuestra hipótesis original...

El jefe de inteligencia se frotó la cara con fuerza y su piel enrojeció. Por primera vez ese día, pareció estar muy cansado.

—La del chal.

Hermansen le hizo una señal al jefe de la policía judicial para que rebajara la intensidad de la luz, y puso una transparencia sobre el proyector. El dibujo del hombre sin rostro situado tras Birgitte Volter, tapándole la cara con el chal y apuntándole con un revólver a la sien, el que habían visto el primer sábado, de pronto adquirió un nuevo significado.

—Supongamos, para el caso, que teníamos razón. Que su intención no era asesinar a Birgitte Volter, sino amenazarla. Y qué podía resultar más efectivo que...

—¡Demostrarle que habían podido entrar en su casa y robarle el Nagant sin que nadie se hubiera dado cuenta de nada! —casi gritó Billy T.

—Pero... —tartamudeó el jefe de la policía judicial—, tenía un chal sobre la cabeza, ¿no podía ver el Nagant!

Hermansen le lanzó una mirada frustrada.

—El asesino pudo habérsela enseñado antes. Como ya dije la última vez que vimos este dibujo, el numerito del chal podría haber tenido como objetivo asustarla aún más. Según esta teoría, el asesinato habría sido un accidente. El propósito podría haber sido hacer que cancelara o minimizara el trabajo de la comisión Grinde.

—Puede que tengas razón —dijo Billy T.—. Va a ser que tienes mucha razón.

Los decibelios fueron en aumento conforme los presentes, emocionados, se giraban los unos hacia los otros para discutir el espectacular giro que habían tomado los acontecimientos. Pero el jefe de inteligencia permaneció dubitativo mientras los observaba, y no pareció alegrarse de tener que interrumpirles.

—Casi lamento tener que decir que esta no es la única pista con la que estamos trabajando. Ayer el caso dio otro giro espectacular.

Se hizo un silencio inmediato.

—¿Qué? —saltó Tone-Marit Steen—. ¿Está relacionado con lo que acabas de contarnos?

—Con la muerte de la primera ministra Volter, sí. Con Pharmamed, no.

De forma precisa y sucinta, Hermansen dio cuenta de la aparición de Brage

Håkonsen en escena. Contó toda la historia en algo más de siete minutos, incluyendo la avioneta siniestrada, en lo que aún no estaba claro si había sido un acto de sabotaje con el primer ministro sueco Göran Persson como objetivo. Les habló también del viaje de Tage Sjögren a Noruega en un momento tan crítico. Y del imponente arsenal de Brage Håkonsen, y del hecho de que tuviera listos los planes para atentar contra dieciséis destacados ciudadanos noruegos que no tenían en común nada más que una posición privilegiada o una actitud generosa hacia los inmigrantes. Concluyó con un suspiro:

—Me encantaría descartarle por idiota y por exaltado. Mis hombres me aseguran que es demasiado cobarde para llevar a cabo un asesinato. Cuando le detuvieron, podría haber intentado escaparse abriendo fuego. Tenía a su alcance armas suficientes para equipar a todo un comando y no se atrevió. Pero... —Se levantó de nuevo, parecía encontrarse algo entumecido. Todos empezaban a estar cansados, la reunión había durado cerca de tres horas y quien más, quien menos, echaba de menos un café o un cigarrillo—. Dice que sabe quién lo hizo, y parece saber de lo que habla.

Hermansen les explicó que Brage Håkonsen conocía los detalles relativos a la devolución del arma.

—Entonces ya sabe más que nosotros —exclamó Tone-Marit—. Hemos estudiado los vídeos de la central de correos durante horas, y es imposible encontrar algo de interés. Ya que tienen cámaras, deberían asegurarse de que lo que graban sirve para algo.

—Brage dice tener información, pero quiere un trato.

—¿Un trato? —La fiscal general no había abierto la boca ni una sola vez durante la larguísima reunión. Ahora se vio un brillo tras los gruesos cristales de sus gafas—. ¿Dejarle marchar a cambio de un nombre? Ni hablar.

—Ya le hemos explicado que las cosas no funcionan así —repuso en tono cortante el jefe de inteligencia—. Sabe que no es lo habitual.

—Pero tampoco el asesinato de una primera ministra es algo muy habitual en este país —murmuró Billy T.

No tenía ganas de pelearse con la fiscal general. Sabía por amarga experiencia que no conducía a ninguna parte.

—Bueno, vamos a hacer un descanso —dijo el comisario jefe—. Media hora y volvemos a encontrarnos para coordinar futuras actuaciones. Creo que sería conveniente fusionar los grupos de Billy T. y Tone-Marit.

—¡Bien! —celebró Billy T., y le dio un sonoro beso en la mejilla a Tone-Marit.

—Media hora —repitió el comisario—, ni un minuto más.

—A veces eres tan infantil, Billy T. —dijo Tone-Marit enfadada, y se secó la mejilla.

No conseguía tranquilizarse. Le parecía que estaba cotilleando, y era lo último que quería hacer. Había sido la secretaria de varios primeros ministros durante once años y llevaba una vida acorde con sus obligaciones. Tranquila y prudente, sin excesos y con un grupo de amistades más reducido que la mayoría. Eran muchos los que habían intentado tirarle de la lengua en estos años, amigos y conocidos y algún que otro periodista, pero sabía cómo debía comportarse. El puesto llevaba implícito un código de honor. Aunque todo el mundo perdiera los valores de toda la vida, no sería ella quien traicionara sus ideales.

La duda le había resultado difícil de soportar. Le había estado dando vueltas durante días sin llegar a decidirse sobre qué sería lo correcto. No estaba muy segura de qué había sido lo que inclinó la balanza. Tal vez fuera la sincera desesperación y el desconcierto de su amiga. Pero probablemente fue la certeza de que la deslealtad que iba a desvelar era mil veces peor que la indiscreción en la que ella incurriría al contárselo al primer ministro.

Tryggve Storstein se había mostrado amable y atento, y le había dado las gracias con una cordialidad en la voz que contrastaba con el gesto abatido, casi triste, que tenía cuando ella salió por la puerta, sin estar segura de haber hecho lo que debía.

Le gustaba el nuevo primer ministro. Era demasiado pronto para afirmarlo con seguridad, y tampoco quería que su trabajo estuviera condicionado por si su jefe le caía bien o no, pero era imposible no llevarse bien con él. Aunque pudiera parecer distraído, casi fuera de lugar tras el gran escritorio ovalado, con una eterna arruga en la frente y ese pequeño y raro gesto de timidez que hacía con la boca cada vez que carraspeaba para pedirle algo. Solía buscar las cosas él mismo, no parecía gustarle que le sirvieran. Una vez se lo dijo así de claro, cuando casi se tropezaron en la cocina, frente a la cafetera:

—Me siento como un tonto cuando alguien hace estas cosas por mí. La gente puede prepararse un café por sí misma.

Su amiga había llorado cuando vino a hablar con ella. Susurró y sollozó bajito, sus uñas pintadas de un rojo intenso se habían movido por su cara como mariquitas sin puntitos. Fue a verla porque se sentía completamente desconcertada, y porque Wenche Andersen no solo era una vieja amiga sino una especie de superior, no formalmente, pero sí por experiencia y competencia. Su amiga solo llevaba cuatro años en la secretaría del Ministerio de Sanidad. De hecho había llegado al puesto con las referencias que le dio Wenche Andersen, lo que le hacía sentir una responsabilidad aún mayor.

—Se ha alegrado mucho de que se lo hayamos contado —había consolado en voz baja a su amiga por teléfono, pero tuvo que colgar de golpe cuando entró otra de las secretarías.

El primer ministro Storstein le había pedido expresamente que no le mencionara el episodio a nadie más. Eso fue el viernes y aún no había ocurrido nada. Por lo menos nada de lo que Wenche Andersen tuviera noticia, así que suponía que todo iba

bien.

El teléfono volvió a sonar en cuanto colgó.

—Despacho del primer ministro.

Llamaban del parque móvil. Escuchó con gran atención.

—Métanla en una bolsa de plástico y, por favor, no la toquen más de lo que ya lo han hecho. Llénenla a la comisaría inmediatamente. Pregunten por Tone-Marit Steen. Sí, Steen, con dos es. Llamaré para avisar de que van de camino.

La llave electrónica. Habían encontrado la tarjeta de Birgitte Volter, metida entre el asiento y el respaldo de uno de los vehículos oficiales. No la habían visto hasta que tocó limpiar el coche a fondo y fueron a pasar la aspiradora por el interior.

Wenche Andersen descolgó de nuevo para localizar a la joven y amable policía que la había interrogado hacía solo unos días que parecían una eternidad. Al marcar el número se fijó en sus manos. Era como si todo, salvo la piel, hubiera encogido; se arrugaba en torno a tendones y tejidos que daban la sensación de haber perdido toda su fuerza. Wenche Andersen se acarició lentamente la palma de la mano y se dio cuenta, por primera vez en mucho tiempo, de que estaba envejeciendo. Otra vez sintió que la embargaba un intenso deseo de retroceder en el tiempo.

13.00 Comisaría de Oslo. Oficinas del servicio de información e inteligencia

—Si le hacemos comparecer ahora se va a liar una muy gorda, ¿no lo entiendes?

Severin Heger nunca antes había levantado la voz a su jefe, pero ahora irradiaba desesperación.

—Como esto se sepa habremos quemado todos nuestros puentes. Nunca he sabido de nadie que haya solicitado una prisión provisional sin que la prensa se entere. ¡Por Dios, Hermansen! Si aquí tenemos filtraciones de planta en planta, ¡eso no es nada en comparación con lo que pasa en los juzgados de primera instancia!

El jefe de inteligencia movía la mandíbula inferior adelante y atrás con un chasquido, una mala costumbre que su mujer creía haber eliminado años atrás. Ahora hacía rechinar los dientes de lado a lado, y literalmente se le oía pensar.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo manoseando los bordes del vade—, pero no podemos retenerle sin encarcelarlo. Está detenido desde el sábado por la mañana y, con el reglamento en la mano, hoy es el último día.

Severin Heger entrelazó las manos e intentó estar quieto.

—¿No podríamos pedírselo a uno de los jueces que conocemos, uno de los que solemos usar? Y luego le encarcelamos con mucha discreción esta tarde, cuando el juzgado esté vacío...

Ole Henrik Hermansen observaba a una araña que se estaba construyendo una mansión en un rincón del techo, junto a la puerta. El entusiasta insecto iba y venía a toda velocidad y, de pronto, colgaba en el aire suspendido de un hilo tan fino que era

imposible verlo. Un mosquito se movía desesperado por salvar su vida en medio de la telaraña; era inútil, la araña lo había visto y se acercaba amenazante por el funicular que ella misma había fabricado.

—Ya ha llegado la primavera —gruñó el jefe de inteligencia—. Veré lo que puedo conseguir. No podemos elegir juez, Severin. Pero entregaremos la documentación en mano. Yo mismo llamaré al secretario para ver qué puedo hacer. Siempre será mejor por la tarde que ahora.

—Tienes que conseguirlo —dijo Severin Heger, y salió del despacho de su jefe para preparar el papeleo.

16.03 Gabinete del primer ministro

Tryggve Storstein apenas había acabado de instalarse en su nuevo despacho. En toda la gran estancia rectangular que dominaba la ciudad de Oslo no había ni un solo objeto personal. Ni siquiera una foto de su mujer e hijos, ni una taza con la inscripción PARA PAPÁ O BUEN CHICO, aunque era merecedor de ambas cosas. Por lo menos eso opinaban sus hijos, pero la taza con las palabras EL MEJOR PADRE DEL MUNDO en letras verdes sobre fondo naranja estaba guardada en el fondo del cajón marcado como PRIVADO. No se sentía a gusto, aquel no era su lugar. Ese despacho no. Tampoco el cargo. Ni toda esa gente que corría de un lado para otro y que eran su «gabinete». El despacho era demasiado grande; las vistas de la caótica y ruidosa ciudad, demasiado imponentes. Todo aquello le mareaba. Pero había aceptado el puesto, y lo había hecho de corazón. Era la persona apropiada para el cargo, a pesar de que los trajes le estuvieran grandes y que los domingos se hiciera el torpe para que su mujer le dejara hechos los nudos de tres corbatas. Todo se arreglaría dedicándole el tiempo necesario. Quién sabe, a lo mejor hasta se acostumbraría a que ya nadie usara su nombre de pila.

—Dígale que pase —murmuró por el interfono cuando Wenche Andersen le anunció en voz baja que la ministra de Sanidad había llegado.

—¡Tryggve!

Fue hacia él con aire resuelto y abrió los brazos para darle un beso. Lo evitó sentándose para mirar unos papeles sin importancia. No levantó la vista hasta que ella no hubo tomado asiento.

—Creo que sabes por qué quiero hablar contigo —dijo mirándola de repente.

Ruth-Dorthe Nordgarden nunca se había fijado en los ojos de Tryggve Storstein. Impactaron en ella como una inesperada lluvia de flechas. Eran incómodos, francos; por alguna razón, el pliegue entre somnoliento y triste había desaparecido de sus párpados; ese pliegue que hacía que uno no se fijara en su mirada, sino en los globos oculares dentro de sus profundas cuencas. Ahora estaba cambiado. Ahora los ojos eran su cara. Una intensa expresión entre gris y verde en la que ella reconoció, a

regañadientes pero sin lugar a dudas, un desprecio total e indisimulado.

La vergüenza le recorrió todo el cuerpo hasta provocarle pinchazos en las palmas de las manos, y sin querer repitió su tic más molesto rascándose el cuello.

—¿Qué quieres decir?

Ruth-Dorthe se obligó a sonreír, pero los nervios de su cara se resistían. Su boca se torció en una mueca de culpabilidad confesa: él lo sabía.

—No hagamos que esto sea innecesariamente embarazoso, Ruth-Dorthe —dijo levantándose.

Se quedó de pie junto a la ventana. Le habló a su propio reflejo en el cristal, los gruesos ventanales verdosos que supuestamente le protegerían de un atentado procedente del exterior. Sonrió escéptico. Aquellos cristales no habían ayudado a Birgitte.

—¿Sabes cuál es la finalidad de ser político? ¿Alguna vez te has parado a pensar cuál es el objetivo de todo esto?

Ella no se movió. Él podía ver su reflejo en el cristal: paralizada, tan solo su mano bajaba y subía por su delgado cuello una y otra vez.

—Deberías haberlo hecho. Te llevo siguiendo mucho tiempo, Ruth-Dorthe. Más del que tú llevas siguiéndome a mí. Nunca me ha gustado lo que veía. Y no ha sido ningún secreto.

Se giró de repente. La observó fijamente, intentando captar su mirada. Pero también la traicionaban los ojos, se empeñaban en mirar hacia algún lugar a la izquierda de su hombro.

—No tienes principios, Ruth-Dorthe. No sé si alguna vez los has tenido. Y eso es peligroso. A falta de ideales perdemos de vista el objetivo, la base para dedicarse a la política. ¡Eres miembro del Partido Laborista, maldita sea!

Levantó la voz, sus mejillas enrojecieron y sus ojos se hicieron aún más grandes.

—¿Qué representamos en realidad? ¿Puedes contestarme a eso?

Se inclinó hacia delante y puso las manos sobre el apoyabrazos de su silla. Su cara estaba a treinta centímetros de la de ella, y Ruth-Dorthe podía notar el suave olor de su loción para después del afeitado, pero no quería mirar. No podía, no tenía fuerzas.

—La gente que está ahí fuera, los electores, el pueblo en general, llámalos como quieras. ¿Por qué nos votaron precisamente a nosotros? Porque queremos «repartir», Ruth-Dorthe. Ya no somos revolucionarios, ni siquiera muy radicales. Administramos una sociedad regida por el mercado y vivimos a gusto en un escenario internacional que está en manos del capital. Nos parece bien. Muchas cosas han cambiado, tal vez hasta deberíamos cambiarnos el nombre. Pero en fin...

Ella podía notar el calor que despedía la cara de él, microscópicas gotas de saliva caían sobre su rostro enrojecido. Ruth-Dorthe parpadeaba sin cesar, pero no se atrevía a apartarse.

—Justicia —prosiguió entre susurros—, un reparto sensato y más o menos justo

de todo el gas y el petróleo que brota ahí fuera. Nunca será...

Se incorporó como si de pronto le doliera la espalda. Desde la ventana vio que la oscuridad había cubierto la ciudad, junto con la lluvia que había esperado agazapada tras las colinas de Østmark hasta que llegara el anochecer. Dos coches habían colisionado en la calle Aker, vio gente enfadada que movía mucho los brazos y un autobús que intentaba pasar subiéndose a la acera.

—Nunca alcanzaremos la equidad total, nunca. Pero para intentar hacer algo, para intentar igualar... ¿Has estado alguna vez en los barrios obreros del este de la ciudad?

La observaba por el cristal, en el reflejo su piel tenía un tinte verdoso.

—¿Has estado ahí fuera alguna vez? ¿Has visitado alguna vez a una familia de inmigrantes en Tøyen con cinco hijos y el retrete en el pasillo, y ratas tan grandes como gatos en el sótano? ¿Y has hecho luego el viaje al otro lado —movió la mano en dirección a las colinas del oeste—, y visto cómo viven ellos?

Ruth-Dorthe se mordió el interior de la mejilla para no derrumbarse. No dejaba de parpadear y notó calambres en la mano izquierda. Tenía los nudillos blancos e intentó soltar el borde del asiento.

—Casi nunca tenemos tiempo —dijo Tryggve Storstein con la voz cambiada, más suave, como si hablara a un niño desobediente que necesitara una charla de su padre—. Muy pocas veces pensamos en por qué, por qué nos dedicamos a esto, pero de vez en cuando hay que hacerlo.

Su voz cambió de nuevo, se sentó con gesto brusco y las palabras cayeron sobre la mesa como latigazos.

—Tú te dedicas a la política para medrar, Ruth-Dorthe. Para tu beneficio personal y particular. Eres muy peligrosa. No piensas ni en el partido ni en la gente en general, solo en ti misma.

No iba a consentirlo. Su vida se estaba desmoronando, era como estar en medio de un terremoto sin saber si tenía suelo firme bajo los pies, o si se abriría un abismo al segundo siguiente. Pero no lo iba a tolerar. Se abalanzó furiosa sobre la mesa, agarró un pisapapeles de cristal y lo blandió amenazante.

—Te estás pasando mucho de la raya —siseó—, no olvides que soy la segunda de...

Él se echó a reír. Levantó la cabeza y lanzó una carcajada.

—Y no deja de ser un enigma cómo llegaste a serlo.

—Pero...

—¡Cierra la boca!

Ruth-Dorthe se hundió en el asiento. Todavía tenía el pisapapeles. Lo sujetaba con fuerza, se agarraba a esa figura informe de cristal azul como si fuera su última oportunidad para algo que no sabía qué era.

—Eres idiota —dijo Tryggve Storstein con una voz que destilaba desprecio—. ¿No sabes nada de nuevas tecnologías? ¿No sabías que un fax archiva la confirmación de envío de todos los documentos enviados y registra los números

donde se han recibido?

La cabeza le daba vueltas. ¿Qué podía hacer? Seguro que podría encontrar algo contra él. Viejas historias de faldas, algún conflicto por una herencia... Algo había oído, podría desenterrarlo y tirárselo a la cara. Él no podía hacerle esto, no debía...

—Eres tan egoísta que no ves a los demás, Ruth-Dorthe. No les entiendes. Y te estalla entre las manos cuando menos te lo esperas, porque nunca dedicas ni cinco minutos a tratar de comprender cómo viven las demás personas, lo que sienten y cómo perciben el mundo. Por eso nunca podrás ser política. Nunca te has dedicado realmente a la política. Solo quieres el poder por el poder. Es tu afrodisíaco. El problema es que solo te quieres a ti misma, no puedes hacer otra cosa porque no quieres a nadie más. ¿Sabes lo que has hecho al filtrar el informe de la comisión al KA?

—Pero... —intentó argumentar con voz metálica e inexpresiva—. Yo... ¡El informe solo decía la verdad! —Parecía como si, inesperadamente, hubiera encontrado un arma que agarró con las dos manos—. Pero a ti te da miedo la verdad, Tryggve, y odias a la gente como yo, que piensa que necesitamos una prensa independiente... Sí, a los que pensamos que la libertad de expresión y una sociedad transparente es mucho más que unos documentos con el sello de «Confidencial».

Él se reía, balanceaba su silla adelante y atrás sin parar de reír.

—¡La verdad! ¿Quién eres tú para administrar la verdad a tu antojo, por encima de los demás y en tu provecho? ¿Crees... —echó la cabeza hacia atrás y soltó otra risotada exaltada—, crees que la verdad es algo que puedes repartir a tus contactos de prensa para que te devuelvan el favor cuando te convenga? Era algo que me preguntaba, ¿sabes? —Ya no reía, su voz temblaba y se esforzaba para no gritar—. Me preguntaba cómo alguien como tú, desleal, inútil, impopular e intrigante, salía tan increíblemente bien parada en la prensa. Era un enigma que no te hubieran destrozado hace tiempo. Y no solo para mí. Ahora lo sé: les pagabas. Les pagabas con información. ¡Pero eso se acabó!

Extendió la mano con brusquedad.

—¡Dame ese pisapapeles!

Ella bajó la vista, dudó unos instantes y lo dejó en el borde de la mesa. Amenazaba con caerse al suelo, y él tuvo que levantarse para sujetarlo.

—Nunca pensé... Nunca pensé que tendría que explicarle a un ministro de mi propio gobierno las reglas básicas del juego democrático. No lo entiendes, Ruth-Dorthe, estás al frente de la sanidad para servir al pueblo noruego. Y, en lugar de eso, has utilizado tu poder para urdir una venganza personal contra mí. Diste esa información a la prensa para poder ser la primera en hablar de ella y pillarme completamente desprevenido, sin idea de nada. Es un abuso de confianza de tal calibre que... no tengo palabras. Un ultraje hacia mí y hacia las personas a las que representas. Y con esos retazos de verdad que has ido soltando no solo has conseguido minar la credibilidad y la confianza en el gobierno, sino que has

contribuido a sembrar miedo y especulaciones. ¡Miedo y especulaciones! ¡Ahí tienes tu verdad!

Cerró los ojos y su antiguo rostro pareció estar de vuelta. Cuando volvió a abrirlos, su gesto preocupado y algo tímido había ocupado su lugar. Eso le dio valor a Ruth-Dorthe, que volvió a lanzarse.

—¡Pero la verdad nunca puede ser perjudicial! Solo cuando...

—Te voy a contar algo sobre la verdad —repuso él en tono cansado—. Claro que debe salir a la luz. Toda la verdad. Y entonces compareceré ante el Congreso de los Diputados, no ante la prensa. Ellos tendrán también todos los datos, por supuesto, pero en su momento. Ahora es el Congreso el que debe ser informado de este caso tan serio. Solo así puede tratarse el asunto con la dignidad que merece. Y mientras tanto... —Marcó un número de cuatro cifras en el teléfono—. Wenche, ¿podrías traernos dos tazas de té?

Colgó y se quedó esperando.

Ninguno de ellos dijo nada hasta que entró la secretaria, con dos pequeñas manchas de color lila en las mejillas. Depositó las tazas y sirvió el té con mano firme.

—¿Azúcar? —ofreció a Ruth-Dorthe—. ¿Leche?

La ministra de Sanidad no respondió y Wenche Andersen no consideró oportuno insistir. Cuando regresó con pasos cortos a su despacho, le pareció ver que su jefe le dedicaba una sonrisa de ánimo.

—A partir de este momento estarás bajo tutela —dijo Tryggve Storstein en voz baja, removiendo una cucharada de azúcar en el líquido dorado—. Desde este mismo momento. No tomarás ninguna decisión de importancia sin consultarme. ¿Comprendido?

—Pero...

Algo le estaba ocurriendo al rostro de Ruth-Dorthe Nordgarden. Tenía otra expresión, era como si todos sus rasgos se hubieran agrandado. Su boca crecía, la nariz se veía hinchada y los ojos parecían haber sido tallados demasiado grandes, demasiado bastos en su rostro menudo. Las sombras que proyectaba la lámpara de mesa reforzaban la sensación de que sus proporciones estaban equivocadas: un rostro delgado con la expresión mal dibujada.

—¡No puedes hacerlo! ¡No tienes derecho! Vétame en el próximo consejo de ministros, hazlo, pero ¡no tienes ningún derecho a apartarme de la gestión!

Tryggve Storstein seguía removiendo el té, en un ritmo circular e innecesario que le proporcionaba un lugar en el que fijar la vista. Paró, chupó la cuchara y sopló sobre el líquido caliente.

—La alternativa es que dimitas ahora. Puedes elegir entre dos males: o haces lo que te digo y te sustituyo poco después de las elecciones, con calma y dignidad y sin que nadie se entere de nada; o te vas ahora y hago públicas las razones de tu dimisión, todas.

—Pero no puedes... el partido... ¡Tryggve!

—¡El partido! —Volvió a reír, con más ganas esta vez, como si de verdad la situación le pareciera divertida—. Tú nunca has pensado en el partido. Ahora elige: lo malo o lo peor.

Permanecieron en silencio durante cinco minutos. Tryggve bebió té, estiró las piernas y parecía estar pensando en otra cosa. Ruth-Dorthe estaba como petrificada. Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla enrojecida. Él la vio, y por unos instantes pareció sentir algo que podía parecerse a la compasión. Pero lo reprimió.

—Lo malo o lo peor, Ruth-Dorthe, la decisión es tuya.

Sonó el teléfono. Los dos dieron un respingo y Tryggve Storstein dudó antes de contestar.

—Es para ti —dijo sorprendido tendiéndole el auricular.

La ministra de Sanidad lo cogió en un acto reflejo, como un maniquí, con los brazos rígidos y movimientos mecánicos.

—De acuerdo —dijo un momento más tarde y le devolvió el teléfono—. Quieren que vaya a la comisaría de Oslo, ahora mismo.

Y de esa forma dejó Ruth-Dorthe Nordgarden a su primer ministro, sin decirle qué había elegido.

No importaba. Él sabía que nunca aceptaría una derrota pública. La había aniquilado. Le sorprendía no sentir ni un ápice de arrepentimiento o de pena. Pensándolo bien, le daba pena. Pero eso era todo. Alguien debería haberle parado los pies mucho tiempo atrás.

23.10 Comisaría de Oslo

—Ni puta idea. —Billy T. se frotó la cara con rudeza y emitió un sonido con los labios como si acabara de emerger de un baño de agua helada—. Pero su testimonio parece verdadero. Hay algo en ella...

Se estremeció e intentó alcanzar un punto de su espalda con los dedos, retorciéndose desesperado.

—¡Ráscame, Hanne, ráscame! Ahí. No, no, más arriba, a un lado. Así.

Hanne Wilhelmsen puso los ojos en blanco y rascó intensa y brutalmente en el mismo punto durante cinco segundos.

—Vale. Siéntate.

Dedicó una sonrisa a Håkon Sand, quien seguía pareciendo incapaz de concentrarse en nada que no fuera el bebé que aún no había dado señales de querer abandonar el vientre de su madre. Marcó un número e hizo una señal a los demás para que se mantuvieran en silencio.

—¡Uy, lo siento! —dijo haciendo una mueca—. ¿Dormías?

Escuchó unos instantes, besó el auricular y colgó.

—Piensa que me preocupo demasiado y que estoy despertándola todo el rato —

sonrió con aire atontado—. Pero es que todo esto me pone muy nervioso. Me perdí la reunión de esta mañana porque cuando nos despertamos me pareció ver unos espasmos en la tripa de Karen. ¡Dios mío, qué agotador es esto!

—Relájate —dijeron los otros dos a coro—, el crío llegará cuando tenga que llegar.

—Es una niña —murmuró Håkon Sand mientras observaba la llave electrónica de Birgitte Volter, que estaba en una funda de plástico y cuyas huellas ya habían sido comprobadas.

Las de Ruth-Dorthe Nordgarden eran muy claras. Dos, una del pulgar y otra del anular de la mano derecha. La expresión de su rostro cuando le plantearon los hechos fue de total y absoluto desconcierto. Con un poco de ayuda y varias pausas para pensar, había recordado, a trompicones, que hacía un mes a Birgitte se le había caído en la sala de juntas del Congreso. Ruth-Dorthe la había recogido, había corrido unos pasos tras ella y se la había devuelto. Y esa era la única razón que se le ocurría por la que sus huellas pudieran aparecer en la tarjeta estatal de acceso de Birgitte Volter.

—Supongo que, de haberla utilizado, se habría preocupado de limpiar sus huellas antes de dejarla en el coche a la espera de que alguien la encontrara —dijo Hanne en tono cansado—. Por lo que sé, los ministros no tienen un coche oficial fijo, y Tone-Marit me explicó que Birgitte y Ruth-Dorthe habían utilizado el mismo vehículo varias veces durante las dos semanas anteriores al crimen.

—Creo a esa mujer —refrendó Billy T.—. Hay algo repulsivo en ella, pero su vecino ha confirmado que la vio sacando la basura a las seis y media la tarde del asesinato. Tengo que reconocer que sentí algo de curiosidad cuando me enteré de que nadie había conseguido hablar con ella por teléfono en toda la noche, pero dice que quería estar tranquila y que lo había desconectado todo.

—Ruth-Dorthe no es más que una serpiente en el paraíso —dijo Hanne—, una de esas personas que embrollan cualquier investigación porque están llenas de secretos, y eso hace que la detestemos. ¿Qué pudo haber visto Roy Hansen en una tipa como esa?

—Un desliz —rio Billy T.

—Sí, tú eres experto en eso —soltó Hanne—. Pero, sinceramente, ¿qué pudo ser?

—Aun a riesgo de que me llames sexista, Hanne, creo que fue un pequeño tejemaneje de nuestra amiga Ruth-Dorthe. Esa tía colecciona secretos y pilladas por los huevos como otros coleccionan sellos. Tiene cerebro y físico para hacerlo. En todo caso, ninguno de nosotros puede decir nada sobre con quién se acuesta o no. No, si no tiene relevancia para el caso, y no la tiene. Estoy convencido.

Håkon bostezó y consultó su reloj.

—Tengo que irme a casa. Si esa niña no se abre camino en veinticuatro horas, voy a exigir una cesárea.

En la puerta del despacho de Håkon había un hombre, tan silencioso que nadie se había percatado de su presencia.

—Severin Heger —exclamó Billy T. entusiasmado—. ¿Tú también andas levantado a estas horas?

—Ahora estoy despierto día y noche —respondió, saludando a Hanne con una inclinación de cabeza—. ¡Qué morena estás! ¿En casa por vacaciones?

—Más o menos. ¿Cómo lo llevas?

—Bien. Querría hablar un momento contigo, Billy T.

—Claro —dijo este—. Vamos a mi despacho.

Salió del estrecho cuarto armando un gran revuelo, pasando por encima de Hanne y tirando un bote de bolígrafos.

—Te veo en el vestíbulo dentro de diez minutos —le dijo a Hanne, y le dio una palmada en la espalda a Severin.

Una vez fuera, se dio la vuelta, asomó la cabeza por la puerta y dijo en voz alta para que todo el mundo lo oyera:

—Hanne duerme en mi cama de matrimonio, Håkon, conmigo.

—¡Cotilla! —espetó Hanne Wilhelmsen, decidida a quedarse a dormir en casa de una amiga.

Aunque, bien pensado, era demasiado tarde para ponerse a llamar.

Martes, 22 de abril de 1997

07.35 Calle Jens Bjelke, 13

El número 13 de la calle Jens Bjelke parecía no estar en ninguna parte. Demasiado al este para pertenecer al barrio de Grünerløkka, demasiado al oeste para Tøyen. Era un bloque que tanto Dios como el Instituto de la Vivienda habían olvidado. La tecnología moderna nunca había llegado a aquel edificio gris y con desconchones. No tenía telefonillo, y Hanne Wilhelmsen y Billy T. atravesaron el portal oscuro.

—Esto es una locura —dijo Hanne en voz baja—. No tengo ni idea de cómo vas a hacer esto. ¿Y por qué no pueden los chicos de inteligencia ocuparse del asunto por sí mismos?

—Bueno, es que van como locos por ahí arriba —dijo Billy T., y se detuvo—. Con lo que les han examinado y vuelto del revés los últimos años, es un milagro que aún existan.

—¡Vaya! ¿Ahora estás de parte de la brigada de información e inteligencia?

—¡Bah! Pero estamos de acuerdo en que queremos tener un servicio de inteligencia, ¿no?

—Todo el mundo —murmuró Hanne, y siguió caminando.

—Espera —dijo Billy T.—. Severin sabe algo de lo que oficialmente no puede estar informado. No tengo ni idea de por qué, a lo mejor es que han conseguido la información de forma ilegal, qué sé yo. En todo caso... —Bajó la voz, pasó el brazo por los hombros de Hanne y añadió, con su cara pegada a la de ella—: Han encarcelado a ese Brage del que te hablé. Ayer por la tarde. De momento solo está acusado por el artículo 104a, pero esperan dar con algo decisivo sobre el asesinato de Volter. El problema es que el tipo tiene coartada para la noche del crimen. Estuvo en Scotchman con un nazi sueco idiota, unas veinte personas pueden declarar que estuvo allí.

—Eso no descarta una conspiración —dijo Hanne pensativa.

—¡Exacto! Y lo que Severin no puede saber oficialmente es que el tal Brage está de alguna manera relacionado con el vigilante.

—¿Cómo?

—No me preguntes cómo. Intuyo que en la última planta hay unos cuantos archivos ilegales. Pero el caso es que, desde el principio, he sostenido que había algo raro con ese vigilante. ¡Todo el tiempo!

De pronto apareció una niña deambulando por el portal. Era flaca y desgarbada, y les miraba con curiosidad mal disimulada. Cuando pasó por su lado hizo una enorme pompa de chicle rosa, que explotó y le cubrió el rostro como una toalla mojada y deshilachada.

—Hola —saludó Hanne sonriendo.

—Hola —dijo la niña mientras se quitaba los restos de chicle de la cara.

—¿Tienes un momento? —preguntó Billy T. con toda la amabilidad de la que fue capaz.

Pero no fue suficiente. La niña le miró asustada y se apresuró hacia la calle.

—Espera —dijo Hanne, siguiéndola y cogiéndola del brazo—. Queríamos preguntarte algo. ¿Vives aquí?

—¿Quién coño sois? —dijo la niña enfadada—. ¡Suéltame!

Hanne la soltó al momento; seguía viendo el brillo de la curiosidad en sus ojos y sabía que no se iría.

—¿Conocías al del segundo? ¿Un chico delgado de pelo castaño?

Les miró y los dos pensaron que nunca habían visto que a alguien le cambiara tan rápido el color de la cara.

—No —contestó huraña, e hizo ademán de marcharse.

Billy T. se le adelantó y le cerró el paso.

—¿Solía recibir muchas visitas?

—Ni idea.

Era una extraña mezcla de niña y mujer. Su cuerpo era delgado, pero sus pechos redondeados no eran solo una promesa emergente de lo que estaba por llegar. Sus caderas eran estrechas como las de un chico, pero ya había aprendido a moverse de una manera provocativa y estudiada. Llevaba unas mechas irregulares, de un tono entre castaño y rojo sucio, y en la aleta izquierda de la nariz tenía una bolita plateada. Pero los ojos que asomaban bajo las cejas teñidas eran los de una niña, grandes, azules y bastante asustados.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Hanne, intentando otra vez parecer amable y abriendo los brazos en un gesto tranquilizador.

—Quince —susurró la muchacha.

—¿Cómo te llamas?

De pronto volvió a imponerse su parte adulta.

—¿Quién coño sois? —preguntó, intentando pasar por el lado de Billy T. una vez más.

—Somos de la policía —dijo, interponiéndose de nuevo en su camino.

De pronto sus labios temblaron y escondió la cara entre las manos.

—¡Déjame pasar! —sollozó—. ¡Deja que me vaya!

Hanne le puso la mano en el hombro e intentó que se quitara las manos de la cara. Sus dedos de uñas mordidas asomaban entre su cabello.

—Él no hizo nada malo —susurró la niña—. ¡Es la verdad!

Billy T. no tardó en comprender que no habría forma de sacarle nada más a Kaja mientras su padre estuviera en la habitación. El hombre tendría unos cincuenta años, pero el alcohol, el tabaco y la mala alimentación habían hecho que su piel flácida tuviera los poros dilatados. Se le podrían echar fácilmente sesenta y tantos.

Cuando tosía, se veía que ya casi tenía un pie en la tumba, y Billy T. se tapó la boca en un vano intento de mantener los mortales microbios a raya.

—Vaya mierda —jadeó el portero—. Tengo derecho a un abogado, para que lo sepáis.

—Escúcheme —dijo Billy T., mirando a Kaja. La muchacha era como una flor que se había marchitado antes de tiempo, y no parecía capaz de decidir a cuál de los dos hombres le tenía más miedo—. O bien se queda usted aquí mientras hablo con Kaja o traemos a los de protección al menor para que le asignen un tutor. Usted decide.

—Joder —dijo el portero respirando con dificultad—. Los de menores no tienen nada que ver con nosotros. Me quedo.

El hombre entrelazó las manos sobre su barriga. Algo rojo había dejado una mancha enorme en la camiseta sin mangas; parecía que hubiera puesto las manos sobre un mapa de Noruega. Carraspeó con fuerza y, por un momento, Billy T. pensó que iba a escupir en el suelo. En lugar de eso, tragó con dificultad.

—Pero tengo derecho a un abogado, ¿eh!

—No, no lo tiene. Voy a hablar con Kaja, no a acusarla de nada.

—No, eso puedes jurarlo por todos tus muertos. La Kaja no ha hecho *na* malo. Por lo menos *na* que le importe a la pasma.

Billy T. miró a la chica y a su padre.

—Kaja tendrá una madre, ¿no? —preguntó esperanzado—. A lo mejor debería estar aquí, si usted anda mal de tiempo, digo.

—Su madre la palmó. Me quedo. No puedo dejar a mi hija cuando la poli la quiere trincar.

Casi parecía que el hombre empezaba a encontrarse a gusto en la comisaría. Cierta expresión de satisfacción se extendió por su pálida cara gris cubierta de sudor, y rebuscó en la cintura del pantalón hasta dar con el tabaco de liar.

—Prohibido fumar, me temo —murmuró Billy T.—, pero escuche... —Mientras hablaba sacó un bloc del cajón de su mesa y empezó a escribir—. Voy a hacerle un vale para la cafetería. Está en la séptima planta, allí hay una zona de fumadores. Así, mientras tanto, charlo un poco con Kaja. Pero no anotaré nada hasta que usted esté de vuelta. ¿De acuerdo?

Lucía la mejor de sus sonrisas. El portero dudaba, su mirada iba del vale a Kaja.

—¿Y qué puedo comer ahí? —preguntó rezongando.

—Lo que quiera. Escoja lo que le apetezca.

El portero se decidió y se levantó jadeando de la silla.

—Pero no anote ni una puta palabra en el papel hasta que yo vuelva, ¿me oye? Ni

una palabra.

—Por supuesto que no. Tómese el tiempo que necesite. Tenga... —Billy T. le entregó una revista para hombres junto con el vale—. Tómese su tiempo.

El vacío que dejó el padre de Kaja era palpable. El espartano despacho pareció crecer, y por fin había sitio para la frágil muchacha, que dejó de morderse las uñas. Ahora miraba por la ventana con los ojos entornados, como si se hubiera olvidado de dónde estaba.

—Siento lo de tu madre —dijo Billy T. con voz queda—. Una pena.

—Bueno —dijo Kaja con aparente indiferencia.

—¿Le tenías miedo?

Ella se giró de golpe.

—¿A mi padre?

—No, a él.

Negó con la cabeza.

—Entonces tal vez le querías.

A Billy T. le dio por pensar que el vigilante, aquel tipo malhumorado, débil y decididamente huraño que dos semanas antes había estado sentado en la misma silla en la que ahora se encontraba Kaja, era una persona por la que sería difícil sentir nada más que asco. Sin embargo, percibió algo en la mirada de la muchacha. Algo en los mínimos movimientos de sus manos, con los dedos entrelazados mientras se tocaba un pequeño anillo de metal. Seguía sin decir nada.

—Entiendo que estés triste —dijo Billy T. bajito—, pero ¿qué es lo que te da tanto miedo?

Entonces ocurrió algo, algo que Billy T. más tarde tendría dificultades para describir. Fue muy rápido y completamente inesperado. Kaja sufrió una metamorfosis total; abrió los brazos, se incorporó mirándole a los ojos y casi gritó:

—¡Creéis que fue él! Pero os equivocáis. Siempre pensáis lo peor de todo el mundo, y no es extraño que no se atreviera a hablar con vosotros, y por eso creéis que fue él y... ¡Richard no lo hizo! ¡Richard no lo hizo! Y ahora está muerto y vosotros creéis que...

Se derrumbó sobre la mesa, enterró la cabeza entre las manos y se echó a llorar.

—No fue Richard, él solo... Está en casa, en mi armario, pero no porque... Él solo... Está en el armario y yo no sé... Richard...

Billy T. cerró los ojos. Estaba agotado. Harto. Por alguna razón pensó en Truls. La imagen del niño que intentaba ser valiente y no llorar cuando el médico le iba a alinear la fractura del brazo para escayolarle se había quedado clavada en su retina. Se pasó la mano por la cara para borrarla. Abrió los ojos y miró a la muchacha sin decir nada.

¿Cuántos jóvenes tendrían que derramar sus lágrimas más o menos valientes en aquel simple y feo despacho de la tercera planta de la comisaría, zona azul, antes de que el caso estuviera resuelto?

Billy T. pensó en su hijo pequeño, en que la vida nunca volvería a ser la misma. Noruega nunca sería la misma. Frente a él tenía a una pobre muchacha, el germen de una criatura desamparada, que probablemente tenía la clave de todo el asunto. Ella podía contarle lo que de verdad pasó la noche del 4 de abril de 1997 en la planta dieciséis de la torre del gobierno, sabía la respuesta, y si desplegaba un poco de habilidad por aquí y un poco de engaño por allá, compartiría con él lo que sabía. Pero Billy T. no estaba seguro de tener fuerzas suficientes.

Pensó en que Hanne Wilhelmsen pronto se marcharía. Se lo había comentado por la mañana, de pasada, que echaba de menos a Cecilie. Se iría pronto.

En un destello que intentó reprimir con todas sus fuerzas vio a la madre de Truls, iracunda cuando vio la escayola blanquísima con las firmas en negro de sus tres hermanos; unas letras desvalidas que el pequeño había enseñado orgulloso a su madre, la mujer de la mirada oscura, acusadora.

—¿Qué es lo que hay en el armario, Kaja?

—El chal —murmuró incorporándose—. El chal que la primera ministra llevaba puesto cuando la mataron.

Billy T. se levantó de golpe. La silla salió disparada hacia la pared y se le olvidó que en realidad estaba demasiado cansado. Harto. Desbordado por todo aquello.

—¿El chal? ¿Tú tienes el chal? ¿Fue el vigilante quien mató a Volter? ¿Escúchame, Kaja! ¿Fue Richard quien asesinó a la primera ministra?

—No escuchas lo que te estoy diciendo —sollozó—. No fue Richard. Él solo iba a... Sonó una alarma de esas y subió solo, su colega estaba durmiendo, creo... —Se secó los ojos con el dorso de la mano, pero las lágrimas no dejaban de brotar—. Cogió el revólver. Las armas le vuelven loco, pero... la señora ya estaba muerta cuando llegó. Él dispara mucho, tiene montones de revistas y libros y todo eso... Richard está loco por las armas. Él... el revólver estaba allí y ella ya estaba muerta, ¿no?, encima del chal, y él cogió toda aquella mierda y... ¡Joder! Luego estaba cagado de miedo... Noté que estaba muy raro, y una noche que estábamos...

Se puso colorada y su mirada azul pareció más infantil que nunca.

—No se lo digas a papá —pidió con voz apenas audible—. No me deja ir a donde Richard. ¡Prométeme que no le dirás nada a papá!

—A la mierda tu padre —ladró Billy T.—. ¿Me estás diciendo que Richard cogió el arma que había junto a una primera ministra muerta por un disparo? ¿Estaba loco o qué?

—Mandarlo por correo fue idea mía. Pensé que si recibíais ese revólver podríais averiguar quién lo había hecho, ¿no? Lo limpiamos muy bien y luego fui a la central de correos para enviarlo. Se me olvidaron... los sellos, pero llevé manoplas.

—Pero ¿y el chal? —casi gritó Billy T.—. ¿Por qué no lo mandasteis también?

Kaja se retorció sobre la silla y miraba ansiosa un paquete de cigarrillos que había sacado de una mochila con forma de inocente osito panda que se agarraba a su espalda.

—Fuma, fuma —dijo Billy T. dejando sobre la mesa un enorme cenicero imitación de lava glaseada en color naranja—. ¿Por qué no enviasteis el chal también?

—Richard dijo... Un chal es más difícil de limpiar. Tenía miedo de haber dejado huellas que no pudiéramos borrar, ¿no? Dijo que se pueden coger huellas dactilares de la piel, así que no era seguro que no se pudieran tomar también de la ropa y cosas así. Y no lo podíamos tirar a la basura porque en las películas y eso los polis siempre revisan la basura, ¿no? Así que era más seguro guardarlo unos días. Richard se iba a ir a Alemania, y luego iba a venir a por mí cuando... Es que mi padre odiaba a Richard, ¿sabes?

Al pensar en su padre su rostro se contrajo en una dolorosa mueca y empezó a llorar otra vez.

—Tranquila —dijo Billy T. ahora más calmado—, yo me ocupo de tu padre. Te prometo que no te causará problemas.

No sabía si la sonrisa tranquilizadora que intentó dedicarle serviría para algo, pero no había tiempo que perder. Ahora sí que quería esa orden de registro que había estado pidiendo. Y ahora se la darían. Agarró el teléfono para llamar al inspector Håkon Sand.

—Lo siento —dijo su secretaria de buen humor—. Se ha ido a Asker. ¡El parto ha empezado!

Billy T. juró entre dientes y le lanzó una mirada de disculpa a la niña. Ella no se dio cuenta, probablemente estaba acostumbrada a oír cosas peores.

—Tone-Marit —ladró al auricular—. Localiza al adjunto de guardia y ven para acá. ¡Ahora! ¡Ahora mismo!

Kaja se había encendido su segundo cigarrillo.

—¿Voy contigo? —preguntó bajito echando el humo por la comisura de los labios—. ¿Voy contigo y te enseño el chal?

18.05 Celda de prisión provisional, comisaría de Oslo

El abogado no era nada tonto, lo entendió todo. Y lo de los dos días de prisión había sido buena idea. Brage había accedido a permanecer entre rejas hasta el miércoles, a fin de dar a la policía algo de tiempo para pensárselo. También habían logrado evitar que la prensa se enterara. El abogado se había puesto muy pesado y les había amenazado con demandarles si no conseguían mantener el breve encarcelamiento en secreto. Dos días. Ese era el margen que tenían. Si es que querían llegar a un acuerdo. Y seguro que sí. Tenía lo que ellos querían. Dos nombres. El idiota de Richard y su chica. Richard era un inútil, mezclar a su chica en algo así... Brage la había visto. La siguió todo el camino hasta la central de correos. No entendió por qué Richard no se quedaba con el arma. A lo mejor a la chavala le había dado un ataque de pánico. Una

mocosa, no podía tener más de catorce o quince años.

La pasma se moría por conseguir los nombres. El tal Heger se había sorprendido un huevo cuando le dio detalles que cuadraban. Sabían que tenía dos nombres de los buenos.

Brage Håkonsen se colocó en el centro de la celda calurosa y pegajosa y se tumbó sobre el suelo de hormigón. Hizo sus abdominales sin pausa, al mismo ritmo constante, noventa y ocho, noventa y nueve, cien.

Se sentó con los brazos alrededor de las piernas. Ni siquiera había sudado mucho.

Mientras tuviera los nombres, la poli haría un trato y él saldría en libertad.

22.30 Calle Motzfeld, 14

Liten Lettvik estaba sentada en una vieja butaca con un Jack Daniel's cargadito, saboreando la ausencia del éxito. Siempre era igual. Un breve e intenso sentimiento de triunfo mientras estaba pasando, después el vacío. Pero había que seguir. No había nada tan muerto y sin sentido como el periódico del día anterior. En unos meses casi nadie recordaría que ella lo había desvelado todo. Fue maravilloso durante unas horas. Sobre todo en la conferencia de prensa. Pillar a Ruth-Dorthe delante de un público tan numeroso era de lo mejor que había hecho. Las miradas entre el reconocimiento y la envidia que le habían dirigido sus colegas le habían hecho mucho bien. Algunos, los más jóvenes, que aún no tenían demasiado que ocultar, habían sido sinceros. Se habían acercado a darle entusiastas palmadas en la espalda y querían saber cómo había podido aclarar el caso de Pharmamed tan deprisa.

Si lo supieran...

Cuando lo pensaba notaba un pinchazo en el pecho, un malestar. Miró con gesto de reproche el vaso que sostenía y se apretó el estómago con la mano izquierda.

Tal vez no debería haberlo hecho. Se había aprovechado de una vieja historia, en cierta manera muy... valiosa. Tosió al llegar a esa palabra y dejó el vaso sobre la mesa con un sonoro golpe.

Claro que debía hacerlo. Nadie lo sabría, porque nadie lo supo nunca. Nunca. En tantos años... en treinta y tres años.

Llamaron a la puerta.

El dolor se agudizó y tuvo que encogerse para reprimirlo.

El timbre volvió a sonar con furia una vez más. Intentó enderezarse de nuevo, pero tuvo que ir medio encorvada hasta la puerta. El sudor brotaba de su frente.

—¿Liten Lettvik?

No le hizo falta preguntarles quiénes eran. Reconoció a uno de ellos. Era de la policía.

—¿Sí? —gimió.

—Nos gustaría que nos acompañaras a comisaría para mantener una

conversación.

—¿Ahora? ¿A las once de la noche?

El hombre alto sonrió. Litten podía percibir el desprecio que había en su mirada y se fijó en el otro. Era más joven, más menudo, pero no apartó los ojos.

—Sí. Seguramente sabes por qué es urgente.

Estaba a punto de desmayarse. Insegura, se agarró al marco de la puerta y cerró los ojos hasta que la habitación dejó de dar vueltas.

Lo sabían, maldita sea, lo sabían.

Cuando tuvo listo su gran bolso y se puso el abrigo, la idea se le presentó en un destello. La desterró rápidamente.

Pensó en lo que debió de sentir Benjamin Grinde.

Miércoles, 23 de abril de 1997

17.30 Sala de maternidad, hospital de Aker

Hanne Wilhelmsen se asomó para ver una carita minúscula y arrugada. La niña recién nacida tenía el rostro contraído y sus ojos eran solo dos líneas hinchadas. Parecía un ratón recién nacido, pero maullaba. Un pequeño gemido de gatito; sus labios se levantaron sobre las encías desdentadas y temblaron descontentos. La piel tenía ronchas rojas y su cabeza era asimétrica y con algo de pelo, un plumón rojizo en greñas sobre las orejas. En la fontanela, que parecía demasiado abierta, se veía un latido rápido y rítmico. Era como si le faltara la tapa. Daba miedo.

—A que es preciosa —susurró Karen Borg—. ¿No es el bebé más bonito que hayas visto en tu vida?

—Claro —mintió Hanne Wilhelmsen—. Es maravillosa, todos los bebés lo son.

—No, para nada —protestó Karen, todavía en susurros—. ¿Has visto ese niño de ahí? Parece... ¡un mono!

Karen reía, pero tuvo que secarse un reguero de lágrimas que salía de su ojo izquierdo.

—Siento estar solo yo —dijo Hanne—. Håkon está en el tribunal, y es increíblemente importante que salga bien esa petición de encarcelamiento. Vendrá en cuanto acaben. Me prometió...

—Toma —la interrumpió Karen levantando el paquetito de algodón con un bebé de veinticuatro horas de vida hacia la inspectora de policía—. ¡Así podrás sentir lo maravillosa que es!

—No, no —dijo Hanne Wilhelmsen, pero no tuvo más remedio que aceptarla.

Karen no parecía tener fuerzas para sujetar al bebé, con los brazos rígidos y extendidos, durante mucho tiempo.

Es que no era nada bonita. Con cuidado, sin pensarlo, Hanne acercó su cara a la del bebé. Olía muy bien. Un olor bueno, dulce, que hizo que se le pusiera la carne de gallina. El bebé abrió los ojos de repente, unos pozos oscuros y profundos con el iris sin definir.

—Parece tan sabia —susurró Hanne—. Sus ojos son como los de mi abuela. ¿Cómo se va a llamar?

—No estamos seguros. No nos ponemos de acuerdo. Håkon quiere un nombre compuesto porque Hans Wilhelm lo tiene, pero a mí no me gustan los nombres dobles para niñas. Ya veremos.

—Dyveke —dijo Hanne bajito, y besó la frente del bebé con la suavidad de una pluma. Su piel le hizo cosquillas en los labios—. Tiene cara de llamarse Dyveke.

—Ya veremos. —Karen rio—. Siéntate aquí.

Hanne se sentó con cuidado al borde de la cama y le tendió el bebé a su madre.

—¿Ha sido muy duro?

—Por favor, déjala en la cuna —dijo Karen con una mueca—. Al final ha sido por cesárea y me duele muchísimo cuando tengo que doblarme.

Hanne dejó el paquetito en una especie de barreño de plástico con unas largas patas con ruedas, y lo movió un poco, por si acaso.

—No parece muy estable —observó con escepticismo—. ¿Cesárea?

—Sí, dejé de oírse el latido del corazón.

Lloraba. Karen Borg lloraba a mares. De vez en cuando reía intentando disculparse y se secaba las lágrimas. Pero no dejaban de brotar y no encontraba la manera de detenerlas.

—No entiendo por qué estoy así, pero llevo todo el día llorando. Menos mal que fui capaz de controlarme cuando mi madre y Hans Wilhelm me visitaron esta mañana. Fue tan dulce. Él...

Se levantó y puso un biombo con ruedas frente a la cama. Luego volvió a sentarse y cogió a Hanne de la mano.

—¡Tranquila, tú llora!

—Estoy tan contenta de que hayas venido —Karen hipó—, pero Håkon tendría que estar aquí. Fuimos nosotros los que estuvimos a punto de perderla. Está sana y bien, y no debería llorar, pero...

«Mierda de comisaría —pensó Hanne—. Podrían haber mandado a otro abogado a esa vista». Se acercó a un pequeño lavabo que había junto a la puerta. Debajo había un estante con toallas pequeñas, mojó una en agua fría y la puso sobre la frente de Karen.

—Podría haber muerto. Ahora está bien, pero podría haber muerto... Si hubiera muerto habría sido por mi culpa. Håkon llevaba mucho tiempo insistiendo en que había que provocar el parto, pero yo... Habría sido culpa mía. Nunca me lo habría podido...

El resto se perdió entre un montón de sollozos. Cogió la toallita fresca y se tapó la cara con ella.

De pronto una idea pasó por la cabeza de Hanne con tal fuerza que tuvo que apartar la vista. Miró al pequeño bebé cubierto por una mantita rosa. Dormía, y junto a su cabeza montaba guardia un conejito amarillo de ojos muy abiertos. Aunque aquello no parecía servir de mucho: la madre no se tranquilizaba.

Así tuvo que ser para Birgitte Volter. La noche de San Juan de 1965. Exactamente así. Con la diferencia fundamental de que ella no pudo aferrarse a que su bebé había sobrevivido. Murió con solo tres meses.

—Liv Volter Hansen —murmuró Hanne dirigiéndose al conejito amarillo.

Tenía unos incisivos de felpa enormes, que se doblaban alegres y de forma antinatural en la parte inferior.

—¿Qué has dicho? —Karen hipó un poco más tranquila—. ¿Liv qué?

Hanne sonrió y movió la cabeza de lado a lado.

—Estoy pensando en el bebé de Birgitte Volter. La niña que murió. Birgitte Volter tuvo que haberlo pasado...

—Espantosamente mal —concluyó Karen, esforzándose para incorporarse en la cama—. No puedo imaginarme nada peor.

Esbozó una débil sonrisa y pareció ser capaz de controlarse un poco.

—Tengo entendido que se ha montado una muy gorda. Antes he oído las noticias en la radio.

—Sí, he pasado por el juzgado de primera instancia antes de venir aquí, y hay una concentración de periodistas como no había visto en mi vida. El primer encarcelamiento relacionado con el asesinato... Están atacados. Deberías tomarte como un cumplido que Håkon haya tenido que ocuparse del caso. Esperemos que la próxima vez que des a luz no coincida con el asesinato de una primera ministra.

—¡No habrá próxima vez! —gimió Karen sonriendo por fin abiertamente—. ¡Ni hablar! Pero ¿eso significa que el asunto está... resuelto?

—Es muy pronto para decirlo, pero es cierto que estamos en un momento clave.

Hanne miró a su alrededor. La mujer de la cama de al lado había recibido la visita de su pareja. Ambos tenían las caras muy juntas y hablaban bajito mirando a un bebé envuelto en una manta azul; probablemente era el mono. La mujer de más allá tenía la piel oscura y la habían visitado cinco adultos y dos niños, que se subían a la cama y hacían mucho ruido. Hanne se puso de pie, rodeó la cama de Karen y, dando la espalda al resto de la habitación, le contó susurrando lo que había pasado el día anterior.

—Billy T. estaba muy decepcionado con el resultado del registro. Encontraron un montón de libros de armas, alguna revista dudosa y cuatro armas registradas. Nada más. Salvo un pequeño detalle que a Billy T. no le pareció suficiente, pero del que Håkon se alegró un montón. Una agenda. La agenda del vigilante; y bajo la H de Håkonsen estaba apuntada la dirección de Brage, sin número de teléfono. Así pues, tenemos...

Se inclinó sobre su amiga y pudo ver que, a pesar del cansancio sin brillo que empañaba sus ojos, aquello le interesaba mucho. Hanne procedió a enumerar contando con los dedos.

—En primer lugar, tenemos los planes criminales y el arsenal de armas de Brage. Segundo: aunque niega tajantemente haber conocido al vigilante, ha afirmado frente a un agente saber cosas de las que de ninguna manera podría tener conocimiento si no hubiera tenido algún contacto con él. Pensó que estaba siendo muy listo, pero en realidad se estaba implicando en el meollo del caso. ¡Sí!

Rio con ganas, se colocó el pelo detrás de las orejas y puso un tercer dedo sobre el edredón.

—Tercero: la agenda es la prueba de que existió algún tipo de relación entre ellos. Y el vigilante es... —se detuvo un momento y estiró la espalda—, el vigilante ha

sido, desde el primer momento, la mejor pista. Si él mató a Birgitte Volter, podemos olvidarnos de lo que le ha causado tantos quebraderos de cabeza a la policía: ¿cómo pudo alguien entrar en una habitación que estaba tan bien custodiada? Él estaba allí y tenía armas.

—Pero ¿cómo se supone que consiguió ese revólver que en realidad era del hijo de Volter?

—Vaya, me impresionas. Buena observación. No tengo ni idea, pero en todo caso... el vigilante es la mejor pista y ahora... —consultó la hora y sonrió—, ahora Brage Håkonsen está temblando en el juzgado de primera instancia en manos de tu brillante maridito... No, eso no es políticamente correcto, en manos de tu brillante pareja, mientras Håkon convence al juez de que hay fundados motivos de sospecha.

—Pero hay más que fundados motivos de sospecha —dijo Karen, quitándose la toallita de la frente.

—¿Te la mojo otra vez?

—No, gracias. ¿Y con todo eso podríais empezar a tener argumentos para una condena? Si por lo menos conseguís que encarcelen ahora a Brage Håkonsen, podríais seguir investigando mientras él esté entre rejas.

—No —dijo Hanne—, estamos lejos de poder obtener una condena. ¡Eso lo sabes tú bien! Porque...

—Es que Kaja podría tener razón, sencillamente —dijo Karen con voz queda—. Podría estar diciendo la verdad.

Hanne se estiró hacia la cuna y cogió el conejito vigía. Mientras le acariciaba las orejas despacio, asintió con la mirada perdida y dijo al aire de la habitación, que olía a bebé y desinfectantes:

—Exacto, puede que esté diciendo la verdad.

Jueves, 24 de abril de 1997

06.50 Calle Stolmaker, 15

—¡Hanne! ¡Despierta!

Billy T. le tocó el brazo con cuidado; estaba cruzada sobre el colchón, disfrutando de la cama para ella sola. Tenía dos edredones enredados de cintura para abajo, y estaba boca arriba con los brazos estirados por encima de la cabeza.

—¿Dónde has estado? —murmuró, dándose la vuelta para seguir durmiendo—. Apaga la luz.

—Hemos tenido un montón de cosas que organizar. Papeleo y demás mierdas.

Le arrancó los edredones a lo bruto y los dobló para formar unos enormes cojines que puso en la cabecera de la cama. Luego obligó a sentarse a Hanne, desoyendo sus casi inaudibles murmullos de protesta.

—Café y desayuno —dijo Billy T. en tono pretendidamente alegre, y señaló hacia la mesilla—. Y la prensa. ¡Madre mía! Solo hablan de la detención de Brage.

Hanne bostezó largamente y se desperezó. Luego se llevó como pudo la taza de café a los labios e hizo una mueca cuando se quemó.

El *Dagbladet* era el primero. Toda la portada estaba ocupada por una foto de Brage Håkonsen mientras era conducido desde el juzgado a un coche de la policía. Como era habitual en estos casos, se tapaba la cabeza con la chaqueta.

—¡Mira! —dijo Billy T., que se había colocado a su lado en la cama—. ¡Ese soy yo!

Golpeó la foto con la mano.

—¡Jo!, ese Brage debe de ser enorme —dijo Hanne—. Si es casi tan alto como tú y como Severin.

Pasó las páginas hasta llegar a la 4.

Los neonazis asesinaron a Volter

Prisión preventiva de seis semanas para un activista de extrema derecha

La policía de Oslo obtuvo ayer el respaldo del juez a su solicitud de prisión preventiva de seis semanas para un hombre de 22 años, acusado de participar en el asesinato de la primera ministra Volter. El comisario jefe Hans Christian Mykland ha confirmado al *Dagbladet* que la policía considera la detención del joven, que lleva mucho tiempo vinculado a grupos nazis, un éxito en la investigación del asesinato de la que fuera primera ministra Birgitte Volter. Sin embargo, el principal sospechoso es un hombre que murió sepultado por un alud de nieve el 12 de abril en Tromsdalen, cerca de Tromsø.

Por STEINAR GRUNDE, VEBJØRN KLAAS y SIGRID SLETTE

«Es importante recalcar que aún queda mucho por investigar en este caso, y que la policía también trabaja sobre otras pistas», ha declarado el comisario Mykland.

Fallecido

Durante una conferencia de prensa celebrada a última hora de la tarde de ayer, se supo que la policía lleva sospechando, desde la misma noche del crimen, de un hombre de 28 años que trabajaba como vigilante en la torre del gobierno. El hombre fue interrogado en varias ocasiones, pero la policía no tenía pruebas suficientes para arrestarlo. Más tarde, el hombre murió en el alud de nieve que costó la vida a dos personas cerca de Tromsø a principios de mes. La policía cree saber que el fallecido estaba relacionado con el joven de 22 años que ahora se encuentra en prisión preventiva. Este último es el líder de un grupo de activistas neonazis.

Planes para atentar

En el registro de la cabaña del acusado en Nordmarka, la policía encontró un arsenal y planes detallados para atentar contra una serie de personajes prominentes de la esfera pública. La policía no quiere desvelar si Birgitte Volter era el objetivo de alguno de estos planes, pero por lo que ha podido saber *Dagbladet*, su nombre era el primero de una lista que incluía a un total de dieciséis personas.

Conspiración

El hombre de 22 años está acusado de una serie de delitos, entre otros tenencia ilícita de armas y conspiración para «alterar el orden social». La policía niega que el encarcelamiento se deba a una estrategia, y el juzgado de primera instancia les ha dado la razón en que había motivos fundados para relacionar al joven con el asesinato de Birgitte Volter. Aunque el acusado tiene una coartada firme para la noche de los hechos, la policía opina que es uno de los cerebros del crimen.

«Tenemos motivos para pensar que se trata de una conspiración», ha afirmado Hans Christian Mykland, que no descarta que se produzcan más arrestos en relación con el caso.

—Pobre chaval —dijo Hanne frotándose la nariz—. Ese se va a pasar una temporada a la sombra, pase lo que pase.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto Billy T. irritado—. ¡El tipo es superculpable!

Hanne no contestó y siguió pasando páginas.

El Congreso paralizado

Se ponen en marcha medidas extraordinarias de seguridad.

Representantes parlamentarios de la mayoría de los partidos han expresado su dolor y consternación por el giro que ha dado el caso Volter. «Esto tenía que pasar. Llevamos mucho tiempo advirtiendo contra la extrema derecha, pero los responsables de información e inteligencia están más preocupados por radiografiar la actividad política de los partidos legales», ha afirmado el portavoz de justicia de la Izquierda Socialista Kaare Sverdrup, cuyas declaraciones han recibido el pleno apoyo del representante de Alianza Roja en el Congreso.

Los líderes parlamentarios de los restantes partidos, laboristas, conservadores, centro,

izquierda y democristianos, expresan su satisfacción porque la policía parece estar cerca de aclarar, en muy poco tiempo, el escandaloso asesinato de Birgitte Volter.

Por KJELLAUG STEENSNES

Las medidas de seguridad que afectan a nuestros representantes electos se han endurecido significativamente. La dirección administrativa del Congreso no ha querido entrar en detalles sobre cuáles son las medidas que se han tomado, ni tampoco confirmar o desmentir si estas ya estaban en vigor cuando se produjo el asesinato de Birgitte Volter. Sin embargo, *Dagbladet* tiene motivos para creer que todos los miembros del Congreso y los principales parlamentarios están vigilados las veinticuatro horas, algunos por agentes de la policía, otros por personal contratado a empresas de seguridad.

Se ha negado

Frederik Ivanov, del Partido Conservador, ha declarado a *Dagbladet* que él se ha negado a someterse a medidas extraordinarias de seguridad.

«Si cedemos ante los elementos antidemocráticos de nuestra sociedad, habremos perdido la batalla contra todos los extremismos», dice, y añade que, aun así, ha considerado oportuno mandar a su mujer e hijos a un lugar secreto en el campo. Ivanov es conocido por ser el representante del Partido Conservador que defiende un trato más generoso hacia nuestros nuevos conciudadanos.

Según ha declarado: «Para mí, los trágicos acontecimientos de las últimas semanas solo resaltan la eterna necesidad de centrarse en los valores humanos, la generosidad y la tolerancia».

Cooperación

Annema Brøttum, del Partido Laborista, se siente insegura, desprotegida y triste.

«Nos han robado algo muy valioso —comenta—. Noruega ya no puede atribuirse una especie de inocencia periférica, ya no somos un terruño protegido en los márgenes del mundo. Esto demuestra la importancia de fomentar la colaboración a través de las fronteras; solo con firmes compromisos y transparencia entre las naciones podremos luchar contra esta forma de violencia politizada».

Satanás

Cora Veldin, del Partido Demócrata Cristiano, señala que la extrema derecha es resultado de una sociedad en decadencia. «Mientras los políticos no estemos dispuestos a adoptar una postura moral, la sociedad se corroerá. El amor que predica el Evangelio ha desaparecido, y solo quedan valores materialistas que son el germen de actos satánicos como este», remata Veldin.

Inocente

«Que yo sepa, no hay sentencia en este caso. Ese hombre es inocente hasta que se demuestre lo contrario». Vidar Fangen Storli, del Partido del Progreso, rehúsa hacer más comentarios.

—Por una vez en la vida estoy de acuerdo con el Partido del Progreso —dijo Hanne metiéndose el último trozo de pan en la boca—. ¿Por qué siempre tienes que cortar las rebanadas tan gordas?

—No hables con la boca llena —dijo Billy T. malhumorado mientras se peleaba con el formato sábana del *Aftenposten*, empeñado en caerse encima de la mermelada.

—¿No notas algo raro? —preguntó Hanne agarrando el KA, que estaba tan lleno

de información sobre Brage Håkonsen como el resto de la prensa.

—Sí —dijo Billy T. pasando la mano por la sábana—. ¡Hay que ver la cantidad de migas que tiras! A este paso voy a tener que pasar la aspiradora por la cama.

—Mira, Billy T.: o aceptas las consecuencias, o no sirvas el desayuno en la cama. ¡En serio!

Hanne le pegó un fuerte puñetazo en el brazo.

—¡Ay! ¡Déjame! ¿Qué era eso que me preguntabas?

—Hace unos días los periódicos estaban convencidos de que había una estrecha relación entre el escándalo sanitario y el asesinato de Volter. Se pisaban los unos a los otros, pedían comentarios a todo el mundo, escribían editoriales y lo mezclaban todo. Y, de pronto, nada.

Intentó chascar los dedos, pero tenía el pulgar manchado de mantequilla, así que resbalaron produciendo un ruidito de nada.

—Una simple detención y se produce un vuelco total. Ahora traen... una, dos, tres, cuatro, cinco... —Pasó las páginas del periódico a toda velocidad—. ¡Nueve páginas! Nueve páginas que dan por descontado que el vigilante y Brage Håkonsen lo hicieron. Y el tipo aún está a años luz de ser condenado. ¿Es que no tienen memoria?

—¿Quiénes?

—Los periodistas, bobo. ¿No se acuerdan ya de lo que escribieron la semana pasada?

—Sí, pero...

Billy T. se rascó con fuerza la entrepierna y pareció ofendido.

—¿Qué pasa? ¿Ahora estás de parte de los periodistas? —dijo Hanne sonriendo—. Eres tan inconstante como ellos, chaval. Y no te rasques ahí, si tienes ladillas vete al baño.

Y volvió a pegarle con fuerza en la mano.

—¡Ya te vale, Hanne! Joder, eso ha dolido. —Se frotó el dorso de la mano y se echó más hacia la izquierda—. Empiezo a alegrarme de que te vayas pronto.

—¡No lo dices en serio! —Se acercó a él y le colocó el brazo sobre sus propios hombros—. En realidad no tengo tantas ganas de irme. Este es mi sitio. Pero echo muchísimo de menos a Cecilie y ella... Me voy el sábado.

Billy T. la abrazó con fuerza.

—Lo sé. Si es verdad que este caso va camino de solucionarse, iré pronto a visitaros.

—Genial. ¿Por qué no te traes a los niños?

Billy T. echó la cabeza hacia atrás hasta darse con la pared y se rio a carcajadas.

—Una idea genial. Seguro que a Cecilie le cundiría mucho con la casa invadida por mis gamberros.

Hanne se puso de pie en la cama y se volvió hacia él llena de entusiasmo.

—¡Cecilie está en el trabajo todo el día! Imagínate lo divertido que sería. Sol, verano y baños... ¡Podríamos ir a Disneyland!

Él negó con la cabeza.

—No me lo puedo permitir.

—¡Pues vente con Truls!

—Ya veremos —dijo para que dejara el tema—. Ah, por cierto...

Desapareció. Hanne pudo oír ruidos procedentes de la cocina: una serie de golpes, seguidos de un vibrante zumbido.

—Håkon va a hacerte una fiesta de despedida mañana —gritó compitiendo con el ruido de la aspiradora de mano.

—Deja eso —dijo Hanne bajándose de la cama justo a tiempo—. ¿Quiénes van?

—Håkon, tú y yo, y Tone-Marit, creo. Y si no te parece mal invitaré también a Severin.

—¿Qué?

Hizo ademán de coger la aspiradora. Billy T. levantó el brazo por encima de su cabeza y empezó a aspirar el otro lado.

—¡Apágala!

—Vale, vale —dijo Billy T., y apretó el interruptor malhumorado—. Entonces ¿te parece bien que vengan Tone-Marit y Severin?

Hanne negó con la cabeza y empezó a rascarse un pie con el otro.

—Sabes que no me relaciono con policías en mi tiempo libre. ¿Por qué me lo preguntas?

Billy T. dejó caer la aspiradora sobre el colchón y abrió los brazos con gesto de desánimo.

—Pero Cecilie no está, y además...

Intentó cogerle la mano. Ella se apartó a la velocidad del rayo, poniéndose fuera de su alcance. Ni siquiera le miraba.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir jugando al escondite?

—No me escondo —espetó—, pero tengo todo el derecho del mundo a escoger mis amistades.

Salió del dormitorio dando un portazo y enseguida se oyó el murmullo de la ducha. Hasta el agua al correr sonaba cabreada. Billy T. fue de puntillas tras ella y abrió la puerta del baño unos centímetros.

—¿Pueden venir? —gritó con la boca pegada a la apertura—. ¿Pueden Severin y Tone-Marit venir a tu fiesta? —Puso voz de niño pequeño y se acucilló—. ¡Por favor...!

Oyó una risita contrariada. Cerró la puerta y fue corriendo a llamar a Håkon Sand.

23.45 Calle Motzfeld, 15

Liten Lettvik lo estaba pasando mal. Era una sensación nueva y extrañísima. Una especie de inquietud por todo el cuerpo, una angustia inexplicable. Algo se había

agarrado a su espalda, en algún lugar entre sus omoplatos, y lanzaba dardos hacia su pecho, llenándola de un dolor sin remedio posible. Vive Dios que lo había probado casi todo, pero había un límite para lo que podía conseguir sin ir al médico. El alcohol no servía, ni siquiera lograba emborracharse. Incluso había intentado ir a nadar.

Hacía más de veinte años desde la última vez que estuvo en las piscinas de Tøyen. No habían cambiado mucho. Nadó doscientos metros hasta que su cuerpo pesado y desentrenado dijo basta. Se metió en la sauna y allí se quedó encogida, con los ojos cerrados y una toalla alrededor de la cintura, y el dolor regresó.

Humillación. Eso era: el dolor de ser humillada. La habían mirado a los ojos, la habían atravesado con la mirada, y poco a poco le fueron soltando todo lo que sabían. ¿Habían estado preguntando a sus colegas? Parte de lo que decían parecía indicar que sabían exactamente lo que habían hecho; y cómo lo habían hecho. Solo de pensarlo, su dolor se acrecentaba y su cara enrojecía. Lo peor de todo era que hacía mucho que lo sabían, desde que años.

Había sido una ingenua. Infinitamente ingenua. Liten Lettvik, una periodista tan espabilada, tan premiada y reconocida, con fama de darle caña al poder. Y no se había dado cuenta de que lo sabían todo.

Tal vez no había querido verlo porque de eso hacía ya mucho tiempo. Bueno. Unas cuantas veces en los últimos años. Y en marzo...

El dolor era insoportable y las lágrimas asomaron a sus ojos. Liten Lettvik se inclinó hacia delante y cogió una cartita que había recibido ese mismo día. La letra era pulcra y anticuada, el sello estaba pegado con mucho cuidado en la esquina derecha del sobre, con todos los dientes intactos. Al principio no recordaba quién era la mujer. Elsa Haugen. Solo cuando dejó que sus ojos recorrieran el papel un par de veces, se acordó. La madre de la pequeña Marie. La de Elverum, ¿o era Eidsvoll? La carta hablaba de pena y de dolor y de heridas abiertas de nuevo. Y de noches de insomnio y tratos vejatorios.

Liten Lettvik suspiró profundamente y rompió la carta.

Tenía suficiente con su propio dolor.

Viernes, 25 de abril de 1997

21.35 Calle Holmen, 12

Øyvind Olve estaba sentado al final de la gran mesa de comedor de pino, acunando a un bebé. La criatura hacía movimientos incomprensibles con las manos, y Øyvind observaba sus deditos fascinado. Karen Borg se inclinó sobre él y cogió el pequeño bultito que Øyvind no tenía ganas de soltar.

—Una niña preciosa —sonrió con timidez—. ¿Cómo se va a llamar?

—Aún no lo sabemos —contestó Karen—. ¡Amigos!

Llevaba al bebé apoyado en el hombro y parecía muy cansada. Hanne Wilhelmsen lo lamentó. No había caído en la cuenta en que era como poco inapropiado llenarle a Karen la casa de gente el mismo día en que había vuelto del hospital con un bebé y con una cesárea reciente.

—Me voy a dormir. Arriba no se oye nada, así que pasadlo bien. Solo procurad tener un poco de cuidado al marcharos, ¿vale?

Håkon Sand se puso en pie de un salto.

—¡Te ayudo!

—No, no, siéntate. Pásalo bien. Pero acuérdate de llevar a Hans Wilhelm a la guardería por la mañana.

—¡Yo me ocupo! —berreó Billy T.—. Tú déjame el chico a mí, Karen.

Karen no contestó, pero hizo un pequeño gesto con el bebé para decir buenas noches y desapareció escaleras arriba, hacia el segundo piso del amplio y acogedor chalet de madera.

Billy T. cogió la botella de vino número seis y la abrió con gesto mundano.

—Espero que tengas bastantes de estas, Håkon —rio entre dientes mientras iba llenando las copas.

—No, gracias —dijo Øyvind Olve tapando la suya con la mano—. Ya he bebido bastante.

—Pero ¿qué clase de gallina te has traído hoy, Hanne? ¡Si no bebe!

Øyvind Olve seguía sintiéndose fuera de lugar. Hanne había insistido en que viniera. Había coincidido con Billy T. en un par de ocasiones, en reuniones en casa de Hanne y Cecilie, pero evidentemente aquel gigantón ruidoso no se acordaba de él. Y al resto no los conocía.

—Mañana tengo que conducir —dijo sin querer soltar su copa.

—¡Conducir! ¡Vas a conducir! ¿Y eso qué coño es?

—Contrólate, Billy T. —dijo Hanne dándole unas palmadas tranquilizadoras en la espalda para que se sentara—. Ya sabes que no todo el mundo puede seguir tu ritmo.

—Continúa, Tone-Marit —dijo Billy T. sentándose—. ¿Qué dijo después?

Tone-Marit aún tenía lágrimas en los ojos de la risa. Bajó la voz dos tonos y habló con un mal imitado acento de Kristiansand.

—«A lo mejor no le debía nada a nadie», y entonces Billy T. se puso a hablar de *Madame Butterfly* y del honor. ¡Tendríais que haber visto la cara del jefe de la policía judicial! Parecía alguien que hubiera entrado en el cuerpo con la reforma de la psiquiatría.

Los otros se morían de risa. Hasta Øyvind Olve sonrió, a pesar de que no entendía dónde estaba la gracia en el relato que hacían Billy T. y Tone-Marit de lo que había pasado en la reunión plenaria del lunes.

—Y para entonces —gritó Billy T. agitando su copa y casi tirando la botella de vino entera al suelo cuando se puso de pie y clavó los puños en la mesa—, ya habíamos ido demasiado lejos con el rollo espiritual para el gusto de nuestro querido jefe de inteligencia. Así que va y dice... —Billy T. se aclaró la garganta y cuando volvió a hablar se había transformado en Ole Henrik Hermansen—: «Con todos mis respetos, señor comisario, ¡no quiero dedicar mi amargado tiempo de trabajo a esta chorrada!».

Hanne tuvo que mandarles callar, se reían tan fuerte que era imposible que Karen pudiera descansar. Tone-Marit se atragantó con la ensalada de patata y se puso rojísima. Billy T. le golpeó en la espalda.

—Pero resulta muy curioso, la verdad, que al comisario le interesen ese tipo de temas —dijo Hanne.

—Su hijo se suicidó hace dos años —dijo Tone-Marit, después de que el trozo de patata hubiera bajado y se secara las lágrimas—. Pensándolo bien, tal vez no deberíamos reírnos.

—No lo sabía —dijo Hanne llevándose la copa a la mejilla—. ¿Cómo es que lo sabes?

—Yo lo sé todo, Hanne, ¡absolutamente todo!

Tone-Marit susurró esas palabras en tono dramático y sostuvo su mirada tanto rato que Hanne, incómoda, procedió a servirse más carne.

—Pero ¿por qué hablabais de honor en este caso?

Quien había hecho la pregunta era Øyvind Olve, y era la tercera vez que decía algo en toda la noche.

Billy T. le observó un momento y luego se puso las manos en la nuca.

—La verdad es no que estoy muy seguro de qué pretendía al hablar de ello. Todos sabemos lo que queremos decir cuando hablamos de «integridad», es algo que nos preocupa todo el tiempo. Pero, por el contrario, el «honor»... es una palabra que nos hace clavar la mirada en la mesa de puro embarazo. Aunque, en realidad, no son más que las dos caras de la misma moneda. Pensadlo. —Apartó su plato manchado de restos de comida y salsa barbacoa, y puso los brazos sobre la mesa—. Imaginad a Benjamin Grinde. Un buen chico durante toda su vida. Jodidamente listo. Todo le va bien. Juez y médico y no sé cuántas cosas más. Entonces le exponen en la prensa y lo

arrastran por el barro. Y una semana después se quita la vida. En este caso, es legítimo pensar en el «honor», ¿no?

Hanne Wilhelmsen observaba su copa de vino. El líquido rojo resplandecía y mandaba pequeños destellos de luz a sus ojos cuando la hacía girar.

—Puede que sea así de sencillo en el caso de Benjamin Grinde —dijo tomando un sorbito de vino—, pero, por aquello de tener una hipótesis, echemos un vistazo al orden de los acontecimientos. Si Benjamin Grinde se hubiera quitado la vida en otro momento, nadie, salvo sus más allegados, se habrían inmutado. La policía habría asomado la cabeza por la puerta, confirmado el suicidio, y al archivo con él. Pero la muerte inesperada y muy probablemente por su propia mano ocurrió... —Desdobló una gran servilleta de papel y se inclinó sobre la mesa para cogerle a Øyvind Olve el bolígrafo que llevaba en el bolsillo—. Birgitte Volter fue asesinada el 4 de abril.

Dibujó un puntito y escribió un 4 encima.

—Sabemos que le dispararon en la cabeza con un arma que no garantizaba al asesino que pudiera matar a alguien, incluso aunque se disparase de cerca. No hay rastro del asesino. Un total de tres personas han estado en la escena del crimen o muy cerca a la hora del asesinato, y me refiero a la secretaria, el vigilante y Grinde. En el plazo de una semana mueren dos de los tres, a pesar de que ninguno es muy mayor. Raro, ¿no?

Recalcó su argumento dibujando dos crucecitas en el papel.

—Y además hay un...

—Pero, Hanne... —interrumpió Tone-Marit.

Håkon notó que se ponía tenso; interrumpir a Hanne Wilhelmsen en medio de una de sus reflexiones solía ser castigado con una mirada gélida que cerraba la boca del culpable por mucho, mucho tiempo. Se concentró en la bandeja de la comida con la esperanza de no ser testigo de la humillación. Para su sorpresa, observó que Hanne se reclinaba en su asiento, miraba a Tone-Marit con aire indulgente y esperaba a ver qué tenía que decir.

—A veces «sobreinterpretamos» las cosas —dijo Tone-Marit entusiasmada—. ¿No estáis de acuerdo? Quiero decir que el vigilante murió en una catástrofe natural que solo nuestro Señor pudo orquestar... —Se puso un poco colorada por el comentario de tinte religioso, pero enseguida continuó—: Y, francamente, me parece muy raro que Benjamin Grinde se suicidara porque se arrepentía de haber asesinado a la primera ministra del país, que además era una vieja amiga suya. Tal vez el suicidio no tenga absolutamente nada que ver con el caso, quizá el hombre llevaba mucho tiempo deprimido. Además, sabemos con seguridad que el arma estaba en casa del vigilante, así que podemos excluir a Benjamin Grinde como sospechoso, ¿no es así?

—Sí, eso es lo que hacemos, en cierto modo. Por lo menos, creo que podemos descartar que la matara. Pero el suicidio puede tener algo que ver con el caso... ¡de otra manera!

Nadie dijo nada, todos habían dejado de comer.

—Mi argumento es... —dijo Hanne despejando un trozo de la mesa—, mi argumento es que, a veces, el orden en el que ocurren las cosas nos puede despistar. Buscamos un esquema, una lógica, donde no la hay.

Dio varios golpecitos con el bolígrafo y ladeó la cabeza. Un mechón de cabello le tapó la cara, y Billy T. se volvió hacia ella y se lo colocó detrás de la oreja.

—Te pones tan mona cuando te concentras tanto —susurró, y le dio un beso en la mejilla.

—Idiota. Escucha, hombre, si es que todavía no estás demasiado borracho. Además de dos personas muertas, tenemos unos extraños objetos que se habían extraviado pero que se han recuperado. Y luego casi hemos tenido una crisis en el gobierno, ¿verdad, Øyvind?

Øyvind Olve entornó los ojos tras sus pequeñas gafas. Había escuchado la conversación con interés, pero no estaba preparado para tener que intervenir.

—Bueno —dijo dubitativo dándole vueltas al tenedor—, en realidad ha habido dos. En la primera se trataba de formar un nuevo gobierno y la cosa ha salido aceptablemente bien. Tenemos munición para las elecciones, porque los partidos de centro no estaban precisamente deseosos de asumir el poder.

Se detuvo un momento y Severin aprovechó la ocasión. Había bebido demasiado y sabía que no había sido buena idea. No estaba acostumbrado al alcohol y tomó un largo trago de agua con gas.

—Pero has hablado de dos crisis —insistió Hanne—. ¿A qué te refieres con la segunda?

—El escándalo sanitario, por supuesto. No ha sido exactamente una crisis de gobierno, pero ha resultado muy duro. Ya hemos capeado el temporal. Tryggve se defendió razonablemente bien en su comparecencia ante el Congreso. Además, el hecho de que en el sesenta y cuatro y en el sesenta y cinco hubiera gobiernos tanto conservadores como socialdemócratas en el poder tuvo el efecto de un calmante en vena sobre la oposición. Les dimos buen mineral de hierro a los alemanes del Este y a cambio nos devolvieron malas vacunas. En mi opinión, todo el asunto de las vacunas es un ejemplo del cinismo que imperaba durante la guerra fría. Nadie se libró, ni siquiera unos cientos de recién nacidos.

Se hizo un silencio absoluto en torno a la mesa. En la escalera se oyeron unos débiles pasitos.

—De alguna manera, los niños siempre son víctimas de la guerra —suspiró Øyvind con ganas de beber más vino—. Son tan víctimas como cualquiera.

Un niño de dos años estaba en la puerta, junto a la espléndida chimenea de esteatita. Llevaba un pijama azul con balones de fútbol y se frotaba los ojos.

—¡Papá! Hassilen no puede dormir.

—A Hassilen le van a contar unas estupendas historias para dormir —dijo Billy T. poniéndose de pie.

—Billit —sonrió el niño, y levantó los brazos hacia él.

—Serán máximo cinco minutos —dijo Billy T. antes de desaparecer—. No contéis nada importante.

—Hanne —se apresuró a decir Håkon, algo dolido porque el niño se hubiera ido tan alegremente con Billy T.—, de las dos teorías... si tuvieras que elegir entre la pista Brage-vigilante y la pista Pharmamed, ¿con cuál te quedarías? Porque la una excluye a la otra, ¿no? Y, para ser sincero, yo... —Empezó a recoger los platos—. *Anyone for dessert?*

—Dios mío, es contagioso —murmuró Tone-Marit—. ¿Voy a tener que hablar en inglés para integrarme en este grupo?

—Yesss —repuso Hanne, ayudando a Håkon a recoger—. ¿Qué tienes?

—Helado y fresas españolas.

—Sí, gracias —dijo Severin—. Las dos cosas. ¿Qué ibas a decir?

—Hanne ya ha comentado que la teoría original del jefe de inteligencia le parecía excesiva —dijo Håkon camino de la cocina con tres platos en cada mano—. Y en eso estamos todos de acuerdo. Suena demasiado a novela de intriga... ¡que una gran empresa de un país democrático envíe un escuadrón de la muerte contra la primera ministra de un país amigo y aliado!

—Tienes razón, claro —dijo Hanne después de depositar el helado y las fresas sobre la mesa y haber repartido los platos de postre—, pero nunca dejes que tu imaginación te ponga límites. Debo reconocer que me costó admitirlo cuando el caso Mannesmann estaba en su apogeo.

Se adelantó a la pregunta de Tone-Marit.

—La empresa pública que gestiona el gas y el petróleo, Statoil, compra servicios y mercancías por cantidades billonarias. Los contratos son extremadamente cuantiosos y la dirección de la empresa destina mucho tiempo y esfuerzo a evitar la corrupción en sus filas. A pesar de eso, hubo gente que se dejó comprar por una gigantesca multinacional alemana, Mannesmann. Algunos miembros de Statoil recibieron regalos y Mannesmann consiguió un gran contrato para suministrar tuberías para la plataforma continental. Yo no creía que algo así fuera posible, no en Noruega. Tampoco en Alemania, la verdad. La moraleja es: no hay moral ninguna. Solo importa ganar dinero. Y si por ejemplo nos fijamos en el caso de la talidomida...

En ese momento, podría haberse cortado la lengua de un mordisco. En cuanto lo dijo se acordó de algo que Billy T. le había contado muchos años atrás. La hermana de Severin Heger no tenía brazos ni piernas. Y una sola oreja.

—No pasa nada —dijo Severin, y dio otro trago—. Está bien, Hanne.

Avergonzada, removi6 su helado, que había empezado a deshacerse.

—¿No me oyes, Hanne? Te digo que no pasa nada.

—Bueno. La talidomida, que en Noruega se vendió con el nombre de Neurodyn, era un medicamento para combatir las náuseas durante el embarazo. Entre otras cosas. Creo recordar que también tenía cierto efecto tranquilizante. La fabricaron en Alemania del Este en los años cincuenta, y solo después de que más de diez mil niños

nacieran con graves deficiencias, un genetista alemán consiguió que hicieran caso de su teoría de que había una relación entre los graves daños que sufrían los fetos y la medicación que tomaban sus madres.

—¿Cómo puedes saber tantas cosas? —murmuró Tone-Marit.

—Yo lo sé todo —susurró Hanne mirándola fijamente a los ojos—, absolutamente todo.

Øyvind se rio a carcajadas, pero Hanne no se inmutó.

—Fue una catástrofe para los fabricantes. Grandes demandas, indemnizaciones millonarias y, finalmente, la quiebra. Y eso que la compañía producía otros medicamentos que eran excelentes. Nadie quiso saber nada de la empresa después de aquello. ¿Y no creéis, mis queridos amigos... —hizo un gesto con la mano que les incluía a todos, también a un enorme cocodrilo amarillo que estaba sentado en la silla más cercana a la ventana—, no creéis que en Pharmamed deben de estar temblando estos días? A pesar de que haga tanto tiempo, a pesar de que los dueños sean otros. El nombre está contaminado. La palabra «Pharmamed» estará durante mucho, mucho tiempo asociada a la muerte trágica y perversa de recién nacidos...

Durante un rato no se oyó nada más que el ruido de las cucharillas sobre los valiosos platos de cristal de la casa.

—Pero —dijo de repente Severin—, aunque yo en principio... —Se le trabó la lengua; «en principio» era una expresión difícil de pronunciar—. Aunque en realidad estoy de acuerdo contigo, me refiero a eso de que nunca hay que descartar nada y que el dinero es lo que mueve casi todo en este mundo...

Billy T. entró en tromba.

—¿Me he perdido algo?

—¿Está dormido? —preguntó Håkon.

—Como un tronco. Le he contado dos historias de miedo. Se ha quedado tieso de terror y ahora duerme dulcemente. ¿Por dónde vais?

—Me temo que debo comunicaros que la pista Pharmamed queda descartada —prosiguió Severin—. Al menos, no hay nada sospechoso en la presencia de Himmelheimer esta primavera en Oslo. Estaba ocupado con otras cosas, por así decirlo.

—Oye, Severin —dijo Billy T. con calma, y le dedicó una mirada que quería ser una advertencia—. No todos los que estamos aquí somos policías, ya sabes...

—¿Ese de ahí? —dijo Severin señalando a Øyvind Olve—. Ese está acostumbrado a los grandes secretos. Ha trabajado para el primer ministro. Pero escuchad...

Le dio un trago enorme a su copa de vino tinto.

—Cuando procedimos a investigar la presencia del tal Hans Himmelheimer en Oslo, primero hablamos con la gente del hotel SAS: los empleados, el servicio de habitaciones, controlamos los registros de llamadas... todo. No hizo ninguna llamada sospechosa. Dos a su mujer en Alemania, cuatro a las oficinas de Pharmamed. Pero,

probablemente su mujercita de Alemania no sabía que en la habitación del señor Himmelheimer había dos personas: además de nuestro Hans, también estaba registrada una *frau*.

—Una amante —murmuró Billy T.

—¡Exacto! Y podéis tratar de adivinar su nombre. Puedo daros la pista de que es noruega. Pero seguro que diréis el nombre de cuatro millones trescientos setenta y cinco mil noruegos antes de acertar.

Ninguno de ellos se sintió llamado a resolver el enigma, y Billy T. frunció las cejas en una mueca impaciente.

—¡La señora era Liten Lettvik!

—No puede ser verdad —dijo Billy T.

—¿La del KA? —preguntó Øyvind.

—Es que no puede ser cierto —murmuró Hanne.

—Liten Lettvik —repitió Håkon.

Tone-Marit rompió a reír a carcajada limpia y sus ojos volvieron a transformarse en dos rayas dibujadas sobre sus pómulos.

—Chsssss —chistó Severin acallándolos con las manos—. Debo pedirosssss el más absssssoluto ssssilencio —dijo con acento sueco—. Se conocen desde hace años. Se conocieron en la Universidad de Oslo en 1964. Por aquel entonces el nombre de Liten, «pequeña», le iba un poco más. Se han ido viendo de vez en cuando, cuando Hans acude a congresos fuera de su país. En casa, en Leipzig, tiene mujer y tres hijos adolescentes, pero en sus viajes al extranjero se ha seguido viendo con Liten. Muy tierno.

Apuró su copa y se la acercó a Billy T., que la rellenó con mucho gusto.

—La llevamos a comisaría para interrogarla. Estuvo bufando un buen rato, que si la confidencialidad de las fuentes y toda esa mierda, así que no fue mucho lo que le sacamos. Pero no hay ninguna duda de que, de alguna manera, ha estado obteniendo información a través de él. Probablemente lo engañara para ello, o tal vez disfrutaron juntos durante bastante tiempo.

—Por eso el KA destapó el asunto tan increíblemente rápido —dijo Hanne pensativa—. Me preguntaba cómo lo habrían hecho. Para ser sincera, me tenían bastante impresionada.

—En todo caso —dijo Severin suspirando profundamente—, Hans Himmelheimer no hizo otra cosa en Oslo que asistir a un par de reuniones y pasar el resto del tiempo en la cama con Liten. Eso hemos podido confirmarlo. Y no estamos ni un milímetro más cerca de demostrar que Pharmamed haya tenido algo que ver en el asunto.

Había empezado a llover. Håkon se levantó y echó otro tronco a la chimenea. Se vio el resplandor de un relámpago en el jardín primaveral y mojado, que tiñó los oscuros cristales de azul, seguido de un trueno que les hizo dar un respingo. Se acercaron unos a otros y se inclinaron sobre la mesa en un ambiente denso, de

confianza, y se sintieron mejores amigos de lo que en realidad eran. Tone-Marit hasta sonrió cuando, al sonar el ensordecedor estruendo, Billy T. le pasó la mano por la espalda en un gesto amistoso.

—Odio los truenos —dijo él en voz baja, como si se disculpara.

—Pero ¿por qué en un hotel? —preguntó Håkon Sand rascándose la cabeza—. Liten Lettvik vive sola.

—Lettvik dice que, por principios, nunca deja pasar a un tío más allá de la puerta —explicó Severin—. Y, después de haberla conocido, ese argumento resulta totalmente convincente.

—Pero si Pharmamed ya no es una pista que seguir... —empezó Hanne.

—No hay nada en lo que basarse —interrumpió Severin—, aunque eso no quiere decir que no vayamos a seguir investigando, claro. Pero... —regurgitó y tragó saliva—, no creo que ahí haya nada que rascar. Sobre todo porque el arma la tenía el vigilante, eso es seguro, y es totalmente improbable que él estuviera relacionado con Pharmamed... Sí... Si ellos estuvieran detrás del asesinato, habría sido todo más profesional. Otra arma, y seguro que otro cómplice mucho más preparado. No, olvidaos de Pharmamed.

—Y olvidaos también del vigilante —dijo Billy T.—. Me ha perseguido como una pesadilla durante tres semanas, pero pensadlo... ese tío es un pringado. Deja que su chica, que apenas tiene quince años, le convenza para mandarnos el arma. Y luego se va de vacaciones a Tromsø... ¡a Tromsø! Supongo que, si de verdad hubiera asesinado a Volter, se habría ido a Bolivia o algo así. Yo creo que el vigilante decía la verdad cuando le contó a Kaja lo que había sucedido. ¿Por qué iba a mentirle? Está claro que confiaba tanto en ella que le dejó el arma y el chal. Y si hubiera matado a Volter, jamás nos habría enviado el revólver. Resulta bastante incomprensible que se lo robara a una primera ministra muerta, aunque, por otro lado... era el tío más pringado que me haya echado a la cara nunca. Si alguien era capaz de hacer una estupidez así, ese era él. Pero era un cobarde de mierda. Exactamente igual que ese Adonis Brage. No, olvidaos del vigilante. Odio tener que decirlo, pero no fue él.

—Pero escuchad una cosa. —Hanne se había pasado al agua con gas, y había acercado tanto el vaso a su cara que las burbujas le hicieron cosquillas en la piel—. Si descartamos a Benjamin Grinde, y a esa bruja de Ruth-Dorthe Nordgarden, que ha causado un montón de problemas pero está claro que nada más, y a Pharmamed... Y al vigilante. Y, por ende, también a ese hijo de puta nazi que se está pudriendo en la parte de atrás de la comisaría... Entonces... entonces no queda nadie.

—Algún enemigo personal del que, sencillamente, aún no sabemos nada —dijo Billy T.—. Eso implicará muchos días y meses de duro trabajo, y también, muy probablemente, que nunca lleguemos a descubrir al culpable. Somos demasiado incompetentes. Eso es lo que hay. Y ahora quiero música, música de verdad. —Se acercó a Håkon y le dio una palmada en la espalda—. Ópera, Håkon, ¿tienes algo? ¿Puccini?

—Bueno, creo que por ahí está *Tosca*. Echa un vistazo.

—*Tosca* es genial. Mató por amor. Y ese, damas y caballeros, es el motivo por el que mata casi todo el mundo.

—¿Es por eso por lo que te gusta tanto la ópera? —preguntó Tone-Marit—. ¿Porque todos se matan? ¿No tienes bastante con el trabajo?

Billy T. pasó los dedos por los cedés colocados en una estantería al fondo de la habitación. Por fin encontró lo que estaba buscando. Cuando lo introdujo en el reproductor se sintió tentado por unos instantes de decirle a Håkon lo que opinaba de su cutre aparato de música, pero lo dejó estar. Se estiró con un suspiro de placer cuando las primeras notas de *Tosca* salieron por los altavoces.

—Déjame contarte una cosa, Tone-Marit. —Cerró los ojos y empezó a dirigir una orquesta invisible—. ¡Ópera! En realidad, la ópera es una chorrada, pero Puccini, ¿entiendes?, Puccini hace a las mujeres como deberían ser. *Tosca*, *Lulú*, *Madame Butterfly*... todas ellas se suicidan cuando les alcanza la tragedia. Le exigen tanto a la vida, y a ellas mismas, que no quieren seguir viviendo si algo ha ido realmente mal.

Movía los brazos descontrolado y los demás contemplaban fascinados la extraña escena.

—¡No transigen! —gritó Billy T.—. ¡Jamás transigen!

Se detuvo de pronto, en medio de un movimiento circular entre el suelo y el techo. Dejó los brazos colgando, abrió los ojos y bajó el sonido.

—Exactamente como tú, Hanne —dijo sentándose a su lado y dándole un sonoro beso en la mejilla—. Nunca transigen, pero...

Se la quedó mirando fijamente. Los demás también se habían dado cuenta: la oficial Hanne Wilhelmsen estaba como en trance. Tenía la boca entreabierta y parecía que había dejado de respirar. Sus ojos eran claros, grandes, y daban la sensación de mirar hacia algo que estaba en otro lugar, tal vez en otro tiempo. En su cuello latía muy visible una vena, intensa y rítmicamente.

—¿Qué te ocurre, Hanne? —preguntó Billy T.—. ¿Te encuentras mal?

—Estoy pensando en el asesinato de Volter. Hemos descartado a todos los posibles asesinos, así que estamos ante...

El cedé se había atascado, el equipo emitía las mismas tres notas una y otra vez. Pero ni siquiera Billy T. se levantó para solucionarlo.

—Sencillamente, el asesinato de la primera ministra Birgitte Volter no pudo haberse cometido —dijo Hanne Wilhelmsen con voz queda—. Nadie pudo haberlo hecho.

Sin motivo, y por sí solo, el cedé volvió a funcionar. La música siguió fluyendo por los altavoces, limpia y cristalina, llenando la casa en la que una madre dormía junto a su bebé recién nacido en el piso de arriba. Tone-Marit se miró el brazo y vio que tenía la piel de gallina. Parecía que acabara de pasar un ángel.

Domingo, 27 de abril de 1997

16.00 Calle Ole Brumm, 212

La luz entraba por el tragaluz, cayendo sobre el sucio suelo de madera en forma de cono luminoso, y le trajo a la mente el recuerdo de una foca. La oscuridad era casi negra en torno al desgarró blanco y definido de luz. El aire estaba saturado de polvo y de viejos recuerdos. Mientras avanzaba hacia la claridad, se tropezó con los primeros esquís de Per, pintados de azul. Recordó unas vacaciones de muchos años atrás, antes de que naciera Per. Birgitte y él habían ido a Bergen. Las focas del acuario de Nordnes, vistas desde los ventanales subterráneos de la piscina: deslizándose por el agua, dando vueltas, hasta que de pronto aceleraban y se abrían paso en el agua como un abanico hacia la claridad. Las focas se lanzaban hacia arriba, hacia la luz, hacia el aire.

Roy Hansen estaba en medio del desván. No había subido allí en tres años, y pensaba en una foca. Era hora de tomar el aire.

Algunos días consideraba la posibilidad de mudarse. Fue algo después del entierro, cuando ya había tomado cierta distancia de lo ocurrido pero el camino hacia el futuro parecía intransitable. No quería seguir viviendo allí, entre las cosas de Birgitte, con su huella en todas partes: un imán para la nevera de escayola que ella hizo antes de una Navidad; el sofá que él no quiso, pero que ella insistió en comprar. Iba tan bien con las paredes... él cedió. Una tarde que Roy había ido a visitar a su madre, Per había recogido toda la ropa de ella, sin decir nada. El chico parecía haber madurado muchísimo. Cuando volvió a casa, Per no dijo nada, solo sonreía, y Roy había intentado darle las gracias pero no fue capaz. Su ropa ya no estaba, y con ella había desaparecido algo de su olor. Habían tirado la ropa de cama en la que durmió su última noche.

Pero en los últimos días las cosas habían adquirido un nuevo significado. Ya no eran un recordatorio mortal y abrasivo de algo que nunca recuperaría. Birgitte estaba en las paredes, en los objetos, en los cuadros que había escogido y en los libros que había leído. Eso estaba bien. Deseaba que fuera así. Pero también quiso saber qué había en el desván.

Por eso estaba allí. Birgitte tampoco subía con frecuencia, pero mucho más que él. Cuando bajaba, tenía un aire azul, ausente, durante un día o así, no más. Una distancia en su mirada, algo que ni se le ocurría intentar cruzar. Hacía demasiado tiempo que la amaba. Algo persistía allí arriba, y hasta ahora no había tenido el valor para subir.

Había algunas cosas demasiado pesadas para moverlas. Un viejo telar con los hilos rotos... Roy rio en voz baja. Era una bonita historia. Birgitte embarazadísima de

Per, vestida con diseños copiados de la artista Sigrun Berg, y con la férrea determinación de aprender a tejer como ella, pero sin tiempo de hacer más que un cursillo básico de la Universidad Popular. Roy tocó la lana, tan polvorienta que era imposible distinguir el color con tan poca luz. El dibujo del tapiz apenas empezado era casi invisible; deslizó el dedo por el polvo y dibujó una B dentro de un corazón. Se quedaría el telar, nunca se desharía de él.

En el límite de la luz había un baúl. Se quejó en voz alta del esfuerzo que le costó moverlo para poder verlo mejor. La llave no estaba. Se enderezó y miró a su alrededor. El escondrijo resultaba evidente. Lo descubrió al instante. «Tal vez Birgitte quiere que haga esto», pensó mientras pasaba la mano por la viga que dividía el desván por la mitad. La llave, negra, grande y pesada, estaba donde debía estar.

La tapa era pesada, pero no hizo ningún ruido cuando la levantó. El baúl estaba vacío, salvo por una caja redonda, pequeña; una sombrerera, pensó, su madre había tenido algunas. Era de color rosa y estaba rodeada por un gran lazo. «Lo ha anudado Birgitte», se dijo, dejando que la gruesa seda pasara entre sus dedos.

Dudó antes de abrir la caja. Un extraño sabor a hierro o sangre inundó su boca. Resultaba desagradable. Cogió la caja con mucho cuidado, bajó la tapa del baúl y se sentó encima. Abrió la sombrerera.

Encima de todo había unos patucos, que en algún momento debieron de ser de un blanco luminoso. Eran minúsculos, para un recién nacido, con un encaje casi invisible en los tobillos. Puso los patucos sobre su rodilla y los acarició con el pulgar. Luego cogió la foto, la primera de Liv, desnuda, con las rodillas dobladas sobre el pecho y los puños cerrados. Lloraba. Debajo de la foto había un librito rosa. Lo abrió y pasó las páginas con cuidado. Le daba miedo que se deshiciera entre sus manos. Birgitte había apuntado muchas cosas: peso, talla... La pulserita de lino de la maternidad, con el nombre de Birgitte y la fecha de nacimiento de Liv, estaba pegada en la primera página. El pegamento estaba seco y cuando tocó la cinta se cayó. La colocó entre las últimas páginas. Lo último que había escrito tenía fecha del 22 de junio de 1965: «Hoy le han puesto a Liv la triple vírica. Lloró desconsolada y le dolió a ella y a mí, pero se le pasó enseguida». Ya no había nada más.

Roy no podía respirar. Dejó la caja bruscamente y los patucos cayeron de su rodilla al suelo sucio. El tragaluz del techo estaba atascado y duro, pero al final consiguió abrirlo. Se quedó un rato así, dejando que el aire fresco y la luz cegadora le dieran en la cara.

Birgitte ni siquiera quería tener fotos a la vista. Cuando al año siguiente de la muerte de Liv, Roy puso una foto suya en la mesilla, en un marco de plata que acababa de comprar, se enfadó muchísimo y le pidió que la quitara. Nunca quería hablar de Liv, no quería conservar nada de ella. Cuando nació Per, intentó hablar con su esposa un par de veces: el chico debía saberlo. Era muy probable que se enterara de la existencia de su hermana por otros, y eso sería mucho peor. Birgitte se enfadó otra vez. Acabó resultando imposible. No se podía mencionar a Liv, y a Roy le había

resultado aún más difícil contárselo a Per conforme se iba haciendo mayor. Luego la niña había ido difuminándose, poco a poco. De vez en cuando pensaba en ella. A veces le golpeaba con fuerza, sobre todo hacia San Juan, cuando el sol brillaba con intensidad en el cielo y el aire estaba cargado de un olor fresco y nuevo de vida veraniega. Liv... vida. Birgitte no quería que se la mencionara, no quería hablar de ella, saber nada de ella. Al menos, era lo que él siempre había creído.

Solo había un niño en la vida de Birgitte: Per. Esa era la impresión que daba. Eso era lo que todos habían creído. Tras el nacimiento de Per, ella había actuado de una forma muy seria y responsable. La alegría juvenil y juguetona que vibraba entre el matrimonio cuando nació Liv había desaparecido. En su lugar, había un cuidado constante y preocupado en el que no cejó hasta que Birgitte por fin tuvo que admitir que Per era un niño de diez años, sano y robusto.

Volvió a sentarse con cuidado en el baúl y balanceó la sombrerera sobre su regazo. Allí estaba la cucharita de plata que compraron para su bautizo. Y el chupete; sonrió al ver lo anticuado que se veía, sencillo y rosa, con la goma rígida por el paso del tiempo. Debajo de todo, en el fondo de la sencilla caja de recuerdos, había una carta. Parecía gruesa y estaba metida en un sobre. En él, Birgitte había escrito su nombre con letra curvada y precisa.

Cuando lo abrió, le temblaban tanto las manos que el sobre cayó al suelo. Enderezó la espalda, se volvió hacia la luz y respiró profundamente. Luego desdobló la carta y alisó el papel pasando el canto de la mano por encima una y otra vez. Birgitte la había escrito treinta y dos años atrás.

Nesodden, 2 de agosto de 1965

Queridísimo Roy:

Durante mucho tiempo he pensado en escribirte esta carta, pero solo ahora me siento con fuerzas para hacerlo. Si no lo hago ahora, temo que nunca seré capaz. Esta carta solo llegará a tus manos si tengo que dejarte. Y no creo que lo haga. Ya has perdido suficiente, y te amo, pero Dios sabe que apenas he sabido cómo sobrevivir durante estas semanas que han pasado. Parece imposible. Me arrastro de día en día, y solo quiero dormir. Lo que he hecho es imperdonable, para ti y, desde luego, para mí misma.

Sé que soportas tanto dolor como yo, pero tú no tienes que llevar además el peso de la culpa. Nada es culpa tuya, pero yo he fallado, y la vergüenza no me deja vivir. Cada vez que intentas hacerme hablar de Liv y de todo lo que ha ocurrido, siento que la culpa y la vergüenza me bloquean por completo. El dolor en tu mirada cuando crees que estoy enfadada es insoportable, y lo intento, lo intento de verdad, pero me resulta tan imposible... Tal vez lo mejor sería contarte la verdad. Entonces podrías odiarme y abandonarme, y tendría el castigo que merezco. Pero no tengo fuerzas. No me atrevo, soy demasiado cobarde. Demasiado cobarde para morir, para seguir viviendo con honestidad.

Así que esta noche escribo esto.

En estas semanas no he parado de pensar: ¿cómo pudo ocurrir? ¡La quería tantísimo! Aunque llegara en un momento inconveniente. Recuerdo muy bien tu reacción cuando te conté que estaba embarazada. Llevaba dos semanas temiendo ese momento, te acababan de admitir en la escuela de magisterio y nada podría ser menos oportuno que un niño en ese momento. ¡Te echaste a reír! Me cogiste en brazos y me diste una vuelta en el aire y dijiste que todo saldría bien, y al día siguiente habías cambiado todos tus planes y le contaste a todo el mundo que ibas a ser padre. Nunca, nunca olvidaré lo que hiciste.

Tenía tanto miedo de que pudiera pasarle algo. Mi madre me tomaba el pelo diciendo que habían venido antes unos cuantos niños al mundo y habían sobrevivido. Ahora, esta noche, veo que mi amor por Liv no valía nada. Yo creía que era una buena madre que quería a su hija y cuidaba de ella, pero en

realidad fui una irresponsable. El sentido de la responsabilidad es más importante que todo el amor del mundo. Si yo hubiera tenido sentido de la responsabilidad, Liv aún estaría con nosotros.

En San Juan íbamos a tener la noche libre. ¡Me apetecía tanto! Por fin volveríamos a ser Birgitte y Roy, como lo éramos antes de que llegara Liv, como el año anterior, aquel verano maravilloso. Ahora me doy cuenta de que nunca debimos dejar a un bebé tan pequeño al cuidado de nadie, pero solo íbamos a bajar al puerto, y a Benjamin se le daba muy bien cuidar de Liv. No debí salir aquella noche, pero era tan tentador tener un rato libre... Mis padres estaban en Oslo, y creo que si hubieran estado en casa nada malo habría ocurrido. Mamá me habría dicho que no saliera, o habría cuidado ella de Liv.

Estabas tan guapo cuando volví sola a casa hacia las once para darle el pecho a Liv. Me dejaste ir cuando te dije que volvería enseguida. Estabas un poco borracho, pero muy guapo y divertido. Yo estaba muy contenta, también había bebido de más y regresé un poco tambaleante a casa. Esa noche la bebida me sentó mal. Sabes que no suelo tomar alcohol, y la cabeza me daba vueltas. Es la única explicación que se me ocurre para lo que sucedió: estaba achispada.

A ti y a todos los demás les he dicho que estaba cansada y me quedé dormida cuando llegué a casa. Que por eso no volví.

Es mentira.

Roy se pasó la mano por los ojos y notó que sus dedos se humedecían. Las dos líneas siguientes estaban tachadas con mucha fuerza, con tinta negra, y en un par de sitios el papel se había roto. Pasó a la página siguiente.

Todo es una mentira enorme y tenebrosa. Resulta difícil escribir la verdad, es como si no quisiera fijarse en el papel.

Benjamin me recibió en la puerta. Estaba bastante alterado e iba a salir a buscarme. Liv estaba intranquila, roncaba al respirar y tenía casi cuarenta de fiebre. No entendí que podría ser peligroso, Roy. Había tenido fiebre otras veces y desaparecía tan rápido como había llegado. En ese momento estaba un poco cansada de la niña. Esa noche íbamos a pasarlo bien. ¡Iba a librar! Así que le dije a Benjamin que seguro que no era nada, le daría el pecho a la niña y seguro que se volvía a dormir.

Y se calmó cuando me la puse al pecho, de verdad. ¡Estoy segura de que no son imaginaciones mías! No mamó mucho, pero estaba más tranquila cuando la volví a dejar en la cuna. Seguía teniendo fiebre, se notaba en sus ojos y al tocarle la piel, pero todos los niños tienen fiebre alguna vez, ¿no?

De pronto me pareció que Benjamin era tan mono. Me resulta horrible cuando lo pienso ahora; acababa de dejarte a ti en el puerto con la sensación de que eras el más atractivo de todos los presentes. Te lo juro, nunca había mirado a Benjamin con esos ojos; solo es un estudiante de bachillerato, y siempre está tan serio. Pero ocurrió algo, tal vez no debí darle el pecho a Liv con Benjamin delante.

¡Lo siento! Sencillamente ocurrió. Él era tan inexperto e inseguro, y bebimos vino, aunque pensé que te darías cuenta de que la botella no estaba. Era la única botella de vino que nos habíamos podido permitir en seis meses. ¿Cómo es que nunca preguntaste por ella?

El vino después de la cerveza que había tomado fue demasiado, y cuando me desperté en el sofá a las cinco de mañana Benjamin ya se había marchado. Tú aún no habías vuelto. Me dolía un montón la cabeza y estaba muy avergonzada. Busqué analgésicos, pero no los encontré. Luego fui a ver a Liv. Estaba fría. Sus ojos estaban cerrados y su piel se había enfriado. La cogí en brazos y pasó por lo menos un minuto hasta que me di cuenta de que estaba muerta.

Ya no recuerdo mucho más. Solo que limpié las copas de vino y las guardé. Y que tú llegaste a casa poco después, feliz y muy borracho.

Solo he cruzado un par de palabras con Benjamin después de que pasara aquello, pero cuando le veo caminando por la calle puedo ver que sufre. Se muda a la ciudad a finales de mes. Su madre me ha contado que ha entrado en medicina, y está muy preocupada. Está más delgado y habla menos que nunca. Espero no tener que volver a verle jamás. Siempre, siempre me recordará mi traición, mi gran traición a ti y mi imperdonable traición a nuestra hija.

Pienso en ella todo el tiempo. Cada segundo del día, y por las noches sueño con su piel, su pelo color miel, la uña de su meñique que era del tamaño de un puntito. A veces, durante un momento fugaz, olvido que está muerta.

Pero lo está.

Fui una irresponsable y os traicioné. He decidido seguir viviendo, pero tengo que sacar a Liv de mi vida por completo, de nuestra vida. En el tiempo que me quede por vivir, nunca, jamás olvidaré que lo más importante es asumir las responsabilidades. Ya nunca dejaré de hacerlo.

No tengo fuerzas para escribir más. Si alguna vez lees esta carta, Roy, ya no existiré.

Y sabrás que no merezco que pases duelo por mí.

Tuya,
BIRGITTE

El polvo bailaba en el haz de luz. La corriente del tragaluz hacía que las partículas se arremolinaran arriba y abajo con movimientos imprevisibles, brillando como focos microscópicos, sin meta ni sentido. Roy dobló la carta con dedos agarrotados. Miraba sus manos como si fueran de otra persona, alguien desconocido. Dejó la carta en la sombrerera, que estaba a sus pies con la tapa torcida. Muy despacio, alzó las manos con las palmas levantadas hacia la luz.

Fue como si alguien esparciera un polvo de oro sobre ellas. Imaginaba que podía sentirlo sobre su piel, tenía que sentir algo, algo doloroso, y de repente se pegó un fortísimo bofetón.

Podía ver con claridad meridiana las últimas horas de vida de Birgitte. La última noche. Él había dormido mal. Cada vez que se despertaba, percibía que ella tenía los ojos completamente abiertos en la oscuridad. Ni siquiera parpadeaba. El muro que les separaba era demasiado alto; él no sabía qué la atormentaba, pero la conocía lo bastante bien como para saber que no debía intentar acercarse, abrirse camino hasta ella. No dijo nada en ese momento, ni después. Tampoco a la policía. Sus preguntas sobre Birgitte, sobre el pastillero, sobre Liv, habían resultado muy desagradables. De pronto supo por qué. Había algo en él que había estado escondido y olvidado tanto tiempo que no quería salir. No quería dejarlo salir. Tenía que quedarse donde estaba, muy lejos de su conciencia. Lo había olvidado todo.

Pero nunca lo olvidó.

La verdad volvió a él, casi como una revelación. El sol acababa de asomar sobre el tejado de la casa y una luz intensísima iluminó todo el desván. Roy volvió a pensar en la foca. La imagen era clara y hermosa, como una foto bien conservada, como un fragmento de una película que no había envejecido. La ágil y escurridiza foca que giraba sobre sí misma en una piscina de agua turquesa en Bergen en 1970, y que le dirigió una mirada atormentada antes de lanzarse hacia la luz, hacia la vida en la superficie, hacia el aire.

Nadie había matado a Birgitte. Birgitte se había quitado la vida.

Fuga

Viernes, 4 de abril de 1997

18.30 Gabinete de la primera ministra

Cuando Benjamin cerró la puerta tras él, fue como si cerrara la vida.

Seguía siendo tan bello como siempre. Igual de serio. Pero ya no era más pequeño que ella. Aquel año oceánico que se abría entre ellos cuando eran jóvenes. Ahora estaban igualados. Hablaron en voz baja. En cierto modo era como si no hubiera pasado nada en los últimos treinta y dos años. Cuando le miraba a la cara podía sentir el olor de las lilas y la leche materna. Se veía con el vestido de crinolina de diseño princesa ceñido a la cintura, pegado al pecho, la falda de vuelo atrevidamente corta hasta la rodilla. Lo había cosido ella misma, feliz por haber recuperado su figura y su peso tan poco tiempo después del parto. Los ojos castaños de Benjamin con aquellas pestañas femeninas, ojos de noche de verano, ojos de juventud. Liv estaba en su mirada, y Birgitte supo que la decisión que había tomado era definitiva.

—Tengo que retirarme de la comisión —dijo con el pastillero entre los dedos, el que sus padres les habían regalado a Roy y a ella por su boda, el que Birgitte no dejaba que nadie tocara pero que no podía quitarle a él, no podía evitar que lo inspeccionara, tal vez lo abriría y ella no podría hacer nada para impedirlo—. Me ha llevado tantos años olvidar... y había olvidado. Es increíble que pudiera olvidar. Tal vez porque era tan joven. Me consuelo con eso, Birgitte, que era demasiado joven. Pero esta vez no puedo callarme, Birgitte. Si me preguntan debo decir la verdad, aunque nos afecte a los dos.

Ella no intentó hacerle cambiar de opinión. De forma mecánica, escribió unas palabras en la lista que le había entregado, la lista en la que aparecía el nombre de Liv, el nombre que saltaba de la página a sus ojos y significaba que su muerte ya no podría permanecer escondida y olvidada en aquel año lejano. Un año que había tardado todo el resto de su vida en borrar.

Benjamin fue indulgente. Su voz era queda y sostenía su mirada cada vez que ella la buscaba. Hablaron un rato y callaron aún más. Por fin, él se había puesto de pie sin intentar disimular que se llevaba el pastillero. Lo levantó, lo miró y sin decir nada se lo metió en el bolsillo.

—Hace tanto tiempo, Birgitte. Tenemos que aprender a vivir con ello. No podemos seguir pretendiendo que nunca haya sucedido. Los dos nos equivocamos. Pero de aquello ya hace mucho.

Luego la dejó allí y, al cerrar la puerta tras de sí, también cerró la vida de Birgitte

Volter.

No temía la humillación. No era la pérdida del honor, podía soportar la caída que vendría. No temía el juicio ajeno. Puede que ni siquiera se lo reprocharan. Tenía a Roy, y a Per. Se merecía perderlo todo, pero no a ellos dos, y ellos no desaparecerían.

La noche anterior le había llegado la certeza. La decisión llevaba tomada muchos años.

Treinta y dos años no eran suficientes. No habían cicatrizado las heridas, solo la habían hecho madurar hasta entender la magnitud de su traición. Su niña murió sola, cuando su madre podría haber estado con ella. La vergüenza que le causaba su acción se mezclaba con la añoranza de un mundo en el que Liv estuviera viva.

Su vida se había terminado porque Liv había vuelto. Liv estaba en la habitación. Birgitte notaba el aroma de la nuca de la recién nacida, los cabellos diminutos y suaves contra su nariz. Birgitte sentía sus pechos hinchados sobre la boquita que se abría en una mueca hambrienta. Sintió la sensación arrolladora, desconocida y terrible de responsabilidad que cayó sobre ella cuando con solo dieciocho años, casi diecinueve, tuvo su primer hijo. Había llorado durante horas. Podía oír su llanto, llegaba de todas partes, llenaba la habitación hasta el techo, hasta el cielo, casi tan alto como era posible llegar en Oslo, esta ciudad en la que se había escondido de Liv y en la que había trabajado y se había esforzado para alejarse de la catástrofe de su juventud. Desde entonces siempre había asumido grandes responsabilidades, y las había sentido plenamente, pero nunca había conseguido alejarse de su infinita traición. Ahora la había alcanzado, estaba frente a ella como un león con las fauces risueñas, abiertas y babeantes, y era aquí donde todo iba a terminar. La muerte de Liv la había traído hasta aquí, y era aquí donde la vida debía detenerse.

Muy despacio, envolvió el revólver con el chal. No soportaba ver el arma. El revólver en sí ya era un reproche. Había escogido el Nagant de su madre precisamente porque ella lo habría impedido; su madre nunca hubiera dejado morir a Liv.

Cuando se llevó el arma envuelta a la sien, oyó que alguien andaba en la habitación de al lado.

Eso no le impidió apretar el gatillo.



ANNE HOLT (Larvik, Noruega, 1958). Creció en Lillestrøm y Tromsø, y se trasladó a Oslo en 1978 donde vive actualmente con su pareja Anne Christine Kjær y su hija Iohanne.

Holt se graduó en leyes en la Universidad de Bergen en 1986, y trabajó para *The Norwegian Broadcasting Corporation* (NRK) en el periodo 1984-1988. Después en el Departamento de Policía de Oslo durante dos años. En 1990 ejerció como periodista y editora jefe de informativos de un canal televisivo noruego. Anne Holt abrió su propio bufete en 1994, y fue ministra de Justicia de Noruega durante un corto periodo (Noviembre/1996-Febrero/1997). Dimitió por problemas de salud.

Hizo su debut como novelista en 1993 con la novela de intriga *Blind gudinne* (*La diosa ciega*, 1993), cuya protagonista era la detective de policía lesbiana Hanne Wilhelmsen, sobre la que ya se han publicado ocho títulos. Dos de sus novelas, *Løvens gap* (*En las fauces del león*, 1997) y *Uten ekko* (2000) fueron escritas en colaboración con Berit Reiss-Andersen.

Con *Castigo* (2001), protagonizada por la *profiler* Inger Johanne Vik y el comisario Yngvar Stubø inicia una nueva serie.

Sus novelas, inteligentes y emocionantes la han convertido en uno de los referentes de la novela escandinava actual.



BERIT REISS-ANDERSEN (Drøbak, Noruega, 1954). Es abogada, escritora y política del Partido Laborista Noruego. Fue la presidenta de la Asociación de Abogados de Noruega desde 2008 hasta 2012 y actualmente forma parte del Comité Nobel noruego formado por 5 miembros y que otorga el Premio Nobel de la Paz.

Reiss-Andersen desempeñó el cargo de secretaria de estado para el Ministerio de Justicia de Noruega de 1996 a 1997 donde coincidió con Anne Holt cuando fue ministra de Justicia.

Fue elegida como miembro del Comité Nobel de Noruega por el Storting (Parlamento) el 22 de noviembre de 2011 para el período comprendido entre el 1 de enero de 2012 y el 31 de diciembre de 2017.

Como escritora es coautora de dos novelas policíacas junto a Anne Holt, *Løvens gap* (*En las fauces del león* 1997) y *Uten ekko* (2000).